

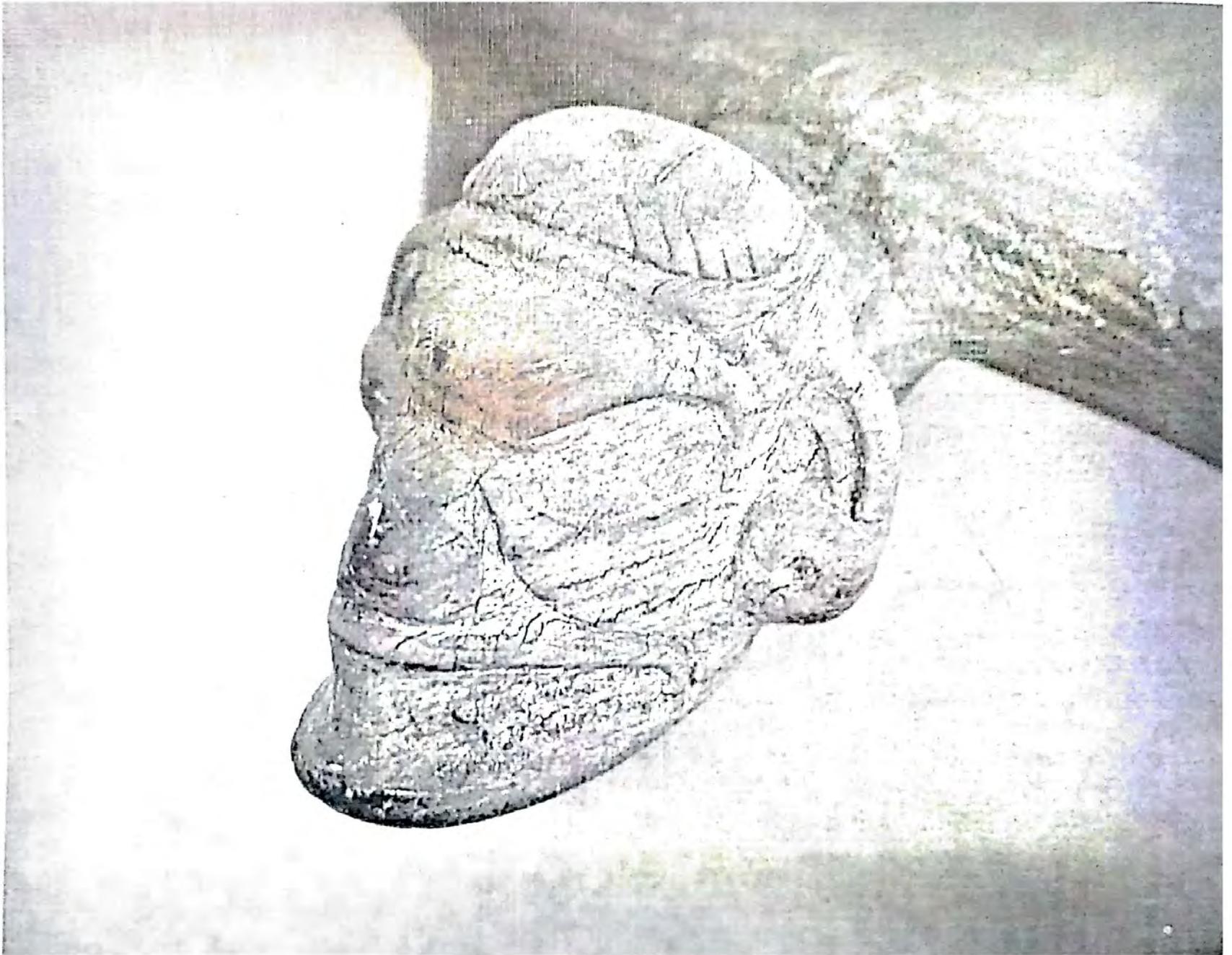
EL CARIBE



ARQUEOLÓGICO

Anuario publicado por la Casa del Caribe como extensión de la revista *Del Caribe*





Detalle de la cabeza del dujo que aparece en la portada.

EL CARIBE ARQUEOLÓGICO

Anuario publicado por la Casa del Caribe como extensión de la revista *Del Caribe*

8/ 2004

CONSEJO EDITORIAL

Dr. Marcio Veloz Maggiolo
MSc. Jorge Ulloa Hung
Dra. Betty Meggers
Dra. María Nelsa Trincado
MSc. Roberto Valcárcel Rojas
MSc. Juan Manuel Reyes

CONSEJO ASESOR

Dr. Mario Sanoja (Venezuela)
Dra. Irida Vargas (Venezuela)
Dr. Carlos Angulo (Colombia)
Dr. Oscar Fonseca (Costa Rica)
Dr. A. Gus Pantel (Puerto Rico)

Correspondencia a:

✉ Casa del Caribe
Calle 13 No. 154 esq. a 8
Reperto Vista Alegre
Santiago de Cuba, 90400
CUBA.
Tlf. (53-22) 642285
Fax (53-22) 642387
E-mail: caribe@cultstgo.cult.cu

✉ Marcio Veloz Maggiolo
Apartado 642
Santo Domingo
República Dominicana

✉ Betty Meggers
Taraxacum S. A.
MNH-112
Anthropology 20560
Washington D. C. USA

DANIEL TORRES ETAYO	2	La arqueología cubana en la encrucijada: la teoría o la empiria
WILLIAM F. KEEGAN RENEL RODRIGUEZ RAMOS	8	Sin rodeos
LIZ B. MARICHAL GARCIA ADRIANA SUAREZ CAIRO J. R. ROBAINA JARAMILLO	14	La nueva arqueología: entre el declive de una tradición y lo novedoso de una realidad
PEDRO PAULO A. FUNARI	20	Arqueología histórica: discusiones epistemológicas recientes
DARWIN ARDUENGO GARCIA	29	Consideraciones acerca del funcionamiento del primer acueducto habanero. La Zanja Real (1592-1835)
JUAN MANUEL REYES GARDERO	39	Modos de vida y tradición alimentaria en grupos apropiadores ceramistas del Caribe El <i>Mesotrochis debocoyi</i> (gallito de tierra de Puerto Rico) es una nueva localidad arqueológica de Puerto Rico: el sitio Hernández Colón
EDGAR J. MAIZ LOPEZ	50	Tibes: un centro indígena temprano del centro-sur de Puerto Rico
L. ANTONIO CURET	55	Prehistoria de Cuba: Una propuesta de análisis teórico y metodológico
CARLOS A. HERNANDEZ OLIVA ROGER ARRAZCAETA DELGADO	64	Uso de drogas alucinógenas en rituales del Nuevo Mundo: revisión de evidencias de la etnohistoria, la antropología y la arqueología
QUETTA KAYE	74	Huellas de restos alimenticios en la cerámica precolombina: el caso del sitio Laguna de Limones, Maisí, Cuba
ROBERTO RODRIGUEZ SUAREZ	86	Islas e islotes en el Caribe: interacción a través del paisaje
JAGO COOPER	91	Análisis de ADN mitocondrial. Nuevo método para el estudio de poblaciones prehistóricas caribeñas
JORGE BRITO NIZ	97	Investigaciones arqueológicas en el yacimiento La Iglesia. Provincia La Altagracia. República Dominicana
ELPIDIO ORTEGA ÁLVAREZ GABRIEL AÑILES JORGE ULLOA HUNG	103	Honar honra
JORGE ULLOA HUNG	115	Ricardo Sampedro Hernández. En el camino de la arqueología cubana
GERARDO IZQUIERDO DIAZ	117	Noticias de la arqueología cubana en el 2004
	120	

Editores:

Jorge Luis Hernández
Asela Suárez

Diseñador:

Luis A. Casanella Cué

Foto:

René Silveira

Composición:

Raimiz Destrades

Del Caribe es una publicación de la Casa del Caribe en Santiago de Cuba / Cada trabajo expresa la opinión de su autor / No se devuelven originales no solicitados / Inscripta en la administración de Correos, zona postal 4, Santiago de Cuba, bajo el No. 81620/168, acogida a la tarifa de impresos periódicos.

Este número ha sido publicado con financiamiento de Taraxacum S. A.



TARAXACUM S.A.



LA ARQUEOLOGÍA CUBANA EN LA ENCRUCIJADA: LA TEORÍA O LA EMPIRIA

DANIEL TORRES ETAYO



El autor trabaja en el departamento de Arqueología del Centro Nacional de Conservación, Restauración y Museología (CENCREM)

La arqueología cubana del período revolucionario se ha caracterizado por conservar una manifiesta independencia dentro del marco de las distintas corrientes de pensamiento que para la disciplina se han establecido en los últimos 45 años.¹ El triunfo de la Revolución y la profesionalización institucional de la actividad arqueológica en el país, crearon las condiciones necesarias para que se pudiera pasar a una fase superior de desarrollo de la disciplina.

Sin embargo, cuatro décadas después de este hecho trascendental, el balance global de la producción de la comunidad científica nacional, asombra por la carencia casi total de trabajos de corte teórico, los mismos que deberían sustentar y delinear las características propias de una posición independiente.²

Esta situación de vacío teórico resulta contradictoria con una pretensión de independencia, ya que es precisamente en esta esfera donde se verifican los mayores desarrollos de la disciplina a nivel mundial y es, precisamente, el elemento diferenciador de las distintas escuelas de pensamiento. Por ejemplo, este es un principio compartido por las principales corrientes teóricas aparecidas en nuestra región a partir de la década de los 60, la nueva arqueología norteamericana y la arqueología social latinoamericana, que aun con profundas diferencias filosóficas, coincidían en cuanto a la estructuración lógica de la ciencia.

Por otra parte, resulta realmente dramático que en ocasiones, este cauce propio que se le ha pretendido forjar a la arqueología, ha llegado a evidentes contrasentidos; como sucedió con el investigador José Manuel Guarch al referirse a la figura del arqueólogo Vere Gordon Childe y su concepción de la arqueología social, cuando expresó: “Refiriéndonos al prestigio de este autor en la América, en síntesis puede afirmarse que ideológicamente encabeza exceptuando a Cuba, las tendencias más progresistas en la arqueología latinoamericana” (Guarch 1990:9).

De esta inquietante cita surgen interrogantes esenciales para

nosotros. Habría que preguntarse, ¿por qué Cuba no participa en las referidas tendencias si son las más progresistas? ¿Acaso creemos poseer una posición más progresista aún?; y si es así, ¿la hemos definido explícitamente?

La separación de la arqueología desarrollada en Cuba de la del resto del continente,³ presupone a todas luces, una concepción de sus ejecutores fundamentalmente diferente, con todo un cuerpo valorativo, ontológico y epistemológico diferenciado del de las otras posiciones teóricas, pero, ¿esto ha sido así?

El camino que trazaran los fundadores de la arqueología profesional en Cuba dentro de los marcos institucionales, ha permanecido dominante sobre el panorama de las publicaciones; sin embargo, el escenario de la ciencia arqueológica nacional ha variado bastante desde la década del 60 hasta la actualidad, y nuevos actores se han incorporado al mismo, todo lo cual nos parece muy saludable. Ya la realización de investigaciones y proyectos no es materia de la competencia exclusiva del Centro de Antropología (CITMA),⁴ sino que también han surgido otras instancias a nivel del MINCULT, como el Consejo Nacional de Patrimonio Cultural y sus centros provinciales; o las Oficinas del Historiador de la Ciudad de La Habana y del Conservador de Trinidad y Santiago de Cuba, que también cuentan con equipos de trabajo dedicados a la arqueología. Es este un ambiente fecundo desde donde el diálogo debe surgir y las ideas fluir, siempre en un clima de respeto y profesionalidad.

Sin lugar a dudas, hay muchas concepciones sobre la disciplina que necesitan ser analizadas, criticadas, reelaboradas y rectificadas en Cuba, a la luz de la experiencia que como ciencia, la arqueología ha alcanzado. De eso dependerá el futuro desarrollo de esta disciplina, no sólo en el marco nacional, sino también en su propia aspiración de ser independiente.

En el presente trabajo avanzamos algunas ideas de lo que pudiera ser y es, un gran y necesario tema de debate, y del que esperamos participen otros investigadores.

LANZANDO LA MONEDA ARQUEOLÓGICA AL AIRE

Los años posteriores a la Revolución, marcaron un cambio radical para la disciplina. En el año 1962, la recién creada Sección de Arqueología de la Academia de Ciencias de Cuba, se da a la tarea de organizar la actividad arqueológica futura, en unión con varias dependencias de los centros universitarios del sistema educativo

nacional, labor que se va a continuar hasta que en 1969 se funda el Departamento de Antropología. De esta manera se sitúan las investigaciones dentro del marco profesional, donde posteriormente, “[...] los cursos especializados van a promover, por primera vez en Cuba, arqueólogos y especialistas capaces de efectuar su trabajo con una mejor base teórica y técnica” (Guarch 1987:12).

Sin embargo, una característica necesaria de resaltar es que ninguno de estos especialistas que dirigieron las instituciones mencionadas e impartieron cursos, eran arqueólogos de graduación, sino que debido a las actividades que habían desarrollado con anterioridad, tenían una formación empírica y autodidacta. Por otra parte, aquellos más calificados, eran graduados de Historia, lo cual también tuvo implicaciones para el desarrollo de la ciencia. Los ejemplos paradigmáticos de ambos casos son los investigadores Ernesto Tabío Palma y Estrella Rey Betancourt.

A esta etapa inicial, corresponde una de las obras más importantes del período revolucionario, *Prehistoria de Cuba*, que además de ser un texto ya clásico dentro de la arqueología cubana, es un excelente documento donde se plasmó la concepción que regiría en lo adelante el futuro de la disciplina en el marco institucional. Desgraciadamente, hasta el momento, no se ha realizado un análisis crítico de esta obra, que contiene la esencia de lo que pudiera llamarse la “idea cubana” de la arqueología.

Siguiendo las concepciones de los autores de *Prehistoria de Cuba* (Tabío y Rey 1979), encontramos una importante referencia a la forma en que se concibió la arqueología desde un inicio, así en la “Introducción”, los autores señalan: “En ese mismo año [1962], la Sección de Arqueología, de la ACC se dio a la tarea de echar las bases teóricas de las futuras investigaciones. El resultado de esa actividad pudiera plasmarse en el concepto de considerar a la Arqueología como una de las disciplinas investigativas de la Historia” (*Ibid.*:13).

Es evidente, en nuestra opinión, que esta manera de concebir a la arqueología trajo a largo plazo consecuencias negativas, manifestadas en las actuales dificultades por las que atraviesa.

¿QUÉ CARA DE LA MONEDA: LA CRUZ EMPÍRICA O EL ROSTRO TEÓRICO?

Como señalábamos al principio, son raros los autores que han tratado el tema de la relación teoría-práctica en la arqueología de

Cuba. El investigador que más se ocupó de estos problemas en nuestro país, lo fue, sin dudas, el Dr. José Manuel Guarch. En nuestro artículo emplearemos sus concepciones, debido a que en su obra encontramos el mayor esfuerzo que se haya realizado en el país por tratar de definir de manera explícita un método para el proceso de investigación en arqueología.⁵

Es de destacar la permanencia de la concepción inicial de Tabío y Rey en los trabajos posteriores a la década del 60. Así se manifiesta en la obra de Guarch, cuando al referirse en uno de sus trabajos a la corriente de la arqueología social, expone:

El denominar en esta última forma a la Arqueología —a parte de las diferencias metodológicas con otras tendencias investigativas— tiene como objetivo primordial, independizarla y darle perfiles propios como Ciencia Social; no obstante, de una u otra forma, para nosotros es obvio que se trata de una disciplina social comprendida dentro de las Ciencias Históricas (Guarch 1990:6).

En otros trabajos Guarch, un tanto ingenuamente, intentó forzar aun más la pertenencia de la arqueología como disciplina, a la historia, al acuñar el término de “arqueohistoria”, con el objetivo de eliminar el término “prehistoria” que según él: “se ha asociado en múltiples ocasiones, en manos de investigadores burgueses, a pueblos que carentes de escritura se les ha pretendido aparecer como sin historia” (Guarch 1987:13).

En lo que se refiere a este caso específico, en nuestra opinión, se trata de una mala comprensión de la escala demarcatoria en las esferas del conocimiento y la estructuración lógica del proceso de conocimiento dentro de la disciplina. Los arqueólogos sociales latinoamericanos nunca han negado el carácter enriquecedor que para el conocimiento general de la sociedad (léase historia) tiene su contribución, lo que sí han validado es su independencia como práctica indagadora.

Guarch confunde el término “historia” como objetivo de conocimiento general, con “historia” como disciplina específica, dentro del panorama de las ciencias sociales. Por supuesto que en la primera acepción del término, no sólo la arqueología, sino todas las ciencias sociales contribuyen al conocimiento de la historia; pero donde sí se establece la diferencia desde el punto de vista teórico-metodológico del conocimiento, es en la segunda acepción. Usan-

do la misma lógica de Guarch, entonces sería totalmente irrelevante o cuando menos, tautológico, el término de “arqueohistoria”.⁶

Una primera consecuencia de esta concepción, fue que los especialistas cubanos alejaron del ámbito nacional, la posibilidad de vincularse con los importantes movimientos del pensamiento arqueológico regional que comenzaba a desarrollarse como posición teórica coherente en la arqueología social latinoamericana,⁷ y que veían en la disciplina una vía de acceso independiente a las sociedades pasadas.

Una consecuencia adicional de esta manera de concebir a la arqueología, se refleja en las serias implicaciones teórico-metodológicas que tiene.

Para comprender mejor las diferencias que existen entre un enfoque “histórico” de la arqueología y uno “social”, planteamos aquí la esencia de estas diferencias. Primeramente, desde los puntos de vista de la arqueología social,⁸ existen varias esferas de desarrollo teórico en las cuales hay que sustentar la disciplina para que esta pueda llegar a ser independiente. Todas estas esferas giran en torno a la interpretación del dato arqueológico, por lo que entonces: “[...] se debe teorizar sobre tres clases de procesos reales particulares y establecer la conexión entre dichas teorías. Estas son: a) el materialismo histórico, b) la historia de los contextos y c) la historia de la producción de datos” (Bate en López Aguilar 1990:11).

Partiendo de estas premisas, pudiéramos establecer el esquema básico de la concepción del proceso de investigación, expresado en la interrelación de estas tres esferas teóricas. En primer lugar está la teoría sustantiva, el materialismo histórico, en tanto que las dos esferas teóricas restantes pueden aparecer como la teoría arqueológica propiamente dicha, en sus dos aspectos fundamentales, como teoría de lo observable (historia de los contextos) y como teoría de la observación (historia de la observación y producción de datos). Ver Fig. 1.

Ahora bien, desde el punto de vista “arqueohistórico”, hay una evidente falta de teorización en todos los niveles anteriormente planteados. Desde los niveles de la teoría sustantiva donde existe un esquematismo que diluye las particularidades objetivas observadas en algunos fenómenos arqueológicos en el carácter general de la teoría usada, acortando su poder explicativo;⁹ hasta una falta total de teorías observacionales, propias de la disciplina, al enfrentar los contextos arqueológicos.

Retornando a la obra de Guarch para definir el modelo de

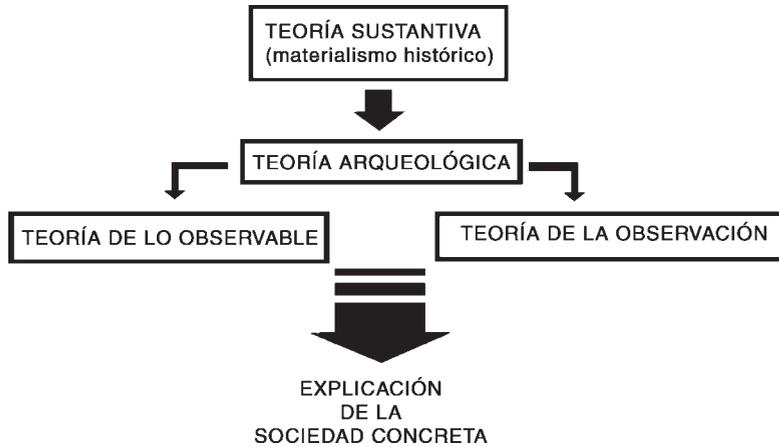


Fig. 1. Esquema del proceso de investigación arqueológica desde el punto de vista de la arqueología social.

estructura del proceso de investigación en la arqueología nacional, este ha señalado:

Para lograr el objetivo del conocimiento de la formación económico-social de un pueblo dado o cualquier otra de las categorías socioeconómicas, se deben establecer las vías adecuadas para lograr estos fines, ya que dentro del marco conceptual básico deben estar alineadas con el método el objetivo, la metódica y los procedimientos. Este tríptico constituye la estrategia arqueohistórica (Guarch 1987:15).

De esta manera, esquemáticamente se pudiera representar la estructura del proceso como se ilustra en la Fig. 2.

Para nosotros es evidente el acercamiento de esta estructura con las posturas neopositivistas. Primeramente se ha eliminado la importancia vital que supone el hecho de teorizar sobre un objeto de estudio. De esta manera se sustituye el acto de teorizar por el de obtener el dato a través de una metódica que conlleva solamente procedimientos directos de observación extraídos de las ciencias naturales y exactas, para terminar finalmente en la reconstrucción de la sociedad en estudio.

Es una realidad, por ejemplo, que los principios que rigen la es-

tratación natural son totalmente distintos a los que rigen la estratificación antrópica; o que no hay para nada un significado auto-evidente en los datos de una prospección química de suelos. Todos estos procedimientos deben estar avalados o justificados por una previa concepción de qué es lo que tiene significado y qué no para la investigación arqueológica.

Este es un claro procedimiento heredado del positivismo lógico, en su variante empiricista, ya superado desde el siglo pasado, cuya más cara aspiración era la obtención de datos "puros", es decir, carentes de trasfondo teórico.

La "estrategia arqueohistórica" de Guarch, transfiere los problemas de observación arqueológica a otras disciplinas a través de su "metódica", pero resulta que no es desde otras disciplinas donde se tienen que resolver los problemas arqueológicos, sino desde ella misma. No se debe confundir el enfoque multidisciplinario, transdisciplinario y el auxilio de las otras ciencias, con la cumplimentación

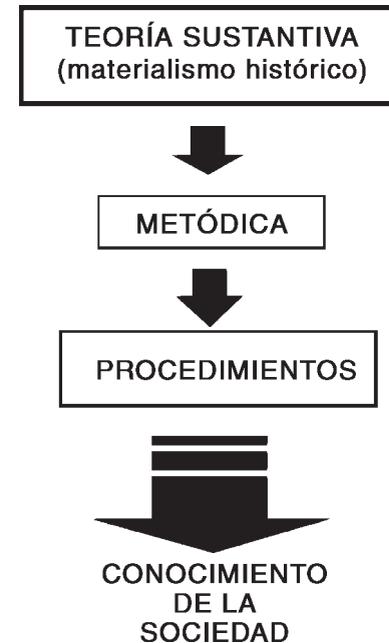


Fig. 2. Esquema del proceso de investigación arqueológica desde el punto de vista de la arqueohistoria.

de la tareas que le permitan a la disciplina su independencia, de lo contrario, esta no será más que una práctica “integradora” de muchas cosas, pero que no se puede definir a sí misma.

Resulta intrigante que a pesar de que la arqueología cubana ha reclamado para sí una marcada militancia dentro de la concepción marxista del desarrollo social, sus esquemas de trabajo no son precisamente acordes con una concepción de este tipo.¹⁰

Para la gnoseología marxista existe una prioridad epistémica de la ontología respecto a la lógica, como bien han señalado los arqueólogos sociales latinoamericanos (López 1990; Gándara 1992; Bate 1998). En otras palabras, tenemos primero que tener alguna idea de lo que queremos conocer para poder entonces desarrollar los procedimientos válidos para su observación y descubrimiento o reconocimiento.

En el caso de la teoría sustantiva, si su manejo es tan general, resulta inefectivo para guiar investigaciones concretas, o al menos, no nos dará respuestas correctas y adecuadas a los fenómenos que observamos. Por otra parte, si no desarrollamos teorías observacionales correctas o aplicamos las que ya se encuentran disponibles, nuestro trabajo continuará dentro de los parámetros filosóficos de un empiricismo ingenuo, donde se pretende que el dato es reflejo directo de la sociedad que le dio origen y que nada tiene que ver con la concepción marxista del conocimiento.

A MODO DE CONCLUSIONES

Resumiendo podemos decir que la manera en que se ha planteado de forma explícita el proceso de investigación arqueológica en Cuba, conlleva a formas deficientes de conocimiento de la sociedades pasadas. Las causas las observamos en las siguientes problemáticas, algunas de ellas aún no solucionadas:

1. El desarrollo de la arqueología en Cuba estuvo desde un inicio en manos de investigadores cuya formación fue fundamentalmente empírica, no académica, y cuando esta última se presentaba, estaba limitada a la especialidad de historia, cuyos procedimientos de investigación son diferentes en esencia a los de la arqueología. Esta situación, salvo raras excepciones, se sigue reproduciendo en un ciclo cerrado. La carencia de la tan necesitada carrera de Arqueología en la enseñanza universitaria, hace que las plazas de arqueólogos o especialistas, las cubran egresados de otras disciplinas,¹¹ mayormente de Historia, trayendo como consecuencias

las analizadas dificultades en el orden teórico-metodológico a la disciplina. Por otra parte, aún los arqueólogos cubanos, a pesar de los esfuerzos, no han logrado crear una organización académica que les permita la discusión y confrontación de ideas sobre los problemas de la disciplina. Esta organización pudiera suplir en algo la ausencia de la formación superior.

2. La concepción de que la arqueología es una disciplina de la historia, reproduce en el país el estado de cosas existente antes de la década del 60 en otros ámbitos, cuando se le subsumía dentro de la antropología.¹² La estructuración de la disciplina que como resultado de esta concepción se ha realizado, denota una ausencia de teorización en general sobre los problemas propios de la disciplina. En los marcos de la teoría sustantiva, la propia ausencia de teorización sobre el materialismo histórico, ha traído como consecuencia aplicaciones preconcebidas, confundiendo la particularidad y la singularidad histórica, con las leyes generales del desarrollo. Visto así, el arqueólogo debe emplear solamente categorías generales como formación económico-social, relaciones de producción, superestructura, etc., que si bien describen niveles del fenómeno social, son insuficientes para estudios concretos de la sociedad.

3. Por su parte, la ausencia de teoría arqueológica, expresada en la sustitución de la misma por los procedimientos directos de obtención de datos, regidos por una metódica dada que excluye las teorías observacionales propias del procedimiento arqueológico, jamás podrá favorecer una independencia de la disciplina; y lo que es peor, favorecerá un empirismo que es incapaz de producir conocimiento cierto sobre el objeto de conocimiento.

4. Por último, la ausencia de una declaración explícita sobre la pertenencia a una posición teórica determinada, hace que nuestra ciencia tenga dificultades para entenderse en los marcos regionales, acentuando su estado de aislamiento. Considero que no existe posición teórica coherente en Cuba, a menos que queramos definirla como “eclectica” y ya sabemos a dónde nos llevan esas posturas indefinidas.

Cuando tiramos una moneda al aire es sumamente improbable que esta caiga de canto y mantenga esa posición, y a lo largo de este artículo hemos usado esta imagen para ilustrar nuestras ideas. De la misma manera, es sumamente difícil lograr para la arqueología de Cuba, dadas las dificultades señaladas, que se establezca un verdadero equilibrio entre los componentes teóricos y los empíricos. No obstante, sí reconocemos y llamamos la atención sobre

ello, que este equilibrio debe ser una meta y un requisito, y que debe estar presente en las investigaciones de los diversos colectivos que se dedican a esta ciencia en Cuba.

Por último, y esto es una convicción personal, no veo la solución en la creación de un “pensamiento arqueológico cubano”, sino en el aprovechamiento, enriquecimiento y desarrollo de la obra de los científicos marxistas que desde la arqueología social latinoamericana, han logrado conformar y hacer avanzar desde sus propios errores la única posición teórica coherente, sólida y explícita de nuestro ámbito geográfico. Es la hora de que Cuba se integre a la ASL, posición de la que nunca debió ser autoexcluida.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a mis colegas Darwin Arduengo y Eduardo Torres, que con sus comentarios y sugerencias, han tratado de mejorar la nada fácil misión de meter en unas cuartillas lo que discutimos por largas horas.

NOTAS

¹ Las raíces de este pensamiento independiente se venían gestando ya desde la obra fundadora de autores que, como Felipe Pichardo Moya, pretendieron apartarse de las concepciones arqueológicas normativas norteamericanas, reinantes en el período pre-revolucionario.

² Robaina (1997) señala que en una revisión de aproximadamente 80 publicaciones realizadas hasta 1996, solamente encontró cinco trabajos dedicados a temas de corte teórico.

³ Al menos explícitamente, apenas existen referencias a la adscripción a una corriente determinada de pensamiento, o a lo que Gándara (1992) ha denominado una “posición teórica”.

⁴ Incluimos también a sus derivaciones y delegaciones provinciales.

⁵ De una manera u otra, en la obra de los arqueólogos cubanos se encuentran implícitos los principios enunciados en la concepción de investigación de Guarch, por lo que las generalizaciones las haremos partiendo de la suposición de que se comparten los mismos.

⁶ Este enredo lógico sólo tiene una salida coherente: considerar la arqueología como ciencia social independiente, conclusión a la que habían llegado los arqueólogos sociales latinoamericanos a mediados de la década del 70.

⁷ En nuestra opinión, en esta separación influyeron más las posiciones personales de investigadores como Ernesto Tabío, que la disposición colectiva al diálogo.

⁸ Nos referimos aquí a la arqueología social latinoamericana (en lo adelante, ASL) por afinidad teórica, pero esta necesidad fue igualmente recalçada por Lewis Binford y sus seguidores, en los marcos de la nueva arqueología.

⁹ En este caso se encontraría el tema de la existencia de sociedades cacicales en algunos territorios de Cuba, que en los ámbitos nacionales, desde la historia parece ser negado rotundamente y desde la arqueología, simplemente ignorado.

¹⁰ Precisamente, tal y como se planteado desde la ASL: “[...] lo que define la

especificidad del método materialista histórico en la arqueología no es de por sí ni la teoría ni la aplicación de técnicas particulares, sino la congruencia entre las técnicas, la lógica de la metodología y la teoría, como unidad dinámica indisoluble”. (Bate 1978:11)

¹¹ Esto es en el mejor de los casos, pues en muchas instituciones, los encargados de las intervenciones arqueológicas ni siquiera tienen grado universitario.

¹² Afortunadamente para esa época, el movimiento iniciado por Walter Tylor y continuado por Lewis Binford la ubicaron en posición independiente, con el surgimiento de la nueva arqueología.

BIBLIOGRAFÍA

Bate, Luis Felipe (1978): *Sociedad, formación económico social y cultura*. México, Ediciones de Cultura Popular.

_____ (1998): *El proceso de investigación en arqueología*. Barcelona, Editorial Crítica.

Gándara, Manuel (1992): “El análisis de posiciones teóricas: Aplicaciones a la Arqueología Social” en *Boletín de Antropología Americana*, No. 27, México, julio.

Guarch, José Manuel (1987): *Arqueología de Cuba. Métodos y sistemas*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.

_____ (1990): “Arqueología e ideología” en *Revista de Historia*. Año II, No. 3, Holguín.

López Aguilar, Fernando (1990): *Elementos para una construcción teórica en arqueología*. México, Serie Arqueología, INAH.

Robaina, Rafael (1997): “La arqueología cubana de la última década: realidad ante un nuevo paradigma”, manuscrito inédito, Departamento Arqueología, Centro de Antropología, CITMA.

Tabío, Ernesto y Estrella Rey (1979): *Prehistoria de Cuba*. La Habana, Editorial Academia de Ciencias.

SIN RODEOS

WILLIAM F. KEEGAN
RENIEL RODRÍGUEZ RAMOS

Traducción: Jorge Luis Hernández



Los autores pertenecen al Museo de Historia Natural de Florida, Gainesville, Florida

La arqueología caribeña se encuentra en un momento de crisis teórica (Kuhn 1962). Esta crisis surge de lo inadecuados que resultan los macro-modelos actuales de la historia pre-colonial caribeña para interpretar la amplia y complicada información que está siendo generada en las islas. Sin embargo, una crisis no es necesariamente algo malo. Como punto de conflicto en los intercambios dialécticos, puede conducir a una nueva síntesis de ideas y actitudes. Todavía podemos elegir. Podemos seguir limitándonos y ajustar la información que se está obteniendo a los modelos en uso, o podemos trabajar activamente para cambiar la situación abriendo el pasado a múltiples voces y múltiples significados. Podemos permitir que la crisis se encone, o reconocer el conflicto y negociar la situación en un esfuerzo para generar cambios verdaderamente revolucionarios.

El principal punto de desarticulación tiene que ver con los marcos usados para estructurar la descripción de los restos arqueológicos. Los arqueólogos caribeños han empleado dos marcos de referencia principales para tratar las culturas y sociedades a gran escala. Uno de ellos es el sistema de clasificación de artefactos desarrollado por Irving Rouse (1939). El otro es el énfasis marxista en modos de producción que está siendo usado muy eficientemente en las grandes Antillas por investigadores caribeños (Veloz Maggiolo 1991). Los marcos de referencia son importantes a la hora de estructurar las vías para analizar las evidencias materiales de las culturas antiguas. Sin embargo, estos tienen que ser vistos como instrumentos técnicos, y existe un peligro real de que tales marcos devengan fines en sí mismos. En otras palabras, estos marcos son un medio o herramientas para ayudarnos a interpretar el pasado. Desafortunadamente, algunos arqueólogos han tomado como objetivo de investigación ajustar el pasado a estas estructuras. Tal manipulación mecánica del pasado no hace progresar nuestros objetivos antropológicos. Para ilustrar este punto, comenzaremos con una descripción preliminar de los dos modelos principales.

LA SISTEMÁTICA ESPACIO-TIEMPO

Aunque se han propuesto otros métodos para la clasificación de artefactos (Bullen 1964; Bullen and Bullen 1972; Sears and Sullivan 1978), la arqueología caribeña ha sido largamente dominada por el modelo de Irvin Rouse (1939, 1972, 1992) de clasificar artefactos para *crear* “pueblos y culturas”. Básicamente, Rouse identifica características específicas llamadas “modos” y agrupa esos modos de acuerdo con similitudes y diferencias en estilos, subseries y series. El mayor problema de este modelo viene del énfasis en las similitudes. Cuando uno mira sólo la distribución de *series* en la *era cerámica*, tiene la impresión de que todos los diferentes grupos sociales del Caribe eran miembros de la misma cultura (Keegan 2001). Esta impresión se deriva de la insistencia de Rouse en que hubo una sola migración de pueblos de Sudamérica de la edad cerámica, y que todas las otras culturas se desarrollaron a partir de este evento singular (Siegel 1996). El resultado, en el orden más alto de agrupamiento, es una alegoría bíblica en la cual el saladoide originó al ostionioide que originó al meillacoide que originó al chicoide.

Los caribeñistas que siguen a Rouse han procurado ajustar su información a esta estructura, a menudo sin considerar implicaciones más amplias. Como tal, el proceso de nombrar un conjunto de evidencias deviene un fin en sí mismo, como si el llamar a algo meillacoide, por ejemplo, fuera equivalente a adquirir algún conocimiento. Sin embargo, como ilustrarán nuestros estudios de caso, hay serios problemas en el modelo espacio-temporal de Rouse.

Modos de vida

El materialismo histórico de la escuela de la arqueología social da una perspectiva alternativa del pasado, en muchos aspectos superior. En lugar de poner énfasis en patrones de la cultura material (p. ej. estilos cerámicos), este acercamiento ha enfatizado en las formas en que vivían los pueblos y, más importante, las luchas políticas y sociales que conllevaba la existencia humana. Este acercamiento ha sido aplicado al Caribe usando el modelo de *modos de vida* (p. ej. Veloz Maggiolo 1991).

Sin embargo, todos los esquemas de clasificación establecen potencialmente un límite a nuestra comprensión. Si el único propósito de nuestro trabajo es ajustar el pasado a etapas de evolución preconcebidas, entonces el pasado deviene algo fijo y no un medio para la comprensión. Marx y Engels estaban en lo cierto al concluir

que las etapas de desarrollo de la humanidad son semejantes en todo el mundo (Engels 1972). Sin embargo, después de hallar las similitudes, la fase siguiente de la investigación requiere documentar y explicar las diferencias incluso entre grupos que comparten modos de vida semejantes.

Un aspecto significativo es la noción de que cada cultura puede ser identificada con un *modo de vida* específico. El esquema de evolución de Marx y Engels estuvo basado en los trabajos de Lewis Henry Morgan (1877), quien asignaba indicadores materiales muy específicos a etapas diferentes de la evolución cultural. Como dice Morgan (1877: 10) “la etapa superior del salvajismo comenzó con la invención del arco y la flecha y terminó con la invención del arte de la cerámica”. Morgan sigue diciendo, con relación a “las etapas iniciales de la barbarie”, que “la invención o práctica del arte cerámico, considerado el conjunto, es probablemente la prueba más efectiva y conclusiva para fijar una frontera, necesariamente arbitraria, entre el salvajismo y la barbarie”. Debe notarse que Morgan quería usar prácticas de subsistencia como su marco de referencia, pero no tenía suficiente información para hacerlo.

Marx y Engels usaron las prácticas de subsistencia en sus esquemas evolutivos, pero al hacerlo crearon modos de producción estáticos (Engels 1972). De acuerdo con ellos, cada sociedad podía ser clasificada como practicante de un *modo de vida* específico. En contraste con esto, Ensor (2000) ha señalado que hay múltiples modos de producción actuando simultáneamente en cada cultura. Así el proceso de clasificación puede oscurecer diferencias significativas en los medios y modos de producción. La lección es que no debemos simplemente tratar de clasificar culturas, sino poner énfasis en el desarrollo de la comprensión de sus combinaciones específicas de elementos.

CAOS CARIBEÑO

Hemos alcanzado un estadio de desarrollo en la arqueología caribeña en que los reportes arqueológicos no se ajustan a nuestros queridos modelos del pasado. Esto es cierto tanto para la sistemática espacio temporal de Rouse como para el énfasis alternativo en los modos de producción. Para ilustrar esto escogemos tres ejemplos específicos que contradicen el conocimiento convencional. Estos ejemplos son: el uso de cerámica por grupos pre-aruaacos (apropiadores ceramistas), la tradición La Hueca del este de Puerto Rico y la isla de Vieques, y la expansión ostionioide. Los tres contradicen

los modelos taxonómicos convencionales de espacio-tiempo y modos de vida.

Apropiadores ceramistas

De acuerdo con la versión tradicional de la historia de la cultura caribeña, la era cerámica en Cuba comenzó con la llegada de colonizadores ostionoides por el este (Rouse 1992). Las investigaciones en las Antillas Mayores han revelado un número creciente de sitios donde se halla cerámica asociada con herramientas de piedras arcaicas (Dacal Moure y Rivero de la Calle 1984; Jouravleva 2002; Rodríguez Ramos s.f.; Veloz Maggiolo 1991; Ulloa Hung y Valcárcel Rojas). Los sitios del este de República Dominicana, El Caimito, Musiépredro, Punta Cana y otros tienen cerámica asociada con un horizonte pre aruaco con fechados de al menos 350 a.C. Sin embargo, como estos sitios están próximos a Puerto Rico, donde la alfarería fue introducida antes de 400 a.C., la presencia de cerámica fue interpretada por Rouse (1992) como resultado de la difusión a través del Paso de la Mona y no como un fenómeno distinto y único.

La situación de Cuba es más difícil de explicar. Los fechados radiocarbónicos de Jorajuría y Playitas, en Matanzas, si son correctos, indican la presencia de cerámica en comunidades pre aruacas hacia 2160 a.C. (Jouravleva 2002). Hay otras fechas previas a la llegada de la colonización ostionoides (alrededor de 700 d.C.). En el oriente de Cuba, por ejemplo, Ulloa Hung y Valcárcel Rojas (2002) identificaron sitios con cerámica, datados por radiocarbono en 250 y 350 DC. La mayor parte de la cerámica hallada en estos sitios es simple y lisa, sin características de diagnóstico. No obstante, la alfarería llegó a Cuba (y a La Española) mucho antes de lo admitido previamente (cf. Rouse 1992). No está claro aún si la técnica vino de Puerto Rico en fecha remota, o de otros sitios como Florida, América Central o de Sur América (ver Callaghan 2003), o es el reflejo de una invención independiente. En este sentido, arqueólogos cubanos (como son Febles 1991; Rey Betancourt y García Rodríguez 1988) relacionan la adopción de una técnica microlítica con la co-tradición lítica occidental del sur de los Estados Unidos (Davies *et al.* 1969), lo cual apunta a uno de los orígenes posibles de la cerámica temprana de la isla.

La conjunción de la técnica lítica pre-aruaca y la cerámica ha sido denominada con términos como “apropiadores ceramistas” (Ulloa Hung y Valcárcel 1997) y “protoagrícola” (Dacal Moure y Rivero de la Calle 1984; Pablo Godo 1997), entre otros, y su estudio ha devenido

uno de los principales focos de interés de los arqueólogos cubanos, porque su interpretación desafía en la actualidad las categorías de la evolución sociocultural. También desafía el dogma taxonómico caribeño (véase Rouse 1992). En suma, desde una época tan remota como 2000 a.C., pueblos que usaron la técnica de la piedra lascada comenzaron a usar cerámica, aunque como componente menor en el conjunto de sus herramientas. Las razones por las que la adoptaron no son evidentes aún, pero la presencia de cerámica apunta hacia cambios en las sociedades precolombinas de las Antillas Mayores que ameritan más investigaciones.

El uso de cerámica en pueblos arcaicos se dirige hacia un problema general relacionado con la manera en que hemos conceptualizado este episodio de la historia. Christopher Goodwin (1978) fue el primero en cuestionar nuestros prejuicios al preguntarnos si lo arcaico fue una *era* (ver Rouse 1986), una etapa (*modo de vida*) o un patrón de subsistencia (sistema de adaptación). Algo está claro, los pueblos que usaron la técnica de las herramientas de piedra y no la cerámica en un grado significativo, inmediatamente son clasificados como cazadores-recolectores, apropiadores, colectores y no agricultores. Sin embargo, investigaciones recientes en todo el continente han mostrado que los llamados pueblos arcaicos podían cultivar plantas, incluso en parcelas. Aunque no fueran propiamente agricultores, en el sentido de que hubiera un cultivo predominante en sus parcelas, practicaron la horticultura extensiva, y cosecharon numerosas plantas de usos diversos, en parcelas especialmente preparadas (Newsom 1993). Muchas de esas cosechas no son aquellas en las que pensamos en la actualidad cuando se habla de agricultura. Por ejemplo, Veloz Maggiolo ha descrito el uso de la guáyiga (*Zamia debilis*) en parcelas en el este de República Dominicana antes de la llegada de poblaciones saladoides (ver Veloz Maggiolo y Vega 1982). En suma, necesitamos prescindir de una frontera entre recolectores y productores, y reconocer que ambos compartían prácticas similares.

Huecoide

El reto mayor al esquema de Rouse surge con el descubrimiento de un conjunto material único en el sitio La Hueca/Sorcé en la isla de Vieques (Chanlatte Baik y Narganes Storde 1983). Antes del descubrimiento del sitio, la noción casi universalmente aceptada era que allí hubo sólo una migración de las Antillas Menores, representada por la serie saladoide, cuyo desarrollo local, culturalmente

aislado, había conducido al surgimiento de la serie ostionoides y de modo eventual a la cultura taína. Sin embargo, el descubrimiento de Chanlatte de un conjunto cerámico con motivos decorativos diferentes de los hallados en la cerámica saladoide en este sitio, le hizo proponer la existencia de una migración, anterior a la migración saladoide, de ceramistas, llamada huecoide, proveniente del norte de Venezuela.

Enfrentados a esta evidencia, Rouse (1982) y otros (Roe 1990; Siegel 1991) respondieron que el huecoide no era más que una unidad social dentro del saladoide y que, aunque su cerámica difería, pertenecían a la misma cultura. Sin embargo, este debate permaneció en el vacío debido que la existencia de un solo sitio no era suficiente para analizar el asunto en profundidad. La situación cambió cuando Rodríguez (1987) halló el sitio Punta Candellero en Humacao, Puerto Rico, que corroboraba la existencia de un horizonte La Hueca en el área, y añadía la dimensión de contener estos materiales sin ninguna asociación con los depósitos de Hacienda Grande, como era el caso del sitio La Hueca, lo que demostraba que esto ciertamente representaba una entidad cultural separada y no una unidad social especializada dentro del saladoide.

Uno de las principales dificultades para la solución de este asunto está en el énfasis exagerado que se ha hecho en la cerámica, en la arqueología caribeña, a la hora de identificar las diferentes culturas que habitaron las islas, sin tomar en cuenta otros aspectos de la cultura material que pudieran mostrar diferencias culturales y/o patrones sociales. Con vistas a analizar esta cuestión desde una perspectiva diferente, Rodríguez (2001) llevó a cabo un análisis lítico de los materiales de los dos sitios tipo donde se había descubierto la manifestación huecoide. La principal hipótesis de trabajo era que si estos grupos compartían culturas similares, esto debía ser evidente en sus repertorios líticos, puesto que los estudios diacrónicos de la lítica han demostrado que la producción de piedra en el Caribe es el elemento de menos variaciones de la cultura material a través del tiempo. Después de este análisis, Rodríguez llegó a la conclusión de que los conjuntos líticos asociados con estas dos manifestaciones culturales eran lo suficientemente distintos como para afirmar que provenían de grupos culturalmente independientes uno del otro. Sin embargo, los resultados de este estudio no han avanzado lo necesario para determinar en qué escala difiere del saladoide esta manifestación cultural, pues los modelos actuales se basan sólo en información cerámica, y en consecuencia es difícil usar líneas independientes de información para determinar si constituye un es-

tilo, una subserie o una serie. Más aún, no está claro cómo estas categorías taxonómicas se corresponden con el modelo de Chanlatte. Oliver (1999) ha hecho notar que parte de la solución del “problema huecoide” ha sido que los modelos opuestos han utilizado escalas de análisis y presunciones metodológicas no necesariamente comparables.

Una última cuestión es la relacionada con la secuencia temporal establecida para la aparición de esta manifestación cultural. Las evidencias descubiertas, al menos en Puerto Rico, indican un patrón que no parece corresponderse con la direccionalidad supuesta para el movimiento de los habitantes de La Hueca a través de la isla. Por ejemplo, los primeros análisis de esta manifestación provienen de El Convento, en el noreste puertorriqueño, sitio datado en 270 a.C. (Miguel Rodríguez, comunicación personal 2003) mientras que los primeros fechados de La Hueca y Punta Candellero, ambos en el este, están alrededor de 170 a.C. Así pues, las limitadas evidencias disponibles están lejos de contradecir el movimiento de estos grupos humanos por la costa norte de la isla en dirección este-oeste. La posibilidad de un fechado más temprano para este horizonte huecoide, aún más al oeste de Puerto Rico, debe obtenerse del reanálisis de las evidencias obtenidas por Siegel en el sitio Maisabel. Allí, Siegel pudo documentar la presencia del horizonte La Hueca debajo de un componente Hacienda Grande, separados por una capa de arena estéril de 20 cm. Debido al solapamiento de los fechados por termoluminiscencia entre cerámica del nivel superior Hacienda Grande y el inferior La Hueca, Siegel llegó a la conclusión de que “esto indica que La Hueca es contemporáneo con Hacienda Grande, lo que apoya la conclusión de Rouse en esta cuestión”. Sin embargo, aún cuando los resultados de estos análisis fueron estimados inapropiados por quienes realizaron el procedimiento de fechado, Siegel aún utiliza estas fechas para llegar a una conclusión definitiva, obviando la valiosa información cronológica que brinda la superposición de los estratos culturales. Este caso es un ejemplo de los peligros de tratar de ajustar la información a un modelo preexistente aún cuando las evidencias nos digan otra cosa.

Ostionoides

La transición clave en la historia pre-colonial caribeña tiene lugar con cambios en la cultura material asociados con el desarrollo de la serie ostionoides. Según Rouse, todas las culturas caribeñas

posteriores se desarrollaron a partir de la expansión del pueblo ostionioide a partir de Puerto Rico después de 600 d.C. Hay evidencias claras (*redware*) de que después de esa fecha se establecieron sitios ostionoides en el oeste y el norte de Puerto Rico. Sin embargo, el movimiento de los grupos ostionoides no refleja la colonización de las tierras no ocupadas previamente.

En República Dominicana hay evidencias de uso de alfarería desde 350 a.C. en sitios cercanos a Punta Cana (Veloz Maggiolo y Ortega 1996), en Haití la pasta usada en la cerámica estilo meillac es significativamente diferente de la ostionioide y la Carrier, lo que indica tradiciones distintas (Cordell 1998; Keegan 2000), y en Cuba hay cerámica asociada con ajuares de piedra arcaicos desde, quizás, 2000 a.C. (Ulloa Hung 1999; Ulloa Hung y Valcárcel Rojas 2002). Así, los colonos ostionoides, a su llegada a estas islas, deben de haber encontrado otros pueblos que ya usaban cerámica.

Otra cuestión relacionada con los grupos ostionoides puede examinarse en términos de *modo de vida*. Froelich Rainey (1940) identificó dos grupos distintos en Puerto Rico. Los saladoides tempranos fueron llamados “cultura del cangrejo” por los restos de cangrejos de tierra tan comunes en los depósitos que él excavó. Los pueblos ostionoides posteriores fueron llamados “cultura de la concha” por la abundancia de bivalvas y la ausencia casi total de cangrejos. Investigaciones recientes en las islas Turcas y Caicos, y en Jamaica, han mostrado que las conchas bivalvas no eran componente obligado del modo de vida ostionioide. De hecho, las tortugas eran el componente principal de la dieta en sitios ostionoides del período Coralie (Gran Turca) y Paradiso (Jamaica), donde las conchas de almejas eran muy escasas (Carlson 1999; Carlson y Keegan 2004). En este sentido no estamos tratando simplemente con modos de vida ostionoides transplantados a otras islas, sino con adaptaciones humanas a nuevos ambientes y oportunidades.

En suma, hay evidencias confiables de una expansión ostionioide que partió de Puerto Rico alrededor de 600 d.C. Más aún, estos pueblos ostionoides establecieron colonias en La Española, Jamaica, Cuba y el sur de Bahamas en el plazo de un siglo, aunque no llegaron a un paisaje desocupado. La naturaleza y el resultado de las interacciones con los pueblos que encontraron requiere aún de estudio. Por ejemplo, la rápida propagación de *redware* puede reflejar la difusión de este tipo de fabricación de cerámica entre los pueblos arcaicos que habitaban en la mayor parte de estas islas (aunque Bahamas y Jamaica son excepciones notables).

CONSIDERACIONES FINALES

Investigaciones recientes de la historia precolonial caribeña han revelado un alto grado de diversidad entre las culturas y grupos sociales que ocuparon las islas (Curet 2003). Desafortunadamente, esta diversidad ha sido subsumida por estructuras que fueron diseñadas para convertir en categorías de representación los remanentes materiales y los modos de producción. En el primer caso se enfatizan las normas culturales mientras en el segundo se hace foco en normas sociales. En nuestra opinión hemos alcanzado un punto en que se requieren cambios teóricos revolucionarios. Necesitamos reorientar nuestros esfuerzos para abarcar la diversidad y comenzar a desarrollar modelos históricos que hagan énfasis en la singularidad de la existencia humana en las Antillas antes de la llegada de los europeos. No quiere decir que abandonemos los marcos generales de referencia, pero necesitamos desarrollar modelos de mayor grado de plasticidad que operen fuera del cómodo normativismo cultural y/o social para que seamos capaces de dar sentido al alto grado de variabilidad del paisaje cultural pre-colonial del Caribe.

BIBLIOGRAFÍA

- Bullen, R. P. (1964): *The archaeology of Grenada, West Indies*. Social Sciences, No. 11, Gainesville, Contributions of the Florida State Museum.
- Bullen, R. P. y A. K. Bullen (1972): “Archaeological investigations on St. Vincent and the Grenadines, West Indies” en *The Wm. L. Bryant Foundation American Studies*, No. 8, Orlando.
- Callaghan, R. T. (2003): “Comments on the mainland origins of the preceramic cultures of the Greater Antilles” en *Latin American Antiquity*, 14.
- Carlson, L. A. (1999): “Aftermath of a feast: Human colonization of the southern Bahamian Archipelago and its effects on the indigenous fauna”, disertación de Ph.D., Department of Anthropology, Gainesville, University of Florida.
- Carlson, L. A. y W. F. Keegan (2004): “Prehistoric resource depletion in the prehistoric northern West Indies” en *Voyages of Discovery: The Archaeology of Islands*, editado por S. M. Fitzpatrick, Westport, CT, Praeger Publishers.
- Cordell, A. (1998): “Possible manufacturing origins of Ostionoid pottery from the Bahamas”, presentado en 55th annual meeting of the Southeastern Archaeological Conference, Greenville, SC.
- Curet, L. A. (2003): “Issues on the diversity and emergence of middle-range societies of the ancient Caribbean: A critique” en *Journal of Archaeological Research* 11.

- Chanlatte Baik, L. e I. Narganes Storde (1983): *Vieques, Puerto Rico: Asiento de una nueva cultura aborígen antillana*. Santo Domingo, Impresora Corporán.
- Dacal Moure, R. y M. Rivero de la Calle (1984): *Arqueología aborígen de Cuba*. La Habana, Editorial Gente Nueva.
- Engels, F. (1972): *The origin of the family, private property and the state (in the light of the researches of Lewis H. Morgan)*. New York, International Publishers.
- Ensor, B. E. (2000): "Social formations, modo de vida, and conflict in archaeology" en *American Antiquity* 65.
- Godo, Pablo (1997): "El problema del protoagrícola en Cuba: discusión y perspectivas" en *El Caribe Arqueológico* 2.
- Goodwin, R. C. (1978): "The Lesser Antillean Archaic: New data from St. Kitts" en *Journal of the Virgin Islands Archaeological Society* 5.
- Jouravleva, I. (2002): "Origen de la alfarería de las comunidades protoagrícolas de la región central de Cuba" en *El Caribe Arqueológico* 6.
- Keegan, W. F. (2000): "West Indian archaeology. 3. Ceramic age" en *Journal of Archaeological Research* 8.
- (2001): "Archaeological investigations on Ile à Rat, Haiti: Avoid the -OID" en *Proceedings of the 18th International Congress for Caribbean Archaeology*. St. Georges, Grenada.
- Kuhn, T. (1962): *The Structure of Scientific Revolutions*. Chicago, University of Chicago Press.
- Morgan, L. H. (1877): *Ancient Society (or Researches in the lines of human progress from savagery through barbarism to civilization)*. Chicago, Charles H. Kerr.
- Newsom, L. A. (1993): "Native West Indian plant use" disertación de Ph.D., Department of Anthropology, Gainesville, University of Florida.
- Oliver, J. (1999): "The 'La Hueca problem' in Puerto Rico and the Caribbean: Old problems, new perspectives, possible solutions" en *Archaeological investigations on Saint Martin (Lesser Antilles)*, editado por C. L. Hoffman y M. L. P. Hoogland, Faculty of Archaeology, Leiden University, The Netherlands.
- Rodríguez, M. (1989): "The zone-incised crosshatched (ZIC) ware of early precolombian ceramic age sites in Puerto Rico and Vieques Island" en *Early Ceramic Population and Adaptive Strategies in the Caribbean*, editado por P. Siegel, BAR, Oxford.
- Rodríguez, R. (2001): "Lithic reduction trajectories at La Hueca and Punta Candelero sites, Vieques, Puerto Rico" (inédito), Masters Thesis, Department of Anthropology, Texas A&M University, College Station, TX.
- (inédito): "The crab/shell dichotomy revisited: the lithics speak out", capítulo incluido en *Prehistory of Puerto Rico*, editado por Peter Siegel, Alabama, University of Alabama.
- Roe, P. (1990): "Monserate restudied: The 1978 Centro field season at Luquillo Beach: Excavation overview, lithics, and physical anthropological remains" en *Proceedings of the 11th Congress of the International Association for Caribbean Archaeology*. Puerto Rico.
- Rouse I. (1939): "Prehistory in Haiti: A study in method" en *Yale University Publications in Anthropology*, No. 21, New Haven.
- (1972): *Introduction to prehistory: A systematic approach*. New York, McGraw-Hill.
- (1982): "Ceramic and religious development in the Greater Antilles" en *New World Archaeology*, 5(2).
- (1986): *Migrations in prehistory*. New Haven, Yale University Press.
- (1992): *The Tainos: The people who greeted Columbus*. New Haven, Yale University Press.
- Sears, W. H. y S. D. Sullivan (1978): "Bahamas archaeology" en *American Antiquity* 43.
- Siegel, P. E. (1991): "Migration research in Saladoid archaeology: A review" en *The Florida Anthropologist* 44(1).
- (1992): "Ideology, power, and social complexity in prehistoric Puerto Rico", disertación de Ph.D., State University of New York, Binghamton, University Microfilm, Ann Arbor.
- (1996): "An interview with Irving Rouse" en *Current Anthropology*.
- Ulloa Hung, J. (1999): "Aproximación a la cerámica temprana en el Caribe" en *El Caribe Arqueológico* 3.
- Ulloa Hung, J. y R. Valcárel Rojas (2002): *Cerámica temprana en el centro del oriente de Cuba*. Santo Domingo, Videograph.
- Veloz Maggiolo, M. (1991): *Panorama histórico del Caribe precolombino*. Santo Domingo, Edición del Banco Central de la República Dominicana.
- Veloz Maggiolo, M. y M. J. Ortega (1996): "Punta Cana y el origen de la agricultura en la isla de Santo Domingo" en *Ponencias del Primer Seminario de Arqueología del Caribe*, editado por M. Veloz Maggiolo y A. Caba Fuentes, República Dominicana, Museo Arqueológico Regional Altos de Chavón.
- Veloz Maggiolo, M. y B. Vega (1982): "The Antillean preceramic: A new approximation" en *Journal of New World Archaeology* 5.

LA NUEVA ARQUEOLOGÍA: ENTRE EL DECLIVE DE UNA TRADICIÓN Y LO NOVEDOSO DE UNA REALIDAD

LIZ B. MARICHAL GARCÍA
ADRIANA SUÁREZ CAIRO
J. R. ROBAINA JARAMILLO



Los autores son investigadores del Centro de Antropología del CITMA en La Habana

“Ni se deben exagerar sus faltas de propósito, por el purito de negarles toda virtud, ni se han de esconder sus faltas o pregonarlas como virtudes”.

José Martí: *Patria*, New York, 23 de mayo 1894

La arqueología en tanto ciencia social no puede verse como un modelo de ciencia independiente y radicalmente desvinculada de la filosofía y la política, pero además, de la situación económica concreta e histórica, si se quiere, en que surge y se desarrolla. Acaso el vínculo más estrecho entre ellas deba verse en el nivel abstracto de discusión teórica que propone esta ciencia vinculada al estudio de la sociedad humana desde sus orígenes.

Por lo mismo, es un hecho que la no participación directa de los EE.UU. en los inicios de la guerra (1939-1942) posibilitó a esta nación, por una parte nutrirse de talentos científicos venidos de Europa, y por la otra, alcanzar un auge económico que ya para la postguerra y en las dos décadas subsiguientes era ostensible.

Ante tales premisas y en semejantes condiciones, resulta claro el desarrollo alcanzado en todas las ciencias y en particular las ciencias sociales. En ese sentido ya en los años 50 surgen en ellas un cuestionamiento total en cuanto a métodos, metodología y explicación científica.

En la arqueología también se hicieron sentir estas posiciones críticas. Primeramente se hizo necesario retomar el camino del cual fue excluida y que la insertaba dentro de la antropología estadounidense, y por otra parte, cuestionar, ofreciendo alternativas, el estrecho marco metodológico que imponía el particularismo histórico, en otras palabras surge una necesidad creciente de explicar el pasado del hombre, más que simplemente describirlo.

Este esquema en el que se encontraba encasillada la arqueología, preponderaba el estudio de los restos materiales de cultura, mediante modelos taxonómicos rígidos y aceptados universalmente; sin embargo, no intentaba explicar los hechos adquiridos dentro de ese conjunto cultural cognoscible, ateniéndose a una supuesta “ausencia de datos”. De esa manera todo estudio de esta problemática se convertía en una finalidad en sí misma y no como un medio hacia la comprensión de la sociedad primitiva. Eran evidentes las ideas preconcebidas sobre las limitaciones en el nivel explicativo del registro arqueológico.

Es a partir de ahí que se desarrolla toda una mentalidad que intenta saltar la barrera impuesta y demostrar que el arqueólogo, no solamente es capaz de determinar el grado de evolución cultural de un grupo por sus propios elementos materiales, sino que en sus apreciaciones intervienen toda una gama de observaciones que ayudan a conocer o acercarse a la forma de vida de ese grupo.

En tal sentido se enfatizan las preocupaciones de tal índole en el pensamiento arqueológico americano y comienza la búsqueda de alternativas a manera de encontrar una explicación diferente al cambio cultural y según la teoría antropológica tal como se concebía en los Estados Unidos en ese momento.

Así aparecen diversas tendencias o posiciones teóricas como la arqueología procesual, etnoarqueología, arqueología conductual y arqueología postprocesual; así como las diversas vertientes que evolucionan dentro de las mismas. Aunque en este trabajo someteremos a consideración una que por el papel desempeñado dentro de la arqueología contemporánea, no podemos dejar de analizar, nos referimos a la arqueología procesual o nueva arqueología.

Como se verá, no ha sido el ánimo, para este trabajo, adoptar hacia ella una posición clínica de cirujanos, en el tratamiento y en la crítica, aunque esta última (claro está), aflora allí, donde ha resultado imprescindible. Más bien, la propuesta tiene una intención expositiva, ofreciendo las características centrales de esta tendencia, como paso obligatorio de una futura necesidad palpable que acerca de ese conocimiento existe en nuestra arqueología.

El tema tratado no está agotado ni mucho menos, esta-

mos conscientes de las limitaciones con que abordamos esta problemática. Por lo mismo deberá verse este ensayo como una propuesta de eslabonar varias posiciones dadas en nuestra ciencia y en un país concretamente, y dejar a otros colegas el desarrollo crítico inexcusable de los tópicos que aquí no se aprecian.

Es a finales de la década de los años 60 que la respuesta necesaria a las insatisfacciones surgidas dentro del tradicionalismo no se hizo esperar, y fue proporcionada por un grupo de jóvenes arqueólogos de la Universidad de Michigan, encabezados por Lewis R. Binford, ellos se propusieron ofrecer un nuevo planteamiento a los problemas de la interpretación arqueológica. Es cuando aparece la llamada nueva arqueología o arqueología procesual.

Referente al término nueva arqueología al parecer fue usado por primera vez por Caldwell (1959), aunque si bien con un sentido muy distinto al que viniera a tener más tarde. Consideramos que en este autor tal uso estuvo muy a tono con los cambios acaecidos en otras ciencias estadounidenses como la sociología, donde la novedad se impregnó de un funcionalismo que desde 1951 Talcott Parsons venía definiendo como teoría general de acción en busca del establecimiento de una teoría general de las ciencias sociales (Parsons 1955) excepto la política y la economía.

Es en ese tono y con semejante antecedente (nueva sociología, nueva arqueología, nueva psicología, etc.) es que Caldwell introduce el término. Binford, según comenta Gándara (1980:10), lo utiliza por primera vez en forma directa en su réplica a un trabajo de Sabloff y Willey (Binford 1968).

Lo de arqueología procesual le viene por Kent Flannery (1967), quien lo introduce con un tono conciliador en ese año. Tono rechazado de acuerdo con sus “connotaciones ideológicas”, por Watson, Le Blanc y Redman, quienes prefirieron el término supuestamente más neutral (¿?) de arqueología explícitamente científica (Watson, Leblanc, Redman 1971:14).

De cualquier manera desde sus inicios y hasta nuestros días, algunas generaciones de arqueólogos se han visto influenciados en mayor o menor grado por las ideas y postulados que se plantean dentro de esta posición teórica, otros han hecho carrera a través de una crítica encarnizada, que a

veces resulta odiosa, pero eso sí, ninguna los ha pasado por alto.

En esta tendencia no sería difícil rechazar que desde sus inicios su característica fundamental se basaba en una aproximación a la antropología desde una perspectiva neopositivista, en cuanto al método y explicación científico. En la actualidad es una verdad de Perogrullo, sin embargo habría que añadir que esto le viene de los postulados que representaba ya en los años 50 el empirismo lógico en los Estados Unidos. Por consiguiente emerge bajo la fórmula de que, y siguiendo a esta corriente filosófica, en la arqueología tradicional americana se manifiesta una incapacidad por resolver los problemas metodológicos de la ciencia, tanto por su insuficiencia en la aplicación de un lenguaje científico propio, como por su falta de comprobación en el criterio de verdad aportada por las evidencias. De tal manera que esta (la verdad) fuera puesta a prueba y eventualmente modificada, corregida o abandonada.

De modo que el momento de creación de Binford y su grupo se corresponde con una renuncia total a toda la “vieja” arqueología norteamericana, así como con un ejercicio de amnesia a todo el lenguaje arqueológico anterior, en busca de un vuelo original propio. Este movimiento significó una liquidación, parecida a un ajuste de cuentas, con toda la influencia además del particularismo histórico, haciendo que en el trasfondo reapareciera del olvidado evolucionismo lo que hasta ese momento no había sido tratado. Como era de esperar, esa renuncia confrontó no pocos tropiezos a su propio líder. Tan es así que al ser rechazado su simposio en el Congreso de la SAA (Society American Anthropology) (1968), escribe en apenas 48 horas el artículo que resultó una de las piedras fundamentales de una revolución conceptual en arqueología. (Consens 1995:348).

Las primeras generaciones de arqueólogos dirigieron sus pasos guiados por esa filosofía y adoptaron cuatro postulados fundamentales, que en los inicios cimentaron la estructura metodológica de la posición seguida. Estos fueron:

1. Adopción del modelo hempeliano de la explicación y del método hipotético-deductivo.
2. Consideración de la arqueología como antropología a

partir de un objeto de estudio común (la cultura concebida como sistema) y un objetivo común (la descripción y explicación de la variabilidad cultural).

3. De acuerdo a la naturaleza organizada del registro arqueológico (estructura arqueológica) se rechazan las limitaciones a priori del material arqueológico, y el papel de la analogía como fuente de hipótesis.

4. La necesidad de controlar la representatividad, certeza y significado de observaciones hechas en el registro arqueológico (Gándara 1980:17).

Con estos presupuestos los nuevos arqueólogos asumieron además una actitud recurrente a la teoría de los sistemas, usando su terminología a la manera en que lo define Kent Flannery (1967):

La sociedad como resultado de la interpretación o interdependencia de sus componentes, así como los puntos de vista de la ecología cultural, particularmente a la corriente que inspirada por Leslie White, partió de los planteamientos de J. Steward, autor que propuso una ecología cultural orientada hacia el estudio de los efectos del medio ambiente sobre la cultura, para determinar los procesos creativos de su adaptación ambiental.

Todo ello para sustentar la tesis planteadas en los postulados 2, 3 y 4.

De esa manera los arqueólogos procesuales pretenden sustituir la tradicional descripción del pasado en la arqueología por su explicación; abandonan el concepto de cultura como fenómeno univariado, cuyo análisis debe hacerse teniendo en cuenta las variables relevantes que pueden funcionar independientemente o en combinaciones variadas (Binford 1964:199).

Concepto que no debiera verse aislado de otro no menos importante: el de estructura arqueológica, en este aspecto se propone un rechazo inmediato a concepciones que ven en el registro arqueológico limitaciones interpretativas. Para los nuevos arqueólogos el registro arqueológico presenta un carácter organizado y estático, por lo tanto susceptible de ser leído. Si esta lectura se realiza sobre la base de la interpreta-

ción taxonómica de artefactos aislados de su contexto, evidentemente la reconstrucción se convierte en un superficial y sospechoso pasatiempo (Binford 1968:84), con una fuerte dosis de interpretación contemporánea.

A esto se añade que, podemos elaborar cronología y secuencias cerámicas (describir el material arqueológico con relación a la dimensión asumida del tiempo), podemos ubicar en un mapa la distribución de nuestros tipos y delimitar “áreas culturales” (describir el material arqueológico en términos de su dimensión espacial); lo único que habremos ganado habrá sido una descripción de un fenómeno que no es contemporáneo; que puede haber sido (de hecho sabemos que fue) producido en el pasado, es cierto, pero la mera descripción de sus características actuales, tal como estos han sobrevivido hasta hoy, no es más que la descripción de un fenómeno contemporáneo, de no ser contemporáneo a nosotros simplemente no podríamos observarlo; el material arqueológico ha roto, por así decirlo, su dimensión temporal y nos es contemporáneo. Mientras no liguemos este material con las condiciones que le dieron lugar en el pasado estaremos engañándonos, sólo pretendiendo hacer un estudio sobre el pasado, habremos descrito un fenómeno actual. Es tal vez esta argumentación una de las más fuertes en contra de la forma en que la arqueología tradicional define sus objetivos y que muestra la necesidad de que éstos sean modificados (Gándara 1980:22-23).

De manera que un primer paso es la búsqueda de proporciones acerca de la formación del registro arqueológico, la detección de los artefactos que fueron utilizados junto a otros en la realización ¿de qué tareas? y ¿por qué grupos? o sea su asociación y correlación. Para Binford una vez logrado este paso, la estructura arqueológica está definida y es susceptible de ser estudiada en términos de su forma y complejidad, a través de métodos para correlacionar los tipos culturales arqueológicos y definir con las formas estructurales los atributos conductuales que pueden ser determinados. “Cuando

esto se logre los arqueólogos y antropólogos sociales estarán en una posición que permita hacer contribuciones conjuntas a la solución de problemas antropológicos comunes” (Binford 1964:136).

Es posible que estas tesis fueron debatidas y refutadas por su carácter generalizador, para aquel entonces se acudió al filósofo Karl Hempel para buscar un cuerpo de conocimientos, en cuanto a explicación y método, con sistemas filosóficos respaldantes. Recordemos que Hempel afirmaba que “toda explicación debía enmarcarse en generalizaciones más ambiciosas: las leyes naturales” (Renfrew y Bahn 1993:436), en ese sentido denominaron este sistema explicación nomológica deductiva, método propuesto por Hempel y Oppenheimer en el año 66 y desarrollado por el primero.

Así, los arqueólogos procesuales aprobaron y defendieron la utilización del método hipotético-deductivo en la investigación arqueológica, o sea, para ellos es perfectamente lógico formular una hipótesis, determinar mediante la deducción qué implicaciones tendría si fuese cierta y luego observar si estas consecuencias aparecen en realidad en el registro arqueológico, si la hipótesis formulada con anterioridad difiere del resultado obtenido de la experiencia práctica (entiéndase trabajo arqueológico de campo, análisis del registro arqueológico, comparación taxonómica, etc.) entonces sería necesario plantear una nueva hipótesis, que modifique, corrija o abandone la inicialmente planteada, para ello la relación hipótesis-deducción-comprobación práctica es inalienable y sirve como criterio certero en la interpretación del registro arqueológico.

Los nuevos arqueólogos hasta 1973 adoptaron estas posiciones, que fueron muy criticadas, sin embargo ahora, una crítica de esta índole resultaría inservible en tanto sus seguidores una y otra vez las abandonaron y adoptaron otras, muchas de ellas contradictorias entre sí, y que se discuten activamente e intentan convertirse en hegemónicas (Gándara 1980:8). Por otra parte, nunca existió una posición teórica inamovible y “monolítica” que cambiara la situación presentada, por tanto no fue posible sostener el “aparente” sentido de unidad que había caracterizado los años formativos.

En los años 80 ya se hablaba de la pérdida en la posición privilegiada que llegó a tener esta tendencia en los últimos

veinte años: se convirtió en uno de los muchos enfoques teóricos de la arqueología a escala mundial. A esto también coadyuvó las diferentes tomas de posiciones dialécticas de su creador a lo largo de esos años.

Algunos de los seguidores y contrarios de la arqueología procesual buscaron otras formas de explicar los aspectos cognitivos de la sociedad del pasado, insistiendo en la integración de los aspectos simbólicos e ideológicos a partir de los restos materiales.

De hecho la arqueología procesual o nueva arqueología se dividió en dos corrientes: la procesual funcionalista y la procesual cognitiva.

La arqueología procesual funcionalista es característica de los primeros años de la nueva arqueología. A esta primera se le denominó funcionalista por prestar demasiada atención a las actividades económicas sobre todo a la subsistencia, y no lo suficiente a otros aspectos de la experiencia humana entre los que se incluyen lo social y la base ideológica.

En contraposición dentro de la nueva arqueología aparece una nueva síntesis: arqueología procesual cognitiva, que trasciende las limitaciones ya señaladas de la arqueología procesual funcionalista. Al parecer esta nueva perspectiva “todavía aspira a explicar más que a simplemente describir, insiste en la importancia de la generalización dentro de la estructura teórica y subraya la importancia no sólo de formular hipótesis, sino de contrastarlas con los datos” (Renfrew y Bahn 1993:451).

Al mismo tiempo reacciona junto a los que rechazan los logros positivos de la nueva arqueología y se considera heredera de la arqueología procesual funcionalista. Sin embargo esta nueva síntesis difiere de su antecesora en varios aspectos: recalcó con más ahínco el papel activo que desempeña la ideología en la sociedad, incorporando en las mismas explicaciones referentes a sus aspectos simbólicos. Resaltan que dentro de cada sociedad se debe estudiar con detenimiento los conflictos internos que se generan.

Además reconocen que “[...] la formulación de leyes del proceso cultural, semejantes a leyes universales, no es una vía provechosa para desarrollar la explicación arqueológica (Renfrew y Bahn 1993:452) y rechazan de golpe el modelo hempeliano.

Actualmente la arqueología procesual cognitiva parece estar explorando dos direcciones principales: la investigación del papel de los símbolos en los procesos de cambio y el estudio de la estructura en las transformaciones.

De cualquier manera si se nos exigiera un análisis general de la nueva arqueología, podemos afirmar que su aparición trajo consigo un renovado interés en las cuestiones de método y teoría, asunto en el cual la disciplina no había formulado otras alternativas más específicas, tal vez desde los tiempos de Gordon V. Childe. En ese sentido “los nuevos arqueólogos” propusieron el uso de novedosos conceptos y técnicas de un alto rigor analítico en las investigaciones, todo ello unido al manejo adecuado de la estadística, técnicas de muestreo y análisis por computadoras, para extraer la mayor información posible del dato arqueológico, con toda la gama de inferencias cualitativas que este conlleva (López de Molina 1978:39).

Quizás, en los últimos tiempos y a diferencia de sus predecesores, los seguidores de esta corriente al teorizar excesivamente sobre los postulados en que se formaron, olvidaron la necesidad de comprobar en la práctica el nuevo enfoque filosófico de sus discursos. Y obviaron “[...] que la filosofía no es la panacea para la solución de todos los problemas científicos (Boschín 1991:88).

Dicho de otra manera, en los últimos años, lejos de enredarse en interesantes discusiones teóricas, más significativo hubiera sido, continuar la línea inicial de verificar y contrastar los resultados del trabajo de campo, así como el sentido práctico de todo el marco teórico-metodológico que se enunciaba y a partir de ahí poder plantear nuevos problemas teóricos.

Aún así la influencia ejercida por los postulados de la nueva arqueología llegaron hasta los lugares más insospechados; a su paso iban dejando una estela de defensores y detractores que alababan o criticaban sus nuevos conceptos y marcaron, de hecho lo hicieron, el camino hacia búsqueda de nuevas alternativas para el desarrollo de la arqueología a nivel mundial.

BIBLIOGRAFÍA

- Binford, L. (1964): “Galley Pond Mound” en Binford (1972:230-420).
 _____ (1972): *Somme Comments on Historical versus processual*

- archaeology. An archaeological perspective*. New York, Academic Press.
- _____ (1988): *En busca del pasado*. Ed. Crítica, Barcelona.
- Boschín, M. T. (1991): "Arqueología, categorías, conceptos y unidades de análisis" en *Boletín de Antropología Americana*. No. 24, Editorial Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- Cadwell, J. (1959): "The new American archaeology" en *Sciencie*. No. 29.
- Consens, M. (1995): *La arqueología procesual de Binford. Arqueología en el Uruguay*. Editorial Surcus.
- Evans, C. (1956): "Tendencias actuales de la investigación arqueológica en América Latina" en *Revista Cubana de Ciencias Sociales*. No. 38, Vol. VII.
- Flannery, K. (1967): "Culture, History vs. cultural process: A debate in American archaeology" en *Scientific American*, No. 217.
- Freedman, M., S. J. de Laet y G. Barraclough (1981): *Corrientes de la investigación en las ciencias sociales*. T. II, Editorial Tecnos/Unesco.
- Gándara, M. (1980): "La 'vieja' nueva arqueología" en *Boletín de Antropología Americana*. No. 2 (primera parte), Ed. Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- _____ (1981): "La 'vieja' nueva arqueología" en *Boletín de Antropología Americana*. No. 3 (segunda parte), Editorial Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- Harris, M. (1978): *El desarrollo de la teoría antropológica*. España, Editorial Labor.
- López de Molina, D. (1978): "La arqueología como ciencia social" en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*. Año VII, No. 11, Santo Domingo, Sep.
- Lorenzo, J. L. L. Mirambel *et al.* (1991): *Prehistoria y arqueología*. México, Editorial Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Masson, V. (1976): *La economía y el sistema social de las sociedades antiguas*. Leningrado, Ed. Nauka.
- Patterson, T. (1989): "La historia y las arqueologías procesuales" en *Boletín de Antropología Americana*. No. 20, Ed. Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- _____ (1991): "Algunas tendencias teóricas de la postguerra en la arqueología estadounidense" en *Boletín de Antropología Americana*. No. 21, Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- Renfrew, C. (1985): "La nueva arqueología" en *El Correo*. Ed. Unesco.
- Renfrew, C. y P. Bahn (1993): *Arqueología, teoría y método*. Madrid, Ed. AKKAL.
- Steward, J. (1955): *Theory of culture change. The methodology of multilineal evolution*. University of Illinois, Press, Urbana.
- Watson, P. J., S. le Blanc y C. Redman (1971): *Explanation in Archaeology*. New York, Columbia University Press.
- Wiley, G. y P. Phillips (1958): *Method and teory en american archaeology*. Chicago, University of Chicago.
- Zilhao, J. (1991): "Sobre la relación entre teoría y práctica en arqueología prehistórica" en *Boletín de Antropología Americana*. No. 23, Editorial Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

ARQUEOLOGÍA HISTÓRICA: DISCUSIONES EPISTEMOLÓGICAS RECIENTES

PEDRO PAULO A. FUNARI



El autor trabaja en el Departamento de Historia, IFCH,
UNICAMP, Campinas, Brasil

DOCUMENTOS, ARQUEOLOGÍA Y CONFLICTOS

Para intentar describir e interpretar lo que pasó en las culturas del pasado, es útil incorporar textos y artefactos. Los documentos escritos y los datos arqueológicos pueden ser considerados como interdependientes, complementarios y contradictorios *al mismo tiempo*. Una aproximación multidisciplinaria es necesaria para sumar el análisis textual a los aportes de la sociología y la antropología, entre otros.

El conflicto social fue tradicionalmente interpretado por los grupos dominantes de la sociedad. Hasta 1940, los arqueólogos históricos dirigían su atención a los sectores ricos y famosos de esta, contribuyendo al mantenimiento y reforzamiento de las ideologías conservadoras. Poco a poco, los arqueólogos empezaron a imitar a sus colegas de las ciencias humanas y sociales, y estudiaron también a los grupos subordinados. Examinar la evidencia material de los grupos subalternos ofrecía la oportunidad de acceder, de una forma menos restringida, a aquellos grupos sociales poco representados en la investigación.

La interpretación de los conflictos sociales depende directamente de la manera en que entendemos la sociedad. Los arqueólogos consideraban que las culturas eran entidades homogéneas y bien delimitadas. Esta idea proviene de la definición clásica de Vere Gordon Childe: “La cultura es un patrimonio social; corresponde a una comunidad que comparte instituciones y modos de vida *comunes* [énfasis añadido]” (citado en Jones 1996). Esta definición implica armonía, unidad e intereses comunes, y por lo tanto, una ausencia de conflictos en la sociedad. Las raíces de esta interpretación de la vida social pueden ser rastreados en Aristóteles y su definición de la sociedad como *koinonía*, es decir, como una hermandad (cf. Aristóteles, *Política* 1252^a7). Compartir valores en una cultura homogénea significa, desde esta perspectiva, aceptar características

generales y comunes compartidas por todos (cf. Aristóteles, *Política* 1328^a21). Por otra parte, la homogeneidad es un concepto derivado de los movimientos nacionalistas/capitalistas, y se encuentra en directa oposición con un acercamiento internacionalista y proletario, como el expresado en el *Manifiesto comunista*: “Proletarier aller Länder, vereignet euch!” Las culturas y las naciones fueron consideradas por la ideología burguesa como entidades cerradas y unidas, y la historia fue concebida como un producto de las acciones y eventos asociados con tales entidades homogéneas. Así, la búsqueda burguesa de la solidaridad nacional fue criticada desde mediados del siglo XIX.

Dentro de este marco puede comprenderse mejor el concepto de cultura arqueológica. De acuerdo a este, los conjuntos materiales cerrados son considerados el producto de grupos étnicos del pasado, dentro de los cuales la gente compartía un conjunto de normas prescriptivas de comportamiento aprendidas desde una edad temprana y capaces de producir una cultura común. La idea misma de un adoctrinamiento temprano está presente en el uso de las escuelas para forjar identidades nacionales desde una perspectiva burguesa, como es evidente en el caso de la Francia post-revolucionaria. Las entidades arqueológicas son interpretadas, bajo esta perspectiva, como unidades orgánicas equivalentes a las naciones burguesas. Sin embargo, visualizar las contradicciones y las luchas sociales sólo es posible si la sociedad es considerada heterogénea, y la dialéctica entre homogeneidad y heterogeneidad en la sociedad puede ser interpretada bajo estas nociones.

La naturaleza holística y monolítica de las culturas y sociedades fue criticada por diversos estudios empíricos y teóricos en las últimas décadas. En estos, la homogeneidad, el orden y el carácter cerrado fueron asociados con el presupuesto *a priori* de una *Weltanschauung* conservadora que considera que la estabilidad, y no el conflicto, caracteriza a las sociedades. A partir de acercamientos críticos, los estudiosos lograron llamar la atención sobre el carácter heterogéneo, fluido y cambiante de la sociedad y de los grupos sociales. La arqueología posee una larga tradición en identificar grupos étnicos por medio de la evidencia material, relacionando una cultura material con una determinada raza y lengua. Esta identificación se encuentra basada en un entendimiento normativo y homogéneo de la cultura, y fue desafiada por muchos estudios.

ARQUEOLOGÍA, MODELOS NORMATIVOS Y ETNICIDAD

Una cuestión central del estudio de lo social en la arqueología siempre estuvo en el análisis de la identidad en general y, en especial, la identidad étnica, considerada normalmente como dos caras de una misma realidad. Así, el modelo histórico-cultural, originario de la obra de Kossinna, de principios del siglo XX, establecía que características de la cultura material indicaban lenguas y grupo étnicos, de manera que *Volk* (pueblo) y *Sprache* (lengua) podrían ser identificados a partir de tuestos y piedras. Este modelo normativo de sociedad consideraba que, generación tras generación, los artefactos eran reproducidos con pequeños cambios, de manera que diferencias de distribución de los tipos diagnósticos tendrían que reflejar movimientos de pueblos, migraciones. Esta correlación general de variables, en la famosa fórmula *ein Volk, eine Sprache, eine Heimat*, tan popular en el estudio de la prehistoria de América del Sur, implica que sería posible diferenciar grupos étnicos y lenguas por medio del estudio de la cerámica: “El punto inicial será, por lo tanto, establecer las conexiones históricas entre tradiciones cerámicas y lenguas habladas por los grupos indígenas que hacían cerámica desde los tiempos de contacto y, en algunos casos, hasta el presente día” (Brochado 1984:4).

En el período histórico, el caso más conocido de correlación entre cerámica, lengua y raza se refiere a los guaraníes. La llamada subtradición cerámica guaraní fue relacionada a un área entre la costa atlántica y el río Paraguay (aproximadamente 1 200 000 km²), desde el trópico de Capricornio hasta el Río de la Plata. Como en el caso del moderno Estado nacional, pártese del presupuesto que había una frontera, en este caso, paralela y al sur del río Tietê (Brochado 1984:249). Parafraseando a Kossinna y su *Herkunft* (“origen”), o búsqueda de una cuna original (*Heimat*) para los germanos, se prepuso que, en América del Sur, “todo empezó en Amazonia” (Brochado 1984:303). El mismo punto de vista fue defendido por diferentes estudiosos de la cultura material guaraní y como enfatizó el antropólogo Eduardo Viveiro de Castro, el modelo directo para esta búsqueda de una patria primigenia Tupi y su dispersión imita la búsqueda de las características indoeuropeas en el Viejo Mundo.

Con todo, muchos trabajos de campo antropológicos llevados adelante desde la década de 1920, discreparon la relación uno a uno de las identidades lingüísticas, culturales y étnicas, y está claro que las fronteras de los fenómenos culturales, lingüísticos y

étnicos no coinciden en la mayoría de los casos (Jones 1997:50). El cuadro teórico dominante continúa pues histórico-cultural y la cerámica hallada en las Misiones Jesuíticas fueron consideradas como “uno de los más importantes elementos de la cultura material para identificar sitios prehistóricos guaraníes [...] en las Misiones Jesuíticas guaraníes, de los siglos XVII y XVIII, restos cerámicos continúan por ser encontrados, lo que demuestra no sólo los rasgos indígenas, sino también las influencias de la tecnología europea” (Tocchetto 1996:78). 80,98 % de la cerámica encontrada fue hecha a mano (*coiling*), una técnica considerada usual para construir vasos en la cual las paredes son hechas con la superposición de argila, mientras 16,42 % fueron hechas en la rueda. La “supervivencia” de técnicas indígenas son también atribuidas a modos particulares de decorar la superficie. “La pintura fue siempre un atributo diagnóstico de la cerámica guaraní, principalmente policroma. En la Misión de San Lorenzo, la mayoría de los vasos son monocromos, con superficie roja. Brochado considera esto como de origen europeo”. La cerámica de las Misiones podría así ser dividida en cuatro grupos: 1. Manufactura y tipología guaraní; 2. Manufactura guaraní, pero con formas europeas; 3. Manufactura y tipología guaraníes, pero con decoración europea; 4. Forma y decoración europea, pero hecha por guaraníes. Recipientes con *le pié* tradicional guaraní son sólo 7,8 % de esta colección, el resto es de origen europeo (Tocchetto 1996:85-86).

Este modelo arqueológico dominante, basado en la tradición histórico-cultural, enfatiza, al mismo tiempo, la manutención de una identidad específica, casi eterna, étnica, lingüística y cultural guaraní y la aculturación o adopción de rasgos europeos por los habitantes de estos pueblos. El concepto de aculturación fue desarrollado en un cuadro teórico derivado de la experiencia colonial y de un interés general por la asimilación de las sociedades no-europeas. El concepto de “aculturación” es el resultado de un cuadro histórico-cultural, basado en la correlación uno a uno entre cultura, identidad étnica y lengua. Los lingüistas defienden, hace ya algún tiempo, que las lenguas no se relacionan directamente a grupos étnicos y las lenguas ellas mismas, como el “guaraní”, no pueden ser clasificadas como distintas y separadas. “Todas las lenguas siempre muestran en su constitución una tendencia a una dispersión e hibridización sin fin. Hay lenguas que viven en constante contacto entre ellas y se ‘contaminan’ unas a las otras, mutuamente” (Rajagopalan s.f.). Los científicos sociales, en general, y los antropólogos en particular,

enfaticaron que hay que separar estas variables y reconocer las discontinuidades y fluidez, antes que admitir relaciones fijas. De manera que no hay grupo étnico, lengua o cultura material “puros”, siendo una cerámica “guaraní” tan poco plausible como una raza germánica pura. Con todo, las ideas preconcebidas sobre culturas y pueblos son mantenidas en el interior de la disciplina arqueológica por el uso de las técnicas de seriación y, en contextos históricos, en especial, hay una énfasis natural en el concepto de “aculturación”, del nativo al europeo.

En este contexto, parece interesante introducir, en la arqueología suramericana, una crítica de los modelos dominantes. En este artículo voy a discutir un caso cuya complejidad permite estudiar cómo modelos interpretativos pueden ser presentados y utilizados. Además, el estudio del cimarrón Palmares por la arqueología, aunque sea reciente, ha producido una literatura científica sin paralelos. En este capítulo empezaré con una discusión histórica sobre el cimarrón, lo que permitirá que los lectores se puedan hacer una idea del contexto histórico e historiográfico, para, en seguida, tratar, más en detalle, acerca de cómo la cultura material puede ser estudiada de manera crítica y creativa.

ARQUEOLOGÍA E HISTORIA

Hay una larga tradición, en la arqueología y en la historia, de considerar esa una disciplina fuente de esta última. La arqueología europea salió de la filología por medio de la historia y su papel como “criada de la historia” fue el resultado de una definición muy particular de la historia como una disciplina de interpretación que usa diferentes fuentes, estudiadas por técnicos, como los paleógrafos, encargados de los manuscritos, y los arqueólogos, que colectan artefactos y objetos de arte. La arqueología americana siguió un desarrollo diferente, siempre considerada como parte de la antropología, aunque fue considerada también como una disciplina de colección de datos que deben ser interpretados por los verdaderos científicos, los antropólogos.

Los más recientes estudiosos de la disciplina, con todo, concordarían que “la arqueología es una ciencia social en el sentido que intenta explicar lo que sucedió a grupos humanos específicos en el pasado y generalizar sobre los procesos de cambio cultural”. Es considerada una disciplina independiente muy cerca de la historia y de las otras ciencias sociales y humanas. La arqueología se vuelve



ARQUEOLOGÍA Y CIENCIAS AFINES

La larga permanencia (*longue durée*) de Braudel es un concepto que permitiría una relación más íntima entre historiadores y científicos sociales, en la cual se incluyen los arqueólogos. La historia tradicional, en búsqueda de hechos, miraba los sucesos políticos microscópicos, de difícil acceso para los arqueólogos, pero la *Alltagsgeschichte* (o historia de lo cotidiano) se propuso estudiar la repetición, algo bien conocido por los arqueólogos bajo el nombre de tipología. La cooperación interdisciplinaria fue también propuesta por diferentes estudiosos como una crítica fundamental de las divisiones del conocimiento.

La caída de las fronteras disciplinarias y la producción de una ciencia unificada de la sociedad significan que disciplinas aparentemente no relacionadas, como son la filosofía y la arqueología, tienen mucho que ganar con el diálogo. La ciencia política, la filosofía social y la economía pueden servir como buenas herramientas para superar la especialización, y la ad-

vertencia de Pierre Bourdieu para que evitemos la oposición dañosa entre disciplinas fue seguida en diferentes lugares. El caso de la historiografía política argentina podría ser citado y es significativo que G. S. Jones (1976) haya afirmado, en el *British Journal of Sociology*, que “no hay diferencia, en general, entre historia y las otras ‘ciencias sociales’”.

Hace algunos años, Robert Paynter (1995:95) ha escrito que el uso de la poesía por arqueólogos es el resultado de la posición de la disciplina en el medio, entre las humanidades y las ciencias. La poesía es otra característica común de diferentes disciplinas que han recibido influencia de la lingüística y de la semiótica. Como ya he mencionado, todas las ciencias humanas modernas fueron el resultado de los estudios de lenguas, desde la época de las Luces, y el moderno análisis del discurso ha podido contribuir con nuevos *insights* desde los años 1960. Hoy día hay una aceptación creciente de los fundamentos semióticos de la ciencia, y el análisis del discurso es ahora tan corriente en arqueología como en historia. La semiótica puede contribuir para un proyecto de pluralidad de lenguas en diálogo, donde diferentes universos discursivos, como arqueología e historia, por ejemplo, pueden afectar el uno al otro, de manera recíproca y crítica.

más y más histórica y en la práctica la historia y la antropología se acercan, pues arqueólogos y antropólogos consideran que las humanidades deben tener fundamentos históricos, mientras los historiadores concluyen que la investigación antropológica y arqueológica son vitales para la historia. El interés creciente por Walter Benjamin, quien fue innovador al usar la cultura material y excavaciones como metáforas, en análisis histórico, aparece no sólo en la arqueología post-procesual sino también en otras ciencias humanas y sociales.

El diálogo entre arqueología e historia es pues una necesidad. En algunos sitios, especialmente en las Américas, una oposición entre historia y teoría fue propuesta por arqueólogos pero este acercamiento a la cuestión fue rechazada por otros, en favor de una cooperación interdisciplinaria, como subrayó el arqueólogo uruguayo José María López. Algunos arqueólogos llegaron al punto de definir la arqueología como una ciencia histórica, un tipo especial de historia social. Se reconoce que la historia es un elemento vital para la interpretación arqueológica y que los arqueólogos deben usar datos escritos y materiales a la vez.



en el contexto más amplio de la historia del mundo moderno. El estudioso no es un observador neutro, fuera de las clases sociales en conflicto, y las disciplinas académicas no están libres de lazos sociales y políticos. Nuestras interpretaciones del pasado están continuamente cambiando a causa de modificaciones culturales. El movimiento post-procesual en la arqueología ha observado que los contextos sociales y políticos modelan las interpretaciones de los vestigios arqueológicos, de manera similar a las consideraciones de los historiadores sobre las tradiciones históricas. Los cambios en normas científicas dependen de interpretaciones sociales corrientes en el presente.

La imposibilidad de separar la investigación de los intereses de la sociedad fue reconocida también por antropólogos y científicos sociales y las relaciones entre presente y pasado son comunes, específicas y directas, pues los estudiosos son un producto de la cultura y sus interpretaciones del pasado están ligadas a su contexto cultural. Un acercamiento *crítico* fue pues propuesto por los científicos sociales y aun-

La naturaleza de la evidencia, para historiadores y arqueólogos a la vez, fue frecuentemente discutida en los últimos años, y la palabra “evidencia” se consideró una figura de lenguaje. No es casual que fuera un arqueólogo, quien era también filósofo e historiador, R. G. Collinwood, el pensador que formuló el concepto de subjetividad en la interpretación. Aunque subjetivas, las evidencias son a veces interpretadas como pistas en una corte de justicia y los arqueólogos e historiadores son comparados a detectives, si se acepta que *die Geschichte ist ein Kriminalgericht* (la historia es un tribunal). La búsqueda de *nuevos* datos no estaba pues en contradicción con el carácter subjetivo de la evidencia. Con todo, historiadores y arqueólogos quieren evitar los extremos del relativismo y del objetivismo y encontrar un término medio entre ambos.

ARQUEOLOGÍA Y SOCIEDAD

Hay un reconocimiento creciente entre los historiadores y arqueólogos de que ambas disciplinas no pueden ser separadas de las realidades y conflictos sociales e intelectuales del tiempo presente, de manera que estas disciplinas deben ser vistas críticamente

que los arqueólogos hayan tardado en desarrollar una conciencia crítica, Jarl Nordbladh (1989: 28) no tuvo duda en decir que el principal objetivo de los arqueólogos es “promover una reflexión constante sobre las condiciones humanas y sociales y llevar esto hasta la crítica social del presente”. *He kritiké tékhne*, “el poder de discernir, separar, juzgar” (Aristóteles, *De Anima*, 432a 16) significa un método crítico de investigación y exposición que explota los contextos sociales y políticos del conocimiento. El mismo vocabulario es usado por historiadores cuando se refieren a la crítica histórica, como un medio de exponer los presupuestos ideológicos, y de criticar el consenso común. El desarrollo de la autoconsciencia es una preocupación también entre lingüistas e historiadores.

La afirmación de Wolfgang J. Mommsen (1984:57) que “die Historiker einer nationalen Kulturgemeinschaft angehören” (“los historiadores pertenecen a una cultura nacional”) podría ser aplicada para todos los otros pensadores sociales y si es verdad que el historiador o el arqueólogo lleva en su cabeza el presente, el centro de su atención debe dirigirse a la vida cotidiana y al pueblo común. La arqueología democratiza el pasado, al presentar indicios sobre las vidas diarias de las grandes mayorías, superando la unilateralidad

dad de las evidencias eruditas. Temas “invisibles” en la historia escrita son accesibles gracias a los vestigios materiales y las interacciones dinámicas entre elites y pueblo, entre vernacular y estilístico, son cuestiones corrientes para la arqueología. La historia de los de abajo (*History from below*) y la historia de la cultura popular son desarrollos importantes de la historiografía contemporánea, pero los arqueólogos saben bien que la “la historia es escrita por los vencedores” (Paynter 1995:59) y que los grupos subordinados pueden usar el pasado arqueológico para dar fuerza a sus luchas en el presente, escribiendo la historia de la dominación y de la resistencia.

Cuando hablamos de sociedad y de estudio, hablamos también de ética. Las palabras incisivas de Peter Ucko (1990:XX) sobre esto merecen ser citadas: “el problema que confronta la arqueología hoy es un problema moral [...] los arqueólogos no pueden continuar ignorando al menos dos fuerzas que luchan por sus servicios: los que gobiernan y los que son gobernados”.

Los historiadores tienen los mismos dilemas, cuando cuestionan la hegemonía ideológica de los poderosos o la invención de hechos históricos, como la tentativa de negar la posibilidad de comprobar el Holocausto. Las responsabilidades de historiadores y arqueólogos son muy parecidas, pues tratan de temas comunes: la sociedad en el pasado y en el presente, sus características y cambios.

LA ARQUEOLOGÍA HISTÓRICA EN EL CONTEXTO MUNDIAL

Los últimos años han atestiguado una verdadera revolución en el campo de la arqueología histórica internacional, con particular importancia la realización, por primera vez con este nombre, de un tema titulado “Perspectivas en cambio en la arqueología histórica”, en el contexto del Congreso Mundial de Arqueología 3, realizado en Nueva Delhi, en diciembre de 1994. El tema, organizado por una europea (Sian Jones, Southampton), un africano (Martin Hall, Ciudad del Cabo) y un suramericano (Pedro Paulo A. Funari, Campinas), ha tenido cuatro subtemas: 1. Cuestiones epistemológicas: problemas de definición del objeto (organizado por Funari); 2. La pluralidad de la cultura material: raza, etnicidad, tribu, clase y género (Jones); 3. La arqueología y la representación de las identidades modernas: nacional, colonial, imperial (Timothy Champion); 4. Arqueología feminista (Suzanne Spencer-Wood). En total, 49 *papers* fueron presentados por autores de los cinco continentes. Cronológicamente,

los trabajos trataron desde la antigua Palestina (Jones 1994) o la Bretaña romana (Richard Hingley 1994) hasta la actualidad (e.g. Sarah Tiziana Levi 1994). Los organizadores del tema se encargaron de la publicación de un volumen de la colección *One World Archaeology*, publicada por la editorial Routledge (Funari, Hall y Jones 1999).

Paralelo al encuentro de India, fueron publicados, en inglés, dos volúmenes sobre el tema que, en poco tiempo, se convirtieron en *text books*, ambos de autoría de Charles E. Orser, Jr. Orser escribió con Brian Fagan un manual muy didáctico de introducción a la arqueología histórica, cuyo éxito editorial se explica no sólo por las innovaciones metodológicas como por la variedad de tópicos tratados. Realmente, el libro discute la definición de la arqueología histórica, su historia, los sitios y artefactos, las nociones de tiempo y de espacio, las prospecciones, el trabajo de campo, las teorías explicativas, los grupos, sus difusiones por el globo y la dimensión política de este campo de estudio. Poco después de la publicación de este manual, Orser presentó su gran obra, interpretativa y con aportes nuevos, que empieza con un capítulo significativamente llamado “Una crisis en la arqueología histórica” y usa los otros siete capítulos para proponer un estudio interdisciplinario de la cultura material del capitalismo.

En este contexto, y antes de tratar de la arqueología histórica en nuestros países, sería interesante analizar algunas cuestiones epistemológicas centrales en discusión en la arqueología histórica internacional. La primera de ellas se refiere a su carácter interdisciplinario. No es casual que, al mismo tiempo que teníamos las sesiones en India y aparecían estos libros, un equipo de científicos resolvía empezar la publicación de una nueva revista académica, *Journal of Material Culture*, cuyo número uno salió en 1996. En el editorial, Daniel Miller y Christopher Tilley (1996:5) han propuesto que

el hecho de no existir una disciplina “estudio de la cultura material” puede ser positivo. Disciplinas, con sus mecanismos de manutención de fronteras, con estructuras institucionales, textos básicos, metodologías, discusiones internas y campos de estudios delimitados, por su propia constitución, son de naturaleza conservadora [...] nuestro objetivo [...] es provocar la fertilización por cruce de ideas y acercamientos entre personas preocupadas con la constitución material de las relaciones sociales.

Esta multidisciplinaridad se encuentra en la definición misma del campo en Orser y Fagan (1995:14): “la arqueología histórica es un campo multidisciplinario que comparte una relación especial con las disciplinas formales de la antropología y la historia”. Como propone Orser (1996:11), “hoy podemos decir que, para muchos estudiosos, historia y antropología son diferentes sólo en sentido ‘trivial de especialización académica.’” Otras disciplinas son también, explícitamente, citadas, como la geografía, sociología, arquitectura, semiótica y, si incluimos las discusiones en India, hay que añadir la filosofía, el estudio del patrimonio o la historia del arte. Tal vez quien mejor haya dicho algo sobre eso fue Pierre Bourdieu (1996:71), en entrevista: “Grosse Historiker der Vergangenheit, wie Kantorowicz, Panofsky, Marc Bloch, Braudel, Gerschenkron, Finley oder E. P. Thompson haben aus ihrer Praxis heraus Theorien entwickelt wie alle anderen Spezialisten der Sozialwissenschaften auch, indem Sie die Gesamtheit theoretischer Erkenntnisse aller Sozialwissenschaften kumulierten” (“grandes historiadores del pasado, como Kantarowicz, Panofsky, Marc Bloch, Braudel, Gerschenkron, Finley o E. P. Thompson han desarrollado su práctica a partir de teorías, como todos los otros especialistas de las ciencias sociales también, de manera que acumularon la totalidad de conocimientos de todas las ciencias sociales”). La relación estrecha entre la arqueología histórica y la historia llevó a David Austin a proponer su unificación, como una historia social. Realmente, documentos escritos y cultura material son ambos objetos de estudio que no se pueden separar.

La definición exacta de arqueología histórica constituye, probablemente, la cuestión más controvertida en la actualidad. Orser y Fagan (1995:14) proponen que es una disciplina que “centra su atención en el pasado postprehistórico y quiere entender la naturaleza global de la vida moderna”. Trataría pues del período posterior a *circa* 1415 (conquista de Ceuta), caracterizado por cuatro *haunts*: colonialismo, eurocentrismo, capitalismo y modernidad (Orser 1996:57-88 *et passim*), términos indisociables y relacionados con la expansión europea. Esta propuesta a la que contribuyeron especialmente los historiadores, puede ser evaluada a partir de dos cuestiones centrales. En primer lugar, se puede hablar de continuidad entre el siglo xv y el presente, continuidad esa que resultaría, precisamente, del ¿capitalismo? Eric Hobsbawm recuerda que la palabra misma “capitalismo” sólo fue introducida en la década de 1860; con todo, se usa el término “capita-

lismo comercial o mercantil” para designar el dominio de los intereses burgueses desde el siglo xv. Aunque la producción no fuera capitalista, con uso del trabajo asalariado, sería posible estar de acuerdo con Caio Prado *Junior* y suponer que “el análisis de la estructura comercial de un país muestra siempre mejor que cualquiera de sus sectores específicos de producción, el carácter de una economía, su naturaleza y organización” (Prado 1966:23). El carácter capitalista del período moderno, más todavía en lo que se refiere a regiones periféricas, como eran las partes de América donde se usaba mano de obra esclava, fue estudiado por Fernando Novais y se puede decir que muchos estudiosos comparten la certeza de Frédéric Mauro (1970:19) de que “capitalismo comercial y capitalismo industrial tienen estructuras propias, ‘pero’ mecanismos y estructuras generales comunes”.

Otros, con todo, no aceptan tales generalizaciones y continuidades, pues “la economía de los tiempos modernos (de la mitad del siglo xv hasta la mitad del siglo xviii) es fundamentalmente *precapitalista*, lo que vale para Europa, para el mundo colonial y para el incipiente mercado mundial” (Cardoso y Brignoli 1983:73). El modo de producción esclavista colonial en la Américas no sería, *eo ipso*, capitalista. En los aspectos socioculturales, con más motivo, se puede caracterizar las sociedades modernas, en particular las ibéricas, americanas y africanas, como dominadas por instituciones patriarcales, con divisiones no sólo de clase sino también de *status*, no basadas en la igualdad, en el sentido capitalista del término, pero sí jerarquizadas. ¿Sería, en este contexto, posible una arqueología del capitalismo, en el sentido amplio, que explicara el carácter complejo de esas sociedades? Barbara Little (1994:15-16) no tiene duda:

Estudiar el capitalismo y el desarrollo de la ideología dominante en el mundo moderno occidental es importante. Hay puntos débiles, con todo, de los cuales no el más pequeño es el punto de vista vuelto al occidente europeo, que puede servir para omitir de la “arqueología histórica” trabajos transculturales importantes que incluyen documentación escrita, como aquella que se refiere a los estados precapitalistas del Viejo Mundo, a las maniobras políticas entre los grupos nativos americanos, en la Europa medieval o en las culturas africanas documentadas por la historia oral.

Así, aunque el “mundo moderno es caracterizado por una economía única, que es colonial, internacional y en expansión” (Orser 1996:83) y el arqueólogo estudia artefactos que son *commodities* (Orser y Fagan 1995:83), mercancías vueltas al cambio comercial, ese mundo complejo incluía realidades ligadas sólo indirectamente al capitalismo. Dos ejemplos presentes en las ponencias de India y en los libros de Orser pueden ser muestra de eso: la cultura material de los cimarrones en Palmares y la cultura material de los africanos esclavos en el sur de Estados Unidos. En lo que se refiere a esta última, el estudio de la llamada cerámica *Colono ware*, que constituye un 80 a 90 % de toda cerámica hallada en sitios de esclavos en el siglo XVIII muestra que se trata de una producción que, más que volver a costumbres africanas o indígenas, “connotaba un sistema de resistencia y diversidad cultural que quiere ser diferente de la cultura dominante europea” (Orser 1996:121). Los esclavos no se preocupaban tanto con ser africanos o americanos, o con pertenecer a grupos étnicos específicos, sino que les gustaba mostrarse diferentes de los opresores.

La cultura material de Palmares, descubierta y estudiada hace poco, muestra una mezcla de características indígenas, africanas y europeas, resultado de un sincretismo, cuyas particularidades no se explican sólo por el capitalismo, pero sin el cual no se puede entender. En este sentido, se puede concordar con Orser que el capital, directa o indirectamente, cambió y caracterizó el mundo postmedieval. Por otro lado, los organizadores del tema *Changing Perspectives in Historical Archaeology*, en India, han preferido adoptar una definición más amplia del término arqueología histórica. Realmente, como ha recordado, hace poco, Kent Lightfoot (1995:200, 202, 210, 211), la división misma entre historia y prehistoria puede dificultar el conocimiento del pasado:

La actual separación de las arqueologías histórica y prehistórica nos aleja, en gran parte, del estudio del cambio cultural a largo plazo, especialmente en contextos multiculturales [...] La división artificial entre arqueología “histórica” y “prehistórica” posee larga tradición en América del Norte y su origen está en una visión segregada del pasado. Pueblos indígenas eran vistos como entidades distintas y separadas de los asentamientos europeos euroamericanos y su estudio estaba a cargo de equipos diferentes de investigadores [...] “Con todo” el estudio del cambio cultural a largo plazo, tanto en contex-

tos históricos como prehistóricos, es necesario para evaluar todas las implicaciones de la explotación colonial y de la formación de comunidades coloniales multiétnicas [...] El potencial de la arqueología a contribuir para los estudios de los contactos culturales está disminuido por la práctica de dividir la historia y la prehistoria en subcampos separados.

Además, en un contexto mundial y extramericano, la definición de la arqueología histórica como el estudio de la “difusión y manifestación de la cultura moderna por todo el mundo” (Orser 1988:5) parece resolver sólo parte de la cuestión, pues continuidades milenarias pueden ser tan o más importantes que la creciente europeización del globo. La posición adoptada por nosotros, como organizadores del tema en WAC 3, fue privilegiar un elemento esencial de nuestro objeto de estudio: el carácter de clase de las sociedades históricas. Aunque admitamos las continuidades entre historia y prehistoria, resaltadas por Lightfoot, no se puede dejar de observar la diferencia entre sociedades sin escritura y sin Estado y las sociedades jerarquizadas, alfabetizadas y caracterizadas por divisiones de clase y por la explotación. En este sentido, la arqueología histórica estudia, precisamente, la interacción entre dominantes y dominados, alfabetizados y analfabetos, en diferentes contextos culturales y cronológicos. La arqueología histórica, por tanto, “democratiza el pasado, presentando la vida cotidiana de las personas comunes que no están visibles en el registro documental” (Hall 1991:78). No se trata de estudiar sólo la *upper crust*, sino también la cultura de los esclavos, de los trabajadores, en general. El estudio de los analfabetos, en Atenas clásica, como muestra el trabajo de Louise Zarmati, presentado en India, usa la metodología de la arqueología histórica del mundo moderno, pero no se limita a eso y, de una manera o de otra, permite repensar la arqueología misma del mundo postmedieval. La arqueología histórica, tal vez, pudiera ser definida, así, como aquella que estudia las *contradicciones* inevitables de las sociedades de clase.

La maduración de una arqueología histórica mundial, desde los años 1990, impone superar algunas limitaciones, en el contexto de las teorías arqueológicas contemporáneas (Funari, Zarankin y Stovel 2004). En primer lugar, su carácter multidisciplinario exige la superación de fronteras formales entre disciplinas académicas que tratan de las sociedades humanas y sus cambios. El estudio de la cultura material define la arqueología, pero esto no puede ser llevado

a cabo de manera aislada, ni confundido con la mera e ilusoria “producción de hechos nuevos”—una excavación, por ejemplo. En segundo lugar, vista como estudio de la difusión europea por el mundo o como análisis de las contradicciones materiales en sociedades de clase, la arqueología histórica tiene como centro de su atención los conflictos sociales, en el pasado y en el presente. Se reconoce como el resultado de conflictos contemporáneos y parte del presupuesto de que para conocer el pasado es necesario conocernos nosotros mismos. En último lugar, pero no por eso menos importante, hay un componente ético, en la academia y fuera de ella, que significa aceptar el pluralismo y el respeto a la divergencia, la transparencia que no oculta golpes y que permite la visibilidad de las opresiones y contradicciones, en el pasado y en el presente. A partir de estas consideraciones, se puede tratar del desarrollo y situación de la arqueología histórica en nuestros países.

AGRADECIMIENTOS

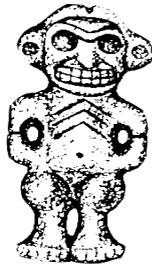
Estoy muy agradecido a los colegas José Proenza Brochado, Lourdes Domínguez, Martin Hall, Siân Jones, Kent Lightfoot, Barbara Little, Charles E. Orser, Robert Paynter, Emily Stovel, Peter Ucko, Andrés Zarankin. Menciono, además, el apoyo institucional de FAPESP, CNPq, NEE/ UNICAMP, World Archaeological Congress, Illinois State University.

BIBLIOGRAFÍA

- Bourdieu, P. (1996): “Über die Beziehungen zwischen Geschichte und Soziologie in Frankreich und Deutschland” en *Geschichte und Gesellschaft*, vol. 22, 1.
- Brochado, José Proenza (inédito): “An Ecological Model of the Spread of Pottery and Agriculture into Eastern South America”, disertación de Ph. D., University Illinois.
- Cardoso, C. F. S. y Brignoli, H. P. (1983): *História econômica da América Latina*. Rio de Janeiro, Graal.
- Funari, P. P., Hall, M., Jones, S. (1999): *Historical Archaeology, Back from the edge*. Londres y Nueva York, Routledge.
- Funari, P. P., Zarankin, A., Stovel, E. (2004): *Global Archaeological Theory*. Nueva York, Kluwer.
- Hall, M. (1991): “Fish and Fisherman, archaeology and art: Cape Town seen by Bowler, D’Oyly and De Meillon” en *S.-Afr. Tydeskr. Kuns-Argit-Gesk.*, 2 (3/4).
- Jones, G. S. (1976): “From historical sociology to theoretical history” en *British Journal of Sociology*, vol. 27.
- Jones, S. (1997): *The Archaeology of Ethnicity. Constructing identities in the past and present*. Londres y Nueva York, Routledge.
- Lightfoot, K. G. (1995): “Culture contact studies: redefining the relationship between prehistoric and historical archaeology” en *American Antiquity*, vol. 60, No. 2.
- Little, B.J. (1994): “People with history: an update on historical archaeology in the United States” en *Journal of Archaeological Method and Theory*, vol. 1, No. 1.
- Mauro, F. (1970): “O papel do comércio exterior no capitalismo comercial e no capitalismo industrial” en *Estudos Históricos*, vol. 9.
- Miller, D. y Tilley, C. (1996): “Editorial” en *Journal of Material Culture*, vol. 1.
- Mommsen, W. J. (1984): “Die Sprache des Historikers” en *Historische Zeitschrift*, vol. 238.
- Nordbladh, J. (1989): “Comments on archaeology into the 1990s” en *Norwegian Archaeological Review*, vol. 22.
- Orser, C. E. y Fagan, B. M. (1995): *Historical Archaeology*. Nueva York, Harper Collins.
- Orser, C. E. (1988): *The Material Basis of the Post-Bellum Tenant Plantation. Historical Archaeology in the South Carolina Piedmont*. Athens, University of Georgia Press.
- _____ (1996): *Historical Archaeology of the Modern World*. Nueva York, Plenum Press.
- Paynter, R. (1995): “Review” en *Historical Archaeology*, vol. 29.
- Prado, C. (1966): *Formação do Brasil Contemporâneo*. São Paulo, Brasiliense.
- Rajagopalan, Kanavilil (inédito). “The Concept of Identity in Linguistics: is the time ripe for a radical rethinking?” UNICAMP, Campinas.
- Tocchetto, Fernanda Bordin (1996): “A cerâmica do guarani missioneiro como símbolo de identidade étnica” en *Historical Archaeology in Latin America*, vol. 13.
- Ucko, P. (1990): “Foreword” en P. Gathercole. y Lowenthal, D. (eds.), *The Politics of the Past*, Londres, Unwin Hyman.

CONSIDERACIONES ACERCA DEL FUNCIONAMIENTO DEL PRIMER ACUEDUCTO HABANERO. LA ZANJA REAL (1592-1835)

DARWIN ARDUENGO GARCÍA



El autor pertenece al Grupo de Arqueología del CENCREM

ANTECEDENTES

La villa de La Habana fue establecida definitivamente entre el 1519 y el 1521 a la vera del puerto llamado de Carenas, descubierta por Sebastián de Ocampo durante su bojeo a Cuba en el 1508. La excelencia de este puerto, cerrado por un estrecho canal de entrada y abierto en una espléndida bahía de bolsa, sumada a la ubicación en la costa norte de la isla en el mismo comienzo de la única ruta de regreso a España, propiciada por la corriente del Golfo, hicieron que esta población alcanzase la preeminencia en el contexto cubano del siglo XVI.

Sin embargo, dos detalles ensombrecerán el panorama para los habitantes de la villa: el continuo asedio a lo largo de ese siglo de piratas y corsarios así como la ausencia de la tan necesaria agua potable, no sólo para sus habitantes sino para los marineros, soldados y viajeros de los numerosos barcos que se reúnen en el puerto, procedentes de las colonias más ricas en metales preciosos, para emprender juntos el regreso a España protegidos por una armada. Para defenderse de sus codiciosos atacantes la villa deberá recurrir a la construcción de fortalezas y al mantenimiento de una guarnición armada; para resolver su abastecimiento de agua deberá construir un acueducto, la Zanja Real.

La construcción de este acueducto demostró ser una empresa superior a los recursos financieros y técnicos de sus habitantes, que vieron dar prioridad por la Corona al levantamiento de la fortaleza de la Fuerza primero y de San Salvador de la Punta y de los Tres Reyes del Morro más tarde, interesada como estaba en defender los tesoros que las flotas llevaban a sus arcas, siempre vacías.

La ubicación de la villa en la banda oeste del canal de entrada de la bahía quedó determinada por el relieve del terreno, menos abrupto que en el este, así como por la necesidad de defender el

acceso a la bahía; esta consideración defensiva primó por encima de la facilidad de abasto de agua potable, que se pudo resolver ubicando la villa dentro de la misma bahía, cerca de la desembocadura del río Luyanó. Las aguas de este río no eran tan abundantes como las del Almendares, ni su acceso tan fácil, pues su calado no era muy profundo y había que remontar la corriente en busca de las más limpias, pero ciertamente fue utilizado por los primeros pobladores y según Luis Morales y Pedroso (1950:20) hasta el 1835 se traían sus aguas para consumo de los hospitales, lo cual dejó de ocurrir al llegar a la ciudad el acueducto de Fernando VII. Esta elección en la ubicación de la villa significó que el agua que sus habitantes consumían debía ser acarreada a lomo de mulos o transportada en botes fundamentalmente desde el río Almendares, conocido por los españoles como la Chorrera; se tomaban las aguas en un sitio donde eran más limpias, llamado el paso de la Madama, que se encontraba remontando el curso del río. Otro recurso hidráulico utilizado era la acumulación de las aguas pluviales en aljibes, de los cuales los más importantes fueron el situado en la otra banda del puerto, donde más tarde se ubicaría la batería de La Divina Pastora y que era conocido como el Jigüey (Pérez 1936:39) y el que se labró en la plaza de la villa (en el espacio de la actual Plaza de Armas), enfrente de la iglesia y que el Cabildo describe en carta al rey del 25 de junio del 1587. Asimismo se utilizaron las aguas de manantiales, de los cuales el más mencionado y más abundante a todas luces fue el que el gobernador Luján y el Cabildo se atribuyen por igual, ubicado en la plaza de la Ciénaga, hoy de la Catedral, específicamente en la esquina que actualmente ocupa la tienda del Fondo Cubano de Bienes Culturales en la confluencia de la calle San Ignacio y el callejón del Chorro y de donde, todavía a mediados del siglo XIX, se utilizaban sus aguas para alimentar una casa de baños (Pérez 1936, 28). Otro recurso lo constituyeron los pozos, de los cuales el más importante era el llamado La Noria, ubicado en las cercanías del actual parque de la Fraternidad Americana, alejado del primitivo núcleo poblacional y nombrado así en relación con el mecanismo de extracción de agua (Pérez 1936:30).

En 1544, en carta al rey, el obispo Sarmiento le comenta que la villa necesita agua, lo que ratifica el gobernador Juanes Dávila un año después, proponiendo traerla desde el río la Chorrera. No será sin embargo hasta el año 1592 en que esta agua llegue a La Habana, lo que significa un período de casi cincuenta años desde

que es reconocida la necesidad perentoria de una forma estable de abastecimiento de agua hasta que se le da respuesta a esa necesidad, solución que llegó finalmente debido al temple del gobernador Juan de Tejeda, quien aunó el saber del ingeniero militar Bautista Antonelli y el empeño de Hernán Manrique de Rojas, último de los contratistas de la obra.

Nuestro objetivo en este trabajo es explicar el funcionamiento de la Zanja Real dentro de los principios de la hidráulica aplicada, teniendo en cuenta los datos que aportan el registro arqueológico y el histórico. Esto abarca un período que va desde el 1592 hasta que se inaugura el acueducto de Fernando VII en el año de 1835 por el conde de Villanueva, intendente de Haciendas. En cuanto al espacio que abarca este trabajo, el mismo está reducido al área conocida actualmente como Habana intramuros, aunque nos referiremos a períodos posteriores y anteriores a la construcción de las murallas por la parte de tierra entre los años 1667 y 1680 (Veneegas 1990:9). Para cumplir este objetivo explicativo hemos utilizado datos que aportaron el registro arqueológico y el histórico, partiendo de la revisión de las investigaciones anteriores sobre este tema (Morales 1950; Fernández 1950; Elso 1987) que no alcanzan el nivel de explicación al que aspiramos en esta investigación, aunque los datos que aportaron resultaron de mucha utilidad para la orientación de los trabajos. La secuencia de los cambios ocurridos en las características de la Zanja Real puede ser reconstruida grosso modo gracias a documentos del período colonial, fundamentalmente Actas Capitulares del Ayuntamiento de la ciudad, así como expedientes conservados en el Archivo Nacional.

Estos documentos no nos dan una información explícita acerca de las características de la zanja como acueducto, dígame sus dimensiones, materiales constructivos, recorrido, pero nos permiten hacer inferencias que en algunos casos, como se verá oportunamente, pueden ser contrastadas con la investigación del registro arqueológico que aportó evidencias claves para la comprensión del funcionamiento de la Zanja.

Hasta el momento en que este trabajo se escribe, se han realizado un total de 18 intervenciones, 5 de las cuales han sido excavaciones controladas, mientras que en las otras 13 se han tomado la mayor cantidad de datos posibles del registro arqueológico expuesto por excavaciones no controladas realizadas por terceros con fines de instalación o reparación de redes de servicios. A lo largo de estas intervenciones se han identificado 4 cañones de

cloacas construidas a partir del gobierno de Miguel de Tacón (1834-1838) y 11 cañerías de fábrica de la Zanja Real, de ellas 10 en intramuros, así como la acequia maestra en la calle Zanja.

Este proyecto arqueológico, conocido por el nombre de Zanja Real, fue desarrollado bajo la dirección del autor, a partir de diciembre del 2001 y hasta septiembre del 2003 por parte de un equipo del Grupo de Arqueología de la Empresa de Restauración de Monumentos de la Oficina del Historiador de la Ciudad. Dada su importancia para la comprensión de la historia de la ciudad, el autor ha continuado esta investigación, que abarca tópicos como la formación del registro arqueológico en las calles habaneras, los cambios de modo de vida en la ciudad y las cloacas, entre otros.

UN POCO DE HIDRÁULICA

Enfocaremos la explicación desde el punto de vista técnico de la hidráulica aplicada, razón por la cual se impone que comencemos por definir las características técnicas que un acueducto debe haber tenido para la época en que nos movemos en este estudio.

Existen dos tipos de conducción de agua, por bombeo y por gravedad. El bombeo permite el desplazamiento de líquidos en contra de la fuerza de gravedad, a través de conductos cerrados de diámetro adecuado al gasto y a las pérdidas de energía por fricción. La aplicación del bombeo en un acueducto requiere de una fuente de energía que debe actuar de manera continua, con la que la humanidad no contó hasta fines del siglo XVIII con la invención de la máquina de vapor.

En cuanto a la conducción por gravedad, esta utiliza precisamente la diferencia de energía potencial gravitatoria para realizar el trabajo de desplazar el líquido desde el punto donde esta energía alcanza el mayor valor hasta otro cualquiera donde su valor es menor, dígase de otra manera, llevar el líquido desde un punto más alto que otro manteniendo una pendiente en el recorrido que garantice la continuidad del desplazamiento del líquido. Esto se puede realizar en la práctica de dos maneras diferentes, por derrame libre y por presión. El derrame libre ocurre cuando el líquido cubre su recorrido a través de canales o acequias, aunque en el caso de conductos cerrados también ocurre cuando el líquido no llena su sección enteramente. Cuando el líquido se desplaza a través de conductos cerrados que trabajan a sección llena, estamos en presencia de conducción por presión. Este tipo de con-

ducción tiene ventajas con relación a la conducción libre, pues posibilita establecer derivaciones de modo más efectivo porque permite alcanzar una altura sobre el terreno proporcional a la de la fuente de origen, teniendo en cuenta las pérdidas de energía y los desniveles de terreno.

LA ZANJA REAL

La Zanja que el maese de campo Tejeda trajo al Callejón del Chorro en el 1592 era una conductora por derrame libre; es descrita por él mismo en carta al rey de la siguiente manera: trae agua “en tanta cantidad como el cuerpo de un buey” (ANC, Fondo Academia de Historia, Legajo 84, Orden 245). Nos dice además que de ella se “[...] an repartido tres aguadas para las Armadas y flotas dentro del mismo puerto y labadero para los próximos abrevaderos para los ganados y agua para los castillos...” (*idem*). La Zanja era una acequia, o sea un canal excavado en el suelo a lo largo de un sinuoso camino de casi tres leguas (unos 13 kilómetros) desde el río Almendares y el área de su sección debe haber sido aproximadamente de 1 metro cuadrado ya dentro de La Habana, si confiamos en la descripción hecha por Tejeda. Lo más importante, la Zanja como acueducto requería del establecimiento de una diferencia de altura entre el lugar de la toma de agua en el río y la villa, lo que se logró con la elevación de los muros de contención de una represa conocida como el Husillo, que fue construida por Antonelli; fue también importante su aporte para convertir la ruda acequia que Hernán Manrique de Rojas había construido en una obra de mayor solidez y eficiencia. Luis Morales y Pedroso calculó en 22 m (1950:19) la diferencia de altura entre la represa del Husillo y la Puerta de Tierra. Esta diferencia de energía potencial gravitatoria movía el agua hasta la ciudad a través del canal, cuya pendiente tenía que ser debidamente calculada pues de ser muy pequeña el agua desbordaría las márgenes del canal y de ser demasiado pronunciada resultaría que una parte importante de la obra habría sido construida innecesariamente.

Las murallas de tierra todavía no abrazaban a la ciudad en los comienzos del siglo XVII y la población estaba concentrada en los alrededores de las tres plazas iniciales: la de Armas, la de la Ciénaga y la Nueva, por lo que la distribución de los ramales de la Zanja deben haber estado ubicados fundamentalmente dentro de este perímetro, siguiendo el patrón ya descrito: canales descubiertos



Figura 1. La Habana intramuros según plano de Thomas Jefferys del 1762. Se aprecian fácilmente los dos brazos de la Zanja que entrando por diferentes sectores de la muralla de tierra se dirigen a los barrios de Campeche al sur y de la Punta al norte.

de aproximadamente 1 metro cuadrado de área de sección, que iban a desaguar a la bahía, lo que establece una identidad entre estos ramales que distribuyen el agua y el canal maestro que viene desde el Husillo. Estos canales que se habrían de multiplicar con el crecimiento de la ciudad, debieron ser excavados en la roca estructural en buena parte de su recorrido y cuando esta se encontraba a mayor profundidad se utilizarían sillares y mampuestos para construir sus muros. Otro ramal importante de la Zanja en los comienzos del siglo XVII, segundo en relación con el que llegaba al Chorro, alimentaba el barrio de Campeche, alejado hacia el sur, sentido en que la ciudad crecerá en lo adelante; esta distribución de la Zanja se mantendrá en lo fundamental a todo lo largo de su historia para la parte intramuros de la ciudad, es decir dos cauces principales, uno que se dirige al norte y otro al sur, de los que partieron numerosos ramales, tal como se puede apreciar en el plano de Thomas Jefferys del año 1762 (Fig. 1).

El hecho de que la Zanja se desplazara por el área de la ciudad como un canal creaba un problema de comunicación que se solucionó construyendo puentes de madera en las intersecciones de las calles, principalmente para el tránsito de las carretas que transportaban las mercancías para el consumo de la población y el comercio en el puerto. El 14 de mayo de 1683 el Cabildo dispone que se reparen “[...] los dos puentes que están en las esquinas de la calle que vá de la Iglesia del convento de Monjas á la del Spíritu Santo y Barrio de Campeche [...]” por encontrarse “[...] muy maltratadas y de calidad que no desagua por ellos la sanxa como es necesario [...]”

A finales del año 2002, el autor realizó una exploración por las casas que conforman el Callejón del Chorro, primer lugar de la villa al que llegó el agua de la Zanja Real. En la casona No. 68 de la calle San Ignacio esquina al Callejón del Chorro, encontramos que bajo el nivel actual de piso se extendía un conducto con una sección rectangular promedio de 0,80 x 1,00 metro (Fig. 2), que arrancaba en un muro que se constituyó en cimiento de la pared que cerraba la última crujía de la casa. Este conducto cuyos muros están contruidos con mampuesto, evidentemente sufrió reparaciones en las que se reforzaron los mismos con ladrillos de panetela en un sector y con sillares en otro; se encontró además una caja de agua construida con mampuesto, parcialmente rellena (Fig. 3). El conducto fue explorado hasta unos 15 metros en dirección a la calle Cuba de donde parece provenir, pero las con-

diciones de extremo riesgo nos impidieron continuar los estudios del mismo.

Resulta evidente que este conducto sirvió para conducir agua durante un período prolongado, lo que queda evidenciado por la presencia de solapas en las paredes; la sedimentación dentro del mismo está nítidamente estratificada, en capas horizontales de diferentes grosores, se hallaron también numerosos tiestos, fundamentalmente cerámicos de mayólica y ordinarios, con y sin vidriado, todos con huellas de arrastre que, en el caso de los tiestos de mayólica los ha hecho perder prácticamente todo el vidriado que cubría sus superficies. Resultó llamativa la presencia de una arcilla muy plástica en el suelo de toda el área del canal, así como en el espacio abierto frente al mismo, de potencia desconocida por la dificultad de excavar debido a la presencia de resurgencia de abundante agua, lo que nos hace pensar justamente en la identificación de la zona cenagosa con la que se conoce este entorno en siglos anteriores, es decir la plaza de la Ciénaga. Este asunto es tratado explícitamente en un trabajo en proceso (Arduengo *et al.*: “El Callejón del Chorro: entre la Zanja y los manantiales”), pero consideramos que estamos en presencia del primer canal que trajo el agua de la Chorrera hasta esta zona de la villa y en cuyas cercanías estaría ubicada la tarja de piedra que mandó labrar el maese de campo Juan de Tejeda. El hecho de que sobre este conducto se haya construido la amplia casona más tarde, justifica que aparezca en la actualidad como un conducto completamente cubierto, cuando en realidad sólo lo estaba parcialmente; por nuestra parte consideramos que la pared que cierra esta última crujía del edificio actual, se levantó sobre los muros de una caja de agua en la que se depositaba el líquido para su consumo por los vecinos de la ciudad. Al lado de este canal se encuentra otro, de idénticas características, que parece desarrollarse en la misma dirección pero que no pudo ser explorado por las dificultades arriba mencionadas.

Por otra parte, los conductos cubiertos o encañados se comienzan a utilizar desde los comienzos mismos de la Zanja, conjuntamente con las acequias, a las que sustituyen en el decursar de los años. La voluntad de cubrir los canales de la Zanja de manera general se remonta al menos al 1602, cuando en cabildo del 23 de julio leemos “[...] y acordó que por quanto por no venir la zanja cubierta desde la última caja que está en el Ejido viene a ésta ciudad el agua de ordinario muy sucia y turbia... y se manda se cubra de



Figura 2. Entrada al conducto ubicado en el subsuelo a continuación de la última crujía de la casona de San Ignacio No. 68.

piedra y obra de mampostería y sillería hasta la dicha última caja”.

El hecho de estar cubierta la Zanja permitió el tránsito sobre la misma y fundamentalmente garantiza que las aguas corran sin que se contaminaran en su trayecto dentro del área habitada, por ello no resulta extraño que el primer conducto encañado del que tenemos noticias sea el que conducía el agua a la pila frente a las casas del Cabildo (futura plaza de San Francisco) donde hacían aguada los navíos surtos en el puerto además de una parte importante de la población de la ciudad, tal cual nos lo describe el cabildo del 26 de mayo del 1600, “[...] y ansi mismo setecientos ochenta y nueve reales y medio que gastó en limpiar la zanja que viene cubierta á la pila arriba referida (frente a las casas del cabildo) como parece por una certificación [...]” Este conducto estaba parcialmente cubierto en su curso desde la caja ubicada en tierras del ejido y descendía a la bahía por la calle de la Amargura lo que aparece ratificado por otra acta capitular del 31 de enero de 1620 en que se dice que “[...] la zanja que viene cubierta por la calle de S. Agustín a los caños de las casas de cabildo donde vive la mayor parte de la ciudad esta avierta por muchas partes y para que

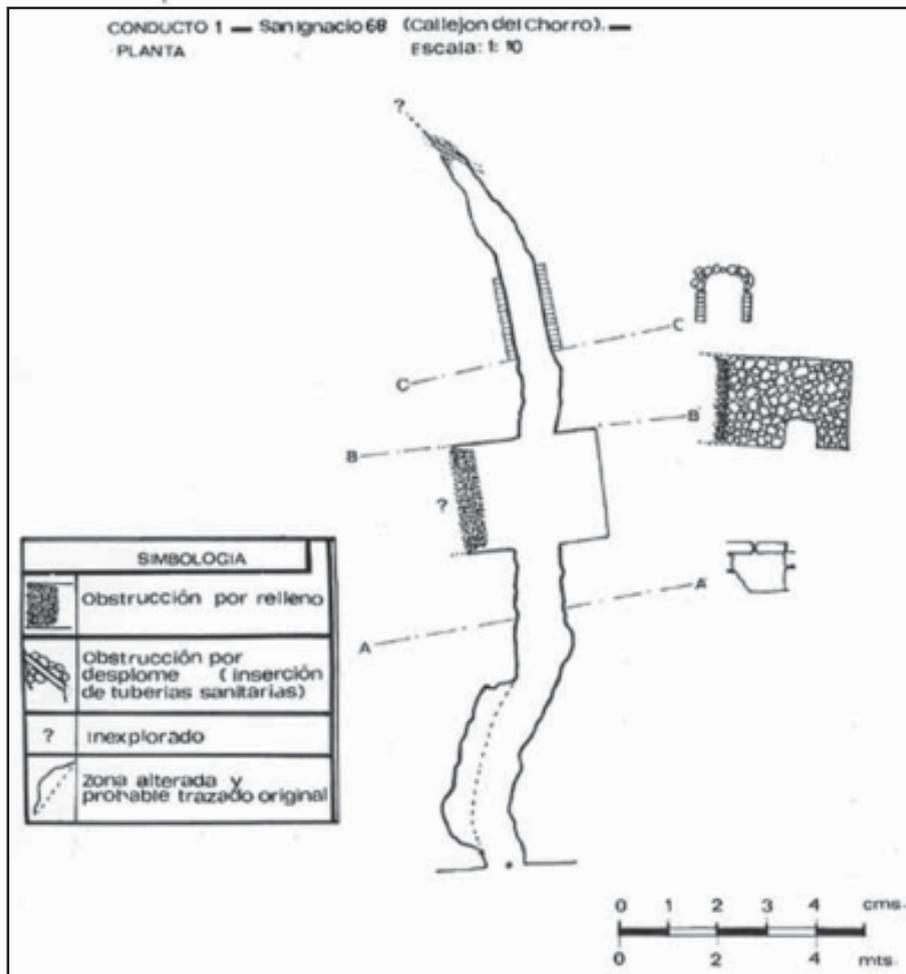


Figura 3. Croquis en planta del conducto excavado en San Ignacio No. 68, Habana Vieja.

venga con la limpieza q se requiere se manda cerrar y tapar [...]” Resulta posible que algunos sectores no estuvieran cubiertos para permitir a los vecinos tomar agua directamente de la Zanja, pero razones de higiene hicieron obviar esta circunstancia, pues para la ciudad era vital satisfacer las demandas de los barcos que desde este puerto emprendían el viaje de regreso a España y la relacionada con la calidad del agua era esencial.

El 18 de enero del 1636 se menciona en una reunión de los capitulares que junto al Convento de San Agustín se encuentra la caja de agua desde donde debe ir cubierta el agua hasta la fuente principal de la ciudad, que se encuentra frente de las casas del Cabildo. Este es el caso que se tomará como patrón en el trazado del sistema de distribución de las aguas de la Zanja dentro de la ciudad, las acequias alimentan cajas de agua, también mencionadas como “reprexas públicas” (cabildo del primero de abril de 1734), que acumulan el agua y contaban con mecanismos simples de control para la entrada y salida de la misma, con lo cual se regulaba el abasto a las pilas que se realizaba a través de cañerías de sección rectangular construidas con ladrillos y piedra. Las pilas inicialmente eran tres en el siglo XVI, la ya mencionada frente de las casas del Cabildo, la que se encontraba en las cercanías del Molinillo donde nace en la actualidad la calle Luz y otra al lado de la Fundación, donde luego se ubicaría la Maestranza. Para el siglo XVIII de estas tres pilas iniciales sólo se mantendría en funciones la de la plaza de San Francisco. Sin embargo, la información obtenida del registro histórico no nos permite inferir que durante este siglo XVII se emplee la conducción por presión en estas cañerías, esto se explicará más adelante en relación con el funcionamiento de las fuentes habaneras, por lo que pensamos que este encañamiento tenía como meta sólo mantener las aguas lo más limpias posibles.

Resulta especialmente informativa la reunión de los capitulares del día 23 de septiembre del 1735 cuando, con motivo de “[...] el poco aseo con que corrían las sequias por defecto de no cumplir el asentista con las condiciones a que es obligado [...]” se manda que la persona a quien se le otorgase este contrato no gozaría de ningún privilegio de forma que el Cabildo pudiese ejercer sobre el mismo presión para hacerle cumplir sus obligaciones que serían:

[...] que los sienos que extrajere de las sequias no los ha de arrojar a sus orillas [...] y que siempre por este Aiuntamiento se le requiera necesitan dhas sequias de limpia, las ha de observar [...] dandoles capacidad bastante para que sus aguas



Figura 4. Cañería de ladrillos cubierta con sillares de roca caliza ubicada en el subsuelo de la calle Amargura entre San Ignacio y Mercaderes.

no se derramen por las calles publicas como de presente se experimenta, teniendo siempre bien reparados los Puentes o Alcantarillas por donde corren las carretas y calezas. Y que asimismo las cañerías y desagues de las Pilas han de permanecer sin la menor lesion y que no les falte agua; de manera que si lo rápido de dha. agua la lebantare [...] las ha de reparar [...]

Quedamos informados con suficiente claridad de que al menos para la cuarta década del siglo XVIII las acequias conviven todavía en intramuros con los conductos cerrados y que en algunos casos no tenían la profundidad y anchura suficientes, debido a esto se producían numerosos derrames de agua que entorpecían el tránsito por las calles, convertidas en verdaderos lodazales; las cañerías funcionaban a sección llena, pues ya la conducción a través de ellas no era por derrame libre sino por presión, lo que queda evidenciado claramente porque estos caños *sólo están conectados con las pilas* y que en ocasiones el agua levantaba las piedras de la

cubierta de estos, *confirmando así que en la cubierta de los conductos relacionados con la zanja no se utilizaron techos abovedados sino lajas de piedra*, lo que facilitaba el levantar dichas lajas para limpiar los conductos, pues las dimensiones de estos caños, aproximadamente de 0,50 x 0,50 metros de sección no permitían el acceso a su interior. La construcción de estas cañerías de sección rectangular con ladrillos, sillares y lajas de piedra, cuando no se utilizaba la excavación de sus muros y piso en la roca estructural, imponía que se utilizase en todos los casos un recubrimiento en todo el interior de la cañería, de propiedades impermeables, preparado con arena, cal y aceite o añadiendo a los dos primeros componentes polvo de cerámica; con este enlucido se cubrían todas las juntas de las piedras de la cubierta entre sí y la unión de las mismas con los muros.

Numerosa ha sido la evidencia arqueológica procesada como resultado de excavaciones controladas y no controladas en las calles habaneras. Se han localizado en el curso de los últimos tres años cañerías de sección rectangular con sus muros construidos con sillares o ladrillos, labrados en la roca estructural, o combinaciones de estos y cubiertas con sillares de roca caliza o lajas de pizarra en las siguientes calles intramuros:

- Amargura entre San Ignacio y Mercaderes (Fig. 4)
- Lamparilla esquina a San Ignacio
- Obispo, en dos sectores (Fig. 5)
- Compostela esquina a Jesús María
- Cuba, en tres sectores
- Luz entre Compostela y Aguacate
- Muralla y San Pedro, en el jardín de la antigua Cámara de Representantes

De forma resumida señalemos que estas cañerías presentan como promedio una sección menor de 0,50 x 0,50 metros, han conservado en algunos casos el enlucido que cubría todas sus paredes interiores y las juntas de unión de las tapas de roca caliza, generalmente compacta, que muestran evidencias por su cara interior de haber estado sometidas al paso de un flujo continuo de agua que las erosionó considerablemente, esto nos dice con claridad que estas cañerías funcionaban a sección llena, o sea bajo el régimen de conducción por presión. En ninguno de los casos se encontró conexión alguna desde estas cañerías



Figura 5. Cañería cuyos muros están labrados en la roca estructural ubicada en el subsuelo de la calle Obispo.

que nos permita afirmar estar en presencia de pajas o tomas de agua.

LA ZANJA REAL Y LAS FUENTES PÚBLICAS

Un tópico realmente interesante y polémico lo constituye el estudio de las pilas y fuentes habaneras alimentadas por la Zanja Real. Dos planos de La Habana dibujados por el ingeniero Antonio de Arredondo con fecha 28 de diciembre de 1739 y el 9 de noviembre de 1740 nos permiten ver dos pilas en la ciudad, una en la Plaza Nueva y otra en la de San Francisco. Casi 150 años después de la llegada de la Zanja a la ciudad, esta apenas tiene dos pilas, cifra que se eleva a cuatro para el 1760 según Arrate (aunque menciona el término fuente en lugar de pila) (1964:80), y se añade a las ya mencionadas otra en la plaza de San Francisco y una en la Plazuela de Belén. En cabildo del 9 de agosto del 1764 se mencionan cinco fuentes en la ciudad, que coinciden con las enumeradas por Arrate además de una en San Isidro y se plantea que se deben hacer al menos otras once.

Resulta imprescindible analizar la utilización de estos conceptos según la época en que se mencionan en diferentes documentos, pues no coinciden con las acepciones que les damos hoy. En el caso de las pilas y fuentes, las menciones más tempranas en documentos relativos a La Habana (siglos XVI y XVII) se refieren en nuestra opinión a receptáculos de agua ubicados por debajo del nivel del terreno, los cuales recibían y almacenaban las aguas de la Zanja a través de cañerías de fábrica para el consumo de los habitantes de la ciudad y de las tripulaciones de los navíos surtos en el puerto. Explícita al respecto resulta el acta del Cabildo del 30 de abril del 1588 donde se refiere a la cisterna que se había construido en la plaza de la Ciénaga alimentada por los caudalosos manantiales allí descubiertos un año antes (página 3), y en la cual hacían provisión de agua los vecinos y las tripulaciones de los buques; en esta acta podemos leer que “[...] acuden a la dicha *fuelle* gente forastera, soldados, y hacen muchas suciedades y las echan dentro, [...] y *para remedio desto conviene que se cubra la dicha fuente* y cierre con llave [...]” (subrayado nuestro). Existía, evidentemente, equivalencia en el uso de los términos fuente y cisterna. Estas pilas o fuentes constituían el modo en que la población de la ciudad tenía acceso al agua potable que consumía, con excepción de aquellas casas que estaban dotadas de aljibes y pozos, por lo regular las de las clases acomodadas, quienes también contaban con el servicio de las pajas de agua, que les proporcionaban el agua corriente de la Zanja.

La aparición de fuentes escultóricas proyectadas sobre el terreno y provistas de surtidores, estaba condicionada a la conducción del agua por presión de manera eficiente y no por derrame libre, lo que consideramos ocurre en el decursar del siglo XVIII.

Veamos como ejemplo la evolución de la “fuente” de la Plaza Nueva durante el período de funcionamiento de la Zanja Real. Abel Fernández y Simón refiere en su estudio de las fuentes habaneras (1958:321) un acta del Cabildo dada a conocer por el Dr. Pérez Beato según la cual el 7 de abril del 1606 se manda a cubrir la zanja que entraba a la casa de doña Leonor de Estrada (esquina de las calles San Ignacio y Teniente Rey) y se dirige luego a la fuente de esta plaza, es decir a un receptáculo ubicado por debajo del nivel del terreno que recibía esta agua. La llegada de la zanja y su aporte de agua más o menos constante, sin que se haya construido un desagüe apropiado, propició que esta zona se convirtiera en cenagosa, lo que es motivo de preocupación en

varios cabildos (11 de octubre del 1616, 6 de julio del 1617, 11 de marzo del 1621, entre otros). La primera fuente pública con surtidor y con la taza o depósito de agua situado sobre el nivel del terreno con que contó la ciudad fue ubicada aquí; esta fuente fue “labrada” durante el gobierno del marqués de Casa Torre, entre 1708 y 1711 (Arrate 1964:79), tal cual nos la muestra el grabado sobre dibujo de Elías Durnford del 1762 (Weiss 1972:146). Sabemos que esta modesta fuente fue sustituida por otra más ostentosa que podemos ver en el grabado de Hippolite Garnerey (*Idem*:147) (ca. 1830) de la cual toma inspiración la que hoy adorna la plaza. En carta del maestro fontanero de la ciudad, Juan de Padilla, al gobernador y capitán general, fechada el 12 de febrero del 1788 (ANC, Fondo IGH, legajo 1010, Número de orden 6), el primero plantea que está “[...] rota la cañería de la Pila de la Plaza Nueva a la entrada de la calle de la Muralla y no teniendo resistencia los caños de barro [...]” propone que se repare haciendo “[...] diez varas de cañería con caños de plomo [...]”

En el caso de las fuentes de la plaza de San Francisco, Arrate nos dice que de las dos que en este lugar existen para 1760, una es más nueva y de mayor belleza, recibe el agua su taza de cuatro bocas de leones y una de águila; construida seguramente entre el 1740, fecha del último plano de Arredondo mencionado (página 14) y el momento que Arrate describe. Si se trata en ambos casos de fuentes escultóricas, estas deben ser posteriores a la de la plaza Nueva. Consta en un documento fechado en julio del 1787 del Archivo Nacional (Fondo IGH legajo 1010, Número de orden 6) que se encontraba rota la cañería “que ba a la Pila de Sn Franco” y que habiendo sido reconocida la pila por los ingenieros estos determinaron que eran necesarias cien varas de cañerías nuevas “[...] por ser de mucha utilidad para las aguadas de las embarcaciones [...]” Para el 16 de agosto del propio año (ANC, Fondo IGH, legajo 324, Número de orden 1) se plantea que se instalarán 1 000 caños de barro para conducir el agua a la citada pila. Visto el caso de estas fuentes, las más importantes y primeras de la ciudad, podemos inferir que las acometidas de las mismas se derivaban de los caños de ladrillos y piedras de sección rectangular descritos antes (página 13) a través de caños similares pero de menor sección —0,20 x 0,20 metros, según Abel Fernández y Simón (1958:322)—; reduciéndose más la sección en el subiente por el interior de las fuentes. Para finales del siglo XVIII las cañerías de barro sustituyen a las de fábrica en las acometidas de las fuentes.

La mala calidad de las calles habaneras y su agitado y pesado tránsito hacen que por esta fecha de fines del siglo XVIII se comience a sustituir los caños de barro cocido por caños de plomo que mantendrían la misma sección de tres pulgadas y media o 0,089 metros (ANC, Fondo IGH, legajo 325, Número de orden 32). Este proceso de sustitución del barro por el plomo y de la sección rectangular por la circular estaba lejos de concluir para los años 20 del siglo XIX, lo cual se infiere de una carta del 1824 del ingeniero Lacarriere Latour al ministro interventor en la que dice “Necesito para continuar la composición de las cañerías de la ciudad el número de cien caños de plomo [...]” (ANC, Fondo IGH, legajo 325, Número de orden 3). En fecha 25 de octubre del 1826, los señores ministros de la Real Hacienda le comunican a Claudio Martínez de Pinillos que “[...] deberá continuar la composición de cañerías con los caños de barro que se han empleado anteriormente [...]” (ANC, Fondo IGH, legajo 325, Número de orden 8). Para estas fechas de la tercera década del siglo XIX las fuentes escultóricas, nacidas en los comienzos del siglo XVIII, son alimentadas por los caños de barro cocido primero y los de plomo más tarde. No se puede excluir que estos caños de sección circular comenzaran a sustituir a las cañerías de fábrica, definitivamente implantadas en el decursar del siglo XVIII, vinculadas a la conducción por presión del agua de la Zanja por dentro de la ciudad intramuros. Es nuestra consideración que estas cañerías de fábrica habrían reemplazado completamente a las acequias para los comienzos del siglo XIX como parte del proceso de higienización en la conducción del agua; proceso que concluirá con el cambio definitivo de todo este sistema por el llamado Acueducto de Fernando VII en el 1835, que conduce el agua del río Almendares a través de tuberías de hierro y dotado de un sistema de filtros. La Habana intramuros deja de estar alimentada por la Zanja Real a partir de esta fecha y queda en uso para los barrios extramuros como acueducto y como fuerza motriz de numerosas industrias, entre ellas la sierra hidráulica del Arsenal. Todavía en pleno siglo XX la Zanja se mantenía en funcionamiento, convertida gradualmente en vertedero de residuales industriales y domésticos, desplazada definitivamente por el Acueducto de Albear, inaugurado en el 1893, que representaba una nueva concepción, la toma de agua de manantiales.

BIBLIOGRAFÍA

- Arrate y Acosta, José Martín Félix (1964): *Llave del Nuevo Mundo y Antemural de las Indias Occidentales*. La Habana, Comisión de la UNESCO.
- Arduengo García, Darwin A.: “Estudio tipológico de los conductos de la Zanja Real y de las cloacas de La Habana intramuros”. Ponencia presentada al XV Fórum de Ciencia y técnica de la Empresa de Restauración de Monumentos, mayo 2003. Inédito.
- Arduengo García, Darwin A. *et al.*: “La reconstrucción del cañón de cloaca de la calle Teniente Rey”. Memorias del VI Congreso Internacional Conservación del patrimonio, CENCREM, 2003. En prensa.
- (1976): *Diccionario de Autoridades*. 2 t., Madrid, Editorial Gredos, S.A.
- Elso, Eladio (1984): “La Zanja Real. Primer acueducto de La Habana” en *Universidad de La Habana 222*, La Habana.
- Fernández y Simón, Abel (1950): *Memoria histórico-técnica de los acueductos de la Ciudad de La Habana*. Primera parte. La Habana, Impresores Úcar García, S. A.
- (1959): *Las fuentes de las plazas, parques y paseos públicos de La Habana colonial*. Tercera parte. Colegio de Ingenieros Civiles de Cuba, separata.
- García Blanco, Rolando *et al.* (2002): *Una obra maestra: El Acueducto de Albear*. La Habana, Editorial Científico-Técnica.
- La Habana Vieja. Mapas y planos en los Archivos de España. Ministerio de Asuntos Exteriores de España.
- Morales y Pedroso, Luis (1950): “El primitivo abastecimiento de aguas de la ciudad de La Habana” en *Memoria histórico-técnica de los acueductos de La Habana*, La Habana.
- Pérez Beato, Manuel (1936): *Habana antigua. Apuntes históricos*. La Habana, Imprenta Seoane, Fernández y Cía.
- Rodríguez Ferrer, Miguel (1887): *Naturaleza y civilización de la grandiosa isla de Cuba; estudios variados y científicos al alcance de todos y otros datos históricos, estadísticos y políticos*. Parte segunda, Civilización. Madrid, Tipografía de Manuel Ginés Hernández, Impresor de la Real Casa.
- (1916): *El sistema de alcantarillado y pavimentación de la Ciudad de La Habana*. La Habana, Imp. P. Fernández y Comp.
- Torre, José María de la (1857): *Lo que fuimos y lo que somos o La Habana antigua y moderna*. La Habana, Imprenta de Spencer y Cía.
- Torres Beltrán, Rosalba de las Mercedes e Ileana Lugo Céspedes: “Origen y desarrollo de los sistemas de abastecimiento de agua potable a la Ciudad de La Habana”. Inédito.
- Venegas Fornias, Carlos (1990): *La urbanización de Las Murallas: Dependencia y modernidad*. La Habana, Editorial Letras Cubanas.
- Weiss, Joaquín E. (1972): *La arquitectura colonial cubana*. 2 t., La Habana, Instituto Cubano del Libro, Editorial Pueblo y Educación.
- Wright, Irene.(1930): *Historia documentada de San Cristóbal de la Habana*. La Habana, Imprenta el Siglo XX.

MODOS DE VIDA Y TRADICIÓN ALIMENTARIA EN GRUPOS APROPIADORES CERAMISTAS DEL CARIBE

JUAN MANUEL REYES CARDERO



El autor trabaja en la Oficina del Historiador de la Ciudad de Santiago de Cuba.

EL CARIBE RIBEREÑO: PROBLEMÁTICA GENERAL

El Caribe arqueológico sirve para ilustrar, a partir de las investigaciones, a sociedades cuyas formas de vida están ligadas a medioambientes variados, con nichos ecológicos de gran diversidad de flora y fauna; se destacan los enmarcados en áreas costeras, zonas de estuarios y manglares, además de los ubicados en diferentes ecosistemas terrestres. En esos ambientes se produjeron importantes cambios que condicionaron reformulaciones en los modos de manifestarse las tradiciones. Su observación constituye, sin dudas, necesario punto de partida para acercarse al conocimiento de las bases sociohistóricas de sociedades que con gran sentido apropiativo, asociado a cerámica, se considera que pasaron del Caribe ribereño al insular.

Entre los cambios ocurridos en el Caribe ribereño son importantes considerar las alteraciones del clima y las oscilaciones eustáticas bien estudiadas en esa zona en su porción más meridional. Se ha comprobado de acuerdo a los estudios de Fairbraid (1976) que las oscilaciones eustáticas produjeron importantes modificaciones en la fauna y la vegetación entre el 5000 a.n.e y el 1000 a.n.e. en las líneas cercanas a la costa. Los ambientes al variar, entre ellos los manglares, obligaron a reformular formas subsistenciales y sistemas de vida en general de los apropiadores (Meggers y Evans 1978:9).

Similar situación también ocurrió para los ambientes terrestres, debido a que se produjeron alteraciones vegetacionales en relación con profundos cambios climáticos como lo fueron los diversos episodios de aridez acaecidos en el área desde el 3000 a.n.e. La repercusión social de estos se ha descrito muy bien por Meggers, quien ha presumido que al final de uno de estos períodos áridos, se produce la migración hacia las Antillas de grupos ceramistas tempranos (Meggers 1987:28)

La atención a estos factores, y a otros relacionados con la dinámica e interacción social de los grupos humanos, ha prohiado el devenir de instancias metodológicas destinadas a clarificar integralmente la visión de las comunidades predatoras. Responsabilidad y buenos resultados han tenido en ese empeño el Movimiento de Arqueólogos Sociales Latinoamericanos; ellos en su vinculación con la praxis arqueológica han asumido categorías del materialismo histórico que distinguen a los apropiadores dentro de dos modos de vida: *modo de vida cazador* y *modo de vida recolector*.

El *modo de vida recolector*, de interés para el caso que ahora trataremos, a su vez se subdividió en dos modalidades, el *recolector marino* y el *recolector del interior* (Vargas1988:102), los cuales facilitan comprender como los grupos culturales en cuestión se desarrollaron explotando ecologías diferentes, costeras y de tierra adentro (a veces con explotación mixta); además de demostrar que esas asociaciones humanas en un momento determinado de su desarrollo pudieron utilizar cerámica, no siempre vinculada a las actividades agrícolas clásicas.

Este tipo de sociedades se han reconocido mayormente en Cuba como protoagrícolas, sin embargo, nosotros hemos preferido identificar a la mayoría de ellas como “apropiadoras ceramistas”, definición, de carácter provisional, asumida con un sentido metodológico y en aras de buscar, a partir de lo que más distingue a los grupos, su práctica apropiativa y su cerámica, los grados de variación y desarrollo socioeconómico de los mismos; además se especifican en las tendencias alimentarias. También la asunción de la definición ha obedecido a lo inadecuado que resulta definir genéricamente como protoagricultores a comunidades cuyos referentes cerámicos y líticos (medios de producción) no siempre validan esa presunción.

PROBLEMÁTICA ESPECÍFICA Y RESULTADOS ALIMENTARIOS

Entre los grupos apropiadores, portadores de cerámica del Caribe ribereño, se encuentran los de la costa atlántica colombiana, Panamá y el noreste de Guyana.

Para la primera zona, Colombia, Carlos Angulo (1992:258) reportó la existencia de cuatro sitios concheros cuyo rango cronológico de existencia oscila entre 5040 a.n.e. y el 3470 a.n.e. De ellos des-

taca que en un momento determinado sus moradores asumieron cerámica, y luego convirtieron los asentamientos en aldeas sedentarias. El caso más distintivo es Puerto Hormiga trabajado por Reichel Dolmatoff en 1965.

Los restos alimentarios más considerados para aquellos pobladores fueron los gasterópodos de ciénagas y algunas especies de mar, además de una fauna representada por especies terrestres medianas y pequeñas como: venado (*Mazama americana*), armadillo (*Basaypos novemcintus*), conejo (*Sylvilagos comanicus*), ñeque (*Dasypructa aguti*), iguana (*iguana*), ratón (*Sigmadon sp*) (Angulo 1992:260).

En Panamá se señaló como apropiador ceramista al conchero Monagrillo que, según los investigadores R. Willey y Charles R. Mc Gimsey, parece ser la continuación de la fase representada por el sitio Cerro Mangote, otro conchero sin cerámica ubicado en la bahía de Parita y con fechado de 4858 a.n.e. (Veloz1991:43). De Monagrillo se puede decir, a grandes rasgos, que tiene una alimentación muy abundante, ligada a una fauna de manglares existente en la región.

El arqueólogo Denis Williams trabajó el noreste de Guyana, donde destacó, para lo que él considera el arcaico tardío, a los conchales Hosororo Creek y Akawabi Creek. Relata de ellos que, además de poseer cerámica con formas de vasijas simples y sin decoración, tienen una alimentación muy variada, correspondiente a áreas costeras. En Hosororo Creek prevalece la captación de ostras de manglares y la *Zebra nerite*; en el otro conchal, por su parte, el consumo obedece preferentemente a la colecta de conchas de jamaica lucine (*Lucina pectinatus*), de mejillón tulipán (*Modiolus americanus*) y carapazones de cangrejo azul (*Callinectes sapidus*) (Williams 1992:243).

Existen otros sitios de apropiadores ceramistas de tierra adentro en el Caribe ribereño, cuya alimentación estuvo basada en el consumo preferencial de recursos terrestres y fluviales. Se puede hacer referencia, por ejemplo, a sitios descubiertos en el Orinoco medio, zona de Agüerito, desde donde Zucchy y Tarble (1984) consideran que se gestó una migración hacia las Antillas.

PLANTAS ASOCIADAS A LA ALIMENTACIÓN

La preferencia por los recursos vegetales, debido a la posibilidad que brindan de proveer carbohidratos, grasas y vitaminas, en-

tre otros nutrientes, a las sociedades, se ha verificado en residuarios arqueológicos a través de análisis paleobotánicos. El consumo se supone tan intenso como antiguo, que se ha llegado a estimar como hipótesis alternativa el desarrollo de una horticultura autóctona, básicamente diversa y en pequeña escala, en zonas caribeñas desde antes del 4000 a.n.e (Cook 1992:127).

Richard Cook en un estudio bien documentado resume, basándose en estudios de fitolitos, las etapas tempranas de producción de alimentos en la baja Centroamérica y partes de Colombia. Informa cómo los análisis tienden a demostrar el consumo de tubérculos ricos en almidón, fibras dietéticas y vitamina C. Entre esos tubérculos figuran las especies pertenecientes al género *Maranta* (*Maranta arundinácea*) y otros taxones tuberosos de amplia distribución en áreas planas y húmedas como las especies pertenecientes a los géneros *Cyperos*, *Heliconia* y *Calathea* (Cook 1993:48).

La aparición de fragmentos carbonizados de semillas y endocarpios, correspondientes a las especies de los géneros (*Acracomia*, *Elaeis* y *Sheelea*) sugieren la utilización intensiva y domesticación de palmas en la región aludida. Estudios sobre algunas de dichas especies, realizados por Lentz (1990), Patiño (1960) y Prance (1984), demostraron el aceptable contenido de grasas, proteínas, azúcares y calorías por kilogramos (Cook 1993:48)

Referente a la zona del Golfo de Paria, Venezuela, se ha destacado el probable cultivo de plantas del género *Calathea*, así como de la *Zamia* sp (Sanoja 1989:446- 458). También Sanoja y Vargas infieren para el noreste venezolano el consumo de plantas como la pericaguara, posible *cannacea*, el ócumo (*Xanthosoma sagutifolium*), el mapuey (*Diocorea triphylla schimp*) y diversas especies de *Zamia* sp; estiman que todas estas plantas pudieron haber sido cuidadas y luego cultivadas en nichos preparados artificialmente por el hombre (Sanoja y Vargas 1995:94).

Para el nordeste guyanés Dennis Williams (1992) estableció, a partir del estudio de tres zonas geográficas, la relación hombre-planta en los estadios temprano, medio y tardío. Significó la presencia de 26 plantas asociadas a los contextos arqueológicos, destacándose entre ellas: la *Licaria laxiflora*, *Jessema batará* y *Maricaria saccifera*, aisladas para el período de comienzos de la horticultura (arcaico tardío). Para esa fase advierte la presencia de cerámica y de una fuerte recolección propia de costas (Williams 1992:18).

Tecnologías asociadas a la alimentación

La gama de tecnologías asociadas a las actividades realizadas en función de la alimentación es muy variada. Está dirigida a la realización de funciones polivalentes entre las que destacan el uso de instrumentos para moler y triturar semillas, raíces, además de otras partes vegetales; perforar, tajar o macerar carnes; otras son utilizados en función de la captación de especies diversas, de la cacería y en la preparación de alimentos.

Un resumen de las principales tecnologías vinculadas a las actividades apropiadoras en el Caribe fue descrito a través de tres esquemas tecnológicos. El primero se basa en el uso del sílex en forma de lascas, núcleos, cuchillas y puntas de proyectil, relacionadas con tecnologías paleolíticas en franca transición. El esquema tecnológico dos se caracteriza por el poco uso del lascado, por la presencia de machacadores y choppers, y uso de manos cónicas o cúbicas para moler. El esquema tres tiene su instrumental confeccionado primordialmente en materiales de concha y hueso (Veloz y Pantel 1989:67).

EL CARIBE INSULAR: PROBLEMÁTICA CULTURAL

En el Caribe insular la atención hacia contextos demostrativos de un poblador arcaico, poseedor de cerámica, se hizo patente desde la primera mitad de este siglo, siempre ante la disyuntiva de si pudieron tener algún tipo de cultivo agrícola o no. El fenómeno cobró fuerzas después de 1966 cuando se publica la obra *Prehistoria de Cuba* (Tabío y Rey 1979). En ella los autores proponen una nueva cultura, la Mayarí, definida a partir del hallazgo en contexto arqueológico de una cerámica decorada, pero carente de burén, elemento que como hemos expresado antes, define las prácticas agrícolas de las sociedades aruacas antillanas.

Con los nuevos hallazgos e interpretaciones, las discusiones en torno al suceso se fue haciendo compleja; para fines de la década de los años 70 se declaraba a los contextos ceramistas con características no saladoides bajo el rubro general de protoagricultores. El primero en utilizar el término es el dominicano Veloz Maggiolo (1976) quien lo sustancia al hablarnos del modo de producción protoagrícola, perteneciente a lo que él define como producción agroalfarera, posteriormente en Cuba se sistematiza al aparecer el primer esquema básico para la interpretación de las comunidades

primitivas de Cuba realizado por Ernesto Tabío (1984). Este arqueólogo luego extendería su esquema para las Antillas (Tabío 1988:61-65).

Desde entonces la discusión en torno a la connotación de protoagricultores ha estado circunscrita hacia si los grupos culturales definidos como tales constituyeron una cultura diferente o si practicaron cultivos incipientes como complemento a sus actividades apropiadoras tradicionales.

El criterio de que los protoagricultores constituyen una cultura aborígen diferenciada se ha ido resquebrajando paulatinamente; en una de las últimas periodizaciones cubanas se detalla al protoagricultor en relación con una economía básicamente apropiadora (Guarch 1990). Sostuvo Guarch la existencia de una similar situación socioeconómica apropiadora lo mismo para el nivel de desarrollo I de la fase protoagrícola (variante cultural Canimar) que para expresiones aisladas de cerámica dentro de contextos de cazadores-pescadores-recolectores en su nivel de desarrollo II (Guarch 1990:30). En el caso de la variante cultural Mayarí, a pesar de su distinción en un nivel superior agroalfarero la sitúa en un status apropiador.

En relativa correspondencia con lo anterior, Domínguez, Febles y Rives (1994), ubican al supuesto protoagricultor en una fase tardía de la etapa de economía de apropiación e incluso plantean su conformación cultural a partir de las tradiciones líticas y concheras.

El análisis crítico de las anteriores posturas, llevaron al investigador Pedro Godo a proponer oficialmente la determinación de un mismo evento cultural para sociedades preagroalfareras hibridadas o Cayorredondoides y para las apropiadoras ceramistas (Godo 1997:25).

Estos criterios se asumieron paralelamente por el equipo arqueológico Universidad de Oriente-Casa del Caribe, aunque en este trabajo no se comparte la opinión del investigador antes citado en el sentido de admitir como única opción lo que él se pregunta y acepta decididamente “¿Se tratará acaso de aldeas mesoindias que lograron el dominio del arte alfarero en el suelo antillano mediante una evolución cultural interna (período transicional o de neolitización)?” (Godo 1997:26). En ese sentido, deben considerarse las posibilidades de obtención de cerámica por parte de las comunidades antes o después de penetrar a las islas, a través de formas que no excluyan el contacto y la transculturación.

La sistematización de los estudios alimentarios del Caribe anti-

llano fue llevada a cabo por diferentes arqueólogos dominicanos, entre los cuales Marcio Veloz Maggiolo (1976) hizo el mejor resumen al vincular los mismos, con resultados analíticos tecnotipológicos y al sustrato medioambiental en que se encontraban los emplazamientos. Entonces el investigador definía la tendencia alimentaria de los grupos apropiadores de acuerdo a cinco tradiciones básicas: banwaroide, mordanoide, guayaiboide, cordilleroide e híbridoide; cada una de ellas contenía un determinado énfasis con relación a las principales actividades de subsistencia desarrolladas en ambientes marinos o terrestres (Veloz 1976: 238).

En realidad, salvo que esas tendencias constituyen la base de las sociedades apropiadoras, los resultados obedecen a una práctica específica y aislada por los investigadores en esos momentos. En el concierto de las sociedades apropiadoras con cerámica, Marcio Veloz generaliza, para el Caribe, la opción alimentaria de esos grupos humanos, que, según él, está en función de la explotación de recursos de la zona cárstica, de la pesca de alta mar y del bosque tropical; minimizándose la posibilidad de explotación del manglar (Veloz 1992:13).

Aunque es cierto que a partir del siglo IV a.n.e., se observa una generalización de la explotación del bosque en las Antillas, de acuerdo a las evidencias encontradas en Santo Domingo, no debe hablarse para toda el área de una negación del manglar, pues sitios cubanos como Playitas (Dacal 1986:3) y de República Dominicana como La Piedra (O’Rimoli y Nadal 1983:89), confirman la explotación manglara, actividad a la que fueron refractarios los habitantes de Jorajuría, Cuba, al parecer, por el contenido sulfuroso de sus aguas (Pino 1996:14).

PROBLEMÁTICA CULTURAL ESPECÍFICA Y ALIMENTACIÓN

En Cuba y Santo Domingo se destacaron las formas tradicionales de alimentación, delimitándolas por sitios, zonas bióticas y ecosistemas. Para ello implementaron probados métodos zooarqueológicos entre los que figuran los aplicados por Pino (1979-1980 a y b), (O’Rimoli y Nadal 1983) Alonso (1991) y Rodríguez y Pino (1990), con una dinámica esclarecedora de aspectos taxonómicos, cuantitativos y cualitativos. Se han utilizado también otras estrategias destinadas a reconocer gestión económica, según Guarch y Vázquez (1991) o comportamiento socioeconómico general: Alonso (1988), Guarch y Vázquez (1991) y Veloz (1976, 1991).

De esos estudios a continuación destacamos, según sitios, los más significativos:

Arroyo del Palo constituye un sitio insignia de la arqueología cubana en razón de su determinación como protoagrícola, elevado al rango de "cultura" primero (Tabío y Guarch 1966), y luego concebido dentro de la fase tardía de la etapa protoagricultora (Tabío 1984:46). Sus características peculiares no se restringían, como el caso de otros contextos exhumados, a la aparición de cerámica simple. En su caso se distinguía una cerámica, además de bien hecha, con alto índice decorativo, no asociada al burén de las sociedades agroalfareras.

Esa distinción ha provocado múltiples interpretaciones, avaladas también por la posición cronológica de Arroyo del Palo (fechados entre 760 d.n.e. y 1090 d.n.e.), coincidente con la de grupos agricultores. El residuario situado en la porción norte de la región más oriental de Cuba, a unos 9 km del mar. Tiene la alta presencia de mamíferos y de moluscos terrestres; los crustáceos están bien representados en tres de los niveles excavados y hay presencia en menor escala de moluscos marinos, quelonios fluviales y peces (Tabío y Guarch 1966:64).

El sitio Mejías tiene similares características al anterior, aún cuando se encuentra un poco más alejado de la costa. La observación de sus contextos, algunos con fechados colagénicos de 820 d.n.e. y 1020 d.n.e., han ratificado la hipótesis de un protoagrícola en su fase tardía. Milton Pino (1970 b) realizó un minucioso estudio alimentario sobre la base de la determinación de por cientos alimentarios, según la fragmentación de restos dietarios.

De acuerdo a Pino, el área arqueológica de referencia, define en los diferentes estratos nueve tipos de moluscos pulmonados, con preminencia para el *Caracolus sagemon* y dos especies de moluscos marinos (*Anadara lienosa floridata* y *Strombus costatus*); destacó la presencia del crustáceo *Gecarcinus ruricola* y también de ofidios y quelonios, así como de cuatro especies de jutías, pertenecientes al género *Capromys* (Pino 1970 b:1-43).

Luego de estos hallazgos, cobraron connotación en el área antillana los descubrimientos de tres residuarios arqueológicos de la República Dominicana: El Caimito, Musiépedro y Honduras del Oeste.

El Caimito marcó un hito en el surgimiento de este tipo de poblador del Caribe insular, pues presentaba el residuario, en fe-

cha tan temprana como 180 d.n.e., una cerámica modelada incisa muy peculiar, no considerada ostionide, pero diferenciada de las burdas asas de vasijas, con escasa decoración, encontradas con regularidad en contextos presumiblemente tempranos.

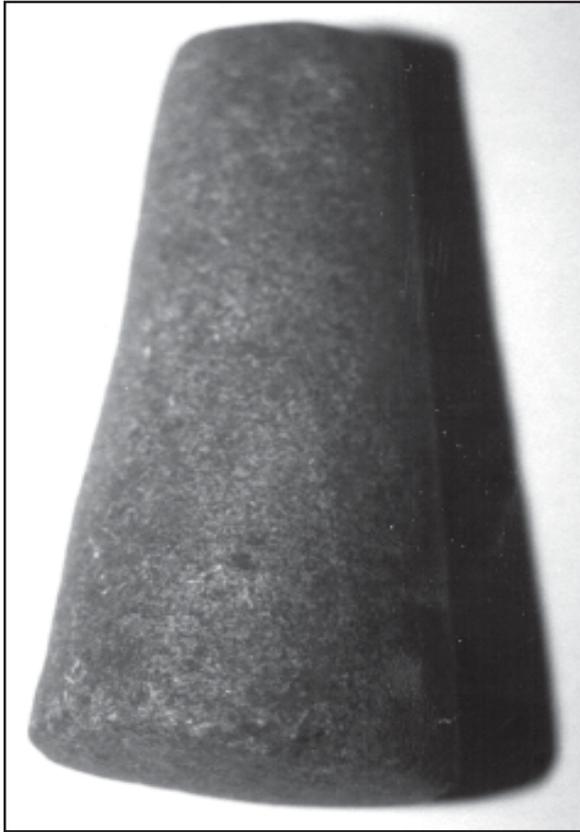
La alimentación del sitio fue descrita por Veloz, *et al* (1974). Destacaron los investigadores que en los diversos montículos utilizados en la cocción de alimentos se apreció como actividad de mayor trascendencia la recolección de moluscos marinos (*Cittarium pica*, *Tectarius muricatos* y *Chiton* sp); tenía cierta importancia además la recolección de crustáceos y moluscos terrestres. La pequeña cacería está presente en los distintos niveles de poblamiento a través de la existencia de dos tipos de roedores, de la iguana (*Cyclura* sp) y de las aves (Veloz 1980:89-90).

Por su parte, Musiépedro es un yacimiento arqueológico descubierto y trabajado por Marcio Veloz en 1976. Este investigador consideró que el asentamiento podría ser la verdadera transición entre los grupos aborígenes preagricultores y aquellos que trajeron las primeras formas agrícolas. La alimentación en cuestión se definió así: la recolección de fauna terrestre, moluscos terrestres sobre todo de los géneros *Caracolus* sp. y *Polydontes* sp; la caza de las iguanas (*Cyclura* sp) y de roedores (*Isolobodon portoricensis*) constituyen la característica fundamental del asentamiento; la pesca es una actividad complementaria y no se explotan las áreas de manglares como en otros muchos sitios preagrícolas (O'Rimoli y Joaquín Nadal 1983:39).

Honduras del Oeste, sitio datado en 360 a.n.e. y trabajado por diversos investigadores, fue reportado oficialmente por Veloz y Ortega (1973). Sus características alimentarias fundamentales son la recolección marina y terrestre, además de la captura de crustáceos marinos, complementaban esas actividades con la caza de pequeños animales terrestres, entre los que se destacan los roedores (*Isolobodon portoricensis* y *Heteropsomys voratus*) y las iguanas (*Cyclura* sp). La pesca sirve de complemento a la dieta de esos aborígenes (O'Rimoli y Nadal 1983:131).

A estos tres sitios, los mencionados zooarqueólogos le destacaron las equivalencias de las actividades subsistenciales a partir de la obtención de NMI (número mínimo de individuos).

Otro de los residuarios, trabajados por dichos investigadores, fue La Piedra, considerado inicialmente como una ocupación precerámica de recolectores de manglares y recursos terrestres



Mano cónica. Sitio Catunda.

(1635 a.n.e.). Según piensan O'Rimoli y Nadal estos pobladores llegaron a utilizar la cerámica por posible intercambio y luego terminaron fabricándola.

En el resumen alimentario se destaca que la recolección de moluscos fue la base del sustento, predominando las especies de manglar (*Crassostrea rhizophorae* y *Brachidontes* sp); después cobran importancia las especies de los géneros *Polydonte* y *Caracolus*. Por último fueron distinguidas algunas especies marinas como la almeja (*Phacoide pectinatus*) y gasterópodos de los géneros *Murex* y *Strombus*. La cacería se reporta como prácticamente inexistente (O'Rimoli y Nadal 1983:97).

En Cuba, existen dos sitios arqueológicos, estudiados principalmente por Ramón Dacal y Kozlowski, que han dado lugar a criterios

diferenciados respecto a la ubicación de los aborígenes en las dos fases reconocidas para la etapa protoagrícola. Esos sitios son Playitas y Canímar. En ambos asentamientos se observó una cerámica simple, asociada a una industria microlítica laminar que dio lugar a que Kozlowski definiera su complejo lítico Canímar- Aguas Verdes (Kozlowski 1975:14), propiciando así que Tabío luego en 1984, de acuerdo también a los fechados tempranos de estos sitios, fundamentara una fase inicial para los protoagricultores. Posteriormente Febles (1991) echó por tierra la concepción de la cultura Canímar-Aguas Verdes al notar diferencias tecnotipológicas entre estos dos sitios: el primero con preminencia de microindustria lítica y el segundo con una macroindustria claramente visible (Febles 1991:334-340).

En el caso de Playitas, cuya antigüedad se ha aproximado en 26 a.n.e. por método de termoluminiscencia o en 670 d.n.e. de acuerdo al análisis de C-14, se distinguen entre otros resultados alimentarios, una gran captación de moluscos marinos y de zona de manglares. Se declara además, la presencia de diferentes especies de jutías (*Capromys* sp) y del majá de Santa María (*Epicrates angulifer*). Los restos de peces identificados constituyen junto a la captura de quelonios otras de las actividades presentes (Dacal 1986:40-48).

Sobre Aguas Verdes, conchal situado en una zona de manglares y fechado por colágeno en 2650 a.p., se señaló que prevalecen la captación de las especies de los pelecípodos *Isognomun alatus*, *Cassostrea rhizophorae* y *Acanthopleura granulata*; de los gasterópodos también marinos *Strombus pugilis*, *Cittarium pica* y *Nerita versicolor*. Se destacan con creces el molusco pulmonado *Polydonte imperator* lo mismo que el fluvial *Neritina punctulata* (Artiles y Dacal 1973).

Otro asentamiento cubano importante es Jorajuría, en razón de tener fechados muy tempranos (2160 a.n.e entre otros) y presentar cerámica hasta 0,90 m de profundidad. A partir de las exploraciones de Herrera Fritot y Tabío en el año 1951, se ha especulado mucho acerca de la filiación de este sitio: Tabío y Rey (1979) lo trataron indistintamente como Cayo Redondo y Mayarí, en tanto que Kozlowski (1975) incluye la piedra tallada del contexto aborígen en la tecnotipología de lo que él llamó cultura El Carnero. Posteriormente Febles (1990) vinculó el sitio, a través de los mismos estudios líticos, a los protoagrícolas de Canímar.

Las excavaciones practicadas por Pino y sus allegados

(Pino 1980a, 1993) permitieron identificar una actividad subsistencial ligada a la explotación de zonas bajas y cenagosas. En orden de prioridad fue distinguida la caza de jutías, seguida muy de cerca por la pesca de litoral o de plataforma. Se destacó a su vez un tipo de consumo dependiente de la colecta de cangrejos, quelonios marinos y de agua dulce, majas y aves zancudas (Pino 1996:14).

En el sitio Cacoyugüín, situado en la región nororiental de Cuba, el muestreo alimentario realizado por Pérez Iglesias (1999) identificó un predominio de moluscos que alcanzan en total un 83,7 % de NMI, con cuatro especies marinas y tres terrestres. Entre las primeras están presentes *Neritina piratica*, *Lucina pectinatus*, *Strombus gigas* e *Isognomun alatus* y entre las terrestres *Zachrysia gundlachana*, *Caraculus sagemon* y *Neritina virginiana*. En orden de importancia le sigue a estas especies la reconocida como *Gecarcinus ruricola* con un 9,03 % de NMI y luego se ubican los mamíferos; por último los peces y los reptiles (Pérez Iglesias 1999:100).

Los datos estadísticos nos revelan a Cacoyugüín como un sitio mediterráneo, no muy alejado de la costa que parece depender en los momentos primarios e intermedios de la ocupación de una explotación de recursos tanto marina como terrestre, para finalmente tener una reorientación económica en función del bosque interior (Pérez Iglesias 1999:102).

Al sur de esa propia región fueron estudiados los sitios La Escondida de Bucuey y Caimanes III, el primero por Milton Pino y Nilecta Castellanos (1987) y el otro por Ramón Navarrete (1989), asesorado por Martínez Arango (1997). En el sitio Caimanes III, próximo a la bahía de Santiago de Cuba y cuyos moradores ocuparon el asentamiento aproximadamente hacia la primera mitad del siglo III a.n.e. (1 745 ± 175 años a.p.), se detectó una actividad subsistencial dependiente de los recursos del mar (moluscos marinos esencialmente) y de la caza de jutías, que distingue una explotación económica de carácter marcadamente mixta, cuya actividad primordial de sustento lo constituyó la captación de recursos marinos.

En el sitio la Escondida, ubicado en el municipio montañoso San Luis, provincia Santiago de Cuba y fechado por C-14 en 930 d.n.e., Pino y Castellanos verificaron una actividad dependiente de la caza y de la recolección de moluscos terrestres; hay captura de crustáceos e indicios menores de pesca fluvial y captura de quelonios. Se observó captación de otras especies como el *Epicrater Angulifer* (majá

de Santa María) y el *Solenodom cubanus* (almiqui). Similar comportamiento, con la excepción de no haberse encontrado estas dos últimas especies, tienen cinco sitios del suroriente cubano a los cuales se le comprobó, de acuerdo a la ubicación temporal de los emplazamientos y a los grados de explotación medioambiental, una regularidad simbiótica, reflejada en la captación homogénea de recursos terrestres, con ligeras variaciones, y de facto una tradición alimentaria mediterránea, contrastante con un tipo de explotación más mixta y dependiente mayoritariamente de los recursos del mar (Reyes 1997, 1999).

Esos datos posteriormente fueron contrastados con resultados alimentarios del oriente cubano, pertenecientes a la etapa apropiadora (Reyes 2001), lo que permitió definir algunas tendencias alimentarias en relación con una explotación más o menos mixta, dependiente, como ya hemos observado para todo el Caribe, de dos grandes áreas ambientales bien definidas: la de los ecosistemas costeros y la de bosque interior. En el caso específico de los llamados tradicionalmente protoagricultores, ubicados temporalmente a partir del siglo I a.n.e. fue aislada su conducta de explotación medioambiental como a continuación relacionamos:

- Los grupos culturales de la región oriental cubana, enmarcados en el reconocido período protoagricultor y ubicados temporalmente a partir del siglo I a.n.e. tienen patrones de asentamientos que hacen regir, por lo general, su conducta de explotación medioambiental.

a) Sitios ubicados tierra adentro, con mayor o menor cercanía a la costa, como Arroyo del Palo, Mejías y La Escondida de Bucuey, ratifican, a partir de la presencia mayoritaria de restos relacionados con la caza y la recolección terrestre y de la casi ausencia de restos de fauna marina, la existencia de la tradición alimentaria de bosque interior que había sido definida para sitios apropiadores ceramistas del suroriente cubano.

b) Sitios como Caimanes III ratifican la existencia de un modo de recolectores marinos, pero ya con un dominio de zonas terrestres como ocurre para sitios recolectores clásicos tardíos. Significa esto que en un mismo período histórico, se desarrollaron modos de vida dependientes de dos áreas geográficas generales: el mar y la zona de bosque. No se

invalida la posibilidad de una explotación mixta que incluye las dos áreas. En este caso está el sitio Cacoyugúin que resulta interesante, porque a pesar de estar situado en la zona litoral, sus moradores explotaron con intensidad los ecosistemas terrestres, hacia donde parece tuvieron una reorientación económica en los últimos momentos de la ocupación.

Plantas asociadas a la alimentación

Estudios polínicos efectuados a contextos preagroalfareros y ceramistas tempranos de República Dominicana, han revelado el posible consumo de numerosas frutas, entre las que destacan la guayaba (*Psidium guajava pyrifera*), pitajaya (*Hyloceneus undatus*) y guanábana (*Anona moricata Linn.*) (Vega 1995:11-46). Fue informada también la presencia de frutos de palmas calcinados en el sitio Honduras del Oeste (Nadal y O'Rimoly 1983:131). Para el sitio El Caimito, cuyos estudios polínicos fueron efectuados por Nadal, indicaron la presencia de zamia (Veloz *et al* 1974:2). En la región suroriental de Cuba, en contextos propios de grupos considerados protoarcaicos, fueron aisladas semillas de *Sidexoxylum foetidissimum* (Hernández Cano y Ramón Navarrete 1999:70-73).



Restos dietarios del yacimiento Corinthia III.

Tecnología asociada a la alimentación

Entre los estudios líticos realizado en el área antillana deben de considerarse, además de los dedicados al reconocimiento de la funcionalidad de instrumentos y artefactos como las manos de morteros y otros instrumentos percusivos, los efectuados sobre la base de análisis tecnotipológicos y traceológicos en Cuba. Por ejemplo, se ha llegado a considerar que la industria microlítica representada por artefactos engastados y articulados de la fase protoagricultores, posibilitan notable productividad para las actividades cinegéticas (micropuntas de arco y flecha), y tienen como principales opciones el corte de carne y vegetales (CD-Room Taíno, 1995).

La industria de la piedra tallada, también se consideró para la preparación de alimentos a partir de artefactos como los picos y cuchillos (Godo *et al* 1987, s/p). Los análisis traceológicos, practicados a las herramientas del sitio La Escondida de Bucuey, demostraron el uso de herramientas en función de cortar carnes (24

herramientas) y eliminar restos de carnes y grasas (3 herramientas) (Sampedro y Godo 1991:112).

RESUMEN

Consideramos que para definir la alimentación de los grupos culturales apropiadores del Caribe, en sus tendencias y variaciones, lo primero es delimitar su acepción cultural, cuestión que se torna más difícil en el caso de las sociedades apropiadoras ceramistas, por presentar estas, en cuanto a ajuar y manifestaciones socioeconómicas, similitudes con las sociedades preagroalfareras y agroalfareras.

A pesar de ello, si comprendemos a Bate cuando define como cultura “el conjunto de formas singulares que presentan los fenómenos correspondientes, al enfrentamiento de una sociedad en la solución histórica de sus problemas” (Bate 1977:9) entonces debemos estar de acuerdo con investigadores como Godo, que, al notar mayores similitudes que diferencias entre los preagroalfareros y los protoagrícolas, define a estas dos manifestaciones como parte de un mismo concierto cultural (Godo 1997:25).

Ante la falta de una verdadera configuración del etnos para las

sociedades del Caribe isleño, resulta difícil trazarse una estrategia hipotético-deductiva en función de determinar raseros alimentarios. Esa posibilidad parece preverse mejor al encararse el estudio de dichas sociedades, a través del seguimiento de sus tradiciones tecnológicas y socioeconómicas.

La propuesta de Guarch (1987) de examinar las tradiciones de economía litoral y terrestre en relación con las subtradiciones de caza, pesca, recolección y captura ha cobrado interés en esta investigación; también lo ha merecido la observación de la evolución socioeconómica, incluida la dietaria, planteada por Veloz para el Caribe preagrícola (Veloz 1991), aun cuando es discutible su definición de modos de vida a partir de cuatro esquemas tecnológicos, relacionados más a nuestro juicio con diversas formas de apropiación y modalidades de adaptación medioambiental.

En este estudio, concebimos la categoría modo de vida tal y como lo postula Vargas, como las manifestaciones de las praxis particulares de una determinada formación social, concebidas en un sentido amplio que obedece, primero que nada, a la forma de explotación socioeconómica, dentro de la relación sujeto-objeto (Vargas 1990:63-64). De ahí, que compartamos el criterio de esta autora de definir dos principales modos de vida para las sociedades preagricultoras caribeñas: el modo de vida recolector marino y el modo de vida recolector interior (Vargas 1988).

BIBLIOGRAFÍA

Alonso, Enrique (1988): "Contribución al estudio de aspectos económicos de la sociedad preagroalfarera" en *Anuario de Arqueología 1988*, La Habana, Centro de Arqueología y Etnología, Editorial Academia.

_____ (1991): "Estudio arqueológico de los restos de alimentos" en *Arqueología de Cuba y otras áreas antillanas*, La Habana, Editorial Academia.

Angulo, Carlos (1992): "Modos de vida en la prehistoria de la llanura atlántica de Colombia" en *Prehistoria sudamericana, nuevas perspectivas*, Washington, D.C, Taraxacum .

Artiles, Milagros y Ramón Dacal (1973): "Moluscos marinos y terrestres presentes en el sitio arqueológico Aguas Verdes, Nibujón, Oriente" en *Antropología y Prehistoria*, No. 2, Serie 9, La Habana, Universidad de La Habana, Centro de Información Científico y Técnico.

Bate, Luis Felipe (1977): *Arqueología y materialismo histórico*. México, Ediciones Cultura Popular.

Centro de Antropología y Cedisac (1995): "Taíno, arqueología de Cuba" (CD-Room Taíno), Historia de Cuba según datos arqueológicos. México, Edición CENEDIC, Universidad de Colima.

Cook, Richard (1992): "Evolución de pueblos amerindios y bosques tropicales de tierras bajas: Aportes transdisciplinarios" en Agamenón Gus Pantel, Kent A. Schneider y Gloria Loyola (eds.): *Actas Medioambiente y Arqueología*, San Juan, Puerto Rico.

_____ (1993): "Etapas tempranas de la producción de alimentos en baja Centroamérica y partes de Colombia en *Revista de Arqueología Americana*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, diciembre 6.

Córdova Alfonso (s/f): "Estudio arqueológico de la variante cultural Mayarí" (Inédito). La Habana, Departamento Occidental de Arqueología.

Dacal, Ramón (1986): *Playitas un sitio protoagrícola en las márgenes del río Canimar. Matanzas. Cuba*. La Habana, Editora Universidad de la Habana, Facultad de Biología.

Dacal, Ramón y Manuel Rivero de la Calle (1986): *Arqueología aborigen de Cuba*. La Habana, Editorial Gente Nueva.

Dacal, Ramón y Milton Pino (1968): "Excavaciones en la Cueva de Enrique, Península de Guanahacabibes" en Serie Pinar del Río No. 16, La Habana, Editado por el Instituto de Antropología, A.C.C.

Domínguez, Lourdes, Jorge Febles y Alexis Rives (1994): "Las comunidades aborígenes de Cuba" en *Historia de Cuba. La Colonia, evolución socioeconómica y formación nacional*, La Habana, Editora Política.

Fairbraid (1976): "The environments of south Florida" en *Environment of south Florida present and past, Memory 2*. Miami, Editado por Miami Geological Society.

Febles, Jorge (1991): "Estudio comparativo de las industrias de la piedra tallada de Aguas Verdes (Baracoa) y Playitas (Matanzas). Probable relación de estas industrias con otras del sudeste de los Estados Unidos" en *Arqueología de Cuba y de otras áreas antillanas*, La Habana, Editorial Academia.

Febles, Jorge y Pedro Godo (1990): "Excavaciones arqueológicas en El Mango, provincia Granma, Cuba. Un análisis preliminar" en *Anuario de Arqueología 1988*, La Habana, Editorial Academia.

Godo, Pedro (1997): "El problema del protoagrícola de Cuba: discusión y perspectivas" en *El Caribe Arqueológico*, Santiago de Cuba, Editado por la Casa del Caribe.

Godo, Pedro, Guillermo Baena y Lázaro Miranda (1987): "Cayo Galindo

- una estación arqueológica al norte de Matanzas". La Habana, Centro de Antropología (en prensa).
- Guarch, José M. (1981): "Antiguas tradiciones económicas y técnico estilísticas. Etapa preagroalfarera". Tesis para optar por el grado científico Doctor en Ciencias Históricas, 2 tomos, Holguín, Inédito.
- _____ (1987): *Arqueología de Cuba, métodos y sistemas*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales.
- _____ (1990): *Estructura con las comunidades aborígenes de Cuba*. Holguín, Cuba, Ediciones Holguín.
- Guarch, José M. y A. Vázquez (1991): "Ecuaciones para conocer la productividad de la gestión para la subsistencia en relación con la fauna" en *Arqueología de Cuba y otras áreas antillanas*, La Habana, Editorial Academia.
- Hernández Cano y Ramón Navarrete (1999): "Semillas carbonizadas en el residuario protoarcaico La Batea, Santiago de Cuba. Presunciones etnobotánicas" en el *Caribe Arqueológico*, No. 3, Santiago de Cuba, Casa del Caribe.
- Herrera Fritot, René (1970): *Exploración arqueológica inicial en Cayo Jorajuría, Matanzas*. La Habana, Serie Antropológica, No. 6, Editado por la Academia de Ciencias de Cuba.
- Kozłowski, J. (1974): *Preceramic cultures in the Caribbean. Prace Archeologiczne.Z.20*. Polonia, Uniwersytetu Jagellonskiego, Warszawa.
- _____ (1975): *Las industrias de la piedra tallada de Cuba en el contexto del Caribe*. Serie Arqueológica, No. 5, La Habana, Editorial Academia.
- Lorente, P. (1983): "Datos morfométricos y ecológicos de *Pseudemys decussata*" en *Poeyana*, No. 287, La Habana, Editado por el Instituto de Ecología y Sistemática, A.C.C.
- Lumbreras, Luis G. (1984): *La arqueología como ciencia social*. Ciudad Habana, Editorial Casa de las Américas.
- Martínez Arango, Felipe (1997): *Los aborígenes de la cuenca de Santiago de Cuba*. Miami, Ediciones Universal.
- Meggers, Betty (1987): "Oscilación climática y cronología cultural en el Caribe" en Mario Sanoja (ed.), *Actas del Tercer Simposio de la Fundación de Arqueólogos del Caribe*, Washington D.C.
- Meggers, B. J. y C. Evans (1978): Aspectos arqueológicos de las tierras bajas de Suramérica y las Antillas. República Dominicana, Cuadernos del CENDIA, Universidad Autónoma de Santo Domingo.
- Navarrete, R. (1989): *Arqueología. Caimanes III*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales.
- O'Rimoli, Renato y Joaquín Nadal (1983): *El horizonte ceramista temprano en Santo Domingo y otras Antillas*. Santo Domingo, Editorial de la UASD.
- Pérez Iglesias, Lourdes (1999): "Restos faunísticos de Cacoyugüín I, asentamiento protoagrícola de Holguín", en *El Caribe Arqueológico*, No.3, Santiago de Cuba, Editora Casa del Caribe.
- Pina, Plinio, Marcio Veloz y Manuel García (1974): *Esquema para una revisión de nomenclaturas arqueológicas del poblamiento precerámico en las Antillas*. Santo Domingo, Editado por la Fundación García Arévalo, Inc.
- Pino, Milton (1970 a): "La dieta de los aborígenes de Cueva Funche, Guanahacabibes, Pinar del Río" en *Serie Espeleológica y Carsológica*. No. 12, La Habana, Editado por la Academia de Ciencias.
- _____ (1970 b): "La dieta y ajuar aborígenes en el sitio Mejías, Mayarí, Cuba" en *Serie Antropológica*. No. 4, La Habana, Editado por la Academia de Ciencias.
- _____ (1978): "Consideraciones sobre los elementos dietarios del sitio Levisa, Mayarí" en *Cuba arqueológica*. No. 1, Santiago de Cuba, Editorial Oriente.
- _____ (1979): "Investigaciones sobre aspectos dietarios de las comunidades precolombinas de Cuba". La Habana, Departamento de Arqueología, A.C.C., Inédito.
- _____ (1980 a): "Notas de campo de la expedición arqueológica al sitio Cayo Jorajuría en el mes de abril de 1980". La Habana, Departamento de Arqueología, A.C.C., Inédito.
- _____ (1980 b): "Procedimientos cuantitativos en el estudio dietético de los aborígenes cubanos" en *Cuba arqueológica*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente.
- _____ (1993): "Notas de campo de la expedición arqueológica al municipio Martí, Matanzas. Excavación del sitio Cayo Jorajuría, 14 al 30 de abril de 1993". La Habana, Centro de Antropología, Inédito.
- _____ (1996): "Arqueología de Matanzas: Resultados obtenidos en las investigaciones del quinquenio 91-95", ponencia efectuada en el evento Antropología 96. La Habana, Inédito.
- Pino, M y Nilecta Castellanos (1987): "Estudio de la dieta y actividades económicas de La Escondida de Bucuey, San Luis, provincia Santiago de Cuba". La Habana, Departamento de Arqueología, Centro de Antropología, A.C.C., Inédito.
- Reyes, Juan M. (1997): "Estudios dietarios de cinco sitios apropiadores ceramistas del suroriente cubano" en *El Caribe Arqueológico*, No. 2, Santiago de Cuba, Editora Casa del Caribe.
- _____ (1999): "Tradición y variación alimentaria terrestre en sitios de comu-

- nidades apropiadoras ceramistas del suroriente cubano" (inédito). Santiago de Cuba.
- _____ (2001): "Apropiación y tradición alimentaria en el oriente cubano" en *El Caribe Arqueológico*, No.5, Santiago de Cuba, Editora Casa del Caribe.
- Rodríguez, César y Milton Pino (1990): "Procedimientos y métodos cuantitativos de origen faunístico en los depósitos arqueológicos cubanos". La Habana, Departamento de Arqueología, Centro de Antropología, A.C.C., Inédito.
- Sampedro, Ricardo y Pedro Godo (1991): "Funciones de las herramientas de la piedra tallada del sitio arqueológico La Escondida de Bucuey" en *Estudios Arqueológicos 1989*, La Habana, Editorial Academia.
- Sanoja, Mario (1987): "Ecología y asentamientos humanos en el noreste de Venezuela" en Mario Sanoja (ed), *Actas del Tercer Simposio de la Fundación de Arqueólogos del Caribe*. Washington D.C.
- _____ (1988): "La formación de cazadores recolectores en Venezuela", en *Actas del Segundo Simposio de la Fundación de Arqueólogos del Caribe*, Washington D.C.
- _____ (1989): *Origin of cultivation around the golf of Paria, northeastern*. Venezuela, National Geographic Research.
- Sanoja, Mario e Iraida Vargas (1995): *Gente de la Canoa, economía política de la antigua sociedad apropiadora del noreste de Venezuela*. Venezuela, Fondo Editorial Tropykos. UCV.
- Tabío, Ernesto y Estrella Rey (1979): *Prehistoria de Cuba*. Ciudad de La Habana, Editorial Ciencias Sociales.
- Tabío, Ernesto (1984): "Nueva periodización para el estudio de las comunidades aborígenes de Cuba" en *Islas*, Villa Clara, Editado por la Universidad Central de las Villas, mayo-agosto.
- _____ (1988): *Introducción a la arqueología de las Antillas*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- _____ (1991): "Proyecto para una nueva periodización cultural de la prehistoria de Cuba" en *Arqueología de Cuba y de otras áreas antillanas*. La Habana, Editorial Academia.
- Tabío, Ernesto y Estrella Rey (1979): *Prehistoria de Cuba*. Ciudad de La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- Tabío, Ernesto y José M. Guarch (1966): *Excavaciones en Arroyo del Palo, Mayarí, Cuba*. La Habana, Departamento de Antropología, A.C.C.
- Vargas, Iraida (1987): "Sociedad y naturaleza: Mediciones y determinaciones del cambio social" en Mario Sanoja (ed), *Actas del Tercer Simposio de la Fundación de Arqueólogos del Caribe*, Washington D.C.
- _____ (1988): "Perspectiva histórica de la arqueología venezolana, aportes al conocimiento de la formación económica social tribal" en Iraida Vargas (ed.), *Actas del Segundo Simposio de la Fundación de Arqueólogos del Caribe*. Washington DC.
- _____ (1990): *Arqueología, ciencia y sociedad*. Caracas, Venezuela, Editorial Abre Brecha, C. A.
- Vega, Bernardo (1995): "Frutas en la dieta precolombina en la isla española" en *Clio*, No. 53, Año LXIV, Órgano de la Academia Dominicana de la Historia, República Dominicana, Editado por la Academia de la Historia Dominicana, sep-dic.
- Veloz, Marcio (1974): "La dieta de la prehistoria" en *La Noticia*, Santo Domingo, República Dominicana.
- _____ (1976-1977): *Medio ambiente y adaptación humana en la prehistoria de Santo Domingo*. Santo Domingo, Editora de la Universidad Autónoma de Santo Domingo.
- _____ (1980): *Las sociedades arcaicas de Santo Domingo*. Santo Domingo, República Dominicana, Ediciones del Museo del Hombre Dominicano.
- _____ (1991): *Panorama histórico del Caribe precolombino*. Santo Domingo, República Dominicana, Editado por el Banco Central de República Dominicana.
- _____ (1992): "Notas sobre la zamia en la prehistoria del Caribe" en *Revista de Arqueología Dominicana* 6, México, Editado por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia, julio-diciembre.
- Veloz, Marcio y A. Gus Pantel (1988): "El modo de vida de los recolectores en la arqueología del Caribe (Parte I)" en *Boletín de Antropología Americana*, No. 18, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- _____ (1989): "El modo de vida de los recolectores en la Arqueología del Caribe (Parte II)" en *Boletín de Antropología Americana*, No. 19, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- Veloz, Marcio y Bernardo Vega (1987): "Modos de vida en el precerámico antillano" en *Boletín de Antropología Americana*, No. 16, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- Veloz, Marcio, M. E. Ortega y O. Pina (1974): *El Caimito: Un antiguo complejo ceramista de las Antillas Mayores*. Santo Domingo, República Dominicana, Editado por la Fundación García Arévalo Inc. y el Museo del Hombre Dominicano.
- William, Denis (1992): "El arcaico en el noroeste de Guyana y los comienzos de la horticultura" en *Prehistoria sudamericana. Nuevas perspectivas*. Washington, Taraxacum.
- Zucchi, Alberta (1984): "Nuevos datos sobre la penetración de grupos cerámicos a las Antillas Mayores" en *Relaciones prehistóricas de Venezuela*, Caracas, Editorial Acta Científica Venezolana.

EL *NESOTROCHIS DEBOOYI* (GALLITO DE TIERRA DE PUERTO RICO) EN UNA NUEVA LOCALIDAD ARQUEOLÓGICA DE PUERTO RICO: EL SITIO HERNÁNDEZ COLÓN

EDGAR J. MAÍZ LÓPEZ



El autor pertenece al Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, San Juan, Puerto Rico

INTRODUCCIÓN

Como parte de nuestro trabajo de tesis de maestría sometida al Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe (Maíz López 2002) excavamos parcialmente el sitio arqueológico multicomponente conocido como Hernández Colón, en la región sur central de Puerto Rico. Una gran cantidad de fauna vertebrada fue recuperada, destacándose entre esta 651 huesos correspondientes a 18 especies distintas de aves, equivalentes a por lo menos 152 NMI (número mínimo de individuos). Estas fueron identificadas por el Dr. Storrs L. Olson, curador de la División de Aves del US National Museum of Natural History de Smithsonian Institution, a quien nuevamente agradecemos esta valiosa colaboración. De acuerdo al informe del Dr. Olson (1992), las especies pertenecientes al Orden Columbiformes, familia Columbidae (tórtolas, perdices y palomas) constituyen las representaciones más numerosas obtenidas durante nuestras excavaciones (Maíz López 1996). No obstante, también fueron identificadas varias especies de aves, algunas de ellas ya extintas, entre las que se destaca la especie *Nesotrochis debooyi* (familia Rallidae), conocida comúnmente como gallito de tierra de Puerto Rico. Esta constituyó la tercera especie de ave más abundante en el sitio, con 10 NMI o el 6,58 % de la muestra total recuperada.

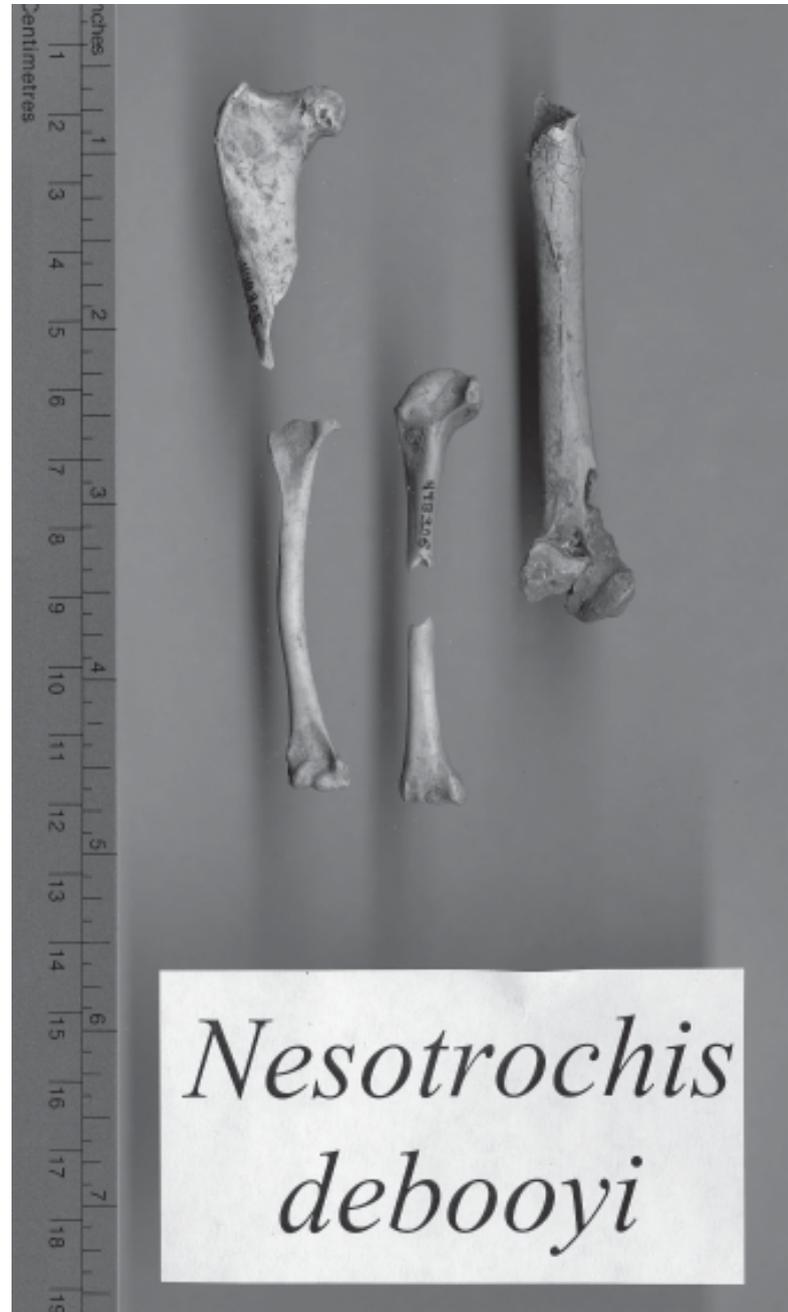
LOCALIZACIÓN Y MARCO CRONOLÓGICO

El sitio arqueológico Hernández Colón se localiza sobre una terraza aluvial al este del actual cauce del Río Cerrillos-Bucaná, en la región sur central de Puerto Rico (Barrio Cerrillos del municipio de Ponce). Se ubica a una distancia por río de aproximadamente 13,5 km al norte del litoral sur (Mar Caribe), y a una altura de 76 m sobre el nivel del mar, siendo sus coordenadas geográficas 18°-04'-05" latitud norte y 66°-35'-09" longitud oeste.

vuelo de los miembros de esta familia es débil y casi no lo intentan. Esta es una familia que esta bien representada en la isla de Puerto Rico.

En el caso del sitio Hernández Colón, cronológicamente la presencia del *Nesotrochis debooyi* o gallito de tierra de Puerto Rico se limita a las dos ocupaciones más tempranas (saladoides), con 4 NMI durante la fase Pomarroza y 6 NMI durante la fase Cerrillos. Dicha presencia fue identificada a través de 22 huesos (Olson 1992): una (1) mandíbula, dos (2) tibiotarsus, dos (2) fíbulas, cuatro (4) fémures, tres (3) toe, dos (2) tarsometatarsus, dos (2) vértebras, cinco (5) húmeros y una (1) pelvis. Podemos entonces afirmar que dicha especie comenzó a ser consumida por los habitantes del sitio Hernández Colón desde aproximadamente el A. D. 300 hasta el A. D. 600. Es posible que al *Nesotrochis debooyi* pertenecer a una familia como la Rallidae y ser aves de pantanos y sitios anegados, tuvieron los habitantes del sitio Hernández Colón que desplazarse hacia estas zonas, que serían sus hábitats naturales, los cuales entendemos debieron existir en el litoral costero de la región de Ponce. Esto implicaría un desplazamiento de aproximadamente 13,5 km de ida y 13,5 km de vuelta hasta la costa sur para cazar este especie de ave, además de la utilización de técnicas y métodos para su captura difíciles de precisar en estos momentos, aparte del método mencionado por nuestros campesinos al Dr. Wetmore en 1912 (Wetmore 1927) como más adelante veremos. No obstante es posible que dicha especie pudiera frecuentar el cauce del Río Cerrillos-Bucaná y sus áreas aledañas, cercanas al sitio Hernández Colón, donde pudo ser cazada. También es importante señalar que si esta especie pudo ser mantenida en cautiverio, como se ha planteado (Olson 1982) estaría disponible para su consumo sin tener que ser cazada con mucha frecuencia.

La especie *Nesotrochis debooyi* fue descrita por primera vez por el Dr. Alexander Wetmore en 1918 (Wetmore 1927), cuando se localizó su presencia en el conchero de Magen's Bay en St. Thomas (Olson 1974, 1978). Las investigaciones arqueológicas fueron realizadas por Theodore de Booy del Museo del Indio Americano en Nueva York. Posteriormente su presencia fue localizada en varias cuevas de Puerto Rico (Cueva Clara y Cueva San Miguel cercana a Morovis, Cueva Toraño y Hacienda Jobos cerca de Utuado y en una cueva de Ciales) y otros residuarios arqueológicos como el sitio Canas de Ponce y un conchero de Aguirre (Olson 1974).



La especie ha sido identificada en sitios arqueológicos de la isla de Santa Cruz, St. John y posiblemente Virgen Gorda (Olson 1974). Hacia el 1974 se descubrió por parte del Dr. Olson una nueva especie fósil para Haití llamada *Nesotrochis steganinos*. Por sus huesos se pudo determinar que el *Nesotrochis debooyi* no podía volar (Biaggi 1997) y su relativa abundancia en depósitos arqueológicos indica que su carne fue muy apreciada por nuestras poblaciones aborígenes, como serían en nuestro caso los habitantes del sitio de Hernández Colón. Según Wetmore (1927) y Biaggi (1997) se supone que por lo menos en Puerto Rico esta ave debió haber existido hasta no hace mucho tiempo, ya que ninguno de los huesos encontrados parecían ser muy viejos. Al respecto, nos dice Biaggi (1997:147-148) lo siguiente:

El Dr. Alexander Wetmore en su obra sobre las Aves de Puerto Rico y las Islas Vírgenes dice que durante su estancia en Puerto Rico en el año 1912, se le informó que los nativos estaban acostumbrados cazar un ave que llamaban el "Carrao" en las mañanas cuando la vegetación estaba cubierta de rocío y que el ave se mojaba tanto que era fácil de atraparlo porque no podía volar. Es posible que esta información no se refiera al "Carrao" verdadero sino más bien a este Gallito de Tierra. Esta es un ave, por supuesto, extinta en la Isla.

En comunicación escrita del Dr. Olson al autor de esta tesis en octubre de 1989, este plantea la posibilidad de que el *Nesotrochis debooyi* fuera transportado de isla en isla, desde Puerto Rico, por nuestros aborígenes y mantenido en cautiverio. Al respecto nos dice y citamos:

The fact that Isolobodon and the extinct flightless rail Nesotrochis debooyi (which is in your material, by the way) are found in middens in St. Croix, which was never joined to the Puerto Rican mainland, means that those species were transported there by man and were probably maintained in captivity as well.

Esta hipótesis del Dr. Olson, ya previamente planteada (Olson 1974, 1982) podría explicar entonces la abundancia de esta especie de ave en los residuarios aborígenes del cual el sitio Hernández Colón forma parte importante.

En su clásica obra *The Birds of Porto Rico and the Virgin Islands*, el Dr. Alexander Wetmore (1927:340-342) plantea con relación al *Nesotrochis debooyi*:

That the flesh of this rail was prized by Indians seems certain from the abundance of its bones in the vicinity of ancient residence sites. None of remains known seem particularly old, and it is possible that the species was in existence in small numbers during historic times. While in Porto Rico, in 1912, I was told that in earlier days the natives were accustomed to hunt a large bird known as the carrao on foot with dogs in the early morning when vegetation was drenched with heavy dew. As the bird fled from its pursuers through the grass and fern, its feathers in a short time became so thoroughly soaked that it was unable to fly and eventually was tired out and captured alive. The carrao of today is the limpkin (Aramus pictus elucus), a species that, like a heron or ibis, flies at the slightest alarm to a safe distance. It is so strong on the wing that one can hardly imagine its becoming so wet as to be unable to fly, which opens the interesting supposition, mentioned more briefly on an earlier page, that the carrao of earlier days may have referred to the large flightless rail.

CONCLUSIONES

Nuestras excavaciones en el sitio Hernández Colón demuestran que la fauna avícola puede considerarse de tanta importancia económica y simbólica como cualquiera de la otra fauna recuperada y representada. Desafortunadamente, en el caso de Puerto Rico, las aves, como factor de la dieta indígena precolombina y su posible uso simbólico o como marcador de rango han sido muy poco estudiadas (Maíz López 2002, 2003). En cuanto a la fauna vertebrada se refiere, las aves constituyen la segunda representación más numerosa de la muestra excavada en el sitio Hernández Colón, con 152 NMI, sólo superada por los peces con 174 NMI.

Además del estudio de la cerámica y de otras manifestaciones de la cultura, el estudio de las diferentes especies de fauna también puede arrojar luz sobre los procesos migratorios y de intercambio precolombinos. Esta posibilidad es confirmada por la presencia en el sitio Hernández Colón de la especie extinta conocida como el *Nesotrochis debooyi* o gallito de tierra de Puerto Rico, tema de este

trabajo. La presencia de dicha especie en residuarios de Santa Cruz, Islas Vírgenes, isla que nunca estuvo unida a Puerto Rico, indica que dicha especie pudo ser transportada por el hombre en tiempos precolombinos y posiblemente mantenida y criada en cautiverio (Olson, comunicación personal 1989). Su presencia en Puerto Rico en varias cuevas de Morovis, Utuado y Ciales (Olson 1974) la hace ser más antigua en nuestra isla, desde donde pudo ser transportada a otras islas del Caribe. Como ya previamente se señaló, esta especie de ave no volaba y está representada en el sitio por 10 NMI para el 6,58 % de la muestra de aves recuperadas. Esperamos que según se avance en las investigaciones arqueológicas en Puerto Rico, la presencia del *Nesotrochis debooyi* pueda seguir siendo identificada y documentada con precisión, como lo ha hecho el Dr. Olson en el sitio Hernández Colón, y a su vez establecerse la importancia económica que debió tener para nuestras pasadas poblaciones precolombinas.

BIBLIOGRAFÍA

- Biaggi, Virgilio (1997): *Las aves de Puerto Rico*. 4ta edición revisada y aumentada, Río Piedras, Editorial UPR.
- Maíz López, Edgar (1996): "La fauna ornitológica de la Familia Columbidae en el sitio arqueológico Hernández Colón de Puerto Rico" en M. Veloz Maggiolo y Caba Fuentes, ed., *Ponencias Primer Seminario de Arqueología del Caribe*, Altos de Chavón, República Dominicana Museo Arqueológico Regional.
- _____ (2002): *El sitio arqueológico Hernández Colón de Puerto Rico: Actividades subsistenciales de los antiguos habitantes del valle del Río Cerrillos-Bucaná, Ponce, Puerto Rico*. Tesis de Maestría en Artes con Especialidad en Estudios Puertorriqueños y del Caribe, San Juan. Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe.
- _____ (2003): "The Macaw or Guacamayo (*Ara* sp) in the West Indies: A New Finding in an Early Puerto Rican Saladoid Context". Paper Presented at 20th International Congress for Caribbean Archaeology. Santo Domingo (en prensa).
- Olson, S. L. (1974): "A New species of *Nesotrochis* from Hispaniola, with notes on other fossil rails from the West Indies (Aves: Rallidae)" en *Proceedings of the Biological Society of Washington* 87 (38).
- _____ (1978): "A paleontological perspective of West Indian birds and mammals" en Gill. F. B. (ed), *Zoogeography in the Caribbean. Academy of Natural Sciences of Philadelphia Special Publication*, No. 13.

- _____ (1982): "Biological archaeology of the West Indies" en *The Florida Anthropologist*, 35 (4).
- _____ (1992): "Report on Avian Remains from the Hernández Colón Site (PO-13), Ponce, Puerto Rico". Smithsonian Institution. Informe sin publicar en poder del autor de este trabajo.
- Rouse, Irving (1992): *The Tainos: Rise and Decline of the Indians Who Greeted Columbus*. New Haven, Yale University Press.
- Wetmore, A. 1927. "The Birds of Porto Rico and the Virgin Islands" en *Scientific Survey of Porto Rico and the Virgin Islands*. IX (3-4), New York, Academy of Science.
- _____ (1937): "Ancient records of birds from the island of St. Croix with observations on extinct and living birds of Puerto Rico" en *The Journal of Agriculture of the University of Puerto Rico*, 21.

TIBES: UN CENTRO INDÍGENA TEMPRANO DEL CENTRO-SUR DE PUERTO RICO

L. ANTONIO CURET



El autor es investigador del Field Museum de Chicago

INTRODUCCIÓN

El sitio arqueológico de Tibes es hasta el momento el centro multiplazas más antiguo del Caribe. Está localizado en el área intermedia entre las colinas semi-áridas y el llano costero seco del centro-sur de Puerto Rico (Fig. 1). Tibes en sí se encuentra en una terraza aluvial del río Portugués a unos ocho kilómetros de la costa. Colinda por el norte y este con las colinas y por el sur y el oeste con el río. El sitio fue descubierto en los años setenta y posteriormente excavado por la Sociedad Guaynía, que es también responsable de convencer al municipio de Ponce de establecer un museo y parque arqueológico en el sitio.

Durante los últimos diez años hemos estado realizando un proyecto de investigación a largo plazo en el sitio. En la actualidad el proyecto está siendo llevado a cabo en conjunto por el Museo Field de Chicago y el Municipio de Ponce, aunque antes la Universidad de Colorado en Denver, la Universidad del estado de Pennsylvania, la Universidad del Sur de Illinois y Gettysburg College prestaron apoyo. En general, el propósito principal del proyecto consiste en ampliar los conocimientos sobre las unidades domésticas indígenas, su economía, organización social y el papel que tuvieron en el desarrollo de sociedades estratificadas en la costa sur de Puerto Rico. Esta información es vital para poder entender mejor los procesos envueltos en el surgimiento de la jerarquización social. Se escogió el sitio de Tibes para llevar a cabo esta investigación ya que este centro indígena contiene componentes pertenecientes a los períodos previos y subsiguientes al desarrollo de sociedades jerárquicas en la costa sur de Puerto Rico. El presente trabajo resume algunos de los resultados preliminares de las investigaciones arqueológicas en el Centro Indígena de Tibes y sus implicaciones para la arqueología de Puerto Rico.

ANTECEDENTES Y DESCRIPCIÓN DEL CENTRO INDÍGENA DE TIBES

Los trabajos iniciales dirigidos por la Sociedad Guaynía en la segunda mitad de la década de los años setetenta se concentraron en reconocer y evaluar el sitio, descubrir las estructuras monumentales y en crear un mapa del centro ceremonial (Fig. 1).

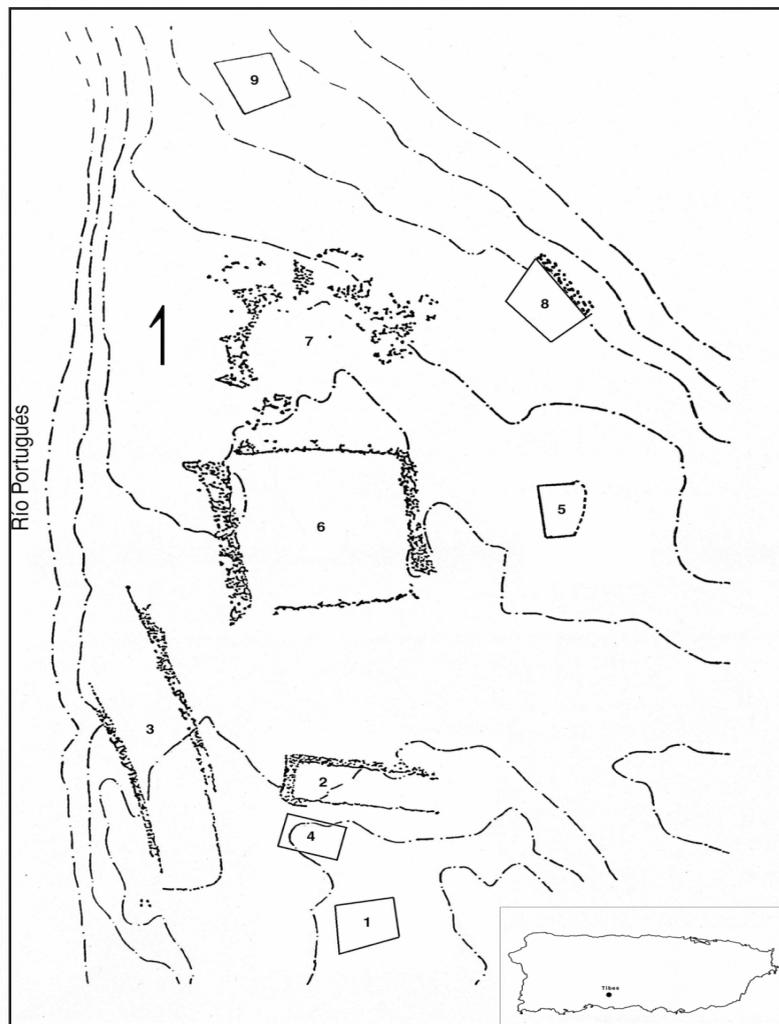


Fig. 1.

Para lograr esto se llevaron a cabo excavaciones en distintas áreas del asentamiento y se investigaron varias alineaciones de piedras para determinar si eran formaciones naturales o culturales. Algunos de los resultados de estas investigaciones fueron publicados en las tesis presentadas por los arqueólogos Pedro Alvarado Zayas (1981) y Juan González Colón (1984), los cuales resumo a continuación.

HISTORIA CULTURAL

Tibes contiene principalmente dos componentes culturales pertenecientes a los períodos II y III según fueron definidos por Rouse (1982) para la isla de Puerto Rico. El primer componente pertenece a la serie saladoide (300 B.C.-A.D. 600). Aunque parece ser que existe algún material del estilo Hacienda Grande (300 B.C.-A.D. 300) en el sitio, la mayor parte del material saladoide pertenece al estilo Cuevas (A.D. 300-600). El segundo componente consiste de las series ostionoide y elenoide (A.D. 600-1200), pero esta última parece ser la más prevalente. Ambos estilos de la serie elenoide, es decir los estilos Monserrate (A.D. 600-900) y Santa Elena (A.D. 900-1200), están representados en las colecciones, al igual que los dos de la serie ostionoide (puro y modificado). Después de analizar la cerámica de Tibes, Alvarado Zayas (1981) concluyó que el cambio de la serie saladoide a la elenoide/ostionoide fue el resultado de cambios culturales locales y no de la migración de nuevos grupos. Existen también algunos pedazos de cerámicas con decoración de tipo de la serie chicoide (A.D. 1200-1500) (ver Welsh *et al.* en prensa). Sin embargo, hasta el momento no se ha reportado ningún depósito perteneciente a este período. Existe la posibilidad de que estos restos pertenezcan a la serie ostionoide tardía donde muchos de los elementos estilísticos de la serie chicoide parecen haber sido desarrollados. Otra posible explicación es que el sitio haya sido visitado por grupos Chicoides luego de su abandono. Sin embargo, estas sugerencias no pueden ser evaluadas con la información disponible.

ESTRUCTURAS ARQUITECTÓNICAS Y CEMENTERIOS

Los hallazgos arqueológicos descubiertos en Tibes por las investigaciones originales son varios y de tal magnitud que hicieron revisar algunos de los conceptos de la arqueología antillana, sobre

todo aquellos relacionados con las prácticas mortuorias, las plazas ceremoniales y los bateyes (canchas de pelota). En total se hallaron 12 estructuras de piedras que incluyen plazas ceremoniales, bateyes y calzadas, las cuales parecen pertenecer al período III o a la serie elenoide, y quedó establecido que los bateyes y plazas para el área antillana son más antiguos de lo que se pensaba originalmente (Alvarado Zayas 1980; González Colón 1984).

Otro elemento arqueológico descubierto por las investigaciones originales fueron dos áreas de concentraciones de entierros humanos: una localizada debajo la plaza principal (número 6) y la otra en el centro del batey (número 3). Ambos cementerios parecen pertenecer a la serie saladoide. Otros enterramientos aislados pertenecientes al período III fueron descubiertos en áreas de basureros domésticos. Fue esta la primera vez en la arqueología puertorriqueña, también, que se definen cambios en prácticas mortuorias a través del tiempo. Desde entonces, patrones similares a estos han sido observados en otros sitios de Puerto Rico (Curet y Oliver 1998; Rodríguez 1991; Siegel 1989, 1996).

EL PROYECTO ARQUEOLÓGICO DEL CENTRO INDÍGENA DE TIBES

El Proyecto Arqueológico del Centro Indígena de Tibes tiene como su principal propósito el estudiar los cambios en los grupos domésticos precolombinos a través del tiempo y el espacio. Específicamente, se quiere investigar cuál fue la función de estos grupos en el desarrollo de las sociedades estratificadas y cómo fueron impactados a su vez por este cambio social. Para lograr estos propósitos decidimos llevar a cabo la investigación en etapas:

1. La primera etapa se concentró en evaluar el sitio para localizar y definir los depósitos arqueológicos presentes en el asentamiento. Esto se llevó a cabo con un programa de pozos de palas y un levantamiento topográfico de algunas partes del sitio. Se pensó que esta estrategia iba a brindar información que combinada con la obtenida por las investigaciones originales nos daría un panorama más claro sobre la organización comunal del sitio y la posible localización de las unidades domésticas.

2. Una vez definidos los depósitos arqueológicos, la segunda etapa consistió en excavar unidades de pruebas para determinar su afiliación cultural/cronológica y el tipo de depósito (ceremonial, doméstico, etc.). El propósito de esta estrategia fue determinar qué

partes del sitio estuvieron habitadas durante los distintos períodos y cuáles depósitos eran de origen doméstico. Esta etapa incluyó un análisis detallado de cerámica además de estudios sobre la fauna y la flora.

3. Basándonos en los resultados de las dos primeras fases, se planeó en la tercera etapa descubrir estructuras habitacionales con excavaciones en las áreas que mostraron una posibilidad más alta de contener unidades domésticas. Las excavaciones llevadas a cabo han revelado un área de actividad, un camino sobre un montículo de basura y un área de cocina con un fogón. Además de excavaciones, esta etapa incluyó la utilización de técnicas de prospección de resistividad, radar de penetración de suelos y magnetometría. Las anomalías detectadas por estas técnicas todavía están siendo investigadas y por esta razón no van a ser discutidas en este artículo. Sin embargo, un informe preliminar va ser publicado próximamente (Welsh *et al.* en prensa).

En el resto de este trabajo presentamos algunos de los resultados de nuestras investigaciones, y combinándolos con los resultados de las investigaciones originales, proponemos algunas interpretaciones y conclusiones.

RESULTADOS PRELIMINARES

La discusión de los resultados obtenidos hasta la fecha se va a concentrar en tres aspectos de la investigación: el patrón de comunidad, las prácticas mortuorias y los resultados de los análisis de restos de plantas y animales.

PATRÓN DE COMUNIDAD

El concepto de patrón de comunidad se refiere a la organización interna de los aspectos físicos del asentamiento, la cual en la mayoría de los casos es un reflejo de la organización de las relaciones sociales en el sitio a través del tiempo. Aunque los datos son pocos, tenemos en nuestra disponibilidad suficiente información para comenzar a discernir algunos patrones. Específicamente utilizaremos tres fuentes de datos: 1. los mapas de distribución de artefactos, 2. los datos de las unidades de pruebas y 3. las excavaciones de áreas de actividades.

La Figura 2 contiene un mapa que muestra la distribución de concentraciones de cerámica en Tibes. Las cotas de niveles en el mapa son de 100 m. Dos conclusiones preliminares se desprenden

de este mapa. La primera es que en él se pueden identificar por lo menos ocho posibles depósitos o concentraciones de cerámica identificados con las letras de la A hasta la H. La segunda es que la distribución de estos depósitos parece formar un círculo o semicírculo alrededor de las plazas 6 y 7. Este patrón de distribución concéntrica ha sido reportado antes para otros sitios saladoideos (Chanlatte Baik y Narganes Stordes 1983; Rodríguez 1991; Rouse 1992; Siegel 1989; Watters 1994) y ostionoides (Siegel 1989) y es similar a comunidades indígenas antiguas y modernas del continente suramericano (e.g., Heckenberger 1996).

Aunque este patrón de distribución parece ser claro, no podemos ignorar dos factores que debemos tener en mente: la naturaleza y cronología de los depósitos. La naturaleza del depósito se refiere al origen de los materiales y elementos arqueológicos. Por ejemplo, en Tibes pueden existir depósitos de origen doméstico, ceremonial, artesanal y de otros tipos. Un factor importante que debe ser tomado en cuenta en el estudio de los depósitos arqueológicos en sitios tan complejos como Tibes son los procesos transformacionales. Los procesos de transformación son todos aquellos procesos naturales o antropogénicos que pudieron haber afectado el registro arqueológico. Además de las procesos naturales y culturales usualmente presentes en la mayoría de los sitios en el Caribe, Tibes tiene también el impacto de las actividades relacionadas con la construcción de las plazas y bateyes. Estas construcciones provocó entre otras cosas la remoción de tierra y piedra para la nivelación del terreno, lo que pudo haber incluido la destrucción de depósitos y estructuras arqueológicas previos y la creación de depósitos secundarios. Por ende, parte del patrón observado pudo haber sido creado no tanto por las relaciones sociales habituales, sino por las actividades relacionadas con las construcciones de las plazas y bateyes.

El otro aspecto que debe ser considerado es la cronología, ya que el patrón observado es el resultado de más de 1 200 años de ocupación en Tibes. Distintas áreas de Tibes parecen haber sido ocupadas con diferente intensidad durante los diferentes períodos. Así pues el patrón observado es el resultado de la suma de varios procesos culturales que estuvieron activos durante los distintos períodos culturales de Tibes.

A través del estudio de los materiales y fechados radiocarbónicos obtenidos de las unidades de pruebas hemos podido evaluar hasta

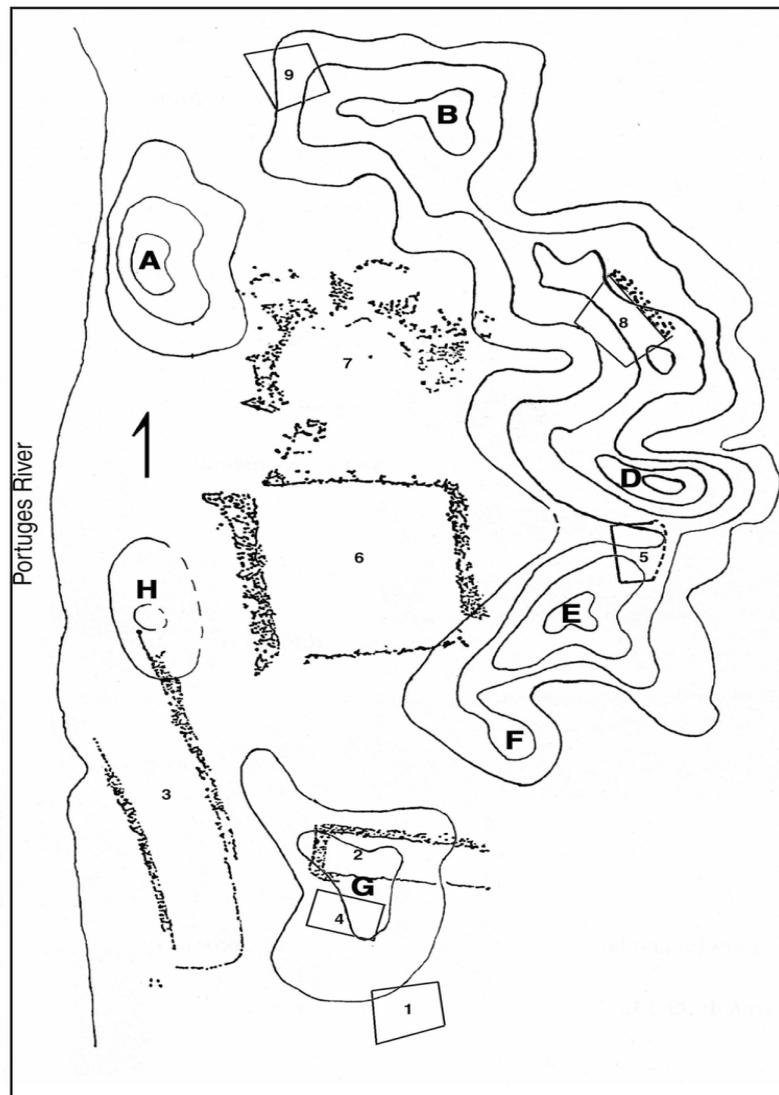


Fig. 2.

cierto punto estos dos factores. Los resultados preliminares de este estudio parecen indicar que la mayoría de las unidades de pruebas excavadas estaban localizadas en depósitos secundarios, probablemente productos de las construcciones de las plazas. La evi-

dencia obtenida incluye la presencia de materiales de distintos períodos en el mismo contexto y la mezcla de materiales culturales con grava y piedras de diferentes tamaños. Además, tres de las cuatro muestras de carbón que han sido fechadas han producido fechados calibrados muy similares de entre 880 a.p. y 900 a.p. (ver tabla 1).

Es importante recalcar que las tres muestras provinieron de tres unidades diferentes y de distintas profundidades. Todo esto sugiere dos puntos. Primero, si es cierto que la mayoría de las unidades provienen de depósitos secundarios, es posible que las fechas de radiocarbono estén asociadas más al proceso de construcción de las plazas y no a los materiales culturales. De ser así, las plazas y bateyes pudieron haber sido construidos entre el 1000 y 1200 d.n.e., fechas relativamente tardías de acuerdo con interpretaciones previas. Segundo, si la mayoría de los depósitos secundarios son más o menos contemporáneos entonces es posible que muchos de los bateyes y plazas fueron construidos en un corto período. De ser cierto, esto apoya la sugerencia hecha por Oliver (1998) de que los centros ceremoniales como Tibes y Caguana fueron creados siguiendo un plan mental o ideológico desde un principio, y no son el resultado de una larga secuencia de eventos de construcción. Sin embargo, esto no descarta la posibilidad de que algunas plazas hayan sido construidas antes que otras (González Colón 1984; Siegel 1999), ni que plazas construidas anteriormente fueron destruidas durante las construcciones posteriores del 1100 d.n.e.

Aunque la mayoría de los depósitos definidos parecen ser de origen secundario, es posible utilizar los materiales presente en ellos

para proponer una secuencia de patrón de comunidad a través del tiempo. Al hacer esto, estamos asumiendo que aunque los depósitos fueron relocalizados, la distancia de la posición original no debió estar muy lejos. Esta asunción está apoyada por estudios etnoarqueológicos en distintas culturas alrededor del mundo, los cuales han demostrado que la gente tiende a desechar los desperdicios en áreas no muy lejanas de la localidad donde fueron producidos (e.g., Hayden y Cannon 1983). Por lo tanto, a través de la utilización de los materiales diagnósticos recuperados en las unidades de pruebas pudimos asignar los distintos depósitos a uno o más de los períodos culturales presentes en Tibes.

Con la información obtenida de los materiales diagnósticos preparamos una serie de mapas donde se muestran los posibles patrones de comunidad de Tibes para cada período. Uno de esos mapas muestra la distribución de depósitos para el período del estilo Hacienda Grande y Cuevas temprano. La mayoría de los materiales pertenecientes a estos períodos se concentran en el extremo norte del sitio. Además de los depósitos, es probable que las concentraciones de entierros descubiertos por las investigaciones originales comenzaron a utilizarse durante este período. En otro mapa se representan los depósitos pertenecientes a los estilos Cuevas tardío y Monserrate temprano. El patrón concéntrico mencionado antes comienza a tomar forma. El área central del sitio todavía es utilizada como una de las áreas de entierros, pero, de acuerdo a González Colón (1984), lo más probable es que esta práctica cesó al comienzo del estilo Monserrate. También quedó configurada en un mapa la distribución de depósitos con materiales del estilo Santa Elena. Es durante este período que se construyen la mayoría de las estructuras monumentales y el área central no se utiliza más como área de entierros. El patrón concéntrico está definido tanto por los depósitos como por la distribución de las estructuras alrededor de la plaza cuadrangular central, la cual está localizada sobre una de las áreas de entierro de los períodos anteriores. Es interesante que, aunque el batey de mayor tamaño no fuera construido en la parte central del asentamiento, este se encuentre localizado sobre la segunda concentración de entierros. Durante este último período de ocupación, sin embargo, estas áreas se dejaron de utilizar para entierros, los cuales se encuentran localizados mayormente en depósitos de basura y las áreas domésticas.

Este cambio en prácticas mortuorias ha sido interpretado por

Tabla 1.

No. de Referencia	Descripción	No. de Beta-Analytic	Años Radiocarbónicos (A. P.)	Calibración a 2 sigmas
96-1	Unidad 8, soco	103329	880±50	AD 1030-1265
97-1	Unidad 3, Nvl. 5	103679	890±40	AD 1035-1245
97-3	Unidad 1, Nvl. 3	110531	900±60	AD 1015-1265

Curet y Oliver (1998) como evidencia de cambios en la organización social de estos grupos, de sociedades con descendencia lineal a grupos donde las relaciones de parentesco han sido desenfanzadas. De acuerdo a estos autores, este cambio conlleva también cambios en la organización económica donde el grupo de parentesco, o quizá la comunidad completa, puede ser considerada un grupo corporativo donde la unidad económica básica es el grupo doméstico. Todos estos cambios han sido considerados como parte del proceso de jerarquización por los que estos grupos estaban pasando de la transición del período saladoide al ostionoides. Sobre todo, se visualiza que estas transiciones formaron parte de los esfuerzos de ciertos sectores o facciones dentro de la sociedad para monopolizar o controlar aspectos económicos, ideológicos (religiosos o ceremoniales) y políticos a la misma vez que dismantelan los mecanismos igualitarios de obligaciones de las sociedades tribales.

Tanto las excavaciones de la tercera etapa como el trabajo de prospección han proveído también valiosa información sobre la organización del sitio. Las excavaciones se concentraron al oeste de la plaza central y al norte del batey número 3, también conocido como del Cemí. Estas unidades, aunque algo limitadas, expusieron dos áreas de actividades. La primera parece consistir de un área de trabajo de madera o de procesamiento de comida. La segunda incluye restos de fogón y de evidencia de alimentos, lo que parece indicar la presencia cercana de un área de cocina. Relacionada a esta última, se descubrió una probable vereda que va de la posibles área de cocina al río Portugués que bordea el asentamiento en su parte occidental. Aunque hasta el momento estas excavaciones han producido poco material diagnóstico, todo el material decorado descubierto pertenece al estilo Santa Elena. Los datos del estudio geofísico parecen indicar que estas actividades y posibles áreas de unidades doméstica continúan hacia el norte de las áreas de excavación. Por ende, parece ser que la sección oeste del sitio a lo largo de la ribera del río estuvo reservada para áreas y actividades domésticas durante el período del estilo Santa Elena; es decir contemporáneo con la construcción de las plazas.

En resumen, la evidencia obtenida de nuestras investigaciones combinadas con los resultados publicados por las excavaciones originales demuestran que Tibes es un sitio complejo con un patrón de comunidad dinámico y no estático. Aunque los datos son pocos,

la información disponible nos provee con una vista general de los posibles cambios que sufrió el patrón de comunidad de Tibes a través del tiempo. Es importante que no consideremos estos cambios como evidencia de simples transformaciones culturales. Es posible que estos cambios estuvieran estrechamente relacionados con cambios sociales, económicos y políticos que se pueden observar en otras áreas del registro arqueológico. A mi parecer, estos son un reflejo del impacto de la transición de una sociedad igualitaria a una sociedad jerárquica en Tibes.

RESULTADOS INICIALES DE LOS ANÁLISIS DE RESTOS DE PLANTAS Y ANIMALES

El análisis de muestras restos de fauna y botánica nos dan una gran cantidad de información sobre las sociedades pretéritas. Estos estudios, por ejemplo, pueden proveer información sobre el paleoambiente, las estrategias de subsistencia y la explotación del medioambiente. Parte del análisis de los materiales y las muestras obtenidas de las excavaciones en Tibes consistió en recuperar información sobre las estrategias de subsistencias y otros usos de los recursos naturales. El análisis macrobotánico está siendo llevado a cabo por la Dra. Lee Newsom (Curet *et al.* 1997) y el de fauna por la Dra. Susan De France (Curet *et al.* 1997; De France 1997). Son muchos los datos dados hasta el momento por estos estudios y no contamos con el espacio para presentarlos todos en este trabajo. Baste con enfatizar algunos de los puntos más sobresalientes y sus relevancias dentro del contexto cultural de Tibes.

El análisis de los restos de plantas ha detectado hasta el momento 27 tipos de madera y por lo menos 5 semillas. El número de tipos de maderas es uno de los más diversos para el área del Caribe. Algunas de las maderas identificadas incluyen Cojoba (*Piptadenia* sp), Ucar (*Bucida buceras*), Capá (*Cordia* sp), Palo de Vaca (*Bourreria* sp), Maga (*Montezuma speciosissima*), Moca (*Andira inermis*), Guácima (*Guazuma ulmifolia*) y otros. Todos los árboles identificados crecen en las áreas montañosas, los piedemontes y en los bosques costeros del área sur de Puerto Rico. Debido al valor económico de muchas de las especies, especialmente las frutas y aquellas especies con usos medicinales, es posible que algunos de estos árboles hayan sido cultivado en huertas alrededor de las casas y no en los conucos. Esto indica que las poblaciones indígenas practicaban no sólo uno sino un variado número de estra-

teguas agrícolas. La identificación de la madera del árbol de la cojoba es la primera en el Caribe. La presencia de este árbol en Tibes es de gran interés para nuestro estudio debido a sus propiedades narcóticas y medicinales. Aunque, de acuerdo con las crónicas, era la semilla de la cojoba la que se usaba en los rituales taínos, la presencia de madera de este árbol en Tibes es una indicación de que estas ceremonias pudieron haber sido practicadas por los pretaínos y quizás también por los saladoideos.

Aunque hasta el momento las excavaciones han producido 457 semillas sólo cinco están carbonizadas o mineralizadas; esto con mayor probabilidad que son de origen prehistórico y no moderno. Algunas de las semillas carbonizadas parecen pertenecer al género *Brysonima* que incluye árboles conocidos como Paralejo, Maricao y Almendrillo. Algunos de estas especies tienen frutos comestibles o tienen usos medicinales. También se encontraron semillas de guanábana (*Annona murcata*). Las semillas mineralizadas parecen pertenecer al género *Oenothera*. Newsom (1993) ha identificado este tipo de semillas en otros sitios del Caribe y de Puerto Rico. La presencia de esta semilla es de gran interés por dos razones: 1. *Oenothera* sp tiene propiedades narcóticas con posible funciones medicinales y/o rituales, y 2. aparentemente hoy día está extinta excepto en algunas partes de Cuba. Estos dos factores refuerzan la aseveración anterior de que muchas plantas medicinales y frutales eran cultivadas en huertas alrededor de las unidades domésticas como se hace hoy día en muchas hogares en el Caribe.

Nuestras investigaciones han recuperado también una gran variedad de restos de fauna procedentes de un gran número de áreas ecológicas. Las distintas especies incluyen peces marinos, jueyes y buruquenas, caracoles, aves del litoral y de tierra adentro, jutías y otros roedores como el nesofonte y el guimo (o conejillo de Indias), carey y jicoteas, y reptiles. Tres especies de vertebrados fueron identificados: la jutía o *Isolobodon portoricensis*, *Nesophontes* sp, y el guimo o conejillo de Indias (*Cavia porcellus*). La jutía es un animal que es común en la mayoría de los sitios cerámicos de Puerto Rico. Parece haber sido introducido desde La Española por las poblaciones prehistóricas y de acuerdo a las crónicas era una de las fuentes principales de proteína animal. Narganes Stordes (1993) cree que este tipo de animal fue introducido a la isla antes de la llegada de los saladoideos. El *Nesophontes* fue un insectívoro que pudo estar extinto para la llegada de los europeos, pero parece ser

de origen local. En la mayoría de los casos este tipo de animal está relacionado a la serie saladoide aunque se han registrado algunos para tiempos posteriores (Rodríguez y Rivera 1983).

El guimo o conejillo de Indias, otro animal introducido a la isla en la antigüedad, es una especie de origen andina donde fue domesticado para uso ritual y nutricional. Lo más probable es que los guimos no hayan sido introducidos directamente de los Andes pero sí de las tierras bajas de Sur América, donde algunos grupos ya lo debieron haber adoptado. Las crónicas mencionan que la carne de estos animales era muy preciada por los indígenas. Hasta hace unos años atrás los únicos guimos reportados en sitios arqueológicos de las Antillas Mayores procedían de La Española. Hasta el momento no se ha reportado su presencia en ninguna de las Antillas Menores (con excepción de Vieques). Recientemente se han reportado su presencia en el sitio Valencia en Arecibo y en el sitio Luján de Vieques. Así pues, su descubrimiento en Tibes es una contribución más a estos datos. Aunque el estudio cronológico de nuestras unidades todavía está en proceso, los restos de guimos en Tibes parecen proceder de contextos del estilo Monserrate y Santa Elena, es decir, alrededor del tiempo del desarrollo de sociedades jerárquicas. En general, el bajo número de individuos recuperados (NMI = 3-4) y su presencia temprana en el centro ceremonial sugiere que estos animales pudieron haber estado relacionados con la estratificación social, especialmente para el consumo del estrato superior de la sociedad durante actividades comunales. La evidencia sugiere que el uso del guimo en Tibes fue de naturaleza culinaria y no ritual. Sin embargo, se necesita estudiar los restos y el contexto arqueológico en más detalle para rechazar la idea de que los guimos fueron utilizados en ceremonias religiosas como se hace hoy día en muchas comunidades andinas.

En resumen, los guimos fueron introducidos a Tibes posiblemente durante el período del estilo Monserrate o a más tardar a principios del estilo Santa Elena. Su presencia en bajos números parece indicar que no era un recurso disponible para toda la población en general y sugiere que era de uso exclusivo de la nobleza. Aunque es sobre períodos posteriores, las crónicas informan una serie de comidas que eran consumidas exclusivamente por los caciques y sus familias. De ser cierto, para la serie elenoide el guimo pudo haber sido un "objeto" de lujo intercambiado directa o indirectamente con grupos suramericanos. Estudios futuros deberán

investigar el intercambio de larga distancia de artículos de lujo y su rol en el desarrollo del cacicazgo. Específicamente se debería enfatizar el aspecto simbólico de estos artículos, incluyendo los guimos, y su uso por la élite emergente para adquirir y mantener su poder político a través de la ideología.

CONCLUSIONES

La fase inicial del Proyecto Arqueológico del Centro Indígena de Tibes logró definir por lo menos ocho depósitos arqueológicos, los cuales están distribuidos en forma concéntrica alrededor de la parte central del sitio. El hecho de que tanto los artefactos como los ecofactos parecen seguir el mismo patrón de distribución en cinco de los depósitos, indican que estos son de naturaleza doméstica y no están relacionados a áreas de actividades especiales. Es importante mencionar, también, que es en la parte central donde coinciden la baja concentración de materiales arqueológicos, la plaza principal y uno de los cementerios saladoideos definidos por las investigaciones originales.

AGRADECIMIENTOS

Este proyecto no hubiese podido ser llevado a cabo sin la ayuda de un sinnúmero de personas e instituciones. Antes que nada nuestro agradecimiento va a todo el personal del Centro Indígena de Tibes, al Municipio y pueblo de Ponce, y a su ya fallecido alcalde Rafael Cordero Santiago, quienes nos han apoyado incondicionalmente durante todos estos años. Apoyo parcial para este trabajo nos fue dada por la División de Educación Subgraduada de la National Science Foundation a través de la concesión DUE-No. 9551495, por el PEW Fund, el Grant Advisory Commission del Gettysburg College, el John Heinz III Charitable Trust, la National Geographic Society (Grants No. 6260-98 y 7276-02) y la división de Antropología de la National Science Foundation (Ref. No. 0106520). Y también por Gettysburg College, la Universidad de Colorado en Denver, the Field Museum, Southern Illinois University, y Pennsylvania State University. Nuestras gracias van a un gran número de estudiantes de estas instituciones quienes colaboraron en distintas ocasiones con el trabajo de campo.

BIBLIOGRAFÍA

- Alvarado Zayas, Pedro A. (1981): *La cerámica del Centro Ceremonial de Tibes: Estudio descriptivo*. Tesis de maestría, San Juan, Centro de Estudios Avanzado de Puerto Rico y el Caribe, San Juan.
- Curet, L. Antonio y José Oliver (1998): "Mortuary Practices, Social Developments, and Ideology in Precolumbian Puerto Rico" en *Latin American Antiquity* 9.
- Curet, L. Antonio, Lee A. Newsom y Susan De France (1997): Report on the 1996-1997 *Research Conducted by the Archaeological Project of the Civic-Ceremonial Center of Tibes*. Ponce, Puerto Rico, Submitted to the Heinz Family Foundation.
- Chanlatte Baik, Luis A. e Yvonne M. Narganes Storde (1983): *Vieques-Puerto Rico: Asiento de una nueva cultura aborígen*, República Dominicana.
- González Colón, Juan (1984): *Tibes: Un Centro Ceremonial Indígena*. Tesis de maestría, San Juan, Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe.
- Hayden, Brian y A. Cannon (1983): "Where the Garbage Goes: Refuse Disposal in the Highland Mayas" en *Journal of Anthropological Archaeology* 2.
- Heckenberger, Michael J. (1996): *War and Peace in the Shadow of Empire: Sociopolitical Change in the Upper Xingu, A. D. 1400-2000*. Tesis de doctorado, Pittsburgh, University of Pittsburgh, Ann Arbor, University Microfilms International.
- Narganes Storde, Yvonne (1993): *Fauna y cultura indígena de Puerto Rico*. Río Piedras, Museo de Historia, Antropología y Arte, Centro de Investigaciones Arqueológicas, Universidad de Puerto Rico.
- Newsom, Lee A. (1993): "Native West Indian Plant Use". (Inédito), Gainesville, Department of Anthropology, University of Florida.
- Oliver, J. R. (1998): *El centro ceremonial de Caguana, Puerto Rico: simbolismo iconográfico, cosmovisión y el poderío caciquil taíno de Borinquen*. Oxford, BAR International Series, No. 727.
- Rodríguez, Miguel A. (1991): "Arqueología de Punta Candelero" en *Proceedings of the Thirteenth International Congress for Caribbean Archaeology*. E. N. Ayubi y J. B. Havisser (eds.), *Reports of the Archaeological-Anthropological Institute of the Netherlands Antilles*, No. 9, Curaçao, Netherlands Antilles.

- Rodríguez, Miguel A. y Virginia Rivera (1983): Sitio El Destino, Vieques, Puerto Rico: informe preliminar. en L. Allaire y C. M. Mayer (eds.), *Proceedings of the Ninth International Congress for the Study of the Pre-Columbian Cultures of the Lesser Antilles*, Université de Montréal, Montreal, Centre de Reserches Caraïbes.
- Rouse, Irving (1982): "Ceramic and Religious Development in the Greater Antilles" en *Journal of New World Archaeology* 5.
- _____ (1992): *The Tainos: Rise and Decline of the People Who Greeted Columbus*. New Haven, Yale University Press.
- Siegel, Peter E. (1989): "Site Structure, Demography and Social Complexity in the Early Ceramic Age of the Caribbean" en P. E. Siegel (ed.), *Early Ceramic Population Lifeways and Adaptive Strategies in the Caribbean*, Londres, BAR International Series 506.
- _____ (1996): "Ideology and Culture Change in Prehistoric Puerto Rico: A view From the Community" en *Journal of Field Archaeology*, 23.
- _____ (1999): "Contested Places and Places of Contest: The Evolution of Social Power and Ceremonial Space in Prehistoric Puerto Rico" en *Latin American Antiquity*, 10.
- Watters, David R. (1994): "Archaeology of Trants, Montserrat, Part 1: Field Methods and Artifact Density Distributions" en *Annals of Carnegie Museum*, 63.
- Welch, Daniel, L. Antonio Curet, W. Derek Hamilton, y Lee A. Newsom: En prensa "In Search of the Lost Features: A Preliminary Report of a Geophysical Study at the Civic-Ceremonial Center of Tibes, Puerto Rico" en Glenis Tavares María (ed.), Actas del doceavo congreso internacional de arqueología del Caribe, Santo Domingo.

PREHISTORIA DE CUBA: UNA PROPUESTA DE ANÁLISIS TEÓRICO Y METODOLÓGICO

**CARLOS ALBERTO HERNÁNDEZ OLIVA
ROGER ARRAZCAETA DELGADO**



Los autores son investigadores del Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de Ciudad de La Habana

INTRODUCCIÓN

Escribir sobre aspectos teóricos de la arqueología de Cuba resulta una tarea compleja, en tanto las lecturas que seamos capaces de realizar, estarán limitadas, por nuestra insuficiente formación académica, escasez de bibliografía, falta de unidad y espacios de intercambio teórico, etc.

Indiscutiblemente en todo acto retrospectivo está implícita la crítica, que en este caso no lleva otro fin que el de debatir sobre el aparato metodológico y conceptual empleado en los últimos años de la arqueología cubana.

Muchas cosas han cambiado de un tiempo a esta parte. Lo que era inconcebible se ha hecho realidad en el plano político, filosófico y social. La arqueología, y aún más, los arqueólogos, no hemos estado ausente a estos cambios y mucho menos permanecido inmutables, aunque esto no se refleje en la proyección teórica general.

En este momento es mucho más fácil, y menos comprometedor, hablar de posturas filosóficas poco ortodoxas en relación con los postulados marxistas leninistas aplicados a la arqueología, pero se necesita de una profunda reflexión para no dar un bandazo y caer en el otro extremo, y pasar del acatamiento irrestricto a la crítica desaforada, algo bien lejos de nuestros propósitos.

Prehistoria de Cuba de los doctores Estrella Rey Betancourt y Ernesto Tabío Palma, fue la obra que abrió y despejó el camino para la aplicación del materialismo dialéctico e histórico a la metodología arqueológica, y lo que nos proponemos aquí es, básicamente, matizar esa relación entre el postulado filosófico y el dato arqueológico.

La parcialidad es ineludible, en tanto no podemos abarcar toda la connotación de la obra en su más amplio espectro, y tampoco es objetivo destacar sus méritos, algo que sobra, en tanto su validez e importancia está fuera de juicios extemporáneos.

Buscamos un ámbito de discusión científica, un espacio de in-

tercambio, alejado de extremos inconsecuentes, la crítica oficiosa no tiene espacio en nuestras intenciones y mucho menos el oportunismo, sea cual sea su naturaleza.

Consideramos pertinente hacer una breve incursión en la historia del pensamiento arqueológico de los años sesenta, toda vez que coincide con la fecha de aparición de *Prehistoria de Cuba*. En este punto hemos tratado el tema de forma muy general, sin perder de vista que los antecedentes se pueden remontar a la segunda mitad del siglo XIX. Nos hemos concentrado en aquellos aspectos considerados como cruciales, y esto implica una lógica selección de los temas.

LA FUNDACIÓN DEL DEPARTAMENTO DE ARQUEOLOGÍA DE LA ACC

Con la fundación en el año 1962 del Departamento de Arqueología de la ACC comenzará una nueva etapa para la arqueología de Cuba. Indiscutiblemente la conceptualización y subvención por parte del Estado de todo lo necesario para efectuar investigaciones a lo largo de todo el territorio nacional modificó por completo el panorama existente.

Hasta este momento se observan varias formas de organización, a saber: los grupos de aficionados como el Guamá y Humboldt, asociaciones como la Sociedad Espeleológica de Cuba y la Junta Nacional de Arqueología y Etnología (Dacal y Rivero 1986), esta última deja de existir justamente en el año 1962.

En el ámbito docente superior fue importantísima la labor educativa llevada a cabo por Carlos García Robiu, quien con su formación en las escuelas norteamericanas reunió lo mejor del pensamiento de la época.

Al fundarse el Departamento de Arqueología:

Nuestra disciplina se encontraba ante grandes posibilidades futuras, pero se veía obligada a partir hacia ese futuro con el bagaje de los años anteriores. Teníamos una técnica elemental y unos métodos de interpretación que obedecían a normas que todavía llevaban el peso de Harrington, de Osgood y de Rouse [...] En este Departamento se comienza a hacer arqueología en Cuba por primera vez en forma profesional, [...] Surge en este momento la necesidad de ampliar las técnicas y de establecer aquellas condiciones filosóficas que nos lle-

varían a la mejor interpretación de nuestra prehistoria (Dacal y Rivero 1986:38-39).

Si bien son notables los logros alcanzados por investigadores de la talla de Pichardo Moya, Herrera Fritot y Fernando Ortiz en la sistematización de la información a partir de diseños de investigación personales, fruto de su propio desarrollo teórico, no se puede dejar a un lado las influencias ejercidas por los arqueólogos de otros países. La arqueología norteamericana se consolidaba a nivel continental y la sólida formación académica imponía y respaldaba diseños de investigación en el orden metodológico que aunaban lo más avanzado del pensamiento antropológico de la época.

Los trabajos de Rouse en Cuba y Venezuela, más de treinta años después, son clásicos de la literatura, y no decimos clásicos atendiendo a lo que representaron y de ahí su valor, nos referimos también a la vigencia y profundidad en el análisis.

Una extraordinaria visión de conjunto posibilitó establecer secuencias artefactuales, cronológicas y evolutivas paradigmáticas para la época; brillantes por su capacidad de síntesis y visión global de los diferentes conjuntos humanos que habitaban el continente americano antes de la llegada de las huestes europeas.

Luego, cuando situamos a los investigadores cubanos en capacidad de discutir con los norteamericanos, como las disputas de Fritot y Ortiz con Rouse en relación con los taínos y subtaínos, debemos reconocer una alternancia en el dominio de los conceptos pero, sobre todo, diferentes criterios sobre una misma realidad, dictado esto último por la visión más objetiva de los cubanos, en tanto estaban trabajando con contextos reconocibles dada su inmediatez física y cultural.

Sin embargo, a nivel de investigación general, los cánones metodológicos son dictados por la escuela norteamericana mientras que las discusiones giran en torno a problemas específicos, vinculados a situaciones artefactuales, cronológicas, nomenclaturas empleadas, clasificaciones tipológicas, etc.

Lo adecuado o no del normativismo rousiano ha quedado fuera de toda polémica, en tanto se ha convertido en parte misma de la historia del pensamiento arqueológico mundial, como una de las tantas etapas que marcan momentos específicos en el desarrollo de la ciencia, y es importante apuntar que este enfoque constituyó parte de la estructura metodológica en Cuba a lo largo de muchos años, incluso después de 1962, aunque no fuera explícitamente.

Todavía mucho de lo publicado sobre la temática arqueológica nacional está marcado por un enfoque normativo en el mejor de los casos, generalmente no pasamos de las descripciones, tanto de sitios como de artefactos.

Por otra parte, la URSS emergía para Cuba como un potente y necesario aliado en medio de la voracidad imperialista y con ella comenzaron a llegar desde petróleo y armas hasta filosofía.

Esto no quiere decir que algunos investigadores del campo de las ciencias sociales no estuvieran familiarizado con el pensamiento de Marx, Engels y Lenin, pero lo cierto es que no había una línea definida en esta dirección. El pensamiento arqueológico soviético respondía, de forma radical, a las exigencias políticas e ideológicas (Klenj 1994), con todas las consecuencias que ello implica:

El programa de Iósif Stalin de intensificación de la industrialización y de la colectivización de la agricultura [...] invirtió los principios económicos básicos de la Nueva Política Económica. Como parte de su campaña por consolidarse en el poder, se alió con los radicales culturales que demandaban que los intelectuales estuviesen sujetos a la más estricta disciplina del Partido [...] A partir de 1930 se prohibieron los contactos entre los investigadores soviéticos y extranjeros y durante un tiempo los números de publicaciones arqueológicas se hallaban en la biblioteca del GAIMK (Trigger 1992:205).

PUBLICACIÓN DE *PREHISTORIA DE CUBA*

Cuatro años después de establecido el citado Departamento, aparece la más importante obra que incorpora al materialismo dialéctico e histórico como conductor de su discurso metodológico, *Prehistoria de Cuba*.

En este punto proponemos el análisis de algunos elementos significativos que, de una forma u otra, se pueden hacer extensibles a todo el pensamiento arqueológico de Cuba, desde los sesenta hasta la fecha; en tanto las pautas marcadas en esta época han tenido una influencia capital hasta nuestros días.

Básicamente centraremos la discusión de los siguientes aspectos:

1. Aplicación de los postulados filosóficos marxistas leninistas.
2. Aplicación de las herramientas propias de otras corrientes de pensamiento.



APLICACIÓN DE LOS POSTULADOS FILOSÓFICOS MARXISTAS LENINISTAS

En la obra de Tabío y Rey son empleadas categorías y conceptos marxistas, pero con implicaciones semánticas, no conceptuales, desde el punto de vista metodológico. O lo que es lo mismo, se aplican nombres —etiquetas a conceptos, categorías y estadios socioeconómicos, como por ejemplo: fuerzas productivas, superestructura, instrumentos de producción, relaciones de producción, etcétera.

Todas estas etiquetas sólo cambian el nombre a fenómenos que fueron definidos por Pichardo Moya, Rouse, García Robiu, Herrera Fritot, Osggod, Harrington, etc., bajo formas de pensamiento y metodologías ajenas al marxismo.

Luego, siguiendo a Collingwood y al margen de que estemos de acuerdo con su filosofía general:

El pensar histórico es aquella actividad de la imaginación mediante la cual nos esforzamos por dar a esta idea innata un

contenido detallado, lo cual hacemos empleando el presente como testimonio de su propio pasado. Cada presente tiene un pasado que le es propio, y cualquier reconstrucción imaginativa del pasado tiende a reconstruir el pasado de este presente, el presente que efectúa el acto de imaginación, tal como se percibe aquí y ahora [...] Por esa misma razón en la historia, como en todas las cuestiones fundamentales, ninguna conquista es definitiva. El testimonio histórico disponible para resolver cualquier problema cambia con cada cambio de método histórico y con cada variación en la competencia de los historiadores [...] A causa de estos cambios, que no cesan jamás, por lentos que puedan parecer a observadores míopes, cada nueva generación tiene que reescribir la historia a su manera (Collingwood 1952:247).

La necesaria adecuación de los períodos históricos propuestos por Marx, empero, no era un tema discutible, so pena de ser tachado de revisionista, con serias connotaciones ideológicas.

A pesar de que se reconocen las implicaciones que tuvo para la humanidad la producción de alimentos a través de la domesticación de especies (lo que Childe denominó como “revolución neolítica”) (Childe 1970); el modo de producción Comunidad Primitiva no se toca en lo más mínimo, pese a que su autor lo define de una forma muy genérica:

A grandes rasgos, podemos designar como otra tantas épocas de progreso, en la formación económica de la sociedad, el modo de producción asiático, el antiguo, el feudal y el moderno burgués. Las relaciones burguesas de producción son la última forma antagónica de proceso social [...] con esta formación social se cierra, por tanto, la prehistoria de la sociedad humana (Marx 1963:373-374).

Salta a la vista que el filósofo de Tréveris no intenta, en modo alguno, decir la última palabra al respecto. La cautela le impide tal postura. Encabeza la idea con “a grandes rasgos [...] otras tantas épocas [...]” dando por sentado que sólo se encuentra en la senda de la verdad científica y no al final. Sin embargo, esto se canonizó, se convirtió en el final del camino y no había nada que aportar, aunque pasaran cien años.

Para Marx se trataba de un sistema abierto que sería gradual-

mente enriquecido con la práctica y los nuevos descubrimientos científicos, aunque, no pudo evitar que sus seguidores, en la inmensa mayoría de los casos, inmovilizaran sus hipótesis de trabajo reduciendo notablemente sus postulados y posibilidades explicativas.

Cuando Marx definió estos momentos históricos, la arqueología estaba en ciernes, no existían elementos suficientes para caracterizar con profundidad dicho estadio evolutivo. Las obras arqueológicas publicadas en vida de Marx se circunscriben a autores como Lubbock, Maine, Taylor, Morgan, fundamentalmente. Pone especial énfasis en Morgan (1970), base de sus anotaciones compiladas y comentadas por Engels, publicadas tras la muerte de su compañero.

Resulta vital no perder de vista que, si bien Marx estudió a Morgan, su formación y principales aportaciones estarán basadas en el capitalismo como sistema social, así como su nivel de información, y por lo tanto su capacitación real. Cuando se trata de estadios anteriores, no cuenta con investigación de primera mano, sencillamente no es un especialista en el tema.

No caben dudas de sus aportes al conocimiento del capitalismo como sistema en el siglo XIX y basándose en su propia e inmediata experiencia, afirma que desde el conocimiento del capitalismo, de sus características y particularidades es posible “[...] entender la estructura y las relaciones de producción de todas las sociedades pasadas” (Marx 1971:47).

No es objeto de este trabajo discutir la “viabilidad” de esta metodología, pero nos deja claro lo que ya venimos afirmando. Dialéctica implica cambios, movimiento, transformación. Desde una perspectiva actual es fácil percatarse de que no necesariamente Marx estaba equivocado, más bien respondía a un momento y estadio gnoseológico específico. Se pudo adelantar en algunas cosas, es cierto, pero en otras necesita de la correspondiente actualización.

En tal sentido Engels, tempranamente alerta:

El conocimiento es aquí, pues, esencialmente rotativo, ya que se limita a penetrar el encadenamiento y las consecuencias de un tiempo dado y en pueblos dados y perecedero por naturaleza. Cualquiera que se lance en este dominio a cazar verdades definitivas en último análisis, verdades auténticas y absolutamente inmutables, volverá con una magra caza, salvo vulgaridades y lugares comunes de la peor especie (Engels 1963:909-910).

No se puede ignorar la ruptura que en todos los órdenes implica el paso de una economía dependiente de la apropiación de alimentos ante una mucho más sólida que incorpore la domesticación de especies, tanto animales como vegetales. Con todo, los estadios culturales son englobados bajo el referido modo de producción.

¿Cuáles aspectos quedarán indemnes ante un cambio económico tan profundo? ¿Acaso no cambia el nivel tecnológico de los instrumentos de producción? ¿Las fuerzas productivas se mantienen estáticas? ¿Cómo se asimila todo esto al nivel de las relaciones de producción? Si la base condiciona en última instancia a la superestructura, ¿no se presentan cambios en una superestructura sostenida por una base totalmente diferente? ¿Qué es lo que se mantiene estático?

De cara a estas interrogantes, quizás no formuladas por los investigadores en *Prehistoria de Cuba* optan por emplear conceptos generados por la arqueología norteamericana, específicamente de arqueólogos que se ubicaban, para entonces, a la cabeza del pensamiento teórico (huelga decirlo, pero estos teóricos se cuidaban mucho de que en sus meditaciones se pudieran afiliar con pensamientos marxistas, en sentido general) y con los cuales estaban bien familiarizados los especialistas cubanos de la época.

Paralelamente, y quizás como respuesta al inmovilismo filosófico del materialismo dialéctico —paradójico contrasentido—, en la década del 70 se gestó una corriente de pensamiento que reclamaba los postulados marxistas en el orden general, modificaba lo que ya había quedado caduco como resultado del paso del tiempo, y proponía estadios evolutivos, categorías y conceptos a la luz de los conocimientos antropológicos de la época.

La arqueología social latinoamericana, marcada por un fuerte sentido político, nacida a la luz de una necesidad perentoria de personalidad étnica y social, intenta representar a los desposeídos del sur, pretende adecuar los postulados marxistas tomando categorías y conceptos e incluso creando “nuevas” clasificaciones capaces de enfrentar con éxito estudios sobre formas de organización humana que no habían sido trabajadas anteriormente y que, por lo tanto, necesitaban de un corpus teórico acorde a sus particularidades. Los investigadores emplean el sistema categorial sin las ataduras que implicaba el aspecto ideológico a nivel de sistema impositivo del Estado.

Justamente en este punto, cuando apenas se habían efectuado los primeros contactos entre los especialistas cubanos con

investigadores tan importantes como Veloz, Sanoja, Vargas, Lumbreras, por sólo mencionar algunos, se produjo el cisma entre la arqueología de Cuba y la prometidora corriente social latinoamericana.

Al modificar la arqueología social latinoamericana los enunciados básicos marxistas rápidamente se produce una respuesta por parte de los arqueólogos cubanos, representados por Tabío Palma, quien no solamente era el director del Departamento de Arqueología de la ACC, sino uno de los investigadores de más prestigio y nivel teórico en Cuba por ese entonces.

Justo es admitir que la obra de Sanoja y Vargas (1992) propone una serie de modos de producción que se alejan del concepto marxista, confundiéndolo con formas de gobierno como la teocracia o prototeocracia.

Sin embargo, lo que se produce no es, en modo alguno, una discusión científica a nivel arqueológico. Tabío impugna estas obras desde el punto de vista ideológico y las marca como revisionistas.

En tal sentido, el arqueólogo venezolano Mario Sanoja en carta a Ernesto Tabío le plantea:

No deseamos entrar en polémica con Ud. [se refiere a los M. P., N. A.], cuya obra como arqueólogo conocemos y estimamos [...] pero sí quisiéramos anotar que hasta el presente, el estudio de las sociedades precapitalistas del Nuevo Mundo ha sido realizado por los arqueólogos marxistas utilizando los conceptos y los métodos desarrollados por la ciencia funcionalista, creándose una dualidad contradictoria entre la posición ideológica del investigador y la expresión de sus trabajos. Sin ir más lejos sus trabajos arqueológicos mismos revelan esta contradicción entre lo pensado y lo actuado.¹

Esta anotación hecha a uno de los maestros del pensamiento arqueológico cubano, y coautor de la obra aquí estudiada, puede extenderse a muchos investigadores que nos cubrimos con la manta del materialismo dialéctico e histórico, con el único objetivo de garantizar y validar el éxito y la aceptación de nuestras hipótesis, pues antepone la declaración de principios a la propia conceptualización de la obra, valorando con suspicacia toda posibilidad creativa para aquellos investigadores que sostienen otras formas de pensamiento, diferentes a las nuestras, en tanto son ideológicamente divergentes.

Lo peor es que esto nos ha limitado el proceso de análisis y

profundización de los propios postulados marxistas, con aparentar ser, era suficiente, aunque fuéramos inconscientes de nuestra propia ignorancia. Siendo marxistas de fe, convicción e ideología, era bastante para entender las complejas ideas y juicios de los clásicos, y las investigaciones estarán marcadas por este estigma.

El matiz político coyuntural nos puso fuera de las corrientes de pensamiento arqueológico mundial.

En tal sentido, dos décadas después Marcio Veloz Maggiolo, uno de los “revisionistas”, en el prólogo al excelente volumen *Arqueología, ciencia y sociedad* de la Dra. Iraida Vargas afirma:

[...] el interés por la teoría llevó a la autora hacia un proceso de conformación filosófica que contribuyó en mucho a los cambios conceptuales que ambos esgrimen hoy como parte de su renovada visión de los procesos dialécticos y del marxismo vistos como una fuente de conocimiento y de posibles caminos para la interpretación del proceso histórico, y no como una cerrada actitud que ya en años pasados el arqueólogo cubano Ernesto Tabío esgrimiera considerando como una especie de revisionismo [...] cuando nadie suponía que vendría una total revisión dentro del propio socialismo [...] Lo que para Ernesto Tabío era una herejía, allá en los años 70, para nosotros era la renovación de zonas de interpretación dialécticas que revelan que aun el pensamiento de los socialistas clásicos puede ser enriquecido, mejorado (Vargas 1990:XI-XII).

El neomarxismo se desarrolla, la arqueología social latinoamericana ha consolidado sus posiciones teóricas, rectificando su aparato conceptual como parte del lógico proceso de conocimiento, el postprocesualismo mejora constantemente las posibilidades explicativas de la ciencia, mientras tanto ¿qué ha pasado con el pensamiento arqueológico de Cuba?

APLICACIÓN DE LAS HERRAMIENTAS PROPIAS DE OTRAS CORRIENTES DE PENSAMIENTO

En este punto pretendemos demostrar que el peso teórico más importante de *Prehistoria...* se estructura sobre formas de pensamiento que caracterizarán a disímiles corrientes teóricas, todas ellas ajenas al materialismo dialéctico, aspecto dejado claro por los autores en la propia Introducción cuando plantean:

Deseamos aclarar ahora el conjunto de nombres con que se ha designado a los diferentes grupos culturales, es el empleado desde hace más de veinticinco años por el doctor Irving Rouse, especialista altamente calificado en las culturas antillanas (Tabío y Rey 1966:10).

Más adelante, y todavía refiriéndose a los basamentos teóricos empleados argumentan:

Se notará que hemos empleado el término aspecto en la subdivisión del Ciboney; esto se hace siguiendo el sistema taxonómico propuesto por McKern para la clasificación de las manifestaciones culturales [...] Según definición de Kidder fase es “un complejo cultural que posee rasgos suficientemente característicos como para distinguirlo —con propósitos de clasificación arqueológica provisional—, de las manifestaciones más tempranas y más tardías del desarrollo cultural [...] (Tabío y Rey 1966:121).

Para enunciar la corriente ideológica bajo la cual amparan sus afirmaciones teóricas, no dudan en adscribirse al marxismo leninismo, sin embargo, ¿pueden hacer lo mismo cuando del uso de herramientas metodológicas se trata? Salta a la vista que no. Además se emplean conceptos como patrón de asentamiento en la acepción desarrollada por Willey, quien a su vez es representativo de una determinada corriente de pensamiento muy en boga en la década de los cincuenta.

El nombre de Ciboney aspecto Guayabo Blanco fue dado por Osgood (1942) que utiliza para clasificar el sistema taxonómico por medio del cual se le adjudica a una cultura el nombre del lugar donde fue primeramente descrita, y no se atiende a los preceptos dados por Marx (1980), quien prefiere definir los estadios evolutivos del hombre a partir de su organización económica, piedra angular de la metodología propuesta.

Hemos ubicado a los autores de los cuales Tabío y Rey toman los conceptos que marcan la obra aquí estudiada, dentro de momentos y metodologías concretas en la historia de la arqueología y a partir de este punto conocer con certeza la esencia de sus postulados, conceptos y categorías.

Tanto Kidder, McKern, Rouse, como Willey, todos citados por Tabío y Rey, se pueden ubicar dentro del período conocido como

arqueología histórico-cultural (Trigger 1992), siendo, en dependencia del lugar y el tiempo en que hicieron sus aportes, difusionistas, normativos, particularistas, etc., pero jamás marxistas; en tanto su desarrollo teórico tuvo como escenario a los Estados Unidos en tiempos extraordinariamente complejos para los simpatizantes del comunismo.²

Por otra parte, podemos afirmar, y somos conservadores, que el 80 % de las excavaciones e investigaciones hechas en Cuba hasta 1966 se hicieron antes de la fundación del citado Departamento de Arqueología, en el año 1962. Esto nos deja un margen de cuatro años para la preparación y procesamiento de la información contenida en *Prehistoria...* en los cuales no se pudo, en forma alguna, acumular tanto conocimiento sobre las comunidades aborígenes de Cuba.

Si convenimos en que lo anterior es cierto, estamos en presencia de implementaciones metodológicas encaminadas a la obtención de datos, que bien poco tienen que ver con el materialismo dialéctico. La forma de colecta influye, podemos decir que casi condiciona, la naturaleza de los resultados, pues el objeto de estudio pasa a tener carácter subjetivo cuando es asimilado por el investigador.

Incluso los mecanismos descriptivos puestos en función de autenticar una realidad externa al hombre, estarán sujetos a su vez a la capacidad y eficiencia de su formulación, recogiendo aquello que resulta importante o creando símbolos convencionales (palabras, por ejemplo) que por su esencia deforman la realidad misma.

Luego, la convención pasa a ser la realidad, sustituyéndola parcial o completamente en dependencia del modo en que la acepten los hombres; sin embargo, no es la realidad misma. Esto lo olvidamos más de lo deseado los investigadores al calor de las discusiones por validar uno u otro criterio.

Con todo, la existencia de los hombres es susceptible de ser abordada desde ángulos diversos, como cambiante y constantemente llena de matices es la vida misma. Dejando a un lado la validez del postmodernismo como mecanismo analítico, aunque se desprenda de estas reflexiones su presencia, todas las formas en que nos aproximemos a un fenómeno, van a tener la misma oportunidad de ser correctas en dependencia de la filosofía particular de quien indexe el abordaje, pues la materia está en constante movimiento y transformación en el tiempo y el espacio.

A riesgo de cargar las tintas de forma excesiva con citas hemos elegido dentro de la corriente normativa aquellos rasgos teóricos

puestos de manifiesto, tratando de no descontextualizar las ideas ni la coherencia dada por el autor.

Un teórico admite como su ámbito de estudio la base de ideas de la diferenciación en los signos de vida humana. A partir de este punto se consigue información a través del estudio de los productos culturales o las objetivaciones de las ideas normativas sobre las formas de vida pertenecientes a grupos humanos hoy interfectos. El arqueólogo logra obtener, partiendo de estos productos culturales, los conceptos normativos que existieron en las mentes y condicionaron el comportamiento humano (Binford 1965).

Profundizando algo más en este sentido y siguiendo a Binford:

[...] el rechazo de una concepción normativa, idealista de la cultura, y paralelamente, la adopción de una estrategia hipotético-deductiva, hacen posible refutar la idea que es posible determinar, a priori, las limitaciones del registro arqueológico:

Las limitaciones prácticas de nuestro conocimiento sobre el pasado no son inherentes a la naturaleza del registro arqueológico; estas limitaciones yacen en nuestra poca sofisticación metodológica, en nuestra carencia de desarrollo de principios para determinar la relevancia de los materiales arqueológicos en relación a proposiciones y eventos del pasado (Lewis 1968:96).

El enfoque normativo, según Hodder: “[...] suele utilizarse con frecuencia para referirse al enfoque histórico-cultural. En este contexto puede llegar a tener a veces connotaciones peyorativas: hace referencia a la historia descriptiva de la cultura” (Hodder 1994:23).

Por otra parte, en la generalidad de los casos, los normativos toda vez que se desarrollaron como segmento de una etapa específica del pensamiento arqueológico, no pueden impedir el incluirse dentro de la arqueología histórico-cultural.

Un error frecuente en los predios cubanos es el de considerar la descripción simple de los artefactos con la posición normativa. La descripción debe ser vista como una fase de la investigación de los artefactos común a cualquier tendencia teórica, de esto se desprende que si un investigador se queda en la descripción, no por ello estará siendo normativo.

Deberá reconocer, entonces, a partir de las recurrencias o invariantes observables en los objetos materiales, la existencia de comportamientos estéticos o decorativos que constituyan una nor-

ma aplicable en diferentes sitios arqueológicos, o dentro de un mismo grupo cultural.

Lo que sucede en Cuba es que el normativismo casi nunca pasa de la etapa descriptiva de los materiales. En la mayoría de los casos no existe un cuerpo de hipótesis previo a la investigación y obtención de los resultados que permita recoger el dato en concordancia con una identidad investigativa y diseño metodológico previamente contrastado.

De esta forma elementos manejados *ad hoc*, se dan como ciertos, como conocidos, para —investigación mediante— ser “confirmados” en el trabajo, sin percatarse de que se trata de información conocida, nuevamente sistematizada y arropada con categorías propias del marxismo, lo cual no cambiará, en modo alguno, sus implicaciones históricas.

Para la elaboración de *Prehistoria...* se procesó casi un siglo de información arqueológica, caracterizada dicha compilación por la falta de una perspectiva marxista sobre la vida de los aborígenes cubanos, sin que en todos esos años existiera, a modo de hilo conductor, una filosofía unitaria, con presupuestos metodológicos que se mantuvieran dentro de rangos correlacionables con el materialismo dialéctico.

Las pautas fueron marcadas por pensadores concretos, en momentos puntuales, lo cual dificultó tremendamente el definir una línea teórica y metodológica más o menos sistemática, asumiendo la variabilidad y dinámica del conocimiento.

Quizás sea posible alinear la relación entre la “escuela” de Carlos García Robiou o de Pichardo Moya y el pensamiento arqueológico cubano actual... pero coincidiremos en que sería una tarea ardua y compleja.

A casi cuarenta años de publicada la obra de Tabío y Rey, se pueden identificar formas de pensamiento que se han mantenido atendiendo a formulaciones medulares y preceptos metodológicos tipificadores de sus proyectos investigativos, y esto marcó la naturaleza de sus explicaciones y reconstrucciones históricas.

La dialéctica puede alejarlos de lo defendido en los inicios, pero se mantiene una relativa unidad y coherencia mientras el cambio se resuelve con prefijos como neo o post.

Tratando de resumir este somero análisis, veamos los aspectos más importantes tratados en este acápite:

1. Se emplea (como etiqueta) el sistema categorial y conceptual emanado de los clásicos marxistas del siglo XIX, sin haber sido

sometidos al necesario proceso de actualización. Más bien se trata de un intento de asimilación o alineación, como parte de un lenguaje especializado.

2. La formulación metodológica del diseño investigativo, necesario para obtener resultados concretos, no se hace desde una postura marxista, más bien se acomoda post *hoc* la información precedente a conceptos y categorías promulgadas por los clásicos del marxismo.

3. La mezcla de categorías de la antropología norteamericana con categorías marxistas muestra, amén de una confusión muy compleja de entender, la diferencia que existe entre “[...] lo pensado y lo actuado”.³

El que se empleen conceptos o palabras propias de una corriente de pensamiento no implica, haciendo un análisis profundo, la necesaria identidad con la esencia filosófica de dicha corriente.

4. El trabajo de campo necesario para hacer las reconstrucciones contenidas en *Prehistoria...* carece, de forma general, de una base consecuente con el materialismo dialéctico e histórico, en tanto este último no tenía creadas las herramientas necesarias a tales efectos.

A modo de conclusión de este acápite recordamos que mucho de lo apuntado para este importante texto es válido para lo producido desde los sesenta, como planteara Guarch:

Este proceso, como es obvio suponer, no ha sido totalizador ni simultáneo. Los mejores arqueólogos —no profesionalizados— de Cuba, antes del triunfo de la revolución, tenían una formación dentro de la Escuela Norteamericana de Arqueología; su influencia perduró y en ocasiones primó hasta en el aspecto conceptual en los procesos investigativos, a pesar de los esfuerzos de la mayoría de ellos por alinear los resultados de acuerdo con el Materialismo Dialéctico e Histórico. En la actualidad aún perduran algunas reminiscencias de lo peor de esta escuela —en cuanto a procedimientos se refiere—, en su limitado alcance descriptivo y casi es nula su influencia conceptual (Guarch 1987:11).

Ciertamente no hemos hecho una apología de la obra de Tabío y Rey porque no lo consideramos necesario. Constituyó y constituye

obra de primerísima consulta para la arqueología de Cuba, de ella hemos aprendido todos.

Desde que Pichardo Moya publicara, en el año 1945, su genial *Caverna, costa y meseta* se venía necesitando otra síntesis a modo de generalización y actualización del conocimiento, asumiendo las aparentes inconsecuencias teóricas y metodológicas que constituyen la esencia de este artículo.

El paradigma político e ideológico que para nosotros significaba el desaparecido campo socialista y la URSS, no debe ser tomado apriorísticamente. Los diseños de investigación a nivel de Estado estaban influenciados por las posturas ideológicas de los más puros representantes del marxismo-leninismo, quienes se habían encargado, a lo largo de más de cuarenta años, de sostener las teorías de los clásicos vinculándolas a una práctica que a todas luces aparentaba ser eterna.

REFLEXIONES FINALES

En estas reflexiones las conclusiones o afirmaciones teóricas inamovibles no tienen espacio, por el contrario, en este punto final pretendemos compartir algunas de nuestras dudas que pueden ser comunes o no. En cualquier caso, lo que hemos planteado es nuestra propia visión del fenómeno y por lo tanto la responsabilidad está perfectamente definida.

La integración —no globalización— va dejando de ser una opción para convertirse en una necesidad. Los conflictos generacionales parecen cobrar fuerza con los años, y ello dificulta no sólo el entendimiento entre concepciones coetáneas, sino entre las nuevas oleadas de jóvenes profesionales.

Urge, de igual modo, el diseñar herramientas encaminadas a lograr una unidad armónica y dialéctica entre el trabajo de campo y los estudios teóricos. Si continuamos excavando sin una teoría que oriente la recogida de datos, continuaremos obteniendo descripciones elementales, observacionales, y por lo tanto contemporáneas, con un rango de comprobabilidad limitado, reducido a lo “demostrado” en las hipótesis, que se convierten en tesis y nada dicen sobre la complejidad cultural de los pueblos extinguidos.

Resulta imprescindible la elaboración de estrategias investigativas de amplio espectro, en las cuales los cuerpos de hipótesis respondan a mecanismos analíticos serios y científicos, más allá de argumentos conocidos *ad hoc* y que necesitan ser demostra-

dos, solamente, para validar no una realidad histórica sino nuestra propia autoridad o pensamiento.

La falta de orientación teórica es un elemento que caracteriza la arqueología cubana de los noventa. Hemos trabajado durante años, sobre todo los más jóvenes, sin conocer con mediana certeza a qué sistemas o corrientes de pensamiento adscribirnos, asumiendo la necesidad del cambio y perfeccionamiento implícitos en todo proceso gnoseológico. La anarquía reina en los sistemas metodológicos. La falta de formación nos golpea duramente, razón adicional por la que debemos aumentar el diálogo.

Ser el brujo de tribu va pasando de moda, sobre todo en la variante de atesorar como un chamán, la última bibliografía, la que nos hace superiores porque no la tienen los demás investigadores, para hacer girar alrededor de esto nuestra capacidad como científicos.

Hasta hace poco al sabernos socialistas de ideología nos creíamos en posesión del poderoso paradigma: el materialismo dialéctico e histórico.

¿Qué elementos a nivel de excavación arqueológica tenemos para reconstruir algo tan complejo y abstracto como una formación económico social?

¿Cuáles eran los elementos que tenía Carlos Marx, que sólo pudo consultar las obras de Lubbock, Morgan y algún que otro arqueólogo en una época donde la arqueología daba sus primeros pasos como disciplina científica?

¿Es posible implementar excavaciones parciales, de 2 x 2 m que nos permitan reconstruir el nivel de las fuerzas productivas, las relaciones que de ellas se derivan e incluso la superestructura ideológica y jurídica característica del grupo humano estudiado?

¿Realmente hemos aplicado el marxismo en la generalidad de las investigaciones de un modo consecuente?

Los procesualistas del sesenta ahora se han reformulado y mejorado teóricamente, identificándose con el prefijo post, los estructuralistas alcanzan rangos interpretativos impresionantes dentro de sus esquemas investigativos, los neomarxistas anglosajones continúan enriqueciéndose a nivel teórico y práctico, la arqueología social latinoamérica se consolida como una seria y fuerte alternativa interpretativa, mientras tanto

¿Qué sucede con el pensamiento arqueológico en Cuba?

¿Cuáles son las alternativas?

¿Hacia dónde nos dirigimos?

NOTAS

¹ Mario Sanoja en carta a Tabío fechada el 9 de marzo de 1979. Archivo personal de los autores.

² No pretendemos, por razones de espacio y objetivos, analizar pormenorizadamente a cada uno de estos autores, lo cual significa que la caracterización general propuesta se presenta significativamente resumida.

³ Sanoja en carta a Tabío fechada el 9 de marzo de 1979. Archivo de los autores.

BIBLIOGRAFÍA

Binford, Lewis (1965): "Archaeological Systematics and the Study of Cultural Process" en *American Antiquity*, No. 31.

Collingwood, Robert G. (1952): *Idea de la Historia*. México, Editorial Fondo de Cultura Económica.

Childe, V. G. (1970): *La evolución de la sociedad*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales.

Dacal Moure, Ramón y Manuel Rivero de la Calle (1986): *Arqueología aborigen de Cuba*. La Habana, Editorial Gente Nueva.

Engels, Federico (1963): *Anti Daring*. La Habana, Editora Política.

Guarch Delmonte, J. M. (1987): *Arqueología de Cuba. Métodos y sistemas*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales.

Hodder, I. (1994): *Interpretación en Arqueología*, Barcelona, Editorial Crítica.

Klenj, Leo (1984): *Arqueología soviética*. Barcelona, Editorial Crítica.

Lewis, R. (1968): "Archeological Perspectives" en S. Binford, y L. Binford, (eds.), *New Perspectives in Archeology*. Chicago, Aldine Publishing Company.

Marx, Carlos (1963): *Obras escogidas*. La Habana, Editora Política.

_____ (1971): *El método en la economía política*. Colección 70, segunda serie, No. 100. México, Fondo de Cultura Popular, Editorial Grijalbo.

_____ (1980): *Contribución a la crítica de la economía política*. México, Siglo XXI editores.

Morgan, Lewis Henry (1970): *La sociedad primitiva*. Madrid, Editorial Ayuso.

Osgod, C. (1942): *The Ciboney Culture of Cayo Redondo, Cuba*. New Haven, Yale University Publication in Anthropology, Yale University Press.

Pichardo Moya, F. (1945): *Caverna, costa y meseta. Interpretaciones de arqueología indocubana*. La Habana, Ediciones Montero.

Sanoja M. e I. Vargas (1992): *Antiguas formaciones y modos de producción venezolanos*. 3ra. Edición. Caracas, Editorial Monte Ávila.

Tabío Palma, Ernesto y Estrella Rey Betancourt (1966): *Prehistoria de Cuba*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.

Trigger, B. G. (1992): *Historia del pensamiento arqueológico*. Barcelona, Ediciones Crítica.

Vargas Arenas, Iraida (1990): *Arqueología, ciencia y sociedad*. Caracas, Editorial Abre Brecha.

USO DE DROGAS ALUCINÓGENAS EN RITUALES DEL NUEVO MUNDO: REVISIÓN DE EVIDENCIAS DE LA ETNOHISTORIA, LA ANTROPOLOGÍA Y LA ARQUEOLOGÍA

QUETTA KAYE

Traducción: Jorge Luis Hernández



La autora trabaja para el Institute of Archaeology,
University College, Londres

RITUALES Y USO DE DROGAS. DEFINICIONES

El término ritual ha sido definido de diversas formas (Durkheim 1995:34-39; Lévi-Strauss 1966:32; Leach 1976:38-41). La definición de mayor relevancia considera los rituales representaciones (Rappaport 1999:37-46, 118) en las que un precepto fundamental es la transición de una condición o estado a otro (Turner 1967:95). Tales rituales enfatizan en el procedimiento en que el individuo o el grupo pasan por el cambio de estado para conseguir algo (Turner 1967:95). Tales actos de transición son parte de la estructura por medio de la cual se refuerzan las fronteras y muchos rituales ponen énfasis en este aspecto. Lo más importante del ritual es la transformación del o los participantes (Turner 1967:95). En su análisis de los rituales relacionados con los ritos de tránsito, tanto Turner como van Gennep (1960) prestan atención particular a las etapas liminares y las fronteras entre los estados del ritual, que pueden ser elaborados y extensos. Durante el período liminar los participantes, como seres transicionales, se dice que están entre lo uno y lo otro (Turner 1967:96). La fuerza del ritual radica en rehacer a los participantes mientras dura el rito (Douglas 1966:96).

El uso de drogas en el ritual es un fenómeno social conocido en todo el mundo, en sociedades donde se cree que absorber drogas psicotrópicas es la manera más rápida y fácil de caer en un estado de transición (casi siempre para conseguir contacto sobrenatural) (Lévi-Strauss 1966; Reichel-Dolmatoff 1978; Malinowski 1935; Wilbert 1972). Se sabe que el uso de drogas psicoactivas tiene un número de efectos sobre el individuo (Emboden 1979; Schultes y Hofmann 1980). Entre los efectos de tales agentes están los “estados de alteración de la conciencia” (Emboden 1979:45), que pueden incluir la distorsión de las funciones visuales, auditivas, táctiles o gustativas (Emboden 1979; Schultes y Hofmann 1980, Lewis-Williams 1997), y estas pueden

experimentarse como sensaciones de incremento de la percepción, emociones más intensas y cambios en los niveles conciencia. Tales drogas pueden ser usadas en contextos religiosos donde esto se ha descrito como “ver más allá de lo normal” (Stevens-Arroyo 1988:65). El uso de la droga, por lo tanto, puede ser visto como medio para estimular o realzar un cambio de estado al actuar sobre el sistema nervioso central en forma tal que “dispare” alteraciones en las percepciones de quienes las usan en las formas antes referidas (Emboden 1979:44; D’Aquili y Laughlin 1979:175).

Dado el efecto de las drogas al realzar o propiciar cambios en los niveles de conciencia como parte de la experiencia individual, tal experiencia puede ser considerada parte del estado liminar tan necesario al ritual (Van Gennep 1960; Turner 1967). Es en esa zona umbral donde tienen lugar los estados de alteración mental y las transformaciones. Esta es una conexión importante porque es el estado liminar lo que contribuye a la esencia del ritual en términos de su resultado como transformación. Así, también se puede decir que las drogas incrementan el impacto de la experiencia del estado liminar.

Para los usuarios “originales” de estas sustancias, las visiones y experiencias resultantes son consideradas reales no alucinaciones, y se les adjudica un poder especial a aquellos que sobresalen en tales ceremonias, por lo general un brujo o chamán (Schultes 1972:5; Furst 1977:VII). Debido a su capacidad para dirigir estos actos, los chamanes han sido respetados a través de la historia, y se les coloca en un nivel parejo al de los jefes o justo después de ellos o, algunas veces, han llegado a combinar ambos papeles (Harner 1973:XI).

NATURALEZA DE LAS FUENTES DE INFORMACIÓN

La información de los cronistas hispanos del siglo XVI es la que primero se debe tener en cuenta debido a la relevancia de su información acerca de rituales y ceremonias, dado su contacto de primera mano, o de segunda mano pero confiable, con la población indígena. Las crónicas deben ser leídas no como verdades imparciales sino como reflexiones de historia colonial y deben ser situadas en el contexto más amplio, político y económico, de la época (Cassa 1990). Hulme (1986) y Arrom (1999:XVIII-XXIX) se encuentran entre los autores que utilizan metodologías específicas para cuestionar los relatos y conocimientos disponibles de los

cronistas y descubrir en ellos materiales editados, traducidos y a veces incompletos, como reflejo de los prejuicios culturales de la época. Lo que implican las opiniones de estos autores no es sólo que se haya omitido material, sino que se cometían errores al recopilar (actos o rituales, e incluso nombres) y que las interpretaciones hechas ya habían sido modificadas dado el contexto de las observaciones (del catolicismo y la cultura española). Sin embargo, las descripciones de la ingestión de drogas en el contexto del conjunto de ceremonias y rituales descritos por los cronistas, son los principales testimonios que nos han llegado de esos sucesos (Arrom 1999).

Algunos hechos hablan en favor de una parte de la información. Donde coinciden las descripciones de relatos independientes (aunque son frecuentes los casos de plagio entre las fuentes), damos por precisas las descripciones, pero no necesariamente su interpretación. Los españoles también hicieron descripciones de objetos materiales asociados con varias ceremonias que han sido corroborados por las observaciones modernas y post coloniales en museos y colecciones.

En otros aspectos las informaciones deben ser tomadas con cuidado. Debe entenderse que los reportes hispanos se concentraban en las elites y dirigentes, que eran las personas con las que más trataban, haciendo ver que estos individuos monopolizaban el ritual. Los cronistas tienden a ignorar a la gente común, cuya participación en los rituales era mucho más amplia que la indicada por un ejemplo tomado del Caribe prehistórico. Los artefactos más ampliamente reportados por la arqueología caribeña, relacionados con el rito de la cohoba, son las espátulas vómicas, algunas de las cuales han sido halladas en contextos no exclusivos de la elite. De hecho, Martyr de Anglería (MacNutt 1912:316) dice “[...] la espátula que todo el mundo lleva en las manos en tales días [...]” Las Casas afirma que el vómito era un ritual de limpieza diario relacionado con la comida nocturna (Las Casas *Apologetica* 1929[3]:568 citado por Oliver 2002:80), y por consiguiente no hay que relacionarlo necesariamente con el uso de drogas. Sin embargo, aparecen espátulas vómicas elaboradas con muchas decoraciones y aunque son descritas en los documentos españoles en términos vagos (como palillos o espátulas) aparecen implícitos su uso en rituales y su relación con rituales y ceremonias de inhalación de alucinógenos.

Las evidencias arqueológicas confirman los relatos de los

cronistas, al indicar que en los rituales relacionados con el uso de drogas intervienen numerosos objetos (Loven 1935; Wassen 1967). Las evidencias arqueológicas y las representaciones iconográficas directamente asociadas con tal uso, hay que encontrarlas en los departamentos arqueológicos de las universidades, museos y colecciones privadas por todo el mundo. Dado el clima tropical o subtropical de la mayor parte de la región, en muchas áreas la parafernalia construida a partir de materiales de origen orgánico no ha sobrevivido.

Los reportes de los primeros viajeros y posteriores escritos etnográficos también brindan información análoga en casos en que puede ser confirmada documentalmente una larga continuidad cultural (aunque no se conserven evidencias artefactuales), y donde los elementos culturales conservados pueden considerarse analogías potenciales para el proceso de interpretación (Emboden 1979; Kirchoff 1963a:439-444, 869-881; Metraux en Steward 1963:687-712; Wassen 1967; Wilbert 1972:55-83).

DROGAS ALUCINÓGENAS EN RITUALES DEL NUEVO MUNDO. LAS EVIDENCIAS

Aunque el Viejo Mundo posee una extensión mayor que la del Nuevo Mundo, al contrario de lo que podría esperarse sólo se ha hallado una media docena de drogas usadas con fines rituales, mientras en el Nuevo Mundo se piensa que los primitivos habitantes conocían entre ochenta y cien —principalmente hongos y angiospermas (plantas con flores, cuyas semillas se encierran en una vaina).

De las plantas alucinógenas se usan principalmente las hojas, semillas o la corteza, solas o mezcladas con otras. El material se absorbe después de secarlo, pulverizarlo y convertirlo en polvo para inhalarlo o líquido, dejado en agua o hervido durante varias horas y después enfriado para beberlo. Además de la bebida o la inhalación, las sustancias también pueden ser fumadas, masticadas, lamidas o absorbidas vía enema.

Hay numerosos ejemplos de plantas alucinógenas reconocidas por ser (o haber sido) utilizadas en las Américas, donde la ingestión de drogas como práctica durante mucho tiempo ha sido asociada con rituales de pueblos indígenas, pero lo que sigue es una perspectiva general de las mejor investigadas u observadas.

En uno de los hallazgos más interesantes, que confirman el

uso de alucinógenos en Norteamérica desde muy antiguo, excavaciones arqueológicas en un número de cuevas y abrigos rocosos en el noreste de México y el suroeste de Texas fueron hallados recipientes y frijoles de mescal rojo de la *Sophora secundiflora*. En los estratos de ocupación inferiores en Bonfire Shelter, muestras de *S. secundiflora* fueron fechadas por radiocarbono entre 8440 y 8120 a.C., en asociación directa con puntas de proyectiles Folsom y Plainview (Adovasio y Fry 1976:94-96).

Como los frijoles de mescal no son usados como alimento, su descubrimiento en estos contextos (en asociación con peyote y otras plantas posiblemente psicotrópicas) podría indicar un uso ceremonial o de culto de los frijoles del mescal en épocas tan antiguas. Mencionado como artículo de comercio por el explorador español de la costa tejana Cabeza de Vaca en 1539, el uso de las semillas rojas de *S. secundiflora* se desarrolló en un culto ceremonial de búsqueda de visión en este período histórico por un número de indios norteamericanos. Las semillas contienen el alcaloide citosina que produce alucinaciones, pero que en sobredosis causa náusea, convulsiones e incluso la muerte por paro respiratorio (Schultes 1972:31).

Entre las poblaciones nativas de América hay una larga tradición del uso de cactus con propósitos alucinatorios/religiosos, entre los cuales el peyote (*Lophophora williamsii*) es el mejor conocido. Este cactus fue descrito por primera vez por Hernández en su tratado sobre plantas medicinales mexicano en 1651 y fue usado por los indios precolombinos en México, quienes lo llamaban *peyotl* en nahuatl azteca. Más tarde, el uso del peyote formaba parte de la “búsqueda de visión” que incluía ayuno, purificación y automutilación con el objetivo de obtener un estado de trance a través del cual hacer contacto con el mundo espiritual. Todavía hay tribus mexicanas que usan plantas para inducir la visión, resistiendo presiones de la Iglesia y el estado desde que los conquistadores españoles lo prohibieron (Schultes 1972:13).

En la *Lophophora williamsii* se han identificado nueve alcaloides, el más importante de los cuales es la mescalina. Las coronas secas del cactus usualmente se usan comiéndolas en la forma de botones de mescal, un ejemplo de lo cual es posible verlo en el cuenco de inhalación (datado de 300 a 100 B. C.) en forma de ciervo que descansa y muerde un botón de mescal. Los ciervos también aparecen en la mitología chamánica: la principal figura sobre-

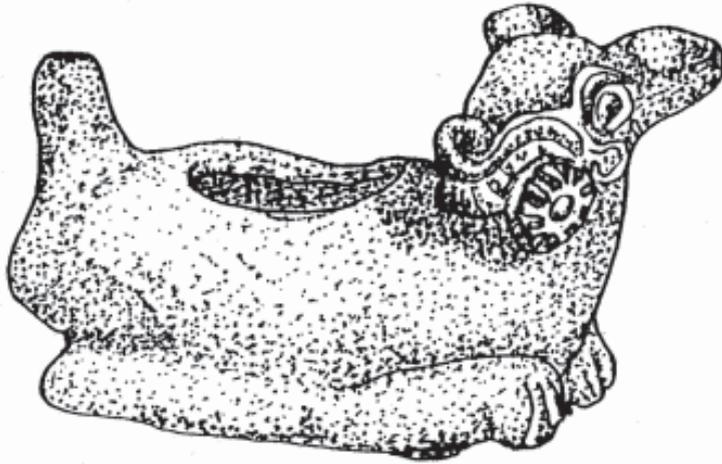


Figura 1. Vasija de inhalación. México.

natural huichol es el rabo del hermano mayor ciervo (*Tamatsi Maxa Kwaxi*) (Furst 1974:18, Pl VIII) (Fig. 1).

La data radiocarbónica obtenida de una serie de abrigos y cuevas en la cuenca de Cuatro Ciénagas en Coahuila, México, ha dado fechados de 8 000 años de ocupación intermitente. Las excavaciones allí han producido material identificable como peyote y, como se mencionó antes, frijol rojo (*S. secundiflora*) (Adovasio y Fry 1976:94-96).

Los grandes cactus columnares, *Trichocereus pachnoi* (conocidos en Ecuador como aguacolla y en Perú como san Pedro) también poseen mescalina como ingrediente activo y es la base de una bebida alucinógena que se consigue hirviendo el cactus en agua por varias horas.

Representaciones de *T. pachnoi* halladas en cerámica ceremonial, textiles y frisos pueden ser asociadas con el período Chavin en Perú, unos tres mil años atrás (Sharon 1972:116). La talla en piedra hallada en una plaza hundida en la Corte del Viejo Templo de Huantar, del período Chavin, en el altiplano norteño, describe un ser colmilludo mitológico antropomorfo que sostiene un cactus de san Pedro en su mano derecha (interpretado como signo de autoridad) y ha sido fechada en 1300 a.C. (Cordy-Collins 1977:353-362). Dondequiera que se han exhumado grandes urnas cerámicas de la subse-

cuenta cultura nasca (entre 100 a.C. y 500 d.C., ca.) tienen la forma de fardos de momias con un tallo de cactus de san Pedro proyectado a partir de cada hombro. La palabra para designar las momias reales en la lengua inca es *mallqui*, que significa semilla. Con el florecimiento nocturno del san Pedro cada primavera, la imagen del cactus es interpretada como el volver a nacer después de la muerte. Los curanderos contemporáneos hacen énfasis en esta metamorfosis en sus sesiones nocturnas en que la infusión de san Pedro actúa como catalizador (Sharon y Donnan 1977: 374-381; Burger 1992: 96, 135).

Muchos hongos poseen cualidades alucinógenas y han sido utilizados en todo el mundo por culturas indígenas en ceremonias mágico religiosas. Fr. Bernardino de Sahagun dio a conocer a los europeos las setas sagradas de los aztecas, llamadas teonanacatl o carne de los dioses (Schultes 1972:7; Furst 1972:3-54). Los reportes de Fr. Sahagun han sido confirmados por el hallazgo, entre otras cosas, de setas de tipo de sombrilla en frescos antiguos en el centro de México y setas estilizadas que adornan el pedestal de una estatua de Xochipili, el dios azteca de las flores, descubierta en la pendiente del monte Popocatepetl, y datada en 1450 d.C., ca. El cuerpo de Xochipili también aparece en grabados con otras plantas psicoactivas reconocibles. Es conocido que en la fiesta de coronación de Moctezuma, en 1502, fueron servidos hongos sagrados (Schultes 1972:9), y un artefacto de barro proveniente de Colima, y datado en 100-300 d.C., muestra figuras danzantes alrededor de una seta del tipo *psilocybin* (Schultes y Hofmann 1980:58).

Hay muchas otras efigies y piedras grabadas que muestran setas, con o sin figuras antropomorfas o zoomorfas en su base. Han sido descubiertas en zonas altas de Guatemala, con fechados entre 1000 y 300 a.C. (Fig. 2). Comúnmente se les conoce como "piedras hongos" por los arqueólogos y se les considera evidencias del culto descubierto por los conquistadores españoles de esta área (Borhegyi 1961:498-505).

En Sur América las setas parecen haber tenido un papel menos significativo en rituales alucinógenos, pero el hongo *Psilocybe* (mencionado antes), del tipo de sombrilla, es un alucinógeno potente y su presencia en pectorales de oro de la cultura sinu, en el norte de Colombia, fechada entre 100 y 350 d.C., se interpreta como representación de su importancia ritual en esta área (Schultes y Hofmann 1980:66).

El estudio de las grandes Antillas revela que los textos de los



Figura 2. Hongo de piedra. Guatemala.

cronistas mencionan la inhalación de alucinógenos, que era conocida como cohoba entre los taínos. La inhalación de la cohoba tenía lugar en el contexto de ceremonias muy ritualizadas que estaban, de una u otra manera, conectadas con un conjunto de acciones realizadas en secuencias particulares, que incluían baño, vómito, juegos de pelota, y cantos y danzas de diversas formas, conocidas colectivamente como areíto.

Hay dos ejemplos de descripciones del uso de drogas tomadas de Colón (1999:44) y Las Casas (1999:60). Es conocido que Colón observó que colocaban polvos en las cabezas de los cemíes en ciertas ceremonias “[...] después de inhalar este polvo con un tubo en forma de horqueta que se colocaban en la nariz [...] con dicho polvo caían en un frenesí, como si estuvieran borrachos”. Las

Casas 1999: 60) es uno de los cronistas que fue testigo de la cohoba, que él describe como tomado por

el señor [...] sentado en “bancos algo bajos pero muy bien tallados que llaman *duhos*” y que “el señor era el primero en tomarla [la cohoba] mientras los demás esperaban en silencio [...] después levantaba la cara hacia el cielo y decía ciertas palabras [...] entonces todos respondían [...] con un gran clamor de voces [...] y el contaba su visión.

La arqueología ha brindado evidencias materiales del rito de la cohoba al encontrar en la mayor parte de las Grandes Antillas, artefactos grabados y decorados, entre ellos espátulas vómicas, dujos, tubos de inhalar y efigies de cemíes de donde se inhalaba la cohoba y que son semejantes a las descripciones de los antiguos cronistas (Fig. 3-7). Muchos de estos artefactos presentan imágenes en las cuales se combinan formas humanas y animales para evocar el proceso de la transformación chamánica. Estos artefactos relacionados con la cohoba pueden fecharse estilísticamente, si no hay fechas de radiocarbono disponibles, en los períodos protohistóricos e históricos.

Menos clara es la función de las vasijas de inhalación bifurcadas de cerámica en el ritual del Caribe prehistórico. Estas vasijas han



Figura 3. Efigie con baldaquín. República dominicana. Altura: 103 cm.



Figura 4. Dujo. Haití. Longitud: 78 cm.

sido encontradas en las Antillas Menores y Puerto Rico en los sitios de Tecla, Guayanilla, y Sorce, Vieques (Narganes Storde 1991) (Fig. 7). Los cronistas no mencionan la inhalación por medio de vasijas de cerámica y por lo tanto no se conocen las circunstancias en que eran utilizadas. Sin embargo, es generalmente aceptado que se trata de recipientes de inhalación (Wassen 1965:25). Se ha argumentado (Durand y Petitjean Roget 1991:60) que las vasijas pueden haberse usado para “tomar” tabaco nasalmente, una práctica observada entre los waraos del delta del Orinoco (Wilbert 1987:16-18). Siendo esta una posibilidad, un experimento práctico de la autora puede confirmar su eficacia como medio para inhalar sustancias (no alucinógenos) sensitivas a las membranas nasales.

Las vasijas bifurcadas tienen un patrón de distribución diferente a través del tiempo y el espacio al de los artefactos relacionados con el rito de la cohoba según los describen los cronistas. Un número mayor viene de las Antillas Menores que de las Antillas Mayores y, en el primer caso, las vasijas de inhalación parecen provenir estilísticamente del período salaloide (300 a.C.-600 d.C., ca.). En dos sitios de Puerto Rico la data radiocarbónica muestra desde 430 a.C. hasta el período histórico (Narganes Storde 1991:628-646). Ejemplos muy similares de vasijas de inhalación bifurcadas han sido encontrados en Costa Rica (Snarskis 1981:200, 1982:94-100; Kaye 1999:55-73) (Fig. 8) y en el oeste de México (Furst 1974:11) (Fig. 9) y se les ha atribuido fechas que abarcan desde 100 a.C. a 300 d.C., ca., y 1500 a.C. a 300 d.C., ca., respectivamente. Esto puede hacer suponer que su uso llegó a las Antillas con las primeras migraciones de ceramistas del continente.

Varias de las descripciones de los cronistas hacen pensar en que los objetos materiales reportados eran semejantes a los usados por los taínos prehistóricos, pero las descripciones a veces son contradictorias y no se describen las plantas relacionadas. Las Casas describe la textura y el color del polvo inhalado como “finamente molido y del color de la canela o el polvo del heno” sin identificar la planta. Safford (1916:547-562) fue el primero en indicar que esta descripción se refería específicamente a las semillas altamente alucinógenas de la *Anadenanthera peregrina* cuando tradujo la descripción que hace Oviedo del polvo como proveniente de una vasija que contenía semillas en forma de lentejas (Oviedo 1959).

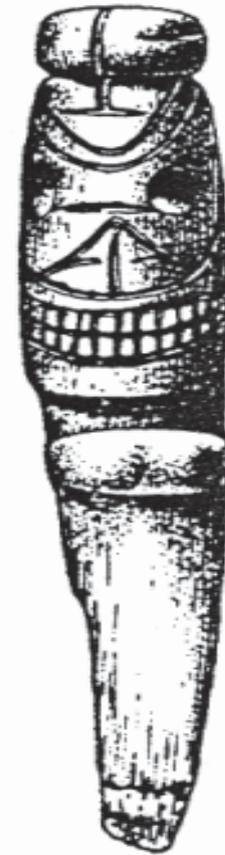


Figura 5. Espátula vómica. Cuba. Longitud: 11,5 cm.



Figura 6. Tubo de inhalación. República Dominicana. Longitud: 8,8 cm.

Dada la ausencia de evidencias en contra, la mayor parte de los investigadores supusieron que la *Anadenanthera peregrina* era la fuente de la cohoba taína.

Sin embargo, también hay unas semillas pequeñas, en forma de lentejas, que pueden ser trituradas para inhalarlas, la *Turbina corymbos* (Morning glory), nativa de América tropical. Esta planta ha sido identificada arqueológicamente en Krum Bay, Saint Thomas, Islas Vírgenes, junto al alucinógeno medio *Oenothera* sp (Evening primrose). Esta última también ha sido encontrada en Tibes y otros tres sitios en Puerto Rico y el sitio En Bas Saline de Haití (Newsom y Pearsall 1999; Curet, Newsom y De France 1997). Los cronistas españoles mencionaron a los aztecas y otros indios como consumidores de un preparado conocido como *ololiuqui* con propósitos médicos y de adivinación religiosa. El Código Florentino (escrito por fr.

De Sahagun entre 1547 y 1569) describe claramente el *ololiuqui* como un vino convulsionador, conocido en nahuatl por *coaxihuitl*. Esta planta ha sido identificada como la *Turbina corymbos* (Schultes y Hofmann 1980).

Los ejemplos etnográficos confirman el uso de semillas de *Anadenanthera peregrina* por inhalación entre varios grupos de indios sudamericanos —en la cuenca del Orinoco, donde se conoce como niopo o yopo— y en el Perú moderno donde se le da el nombre de vilca a la *Anadenanthera colubrina* (Spruce 1908:426-430; Safford 1916:553-562; Reis Altschul 1964, 1971; Schultes 1972; Schultes y Hofmann 1980:140-152). Su uso en el Orinoco fue reportado por primera vez entre los indios otomac por Gumila en su *Orinoco ilustrado*, publicado en 1741. Spruce (1908:426-430) también da reportes detallados de su uso entre los guahibo de la cuenca del Orinoco en Colombia y Venezuela, en 1861, donde él fue testigo de su absorción tanto por la nariz como rectalmente con un tubo de lavativa.

El uso prehistórico extendido de la *Anadenanthera* con fines de inhalación también ha sido confirmado arqueológicamente en el desierto de Atacama en Chile. Las ocupaciones desde tiempos prehispánicos han dejado remanentes arqueológicos caracterizados por la más alta concentración conocida de implementos de

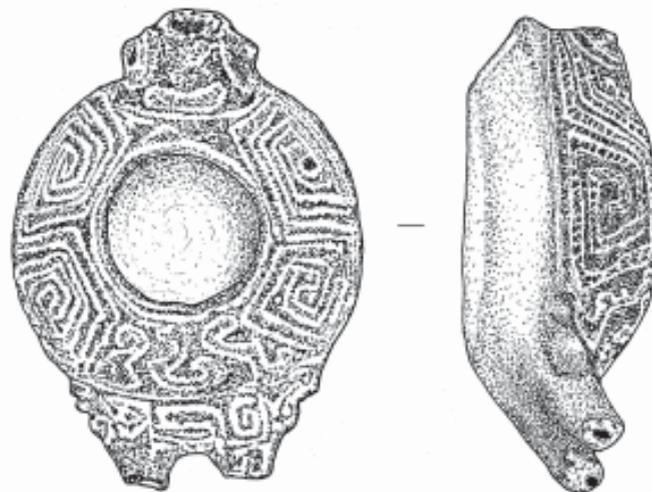


Figura 7. Vasija de inhalación. Puerto Rico. Longitud: 14 cm.

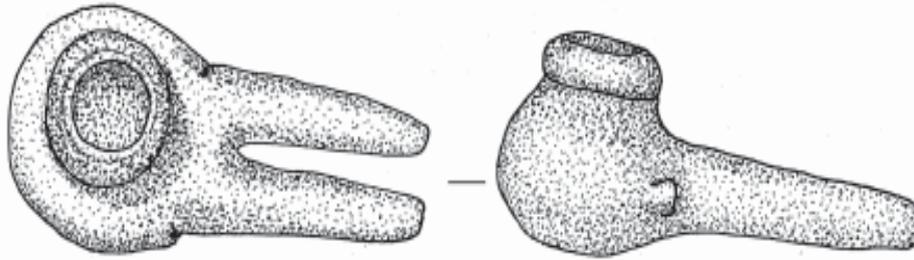


Figura 8. Vasija de inhalación. Costa Rica. Longitud: 8 cm.

inhalación de la América precolombina. En cuarenta y dos de los cincuenta sitios excavados, aproximadamente, aparecen conjuntos para inhalar. En San Pedro de Atacama, el conjunto más común consiste en una vasija de inhalación rectangular de madera, con mango, un tubo de inhalación (de madera o hueso), una cuchara o espátula, un pequeño pilón con mortero y una o más cartucheras de cuero, muchas de las cuales contenían polvo de inhalación. Cerca de 600 conjuntos de inhalación han sido encontrados en unos 5 000 entierros excavados desde mediados de la década de 1950. Muestras de las semillas halladas en las cartucheras han resultado ser de *Anadenanthera genus* (Torres *et al.* 1991:640-649).

La *Anadenanthera genus* también ha sido identificada en el polvo contenido dentro de tubos decorados exhumados junto a dos cuerpos momificados (datados en 900-1000 d.C., *ca.*) de un abrigo rocoso en el noroeste de Argentina (Pochettino *et al.* 1999:127-132).

Los materiales arqueológicos de madera del centro ceremonial de Tibes, en Ponce, Puerto Rico, han permitido identificar positivamente veintisiete tipos de madera, incluido “un árbol leguminoso muy probablemente del género *Piptadenia*¹ sp (*cojoba*)” (Curet, Newsom y de France 1997:6). Esta especie es la segunda más abundante en los depósitos arqueológicos.

El análisis químico de la *Anadenanthera peregrina* (Fish *et al.* 1955:5892-5895; Schultes y Hofmann 1980:147) ha revelado que tiene los mismos derivados tryptamine y â-carbolines que han sido hallados en la virola (también conocida como parica en algunos luga-

res, ver más adelante), pero además, *A. peregrina* tiene 5-hydroxy-*N*, *N*-dimethyltryptamine (5-OH DMT). Esta sustancia es conocida como bufotenin pues fue por primera vez aislada de la piel de sapos (*Bufo* sp) y se piensa que causen la alteración de los niveles de serotonin. El *Bufo marinus* tiene un lugar en la mitología, meso y sudamericana, particularmente entre los olmecas y los mayas, donde aparecen imágenes de sapos en muchas efigies arqueológicas (Kennedy 1982: 273-290; Morgan 1986). La administración de un polvo por inhalación o absorción por la nariz indica un camino directo al cerebro —sin pasar por el estómago

donde estos alcaloides podrían ser destruidos por la MAO (monoamino oxidasa) al pasar por el hígado (Calloway 1999: com. pers.).

En contraste con la *A. peregrina*, la resina de la corteza del árbol *Banisteriopsis caapi* se hierve y bebe como té, las propiedades inhibitorias de la MAO sobre los alcaloides harmala (el compuesto químico principal) realza los efectos de las triptaminas metiladas que son añadidas, típicamente, con otras plantas. La *B. caapi* es utilizada con frecuencia en varias mezclas con vistas a modificar y

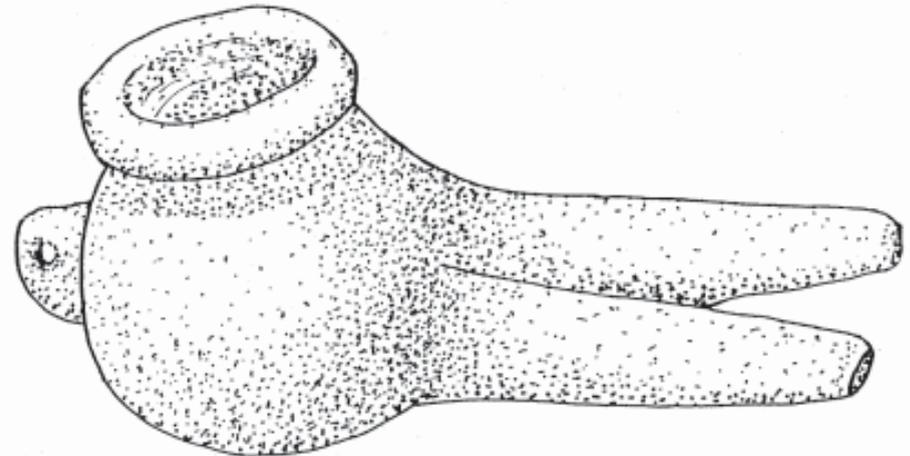


Figura 9. Vasija de inhalación. México. Longitud: 11,5 cm .

alargar los efectos, particularmente los componentes visuales de la experiencia (Schultes y Hofmann 1980:170-175). La *B. caapi* es ampliamente conocida como ayahuasca (que significa “vino de las almas” en Perú) y también como pinde, natema o yagé.

Los efectos de la ayahuasca varían de acuerdo con el estado físico y mental del consumidor, pero generalmente se considera sorprendente con sacudidas físicas incontroladas y vómitos que preceden alucinaciones vívidas, que por lo general incluyen colores brillantes y visiones de animales, con predominio de felinos y reptiles, a lo que sigue sensaciones de volar a lugares distantes y comunicación con espíritus. El largo estudio de Reichel-Dolmatoff en Tukano, en la región noroeste del Amazonas colombiano, indica que la inspiración de algunos de los motivos usados en las decoraciones de las paredes domésticas y otros objetos provienen de experiencias alucinógenas con la ayahuasca o yagé (Reichel-Dolmatoff 1972: 84-113; 1978:7-152).

En un ejemplo tomado del noroeste amazónico en 1852, el botánico inglés Richard Spruce, en una expedición para coleccionar muestras, vio y describió una gran ceremonia colectiva dirigida por un chamán en la que se bebió té de ayahuasca (Spruce 1908:414-455). Spruce describió en detalle la reunión de cerca de trescientas personas, quienes, danzando tras el brujo, bebían sustancias alucinógenas confeccionadas a partir de la planta *B. caapi*. Las visiones resultantes de la ingestión de *caapi* fortalecía la actuación del brujo en varios aspectos, desde dirimir disputas hasta curar a los enfermos y tomar decisiones con respecto a acciones futuras de la comunidad en su conjunto, tales como ir o no a la guerra. Virtualmente todas las tribus de la región recurrían a las sustancias alucinógenas con propósitos mágicos o para acceder a sus propiedades “telepáticas” (Callaway 1996).

Otras de las principales plantas alucinógenas usadas por grupos tribales en América del Sur es la virola. La inhalación preparada con la resina rojo sangre de esta planta se usa con propósitos de trance para la comunicación con el mundo espiritual con la irrupción de alucinaciones visuales y auditivas (Schultes 1972:28). La inhalación de la virola recibe varios nombres: yakee, yato, parica, epena y nyakwana, entre grupos del noroeste amazónico de Brasil y Colombia y en el alto Orinoco venezolano. Descrito inicialmente por los exploradores a comienzos del siglo xx, el método de inhalación consiste en soplar mediante un bambú o hueso de pájaro en las fosas nasales de otra persona o

por auto-administración. Entre los yanomamos del sur venezolano, el tubo de soplar puede tener hasta un metro de largo (Chagnon 1968:24). La hiperventilación causada por el acto de soplar para impulsar el polvo en el tubo refuerza el efecto y la absorción del alucinógeno.

Se dice que los indios capipunas del río brasileño de Madeira llegan al estado de trance en rituales de iniciación mediante la parica, tanto nasal como por supositorio rectal. En el Museo Etnográfico de Viena (Colecciones No. 1050 y 1369) se conserva una jeringa de goma con hueso de pájaro y una colección de semillas de parica obtenidas por el zoólogo austriaco Natterer en el siglo xix.

Aunque el tabaco (*Nicotiana* sp.), no es considerado propiamente un alucinógeno desde el punto de vista botánico o farmacéutico, puede alterar la mente cuando la ingestión es suficientemente fuerte y hay muchas evidencias del uso del tabaco en contextos rituales (Wilbert 1972:55, 1987; Robicsek 1978; Kerr 1990; Haberman 1984). El efecto estimulante de la nicotina puede deberse a los alcaloides harmala que forman el grupo químico ã-carbolina. Estos alcaloides afectan la producción de serotina y hacen disminuir la vitamina B en el metabolismo, lo que puede ocasionar alteraciones mentales (Janigar y Dobkin de Ríos 1976: 149-151).

El historiador Bernal Díaz del Castillo, cuenta que al desembarcar en la costa de Yucatán en 1518 los españoles eran “fumigados con incienso (se piensa que humo de tabaco) por los sacerdotes mayas”. Y Núñez Cabeza de Vaca, cuando viajaba por el Golfo de México en 1527-28, se percató de la ansiedad con que los indios se emborrachaban con humo de tabaco (Robicsek 1978:44). El tabaco, quizás mezclado con otras hierbas, se piensa que fuera un ingrediente en el ritual maya del enema (Robicsek 1978:23; Kerr 1990:349). Sharon (1972:129) también refiere el uso del tabaco líquido, absorbido por la nariz, antes de ingerir la infusión pura de san Pedro alucinógeno, en ceremonias de curación de los indios peruanos actuales. El chamán tacana, en Bolivia, sopla polvo de tabaco para espantar los seres sobrenaturales indeseados y el aprendiz de chamán entre los caribes y otros grupos del norte de Sudamérica es sometido a un ritual de inanición en que se le alimenta con grandes cantidades de tabaco líquido para que haga su primer contacto con el otro mundo (Hulme y Whitehead 1992:143-149).

CONCLUSIONES. DIMENSIONES SOCIALES DEL CONSUMO DE DROGAS

Entre las observaciones modernas de los rituales de consumo de drogas, las de Reichel-Dolmatoff (1978) están entre las más explícitas. Su largo trabajo de campo entre los tukanos de Brasil describe el uso de las propiedades de la tryptamina de un número de plantas para provocar visiones. Estas, además de su uso común en la adivinación, también eran parte de la toma de decisión, cuando se podía aplicar la sanción religiosa a ciertas reglas restrictivas. Tales rituales eran un proceso social que requería un trabajo preparatorio que comenzaba antes del ritual y requería de los posibles participantes abstinencia sexual por varios días, dieta estricta y vómitos.

Como los ejemplos expuestos de Spruce (1908) y Reichel-Dolmatoff (1978), hay otros modernos que pueden tomarse de los waraos del delta del Orinoco en Venezuela (Wilbert 1972:55-83). Allí han sido vistos rituales en que participa toda la comunidad, y son presididos por un sacerdote-chamán. Durante el ritual, el sacerdote cae en trance inducido por el tabaco para hacer contacto con los espíritus. Este acceso privilegiado a las divinidades le permite transmitir mensajes a la comunidad. El objeto del ejercicio es propiciar la comunicación con los espíritus y proteger a la comunidad de las enfermedades. *Es decir, el ritual involucra a uno o varios individuos pero el resultado importa a todo el grupo.* El ritual alucinógeno puede ser visto, entonces, como parte de la dinámica social del grupo o la comunidad.

Si aceptamos la importancia social del ritual, se puede decir que con respecto al Nuevo Mundo, tanto prehistórico como moderno, esa parte del proceso ritual —la ingestión de drogas y su resultado transformacional— es un intento de controlar fuerzas casuales con una forma de acción. Donde la experiencia individual o transformación es una parte importante del ritual, esta acción se aproxima a las experiencias anteriores de los individuos y su comprensión previa del mundo para permitirles influir en acciones futuras (Rappaport 1999:99; D'Aquili y Laughlin 1979:160-161; Barrett 1991:2), pero las acciones son las del grupo social. Así, la ingestión de drogas que da por resultado un incremento de la percepción (por parte de uno o más individuos) es parte de una dinámica social del grupo o la comunidad. De este modo, la comunidad o el grupo social da su beneplácito al ritual de ingestión de la droga.

NOTA

¹ Piptadenia peregrina es el nombre que antiguamente se daba a la *Anadenanthera peregrina* (Grisebach 1864: 217).

BIBLOGRAFÍA

- Adovasio, J. M. y G. F. Fry (1976): "Prehistoric psychotropic drug use in north-eastern Mexico and trans-Pecos Texas" en *Botany* 30.
- Arrom, J. J. (1999): (ed.) "Introductory Study, Notes & Appendices" (traducción de S. C. Griswold) en *An Account of the Antiquities of the Indians*. Durham and London, Duke University Press.
- Barrett, J. (1991): "Towards an Archaeology of Ritual" en P. Garwood et al. (eds.), *Sacred and Profane: Proceedings of a Conference on Archaeology, Ritual and Religion*, Oxford. Oxford, Oxford Committee for Archaeology, Monographs No. 32.
- Benthams, G. (1862-83): *Genera Plantarum* (tres tomos).
- Borhegyi, S. F. de (1961): "Miniature Mushroom Stones from Guatemala" en *American Antiquity* 26.
- Burger, R. L. (1992): *Chavin and the Origins of Andean Civilisation*. Londres, Thames & Hudson.
- Callaway, J. C. (1996): "Pharmacognosy, Neuropharmacology and Pharmacokinetics", texto presentado en *The Entheobotany Shamanic Plant Science Conference*, San Francisco, Palace of Fine Arts.
- Cassá, R. (1990): *Los tainos de La Española*. Santo Domingo, Editora Búho.
- Chagnon, N. A. (1968): "Yanomamo The Fierce People" en G. y L. Spindler (eds.), *Case Studies in Cultural Anthropology*. New York, Holt, Rinehart & Winston.
- Colón, C. (1999): "Appendix A" (traducción de S. C. Griswold) en *An Account of the Antiquities of the Indians*. Durham y London, Duke University Press.
- Cordy-Collins, A. (1977): "Chavin Art: Its Shamanic Hallucinogenic Origins" en A. Cordy-Collins y J. Stern (eds.), *Pre-Columbian Art History*, Palo Alto, Peek Rublows.
- Curet, L. A., L. A. Newsom y S. de France (1997): "Report on the 1996-1997 Research Conducted by the Archaeological Project of the Civic-Ceremonial Center of Tibes, Ponce, Puerto Rico" presentado a The Latin American Archaeology Program of the Heinz Family Foundation.
- D'Aquili, E. G. y C. D. Laughlin (1979): "The Neurobiology of Myth and Ritual" en E. d'Aquili, C. D. Laughlin y J. McManus (eds.), *The Spectrum of Ritual, A Biogenetic Structural Analysis*. New York, Columbia

- University Press.
- Douglas, M. (1966): *Purity and Danger: An Analysis of the Concepts of Pollution and Taboo*. Londres y New York, Routledge.
- Durand, J-F. y H. Petitjean Roget (1991): "A Propos d'un Collier Funeraire a Morel, Guadeloupe, Les Huecoide sont-ils un Mythe?" en *Proceedings of the 12th Congress of the International Association for Caribbean Archaeology (Cayenne 1987)*, Martinique.
- Durkheim, E. (1995): *The Elementary Forms of Religious Life*. Traducción de K. E. Fields, New York, The Free Press.
- Emboden, W. (1979): *Narcotic Plants*. New York, Macmillan Publishing Co. Inc.
- Fish, M. S., N. M. Johnsons y E. C. Horning (1955): "Piptadenia Alkaloids. Indole Bases of *P. peregrina* (L) Benth. and Related Species" en *The Journal of the American Chemical Society* 77.
- Furst, P. T. (ed.) (1972): *Flesh of the Gods*. Illinois, Waveland Press Inc.
- _____ (1974): "Archaeological evidence for snuffing in prehispanic Mexico" en *Botanical Museum Leaflets Harvard University*. Vol. 24, No. 1, Cambridge, Mass.
- Gennep, A. van (1960): *The rites of passage* (Rites de passage, Paris, 1909). Londres, Routledge & Kegan Paul.
- Grisbach, A. H. R. (1864): *Flora of the British West Indies*. London, Lovell Reeve & Co. Ltd.
- Haberman, T.W. (1984): "Evidence for aboriginal tobacco in eastern North America" en *American Antiquity*. Vol. 49, No. 2.
- Harner, M. J. (ed.) (1973): *Hallucinogens and Shamanism*. Oxford, University Press.
- Hulme, P. (1986): *Colonial Encounters*. Londres y New York, Methuen.
- Hulme, P. y N. J. Whitehead (1992): *Wild Majesty*. Oxford, Clarendon Press.
- Janigar, O. y M. Dobkin de Ríos (1976): "Nicotiana an Hallucinogen?" en *Economic Botany* 30.
- Kaye, Q. P. (1999): "Intoxicant use in the prehistoric Caribbean with particular reference to spouted ceramic inhaling bowls" en *Papers from the Institute of Archaeology*. Vol. 10, Londres, Institute of Archaeology, University College London.
- _____ : "Material Culture, Ritual and the Social Dynamics of Power in the Prehistoric Caribbean" Ph. D. thesis, Institute of Archaeology, University College London.
- Kennedy, A. (1982): "Ecco Bufo: The Toad and Olmec Iconography" en *Current Anthropology*, 23.
- Kerr, J. (1990): *The Maya Vase Book-A Corpus of Rollout Photographs of Maya Vases*. Vol. 2, New York, Kerr Associates.
- Kirchoff, P. (1963 a): "The Warrau" en J. Steward (ed.): *Handbook of South American Indians*. Vol. 3, *The Circum-Caribbean tribes*, Smithsonian Institution Bureau of American Ethnology, Bulletin 143, New York, Cooper Square Publishers Inc.
- _____ (1963 b): "The Otomac of the Venezuelan Llanos" en J. Steward (ed.): *Handbook of South American Indians*, Vol 4, *The Circum-Caribbean tribes*, Smithsonian Institution Bureau of American Ethnology, Bulletin 143, New York, Cooper Square Publishers Inc.
- Las Casas (1999): "Appendix C" (traducción S. C. Griswold) en *An Account of the Antiquities of the Indians*. Durham y London, Duke University Press.
- Leach, E. R. (1976): *Culture and Communication*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Lévi-Strauss, C. (1966): *The Savage Mind*. Londres, Weidenfeld & Nicolson.
- Lewis-Williams, J. D. (1997): "Agency, art and altered consciousness: a motif in French (Quercy) Upper Palaeolithic parietal art" en *Antiquity*, 71, No. 274.
- Loven, S. (1935): *Origins of the Tainan Culture, West Indies*. Goteborg, Elanders Bokryckeri Akfiebolog.
- Macnutt, F.A. (1912) (reimpreso 1970): *De Orbe Novo: The Eight Decades of Peter Martyr D'Anghera*. New York, Burt Franklin.
- Malinowski, B. (1935): *Coral Gardens and their Magic*. New York, American.
- Martyr de Anglería, P. (1999): "Appendix B" (traducción de S. C. Griswold) en *An Account of the Antiquities of the Indians*. Durham y London, Duke University Press.
- Morgan, A. (1986): "Who Put the Toad in Toadstool?" en *New Scientist*. Londres.
- Narganes Storde, Y. M. (1991): "Secuencia cronológica de dos sitios arqueológicos de Puerto Rico (Sorco, Vieques y Tecla, Guyanilla)" en E. N. Ayubi y J. B. Havisser (eds.), *Proceedings of the 13th International Congress for Caribbean Archaeology: Report of the Archaeological-Anthropological Institute of the Netherlands Antilles*, No. 9, Part 2.
- Newsom, L. A. y D. M. Pearsall (1999): "Temporal and spatial trends indicated by a survey of archaeobotanical data from the Caribbean islands" presentado a "Minnis: People & Plants in Ancient North America", Smithsonian Institution Press.
- Oliver, J. R. (2002) "The Proto-Taino Monumental Cemís of Caguana: A Political-Religious 'Manifiesto'" en P. E. Siegel (ed.), "Prehistory of Puerto Rico", Alabama, Alabama Press (en prensa).
- Oviedo y Valdés (1959): *Natural History of the West Indies*. Traducción de S. A. Stoudemire, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

- Pane, R. (1999): *An Account of the Antiquities of the Indians*. Traducción S. C. Griswold, Durham y Londres, Duke University Press, 3-38.
- Pochettino, Cortella y Ruiz (1999): "Hallucinogenic snuff from N. W. Argentina: Microscopical identification of *A Colubrina* (var. *Cebil*) in powdered archaeological material" en *Economic Botany* 53(2).
- Rappaport, R. (1999): *Ritual and Religion in the Making of Humanity*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Reichel-Dolmatoff, G. (1972): "The Cultural Context of an Aboriginal Hallucinogen: Banisteriopsis Caapi" en P. D. Furst (ed.), *Flesh of the Gods*, Illinois, Waveland Press Inc.
- _____ (1978): "Beyond the Milky Way; Hallucinatory Imagery of the Tukano Indians" en *Latin American Studies* 42. Los Angeles, UCLA Latin American Center Publications.
- Reis Altschul, S. von (1964): "A Taxonomic Study of the Genus *Anadenanthera*" en *Contributions from the Gray Herbarium of Harvard University*, No. CXCIII, Cambridge, Mass.
- _____ (1971): *The genus Anadenanthera in Amerindian Cultures*. Cambridge, Mass, Harvard Botanical Museum leaflets.
- Robicsek, F. (1978): *The Smoking Gods*. Norman, University of Oklahoma Press.
- Safford, W. E. (1916): "Identity of *Cohoba*, the narcotic snuff of ancient Haiti" en *Journal of the Washington Academy of Sciences*, Vol. 6, Washington.
- Sahagun, B. (1547-1549): *Florentine Codex*.
- Schultes, R. E. (1972): "An Overview of Hallucinogens in the Western Hemisphere" en P. T. Furst (ed.), *Flesh of the Gods*, Illinois, Waveland Press Inc.
- Schultes, R. E. y A. Hofmann (1980): *The Botany and Chemistry of Hallucinogens*. Springfield, Illinois, Charles C. Thomas.
- Sharon, D. (1972): "The San Pedro Cactus in Peruvian Folk Healing" en P. D. Furst (ed.), *Flesh of the Gods*, Illinois, Waveland Press Inc.
- Sharon, D. y C. B. Donnan (1977): "The Magic Cactus, Ethnoarchaeological Continuity in Peru" en *Archaeology* 30, No. 6.
- Snarskis, M. J. (1981): *Precolumbian Art of Costa Rica: Between Continents/Between Seas*. New Cork, Harry N. Abrams Inc.
- _____ (1982): *La cerámica precolombina en Costa Rica*. San José, Instituto Nacional de Seguros.
- Stevens-Arroyo, A. M. (1988): *Cave of the Jagua*. Albuquerque, University of New Mexico Press.
- Spruce, R. (1908): *Notes of a botanist on the Amazon and the Andes*. Vol II. Londres, Macmillan. (New York, Johnson, reimpresso en 1970).
- Torres, C. M., D. B. Repke, K. Chan, D. Mckenna, A. Llagostera. y R. E. Schultes (1991): "Snuff Powders from Pre-Hispanic San Pedro de Atacama: Chemical and Contextual Analysis" en *Current Anthropology*, Vol. 32, No. 5.
- Turner, V. W. (1967): "Betwixt and Between: The Liminal Period in Rites de Passage" en *The Forest of Symbols*. Ithaca, N. Y. y Londres, Cornell University Press.
- Wassen, S. H. (1965): "The Use of some specific kinds of South American Indian Snuff and Related Paraphernalia" en *Etnologiska Studier* 28. Göteborg, Etnografiska Museum.
- _____ (1967): "Anthropological Survey of the Use of South American Snuffs" en D. H. Efron, B. Holmstedt y E. Kline (eds.), *Ethnopharmacologic Search for Psychoactive Drugs in Public Health Service Publication*, No. 1645, Washington DC, US Dept of Health, Education and Welfare.
- Wilbert, J. (1972): "Tobacco and Shamanistic Ecstasy Among the Warao Indians of Venezuela" en P. D. Furst (ed.), *Flesh of the Gods*, Illinois, Waveland Press Inc.
- _____ (1987): *Tobacco and Shamanism in South America*. New Haven y Londres, Yale University Press.

HUELLAS DE RESTOS ALIMENTICIOS EN LA CERÁMICA PRECOLOMBINA: EL CASO DEL SITIO LAGUNAS DE LIMONES, MAISÍ, CUBA

ROBERTO RODRÍGUEZ SUÁREZ



El autor trabaja en el Museo Antropológico Montané
de la Universidad de La Habana

INTRODUCCIÓN

El estudio de la cerámica dentro de un contexto arqueológico presenta diversidad de enfoques. Tratándose de su clasificación, el problema radica en los criterios empleados para establecer la misma; así, considerando el aspecto funcional dentro de un primer nivel de organización de estos artefactos, y asumiendo que todo objeto de origen social debe contribuir a resolver una necesidad determinada, es por lo que hemos dirigido nuestros esfuerzos hacia la determinación del posible uso dado a una colección de fragmentos pertenecientes a un ajuar cerámico de un sitio arqueológico de nuestro país.

Como objetivo fundamental, nos hemos propuesto tratar de dilucidar el carácter utilitario o no del material estudiado por inferencia experimental de la presencia de componentes químicos que lo justifiquen. Para ello se ha utilizado un paquete de pruebas microquímicas, y a las ya establecidas de fosfatos y carbonatos, se han agregado otras que se utilizan por primera vez y que por su sensibilidad pueden ofrecer un cuadro más amplio acerca de la información almacenada por los tiestos en estudio.

FUNDAMENTO

En algunas ocasiones, los más variados residuos de alimentos se pueden detectar microscópicamente; sin embargo, en la mayor parte de los casos sólo se dispone de cenizas y fragmentos de cerámica en las que el único procedimiento posible es el análisis químico. Así, tratándose de vasijas de barro o partes de ellas, podríamos determinar su empleo en la preparación de alimentos o en el almacenamiento de agua por medio de reacciones microquímicas, instrumento analítico que no los identifica como tales, pero muestra sus componentes según el esquema:

Alimentos	Componentes por identificar
Carnes	proteínas o sus restos
Grasas y aceite	ácidos grasos
Tubérculos y otros, ricos en azúcares	carbohidratos
Agua	carbonatos

El empleo de reacciones a la gota nos podrá ofrecer, mediante la identificación de estos componentes, la posibilidad de inferir con qué finalidad, dentro de una colección de cerámica, fueron utilizados algunos de los ejemplares que la componen.

Por otra parte, existe el interés de comprobar la idoneidad de las nuevas pruebas químicas escogidas para este tipo de estudio en lo referente a su operatividad, complejidad y sensibilidad, teniendo en cuenta que estamos tratando con un material de cierta antigüedad.

PUNTO DE PARTIDA

El hecho de considerar que una respuesta positiva en cualquiera de los análisis realizados responde a vestigios de alimentos que en determinado momento fueron el elemento para cuya preparación fue construida la vasija, está fundamentado en su fabricación misma. Hay que tener presente que durante la cocción del tiesto recién preparado, las relativamente altas temperaturas del horno resultarían suficientes para provocar la descomposición y pérdida de aquellas sustancias que como contaminantes pudieran haber impregnado el barro, sobre todo aquellas de carácter orgánico. De esta manera, existe consenso en considerar que el producto que nos llega va a manifestarse en correspondencia con el uso que el aborigen le dio.

MATERIALES Y MÉTODO

Se tomó una muestra de 60 fragmentos de cerámica de las colecciones pertenecientes al Museo Antropológico Montané de la Universidad de La Habana, que proceden de las excavaciones dirigidas por el arqueólogo Ramón Dacal durante las campañas de los años 1971 y 1973, en el sitio Laguna de Limones, situado

en la terraza de la estrecha faja que forma la llanura costera de Maisí a unos 600 metros al sur del terraplén que da acceso al poblado del mismo nombre, desde Gran Tierra, actual provincia de Guantánamo y a unos 3 km al sudeste del faro de Maisí. (Harrington 1921; Guarch 1978; Tabío y Rey 1979).

El material estudiado proviene de 6 capas arqueológicas distribuidas de la siguiente forma:

Profundidad	Cantidad de fragmentos
El muro 0,00-0,20 m	10
Superficie	10
Pozo 1. 0,00-0,20 m	10
0,20-0,40 m	10
Pozo 2 0,00-0,20 m	10
0,20-0,40 m	10

Las muestras fueron sometidas a cinco pruebas establecidas para los fines propuestos, a saber:

1. **Fosfatos:** Es una prueba semicuantitativa en la que la cantidad de fosfatos contenidos en la muestra se relaciona directamente con la intensidad del color azul que aparece en la superficie de un papel de filtro. Las concentraciones de estos compuestos proporcionan una evidencia de actividades en las que intervienen acumulaciones de desechos orgánicos.

Este ensayo ha sido utilizado rutinariamente para el estudio de suelos arqueológicos en labores de prospección (Eidt 1973; 1977); sin embargo, fue adoptado en esta investigación como índice de contaminación antropogénica, considerando al polvo cerámico como si fuera suelo.

2. **Carbonatos:** La cantidad de carbonatos presente en una muestra se estima a partir de su reacción con una solución de ácido clorhídrico (Dent y Young 1981), mediante una escala de 0 a 5 para determinar la intensidad de la misma. Usualmente, esta prueba es utilizada para el análisis de suelos en contextos arqueológicos, al igual que la de fosfatos, para definir áreas de actividades.

En nuestro caso, la prueba ha sido utilizada para inferir el posible uso de los ceramios para almacenar agua teniendo en cuenta el contenido de carbonatos que usualmente tiene la misma y que

TABLA 1. ANÁLISIS DE LOS FRAGMENTOS DE CERÁMICA. SITIO LAGUNA DE LIMONES, MAISÍ, CUBA

Cara interna														
FOSFATOS			ALBÚMINAS			GRASAS			CARBOHIDRATOS			CARBONATOS		
N = 59			N = 60			N = 58			N = 59			N = 59		
Contenido	No. de muestras	%	Pre-sencia	No. de muestras	%	Pre-sencia	No. de muestras	%	Pre-sencia	No. de muestras	%	Contenido	No. de muestras	%
N	0	0	N	8	13,33	N	22	37,93	N	36	61,02	N	31	52,54
D	0	0										D	19	32,20
B	1	1,69	Pd	13	21,67	Pd	11	18,97	Pd	14	23,73	B	3	5,08
M	13	22,03										M	5	8,47
A	22	76,27	P	39	65,00	P	25	43,10	P	9	15,25	A	1	1,69
MA	23											MA	0	0
Cara externa														
N = 59			N = 59			N = 60			N = 59			N = 59		
Contenido	No. de muestras	%	Pre-sencia	No. de muestras	%	Pre-sencia	No. de muestras	%	Pre-sencia	No. de muestras	%	Contenido	No. de muestras	%
N	0	0	N	13	22,03	N	19	31,67	N	40	67,79	N	31	52,54
D	0	0										D	19	32,20
B	1	1,69	Pd	14	23,72	Pd	17	28,33	Pd	15	25,42	B	3	5,08
M	16	27,12										M	5	8,47
A	26	71,19	P	32	54,23	P	24	40,00	P	4	6,77	A	1	1,69
MA	16											MA	0	0

LEYENDA: N–negativo; D–débil; Pd–positivo débil; B–bajo; M–mediano; A–alto; MA–muy alto; P–positivo.

al evaporarse en el recipiente pudiera precipitar estos compuestos e impregnar el tiesto.

3. **Proteínas:** El nitrógeno de los aminogrupos de las proteínas se identifican mediante el calentamiento de la muestra con óxidos alcalinos, al liberarse amoníaco en caso positivo, el cual se detecta con papel indicador (Tómech s.f.). La presencia de estos compuestos se relaciona con el consumo de carnes.

4. **Ácidos grasos:** Las grasas o sus restos se hidrolizan con hidróxido de amonio concentrado y producen mucha espuma. (Tómech s.f.)

5. **Carbohidratos:** Por hidrólisis y deshidratación de estos compuestos se desprende furfural, que puede ser detectado colorimétricamente (Feigl 1939). La respuesta positiva en el análisis sugiere la preparación y consumo de tubérculos y otros alimentos ricos en azúcares.

El procedimiento experimental consistió en la aplicación de las micropruebas anteriormente descritas sobre el polvo cerámico obtenido por el raspado de ambas caras de los fragmentos. Este proceder se fundamentaba en la idea de que debían esperarse

sólo respuestas positivas en la cara correspondiente al interior de la vasija, y serviría de control la cara externa, donde las lecturas de los análisis realizados serían negativas o al menos de una positividad muy baja.

ANÁLISIS DE LOS RESULTADOS

La observación de los datos reflejados en la Tabla 1 nos muestran en primer lugar, que el material cerámico presenta un alto contenido orgánico, según la frecuencia de resultados de altas lecturas en el contenido de fosfatos. En nuestra opinión, la fuente de estas aportaciones no sólo parte del empleo de las vasijas a que pertenecieron estos fragmentos en la preparación de alimentos como demuestra el resto de las pruebas realizadas, sino también del contexto donde se encontraban enterrados. Quiere esto decir, que el suelo, producto de los desechos propios de la actividad humana, pudo permear los tiestos.

Lo anterior se fundamenta en el hecho de que no existen diferencias significativas en los resultados, tanto en esta como en el resto de las pruebas realizadas, según lo demuestra la comparación efectuada mediante un test de proporciones aplicado a los datos de ambas caras de los fragmentos en la Tabla 2. Por otra parte, podría asimilarse un modelo de comportamiento en correspondencia con una alta porosidad de la masa cerámica que permitiría la migración de los compuestos químicos.

Con respecto a las demás sustancias consideradas como residuos alimenticios, puede destacarse una gradación en el estado de conservación de las mismas, bajo las condiciones geoquímicas existentes en el sitio. Así, de acuerdo con el mayor porcentaje de muestras que respondieron positivamente a los análisis, se sitúan en orden descendente como sigue:

Proteínas → grasas → carbohidratos

Tal comportamiento parece responder a la variable estabilidad, en la secuencia dada, de las sustancias resultantes de los procesos de degradación de las proteínas, lípidos y azúcares originales, ante condiciones de pH, humedad, temperatura y otros factores que durante siglos reinaron en el suelo. Las formas más simples aún presentes hasta nuestros días, a saber: compuestos amínicos, ácidos grasos y azúcares simples manifiestan una

TABLA 2. COMPARACIÓN DE LOS RESULTADOS DE LAS PRUEBAS ENTRE AMBAS CARAS DE LOS FRAGMENTOS		
PROTEÍNAS	P	GRADO DE SIGNIF.
N	1 066	NS
Pd	3 941	NS
P	1 157	NS
GRASAS		
N	2 375	NS
Pd	1 159	NS
P	3 662	NS
CARBOHIDRATOS		
N	2 209	NS
Pd	4 153	NS
P	0 708	NS
CARBONATOS		
N	5	NS
D	5	NS
A	5	NS
FOSFATOS		
M	2 606	NS
A	2 267	NS
MA	0 854	NS

movilidad y solubilidad variables que justificaría este comportamiento.

En relación con los carbonatos, consideramos que su presencia en las proporciones detectables mediante el procedimiento analítico empleado, no indica concentraciones que justifiquen depósitos de estos compuestos en cantidad suficiente como para considerar que se deba al uso continuado de algunos de los tiestos para contener agua.

Las pruebas realizadas por las caras interna y externa de los fragmentos no mostraron diferencia alguna. El predominio de lecturas nulas o débiles para este componente, nos hace pensar que al menos en la muestra estudiada, no existen indicios que apunten

hacia el empleo de esta cerámica con el fin de almacenar agua, teniendo en cuenta que aproximadamente el 90 % de las muestras presentan valores nulos o muy bajos, si bien no es descartable que ocasionalmente, para cubrir ciertas necesidades, el aborigen la haya utilizado para ello.

CONCLUSIONES

Como hemos podido apreciar, las pruebas microquímicas utilizadas resultan lo suficientemente sensibles como para detectar los residuos orgánicos representativos del uso de la cerámica en este sitio durante el proceso de elaboración de los alimentos que probablemente consumían estos individuos, y de las ofrendas que formaban parte de sus rituales.

En el lapso transcurrido —unos seis siglos— tales componentes conservaron la estabilidad suficiente como para ser detectados, a lo que indiscutiblemente deben haber contribuido condiciones geoquímicas favorables que evitaran una degradación total. Ello, unido a la alta porosidad que presentan estos tiestos, que es como promedio del orden de 11 a 15 %, según estudio de este parámetro que hemos realizado, ha permitido que dichas huellas queden incluidas en la estructura del barro, garantizando así su permanencia hasta nuestros días. De lo anterior pudiera postularse, teniendo en cuenta el estudio estadístico realizado, que los residuos químicos migraran del interior al exterior a través de la masa de barro, lo que explicaría la no existencia de diferencias en las respuestas a los análisis para cada una de las sustancias estudiadas. Todo ello sin descartar un posible intercambio químico con el

terreno que puede haber tenido lugar mediante un proceso reversible en el que parte de los desechos aportados al suelo pueden a su vez contaminar la cerámica.

Actualmente se ha extendido el uso de estas pruebas a otros contextos, lo que demuestra su efectividad y el gran volumen de información recuperable como resultado de la actividad humana. Se han obtenido valiosos datos empleándolas en el análisis de pisos en unidades habitacionales mesoamericanas.

BIBLIOGRAFÍA

- Dent, D. y A. Young (1981): *Soil survey and land evaluation*. Londres, George Allen and Unwin.
- Eidt, R. C. (1973): "A rapid chemical field test for archaeological site surveying" en *American Antiquity*, Vol. 38, No. 2.
- _____ (1977): "Detection and examination of anthrosols by phosphats analysis" en *Science*, Vol. 197, No. 4311.
- Feigl, F. (1939): *Qualitative analysis by spot tests: inorganic and organic applications*. 2 ed., Elsevier.
- Guarch, J. M. (1978): *El taíno de Cuba*. Dirección de publicaciones Academia de Ciencias de Cuba.
- Harrington, M. R. (1921): *Cuba before Columbus*. New York, Museum of the American Indian.
- Tabío, E. y E. Rey (1979): *Prehistoria de Cuba*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- Tómec, H. (s.f.): "Metódica de los microanálisis orgánicos e inorgánicos de los materiales cerámicos". Mecanuscrito.

ISLAS E ISLEÑOS EN EL CARIBE: INTERACCIÓN A TRAVÉS DEL PAISAJE

JAGO COOPER

Traducción: Borja Legarra Herrero
y Jago Cooper



El autor es investigador del Instituto de Arqueología
del Colegio de Londres

INTRODUCCIÓN

La arqueología del paisaje ha sido durante largo tiempo el centro de numerosos debates teóricos de los cuales recientemente han surgido ideas que permiten una revisión de la arqueología del Caribe. Uno de los aspectos más importantes detrás de estos recientes avances, que ha ampliado nuestras esferas de investigación, proviene del entendimiento del paisaje a partir de un punto de vista interdisciplinario. Desde esta perspectiva las islas han sido incorporadas al estudio del paisaje a partir de considerárseles un fenómeno bien definido, digno de una sub-disciplina propia. Esta sub-disciplina ha sido denominada en la arqueología anglosajona *island archaeology*, término traducido en este artículo como *arqueología insular*.

Una de las conclusiones más importantes formuladas por la arqueología insular plantea que las islas no pueden ser definidas por su aislamiento, de la misma forma que la arqueología del Caribe no puede ser entendida separada de los avances conseguidos por la arqueología insular en otros escenarios fuera del Caribe. Los investigadores de la arqueología insular deben, por lo tanto, sobrepasar barreras políticas, geográficas y lingüísticas para forjar un ambiente más propicio que conduzca hacia el entendimiento de las islas en su diversidad.

El principal objetivo de este artículo es el examen de las nuevas corrientes de estudio que han marcado el desarrollo de la arqueología insular en otras áreas geográficas y la exploración de su potencial para el análisis de la arqueología del Caribe. El análisis arqueológico de la cultura material dentro de un marco geoespacial permite la investigación de estas perspectivas desde un punto de vista diacrónico. Para ilustrar este punto utilizaremos el ejemplo de Los Buchillones, yacimiento costero en el norte de Cuba, en cuyo estudio este autor se halla actualmente involucrado

como parte de la colaboración internacional entre el Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente (CITMA) de Ciego de Ávila en Cuba y el Instituto de Arqueología (IOA) de la University College London en Inglaterra.

ASPECTOS TEÓRICOS DEL ESTUDIO DE PAISAJE

Avances en la disciplina de la geografía durante las décadas de 1960 y 1970 tuvieron un gran impacto en la arqueología procesualista. Publicaciones como *Models in Archaeology* y *Spatial Archaeology*, publicados por Clarke en 1972 y 1977 respectivamente, introdujeron paradigmas geográficos en la arqueología (Clarke 1972, 1977). Más recientemente, la geografía humana ha pasado a ocupar un lugar central en nuestros estudios, mejorando anteriores análisis sobre el paisaje: la interpretación material y simbólica del paisaje y su relación con factores sociales constituye ahora uno de los principales objetivos de estudio (McDowell 1997). Este factor social en el paisaje contrasta con los acercamientos cuantitativos promovidos por la arqueología procesualista que percibía el paisaje como un recurso económico y lo describía como una simple relación entre naturaleza y cultura (Ulloa Hung 2003, Witcher 1998). En este enfoque el paisaje era simplificado de manera que podía ser entendido bajo concepciones universalistas. Por ejemplo, se establecieron hipótesis científicas como la *central place theory*, que imponían formas geométricas en un paisaje universal (Rossignol 1992); sin embargo, la idea de que “los mercados centrales son determinados por los aspectos competitivos de la economía de mercado” (C. Smith 1976) no tomaba en cuenta la complejidad e idiosincrasia de las sociedades antiguas, imponiendo la suposición capitalista de que el uso de la tierra está determinado por el objetivo de maximizar su potencial económico.

En los últimos años los estudios sobre el paisaje han unido diversas propuestas provenientes de la geografía, la arqueología, la paleo-ecología, la historia y la antropología. Esta mirada abarcadora ha motivado la inclusión de nuevas perspectivas y la integración de puntos de vista previamente omitidos en la disciplina. La arqueología procesual trató el paisaje como una vista estática, atemporal (Orejas Saco del Valle 2002), como un lienzo en blanco sobre el cual diferentes interpretaciones podían ser dibujadas. La deconstrucción de la pintura *The Harvesters* por Ingold revela la simplicidad de este argumento (Ingold 1993) y explora la experiencia dual

humana de tiempo y espacio. Ingold demostró que el paisaje no es estático sino dinámico, que está continuamente en construcción, y que debe ser siempre interpretado culturalmente (Ingold 1993). Estas interpretaciones han cambiado nuestro concepto del paisaje: ya no es definido como la superficie de terreno dentro de nuestra área de visión, sino que se ha convertido en un término plural el cual incluye la relación humana con todos los aspectos del entorno geográfico y medioambiental, bien sea sobre o bajo tierra (Wandsnider 1992). Visiones diferentes de la naturaleza, como aquellas de las poblaciones indígenas alrededor del mundo, han ayudado a darnos cuenta de los peligros de la concepción “universal” y “científica” que había sido adoptada por los arqueólogos. Por ejemplo, análisis etnográficos de la Amazona muestran lo diferente que pueden ser las percepciones del medio ambiente: mientras los pueblos indígenas perciben los pantanos y humedales en la desembocadura del Amazonas como un área rica en recursos e ideal para vivir, los colonos modernos perciben esta área como marginal e inhabitable (Lugo 1988). Barbara Bender ha tenido una gran influencia en la conceptualización moderna del paisaje en la arqueología, definiéndola como “paisaje ego-centrista, paisaje perspectivista, un paisaje de visiones y puntos de vista” (Bender 1995). Al subrayar que nunca ha existido una definición universal de paisaje, Bender ha demostrado que la visión procesualista dominante está basada en la falsa firmeza ética de su supuesto objetivismo.

Por lo tanto, la correcta definición de paisaje debe incorporar los aspectos simbólicos y cognitivos de una sociedad, los cuales cambian de una sociedad a otra y hacen que la relación específica entre una sociedad y el paisaje se convierta en objetivo de nuestras investigaciones. Los arqueólogos nos encontramos en una ventajosa posición para el análisis diacrónico de la relación histórica entre sociedades y paisaje a través del estudio de los restos materiales de esta interacción. Tal línea de investigación exhibe un gran potencial para el desarrollo de la arqueología caribeña.

UNA PERSPECTIVA ISLEÑA

Una isla marina es definida como una porción de tierra rodeada de mar por todas sus partes. Probablemente, debido al mayor número de yacimientos excavados en el interior de las islas, las investigaciones arqueológicas han producido un mejor entendimiento de las dinámicas internas de los territorios del Caribe insular, rele-

gando su faceta marítima a un segundo plano. No obstante, en el Caribe las poblaciones isleñas han vivido entre la tierra y el mar, en un paisaje combinado que ha sido recientemente denominado *islandscape* “un estudio más flexible sobre insularidad, uno que incorpora el mar y la cultura marítima como componentes de su definición, crea a su vez una nueva vía para el estudio del ámbito terrestre y marítimo de la isla, o ‘islandscape’” (Broodbank 2000).

Sólo cambiando el foco de estudio a la interacción entre tierra y mar podremos descubrir el potencial de áreas hasta ahora consideradas marginales o periféricas y que pudieran ser centros neurálgicos para las comunidades isleñas.

Los recientes debates sobre tiempo, espacio y sociedad en el estudio del paisaje crean una magnífica oportunidad para considerar nuevas percepciones del ámbito marítimo. El mar es un ente fluido, en constante cambio en su relación con la experiencia humana; esta experiencia puede ser la de un mar que evoca felices recuerdos o que por el contrario, produce temor. El mar puede cambiar de una barrera de agitadas olas a un tranquilo lago abierto a la navegación. Por lo tanto, la relación entre los indígenas del Caribe y el mar necesita ser reconsiderado a un nivel local, lo que facilitaría entender las relaciones entre las islas (Gosden 1994).

En el Caribe existen numerosos ejemplos arqueológicos y etnohistóricos indicadores de que el mar no ha sido considerado una barrera o un espacio negativo, sino que ha sido usado extensamente como una ruta de comunicación (Lathrap 1984, Ulloa Hung 2000). Esta idea ha sido popularizada en el Caribe por Rouse y otros, quienes han sugerido que en el pasado, grupos de la misma cultura a menudo ocuparon varias islas (Guarch 1978; Rouse 1992; Ulloa Hung 2000, Valcarcel Rojas 2002; Veloz Maggiolo 1974).

Según la información disponible en Los Buchillones encontramos una comunidad indígena que vivió en palafitos sobre el mar, eligiendo deliberadamente una ubicación donde el mar forma parte de la misma morada (D. Pendergast, J. Calvera, J. Jardines, E. Graham y O. Brito 2003; D. Pendergast, E. Graham, J. Calvera y J. Jardines 2002). Esta comunidad podría haber sido considerada bajo el anterior paradigma arqueológico como una población marginal; sin embargo, viviendo en la conjunción de la tierra y el mar, la comunidad se encontraba en el centro de su *islandscape*. Esta reinterpretación del mar como un espacio abierto pone en duda ideas previas sobre las sociedades isleñas que fueron construidas en marcos teóricos restrictivos e inconscientemente subjeti-

vos. La visión del Caribe insular como una serie de tierras separadas debe ser remplazada por la de una tupida red de interacciones entre mar y tierra, con las sociedades isleñas ubicadas en el corazón de estas. La gran diversidad de islas, pequeñas y grandes, aisladas o agrupadas, cercanas a las costas o mar adentro, crea paisajes diferenciados que a su vez significaron diversas formas de vida para las distintas comunidades caribeñas (Moreira de Lima 1999; Ulloa Hung 2000).

El complejo mosaico político y social del Caribe moderno ha restringido la oportunidad de crear una visión integradora de las diferentes escalas de interacción cultural en la historia del Caribe (Oliver 2004). Este trabajo sugiere que priorizando el estudio detallado de las comunidades y reconstruyendo su relación con el paisaje es posible empezar a entender las diferentes escalas en las que la interacción social ha operado en la región pan-caribeña.

PONIÉNDOLO EN MARCHA

Para que este nuevo acercamiento teórico se concrete en una mejor comprensión de las sociedades isleñas en el Caribe, se necesita crear una metodología que navegue entre la Escala del objetivismo funcionalista y el Caribdis del subjetivismo relativista. Los sistemas de información geográfica, abreviado SIG, proporcionan una herramienta con la cual afrontar los problemas metodológicos del estudio del paisaje pues permiten la captura, modelado, manipulación, análisis, presentación, e interpretación de la información geo-espacial desde diferentes puntos de vista (Worboys 1995). No obstante, el análisis empírico y cuantitativo de la información ha sido fuertemente criticado por no ser capaz de incorporar una interpretación cualitativa; “el significado es una medida cualitativa de múltiples facetas que no puede ser comprendida con herramientas puramente cuantitativas como los SIG” (Gillings 1990).

Los peligros de una recolección subjetiva de la información así como de una interpretación de falsas pautas de información han sido reconocidos desde hace tiempo, lo que ha creado un alto grado de transparencia en recientes aplicaciones de los SIG. Expertos en los SIG han trabajado incesantemente para desarrollar una metodología que integre información cualitativa y cuantitativa y “nuevos estudios están empezando a humanizar los SIG” (Gillings 1990). Esto significa que los SIG permiten actualmente la manipulación

del espacio al incluir valoraciones divergentes y percepciones diversas, mientras mantienen una forma estandarizada en la que la información puede ser recogida, presentada e interpretada. Esto, junto a las mejoras en las técnicas arqueológicas, crea un enorme potencial para un mejor estudio del paisaje, el cual puede ser humanizado a través del uso de los SIG al combinar un modelo geográfico tridimensional con observaciones fenomenológicas. Esta técnica permite juntar información objetiva del medio ambiente con la experiencia subjetiva de lo cultural, creando una tercera vía entre los extremos del objetivismo empírico y del idealismo cognitivo. De esta manera una válida metodología práctica para la investigación arqueológica del Caribe puede ser establecida.

Los análisis espaciales y los SIG pueden ser aplicadas en el Caribe a un gran número de campos de estudio: visibilidad fuera y dentro de las islas, distancia, corrientes marinas, vientos, rutas de huracanes, nivel del mar, porcentajes de tierra firme, porcentajes de tierra cultivable, tipos de costa, distribución de yacimientos, distribución de asentamientos y demografía. Mejorando nuestro conocimiento del concepto de *distancia* en el Caribe, se puede crear un modelo que confrontado con pautas identificadas en la deposición de restos arqueológicos, puede ayudar a su interpretación. La *distancia* puede ser comparada con factores tales como la lingüística, tipos de islas y medio ambiente. Si podemos investigar a través del modelo creado con los SIG la visibilidad con respecto a tierra firme, distancias navegables o corrientes y vientos favorables, entonces podremos analizar hasta qué punto estos aspectos afectaron la interacción entre comunidades. “[...] la dirección y velocidad de las corrientes marinas y de los vientos tuvieron que ser un factor importante en las posibles rutas tomadas por los pueblos primitivos para llegar a los territorios insulares” (Dacal Moure 1984).

Con esta nueva información, la temporalidad y la posibilidad de contacto dentro del marco de una isla, entre diferentes islas y entre las islas y el continente pueden ser esclarecidas y aplicadas a la información arqueológica existente con el fin de crear una nueva y mejor sustentada interpretación de la cultura material del Caribe.

LOS BUCHILLONES

Este artículo ha discutido un nuevo marco teórico y metodológico para la investigación arqueológica del Caribe. La excava-

ción arqueológica en Los Buchillones en Cuba supone una inmejorable oportunidad para refinar esta metodología e interpretar la cultura material de una comunidad indígena en el contexto de sus relaciones con las islas de su entorno (Calvera Roses 2001; Mesa González 1994; Olazagasti 1997; D. Pendergast, E. Graham, J. Calvera y J. Jardines 2002).

Excavaciones en el yacimiento han descubierto buenos ejemplos de “material perecedero arqueológicamente invisible que nos previene contra una interpretación simplista de la escasa evidencia conservada de los contactos entre islas” (Broodbank 2000). En 1999 y 2004 dos grandes fragmentos de la misma canoa fueron recuperados en Los Buchillones; miden alrededor de dos metros de largo con una curvatura de casco que sugiere una eslora total entre los 3 y 5 metros. Siguiendo el trabajo de autores como Callaghan, sobre la navegación pre-hispánica en el Caribe, parece probable que estas canoas, de diseño relativamente simple, eran aptas para la comunicación entre islas (Callaghan 2001, Robiou Lamarche 1992; R.C. Smith 1985; Veloz Maggiolo 1974). Aunque de menor tamaño que otros ejemplares de canoas indígenas, como la canoa oceánica encontrada en la costa cerca de Martí, en Cuba, los fragmentos de canoa de Los Buchillones demuestran las posibilidades de comunicación marítima de Los Buchillones con otros asentamientos isleños indígenas.

Otro tipo de evidencia arqueológica de Los Buchillones referida a la interacción con el entorno marítimo son los restos de fauna, los cuales han permitido un primer reconocimiento de las zonas de búsqueda de alimentos. Resulta significativo que más del 90 % de los restos de fauna encontrados en el yacimiento provienen del mar (Rosario Pérez Iglesias 2003). Por las especies identificadas es posible considerar que su obtención tuvo lugar tanto en los arrecifes costeros como en mar abierto, en un radio de más de treinta kilómetros alrededor de la costa. Esto evidencia la capacidad de esa comunidad pre-hispánica para una navegación en alta mar que le permitía explotar esos recursos (Calvera Roses 2001; Olazagasti 1997).

La explotación de los recursos marinos no se limitó a la obtención de alimentos, sino que incidió en otros aspectos de la vida indígena en Los Buchillones como fue, por ejemplo, el adorno personal (Tomé Pérez 1994). El equipo CITMA/IOA que trabaja en Los Buchillones está empezando a ampliar el campo de sus estudios. Basado en la investigación llevada a cabo hasta el momento

el equipo ha comenzado a situar el yacimiento en su entorno costero y pone especial interés en evaluar su posición dentro de una red regional de interacción.

En el futuro, cuando sea obtenida y procesada mayor información, la escala de la investigación arqueológica en Los Buchillones se ampliará a un nivel regional. Otros nuevos campos de investigación incluyen la identificación del origen de ciertos materiales que pueden ser usados para reconstruir las rutas de comercio e interacción; por ejemplo, se analizan objetos líticos probablemente importados, los cuales pudieran indicar relaciones a larga distancia. A su vez, comparaciones iconográficas y estilísticas serían gran potencial para el estudio de diferentes esferas de contacto. Un estudio preliminar de la decoración incisa en las vasijas de madera y de los diseños en la cerámica del sitio, en ejecución por el equipo CITMA/IOA, valora rasgos decorativos considerados de tipo chicoide (R. Valcárcel Rojas, com. pers.) que son inusuales en la zona y pudieran asociarse a situaciones de interacción con otras áreas.

CONCLUSIONES

Nuevos debates teóricos han producido un drástico giro en la consideración del espacio y la noción del paisaje, ya no son considerados exclusivamente desde un punto de vista objetivo y cuantitativo, sino que incorporan una perspectiva subjetiva y cualitativa. Ha sido valorada en este artículo la necesidad de percibir las islas y sociedades isleñas en su singularidad. Se debe romper el mito de uniformidad para lograr interpretar estas sociedades como entes activos, en control de las decisiones sobre su interacción con el entorno. El examen de la relación entre las comunidades históricas y su *islandscape* es un factor clave para el entendimiento de las sociedades caribeñas. Este artículo ha reflexionado sobre la posibilidad de examinar esta relación a través de los restos materiales dejados por esas comunidades. Nuevas investigaciones en Los Buchillones esperan poder demostrar que a través del estudio de la información existente, complementada con nuevos hallazgos y bajo el nuevo marco teórico provisto por la arqueología insular, es posible mejorar nuestro conocimiento de las interacciones culturales entre las poblaciones indígenas del Caribe.

BIBLIOGRAFÍA

- Bender, B. (1995): "Introduction" en B. Bender, ed., *Landscape, Politics and Perspective*, Oxford, Berg.
- Broodbank, C. (2000): *An Island Archaeology of the Early Cyclades*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Callaghan, R. T. (2001): "Ceramic Age Seafaring and Interaction Potential in the Antilles: A computer simulation" en *Current Anthropology*, Vol. 42.
- Calvera Roses, J., J. Jardines Macías, D. Pendergast, E. Graham, A. Bekerman, O. Brito Martínez y M. Martínez Fernández (2001): "Informe final: Investigaciones arqueológicas conjuntas cubano-canadiense en el área de Los Buchillones", Ciego de Ávila (inédito).
- Clarke, D. (1972): *Models in Archaeology*. London, Methuen.
- _____ (1977): *Spatial Archaeology*. London, Academic Press.
- Dacal Moure, R., M. Rivero de la Calle (1984): *Arqueología aborigen de Cuba*. Ciudad de La Habana, Gente Nueva.
- Gillings, M., A. Wise (1990): *GIS Guide to Good Practice*. Oxford, Oxbow Books.
- Gosden, C., C. Pavlides (1994): "Are Islands Insular? Landscape vs Seascape in the Case of the Arawe Islands, Papua New Guinea" en *Archaeology in Oceania*, Vol. 29.
- Guarch, J. M. (1978): *El taíno de Cuba: Ensayo de reconstrucción etnohistórica*. La Habana, Dirección de Publicaciones, Academia de Ciencias de Cuba.
- Ingold, T. (1993): "The Temporality of the Landscape" en *World Archeology*. Vol. 25, No. 2.
- Lathrap, D., J. Oliver (1984): *The Caribbean as Positive Space* (Inédito).
- Lugo, A., S. Brown (1988): "The wetlands of Caribbean Islands" en *Acta Científica*, Vol. 2, Nos. 2-3.
- McDowell, L. (1997): *Undoing Place? Geographical Reader*. London, Arnold.
- Mesa González, I., J. Jardines Macías y J. Calvera Rosés (1994): "Estudio preliminar de la cerámica del sitio arqueológico 'Los Buchillones', provincia de Ciego de Ávila" en J. Febles, L. Domínguez, F. Ortega, G. La Rosa, A. Martínez y A. Rives, ed., *Estudios Arqueológicos*, Editorial Academia, La Habana.

- Moreira de Lima, L. (1999): *La sociedad comunitaria de Cuba*. La Habana, Félix Varela.
- Olazagasti, I. (1997): "The material culture of the Taino Indians" en S. Wilson, ed., *The Indigenous People of the Caribbean*. Tallahassee, University Press of Florida.
- Oliver, J. (2004): "Soliloquio Cubano: An Outsider's Ruminations on Post-Revolutionary Cuban Archaeology" en L. A. Curet, S. L. Dawdy y G. La Rosa eds., *Dialogues in Cuban Archaeology*, London, Draft Chapter, Under peer review.
- Orejas Saco del Valle, A., M. Ruiz del Árbol Moro y O. López Jiménez (2002): "Los registros del paisaje en la investigación arqueológica" en *Archivo Español de Arqueología* 75.
- Pendergast, D., J. Calvera, J. Jardines, E. Graham y O. Brito (2003): "Construcciones de madera en el mar: Los Buchillones, Cuba" en *El Caribe Arqueológico*, 7.
- Pendergast, D., E. Graham, J. Calvera y J. Jardines (2002): "The houses in which they dwelt: the excavation and dating of Taino wooden structures at Los Buchillones, Cuba" en *Journal of Wetland Archaeology*, Vol. 2.
- Robiou Lamarche, S. (1992): "La navegación indígena antillana" en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*, No. 25.
- Rosario Pérez Iglesias, L., J. Jardines Macías y C. Rodríguez Arce (2003): *Estudio arqueozoológico en Los Buchillones. Economía y medio ambiente*. Centro de Investigaciones y Servicios Ambientales y Tecnológicos. Ministerio de Ciencia Tecnología y Medio Ambiente.
- Rosignol, J. (1992): "A Landscape Approach" en J. W. Rosignol, L., ed., *Space, Time and Archaeological Landscapes*, London, Plenum Press.
- Rouse, I. (1992): *The Tainos: Rise and decline of the people who greeted Columbus*. New Haven, Yale University Press.
- Smith, C. (1976): "Regional Economic Systems: Linking Geographical Models and Socioeconomic Problems" en C. Smith, ed., *Regional Analysis: Economic Systems*, New York, Academic Press.
- Smith, R. C. (1985): "The Caymanian Catboat: A West Indian Maritime Legacy" en *World Archaeology*, Vol. 16 Issue 3.
- Tomé Pérez, J. (1994): "Análisis de perforaciones cónicas en algunas muestras de concha" en J. Febles, L. Domínguez, F. Ortega, G. La Rosa, A. Martínez y A. Rives, eds., *Estudios arqueológicos*. La Habana, Editorial Academia.
- Ulloa Hung, J. (2000): "Migraciones en el Caribe precolombino" en *El Caribe Arqueológico*, 4.
- _____ (2003): "Arqueología y rescate de la presencia aborigen en Cuba y el Caribe" en *El Caribe Arqueológico*, 7.
- Valcárcel Rojas, R. (2002): *Banes precolombino: La ocupación agrícola*. Holguín, Ediciones Holguín.
- Veloz Maggiolo, M. (1974): "La navegación prehistórica" en M. Veloz Maggiolo, ed., *Apuntes sobre prehistoria de Santo Domingo*, Santo Domingo.
- Wandsnider, L. (1992): "Archaeological Landscape Studies" en J. W. Rosignol, ed., *Space, Time and Archaeological Landscapes*. London, Plenum Press.
- Witcher, R. E. (1998): "GIS and the Landscapes of Perception" en *The Archaeology of Mediterranean Landscapes: Geographical Information Systems and Landscape Archaeology*, Vol. 3.
- Worboys, M. (1995): *GIS: A computing perspective*. London, Taylor Francis.

ANÁLISIS DE ADN MITOCONDRIAL. NUEVO MÉTODO PARA EL ESTUDIO DE POBLACIONES PREHISTÓRICAS CARIBEÑAS

JORGE BRITO NIZ



El autor es investigador aspirante en el Centro de Antropología, CITMA, Ciudad de La Habana

Hace ya varios años que se vienen llevando a cabo estudios de ADN mitocondrial en las Antillas. En algunos casos sobre restos óseos prehistóricos, y en otros, en poblaciones actuales del entorno caribeño, con el fin de rastrear haplotipos particulares indígenas que permitan asociar a los grupos culturales precolombinos del Caribe con otros del continente americano (regiones norte, centro y sur), para de esta forma definir las posibles vías del poblamiento antillano. Estudios de esta índole se han realizado, principalmente, con muestras de Santo Domingo y Puerto Rico, aunque también se ha trabajado, en muy poca cantidad, con muestras cubanas.

El siguiente trabajo intenta hacer un recuento de lo acontecido en el tema hasta este momento, dentro del ámbito caribeño, así como dar a conocer la manera en que se han llevado a cabo estos estudios y los elementos que se tienen en cuenta para ubicar las muestras analizadas dentro del mapa genético americano, en específico dentro de los haplotipos marcadores de ADN mitocondrial para las comunidades prehistóricas.

Para esto es necesario realizar un breve esbozo o explicación acerca de la molécula del ADN mitocondrial y de la forma en que se realiza este proceso. Seguiremos esta dirección partiendo de las investigaciones realizadas por diferentes colegas que han desarrollado el tema en el Caribe y Europa.

La gran mayoría del material genético humano, conocido mejor como ADN, se encuentra en el núcleo de las células. Sin embargo el ADN mitocondrial no se halla precisamente en este, sino dentro de las mitocondrias (un organelo que forma parte de cada célula). Es 200 000 veces más pequeño que el ADN nuclear y mientras que el ADN nuclear contiene unos 100 mil genes con toda la información necesaria para producir un ser humano, el ADN mitocondrial sólo posee 37. El ADN nuclear se hereda por partes iguales de ambos progenitores, y el ADN mt se hereda únicamente de la madre. No se mezcla con el ADN paterno, por lo que permanece

intacto de generación en generación. Al mantener su identidad original permite rastrear, por vía materna y con gran exactitud, su procedencia.

La molécula de ADN mt es la única molécula de ADN humano que es circular y es la más pequeña. Fue secuenciada en su totalidad en 1981 en Gran Bretaña, y se determinó que era de 16 569 nucleótidos de largo, muy similar a una cadena con esa misma cantidad de eslabones. Cada uno tiene un número y están dispuestos en orden desde el número 1 hasta el 16 569, además, dependiendo de cual sea su base nitrogenada, tienen asignada una letra correspondiente que puede ser A, T, C o G. El cambio de una letra o, lo que es igual, una base nitrogenada por otra, se conoce como mutación.

Usualmente la detección de mutaciones en el ADN mitocondrial se hace por medio de pruebas de restricción. Una endonucleasa de restricción es una enzima que digiere selectivamente el ADN en una secuencia específica. Por ejemplo, la endonucleasa *Alu I* corta el ADN únicamente en los puntos donde el ADN tiene la secuencia AGCT. Si existiese una molécula que tuviera la secuencia AGCT en algún punto, esa molécula sería cortada en dos fragmentos por la endonucleasa *Alu I*. Sin embargo, si ocurriese una mutación en uno de los cuatro nucleótidos que forman esa secuencia, la secuencia dejaría de existir, y *Alu I* dejaría a la molécula de ADN intacta. Este ejemplo ilustra una mutación que elimina un sitio de restricción reconocido por la endonucleasa. Otras mutaciones los crean. Hay distintas endonucleasas de restricción que permiten detectar mutaciones fácilmente en muchos puntos del ADN mt. Así pues, las mutaciones pueden ser identificadas citando el número de la cadena donde ocurrió la mutación en conjunto con el efecto de la mutación en cuanto a la eliminación o creación de un nuevo sitio de restricción.

A menudo se piensa en las mutaciones como eventos dañinos al organismo, que tienen que producir un cambio claramente visible y desfavorable en el individuo. Sin embargo se ha demostrado que la gran mayoría de estas no producen efectos de este tipo. Cada ser humano tiene aproximadamente 175 mutaciones en el núcleo de las células y sin embargo no están expresadas como manifestaciones negativas al organismo. El ADN mt es tan pequeño que en él ocurre solamente una mutación cada 3 mil años. Esas mutaciones permiten rastrear las migraciones humanas que han ocurrido por todo el mundo desde que surgió el hombre en

África hace miles de años. Con mucha frecuencia migraciones a lugares despoblados han sido acompañadas de mutaciones. Esto provoca que las poblaciones derivadas puedan tener ciertas características (mutaciones propias) que las distinguen de la población original. Los ADN mt que comparten una mutación que surgió de una mujer ancestral forman una familia de ADN mitocondrial conocida como haplogrupo. La mutación que todos los ADN mt tengan en común se conoce como el marcador del haplogrupo. Todos los ADN mt que pertenecen a un mismo haplogrupo tienen que tener el marcador del mismo. Sin embargo, a medida que va pasando el tiempo los ADN mt que pertenecen a este haplogrupo específico van ganando mutaciones particulares. Se dice que dos ADN mt que pertenezcan a un mismo haplogrupo pero que puedan distinguirse uno del otro por mutaciones adicionales, en algún otro punto de la molécula, pertenecen a haplotipos distintos.

El ADN mt puede dividirse en dos regiones: una región codificante donde se encuentran todos sus genes y que mide 15 447 nucleótidos de largo y una región sin genes de unos 1 122 nucleótidos. Dentro de la región sin genes existen dos regiones hipervariables de entre 300 y 400 nucleótidos cada una, cuyas secuencias pueden proveernos de información muy valiosa si se analizan utilizando el método de redes medianas.

Los estudios de ADN mitocondrial realizados en amerindios, han descubierto 4 linajes básicos o haplotipos, nombrados A, B, C y D, y un residuo adicional nombrado X, descubierto en 1995. Este haplotipo ancestral se ha encontrado en algunas poblaciones europeas.

La mayoría de los ADN mt indígenas tienen sus orígenes en Asia. De acuerdo a las teorías más extendidas, hace unos 25 000 o 30 000 años, grupos humanos de esta región norasiática cruzaron el Estrecho de Bering, entrando así el hombre por vez primera al Nuevo Mundo. Entre ellos habían mujeres que portaban ADN mt pertenecientes a los haplogrupos asiáticos A, C y D. Es posible que por una ruta alterna más afín al mar, y simultáneamente, entrara al Nuevo Mundo el haplogrupo B, que si bien es también asiático, no se encuentra, hoy en día, en Siberia, como los haplogrupos A, C y D. En la actualidad y posiblemente también en el pasado, el haplogrupo B ha sido muy común desde China central hacia el sureste (Indonesia, Polinesia y Micronesia). Un quinto haplogrupo, considerado indígena, es el haplogrupo X. Este no se encuentra hoy en Asia, sino en Europa, y podría representar una migración independiente desde el viejo continente vía Groenlandia al Nuevo Mundo.

Dentro de las poblaciones prehistóricas de América, el haplogrupo X se encuentra únicamente en América del Norte.

Los haplogrupos indígenas y sus marcadores. Esas mutaciones que caracterizan los haplogrupos son:

Para el haplogrupo A, +663 *Hae III*, es decir una mutación que crea un sitio de restricción reconocido por la endonucleasa *Hae III* en la perla número 663.

Para el haplogrupo C, +13 262 *Alu I*, una mutación que crea un sitio de restricción en la perla número 13 262.

Para el haplogrupo D, -5 176 *Alu I*, es decir, una mutación que elimina un sitio de restricción en la perla número 5 176.

Para el haplogrupo X +14 465 *Acc I*, una mutación que crea un sitio de restricción en la perla número 14 465.

El marcador del haplogrupo B es el único que no se reconoce como un cambio de restricción; consiste de una delección de nueve perlas que comienza en la posición 8 272, en una región de la molécula de ADN mt conocida como la región V.

Ha sido en esta última década que se ha empezado a aplicar esta metodología en el entorno caribeño, con el objetivo de descubrir la relación entre las poblaciones primitivas de las islas del Caribe y similares del continente (tanto de norte, sur como Centroamérica). Nuestra intención es comentar brevemente los resultados de los estudios llevados a cabo con restos óseos prehistóricos (en la mayoría de los casos), así como con poblaciones vivas con ascendencia indígena.

1. En República Dominicana se hizo un estudio que consistió en la extracción y amplificación de ADN mt, tomados de 27 cortes de hueso post-craneales del cementerio aborígen La Caleta (una de las más importantes necrópolis taínas de la isla). Este cementerio, ubicado en la costa sureña del país, a 25 km al este de Santo Domingo, presenta enterramientos acuclillados acompañados de cerámica Boca Chica, y su fechado va desde el 670 d.C. hasta el 1680 d.C., +/- 100 (Luna Calderón 2002).

De las 27 muestras analizadas, 18 pertenecieron al haplogrupo C y 6 al D, sin encontrarse restos de los haplotipos A y B. La secuencia y los datos de los haplogrupos de la muestra indican que estos taínos tenían una diversidad de ADN mt reducida, elemento indicador de un posible efecto fundador durante la colonización de las islas del Caribe, si se asume que ocurrió un movimiento lineal migratorio desde tierra firme (América del Sur), que siguió por la cadena de las islas antillanas.

La posición de la mayoría de las secuencias de esta muestra, al agruparlas dentro de una red de secuencias de haplotipos sudamericanos, tienden a distribuirse alrededor de un nodo central de haplogrupos C y D, muy cercanas a las secuencias ancestrales, lo que apunta hacia una relativa antigüedad de las mismas. Además, su ubicación, cercanas a la raíz y con un grado de dispersión a lo largo de la red, sugieren que una expansión poblacional ocurrió antes de la formación de grandes diferenciaciones entre los linajes sudamericanos, o antes y por muy corto tiempo del poblamiento antillano.

Al comparar los valores de la distribución pareada del haplotipo C en los taínos de la muestra y en una población patrón sudamericana (en este caso los yanomanis, cuya distribución refleja claramente una pasada población en expansión), aprecian estos autores características de dos poblaciones en expansión. Una asociada a un evento fundador en los yanomanis y otra más antigua, asociada al poblamiento del Caribe.

En la discusión del trabajo se argumenta que, de acuerdo a los resultados obtenidos, es apreciable una cercana afinidad genética entre las muestras taínas y las de varias poblaciones sudamericanas. Altas frecuencias de linajes C y D son más comunes en poblaciones de Sudamérica, que en Norte y Centroamérica. Los valores de la muestra son más afines con los de tribus sudamericanas. En particular con los de la tribu yanomani, ubicada en las cercanías del valle del Orinoco, por lo que existen muchas probabilidades de que pudo ser esta la región de procedencia de los antecesores de los taínos.

También se abordan en el trabajo algunas teorías que plantean el arribo al Caribe de poblaciones mucho más antiguas, provenientes de Centroamérica. Sin embargo en el estudio realizado no aparecen evidencias de los haplotipos A y B, presentes con alta frecuencia en estas poblaciones. Se argumenta que la respuesta a esta incógnita pudiera estar en el reemplazo o en la mezcla intensiva de los pobladores taínos con los primeros habitantes insulares caribeños.

Para una información más detallada sobre las conclusiones a que arribaron estos investigadores puede consultarse: C. Lalueza-Fox, F. Luna-Calderón, F. Calafell, B. Morera y J. Bertranpetit (2001:137-151).

2. En Puerto Rico, isla pionera en el desarrollo y aplicación de estos estudios en las Antillas, se realizó una investigación sobre

la herencia por la línea ancestral, estrictamente materna, de una amplia muestra de individuos; se utilizó la información poblacional del censo de 1990 así como un programa de muestreo computarizado. Fueron seleccionadas aleatoriamente 1 067 residencias en todo Puerto Rico, con probabilidades de acuerdo a la densidad poblacional, de tal manera que estos hogares constituyeran una muestra representativa de los domicilios puertorriqueños. Igualmente, un adulto dentro de cada una de las moradas habitadas fue seleccionado aleatoriamente para garantizar la representatividad de la muestra. De estas 1 067 residencias, 985 estuvieron habitadas. De las 985 habitadas se contactó al adulto seleccionado en 875 de ellas. En exactamente 800 de estos 875 casos, el adulto accedió a donar muestras con raíces de cabello para estudiar su ADN mt. Es decir, 800 de los 985 (81,2 %) adultos seleccionados participaron en el estudio, lo que constituye una muestra representativa de la población puertorriqueña. De los 800 participantes, 489 (61,1%) tuvieron ADN mt de origen indígena, 211 (26,4 %) lo tuvieron de origen africano al sur del Sahara y exactamente 100 (12,5 %) lo tuvieron de origen caucásico.

De las 489 muestras de origen indígena, 255 (52,1 %) pertenecieron al haplogrupo A; 175 (35,8 %) al haplogrupo C; 42 (8,6 %) al haplogrupo B; 17 (3,5 %) al haplogrupo D y cero al haplogrupo X. Esta distribución estructurada, en donde dos haplogrupos, específicamente los haplogrupos A y C, constituyen el 88 % de las muestras indígenas, es típica de las tribus del Nuevo Mundo. Esta distribución evidencia que la mayoría de los ADN mt de origen indígena en Puerto Rico se originaron de una sola tribu, que no pudo haber sido otra que la local, la taína, porque de lo contrario no se habría visto una distribución tan estructurada sino una más nivelada, con todos los haplogrupos representados en frecuencias comparables.

Explican los autores en el trabajo las distintas rutas migratorias que pudieron dar a origen a los taínos.

Estudios hechos con otras tribus en el continente muestran una clara dicotomía entre los indios que ocupan la región que va desde el norte de Venezuela por el Amazonas hasta la Patagonia y los indios que ocupan la región al oeste de los Andes, Centroamérica y Norteamérica. De acuerdo a la teoría del Estrecho de Bering, los asentamientos del ser humano en el Nuevo Mundo se esparcieron de norte a sur. Ante este esquema, se puede vislumbrar en los Andes colombianos un gran obstáculo a la

completa ocupación de América del Sur por parte de los indios que llegaban de Centroamérica. Pocos habrían sido los que cruzaron los Andes para introducirse en la selva amazónica. En la biología evolucionaria, este tipo de evento se conoce como evento fundador. Los eventos fundadores se caracterizan por ser susceptibles a deriva genética. La deriva genética se refiere al cambio dramático en la frecuencia de haplogrupos de una población, que puede ocurrir fortuitamente cuando el tamaño de la población se reduce drásticamente. La reducción en el tamaño de la población que cruzó los Andes pudo haber afectado la frecuencia de haplogrupos de esa población. Como consecuencia, mientras las poblaciones al oeste de los Andes tienen al haplogrupo A como el más frecuente y al haplogrupo D como el menos frecuente, desde Venezuela hasta la Patagonia el haplogrupo A es el menos frecuente y el haplogrupo D el segundo más frecuente detrás del haplogrupo C. Las frecuencias de haplogrupos de la península de la Florida, México y Centroamérica son muy similares, pero marcadamente diferentes a la del Amazonas. La frecuencia de haplogrupos en Puerto Rico se asemeja más a las de Florida, México y Centroamérica (en que el haplogrupo A es el más frecuente y el D el menos frecuente); difieren tan sólo en que el haplogrupo C es un poco más frecuente.

Aceptando que tanto la cultura saladoide como la huecoide tienen un origen suramericano, el presente esquema tendría dos explicaciones. Una de estas sería nuevamente la deriva genética. La ruta marítima a lo largo de las Antillas Menores podría haber sido acompañada de una reducción marcada en el tamaño de la población, esto ocasionaría un cambio drástico en la frecuencia de los haplogrupos de la población y produciría una distribución más parecida a la de Norte y Centroamérica que a la de la población original en Venezuela. La segunda explicación estaría basada en el principio del campo de la genética de poblaciones que dice que, cuando una población migratoria llega a un lugar donde ya existe otra y compite con ella, la genética de la población nativa seguirá predominando. Bajo este esquema, el haplogrupo predominante, el A, pertenecería a la población original de Puerto Rico, la precerámica, que muy bien podría haberse originado en la península del Yucatán o de la Florida. El haplogrupo menor, el C, pertenecería a la cultura cerámica que llegó posteriormente desde Venezuela. Es decir, los taínos serían el producto de una mezcla entre por los menos dos culturas indígenas ancestrales.

Según el autor, las culturas arcaicas debieron originarse en Yucatán o la Florida, pasando por Cuba y La Española antes de llegar a Puerto Rico. Mientras que las cerámicas provendrían del sur, pasando primero por Puerto Rico, de donde se trasladarían hacia Santo Domingo y Cuba.

Para una información más detallada puede consultarse a Martínez Cruzado, Juan C. (2001): *El uso del ADN mitocondrial para descubrir las migraciones precolombinas al Caribe: resultados para Puerto Rico y expectativas para la República Dominicana*.

3. En Cuba han sido escasos los estudios de este tipo, sin embargo, recientemente de conjunto entre la Universidad de Barcelona y la Facultad de Biología de la Universidad de La Habana, se lograron analizar 47 muestras óseas de sitios arqueológicos asociados a la denominada cultura ciboney, correspondientes a tres áreas del occidente de la isla de Cuba: Cueva del Perico I (N = 37), Mogote de la Cueva (N = 3), y Canímar (N = 7).

Cueva del Perico, provincia de Pinar del Río, uno de los sitios mejores estudiados del preagricultor cubano, tiene un fechado radiocarbónico de 1 990 ±50 a.p. (datos inéditos). El sitio se trabajó en dos campañas de excavación, 1970 y 1997, y aportó los restos de por lo menos 162 individuos (Travieso *et al.* 1999); Mogote de la Cueva es otro sitio en Pinar del Río, y ha sido fechado por radiocarbono en 1 620 a.p. (SI-424) (Tabío y Rey 1966); mientras que Canímar es un abrigo rocoso sobre el río Canímar (Provincia de Matanzas), fechado en 4 700±70 a.p. (UBAR-171) (datos inéditos). Los ejemplares de estudio fueron seleccionados de una muestra más amplia debido a su excelente preservación externa, tomando en consideración el aspecto fresco, la falta de mineralización, la ausencia de roturas o corrosión del hueso y la integridad de los especímenes.

Fueron analizados dos conjuntos diferentes de muestras en distintos períodos en el laboratorio de Barcelona. El primer conjunto fue de 29 muestras de dientes del yacimiento Cueva del Perico, mientras que el segundo consistió en 18 muestras de hueso de tres yacimientos: Cueva del Perico, Mogote de La Cueva y Canímar. En el primer grupo, sólo 7 de 29 muestras (24,1 %) rindieron amplificaciones positivas y de estas, dos de las muestras amplificadas corresponden a la misma secuencia, debido a que se extrajo de dos dientes diferentes que pertenecían al mismo individuo. En el segundo grupo, 10 de las 18 muestras (55,6 %) se pudieron amplificar y secuenciar. La eficacia de amplificación fue

baja en general (38,3 % para la muestra entera); puede atribuirse esto a la antigüedad de las muestras y a la existencia de un clima desventajoso como el de Cuba, donde las condiciones tropicales no ayudan a conservar el ADN.

A pesar de todo esto fue exitosa la obtención del ADN mt, pues varias de las muestras fueron sometidas a análisis paralelos en la Universidad de Oxford, Reino Unido, y arrojaron los mismos resultados que en Barcelona.

En este estudio se plantea que la presencia residual del haplotipo A y las altas frecuencias de los haplotipos C y D en la muestra estudiada sugieren que el lugar de origen del ciboney de Cuba debe situarse en América del Sur, como en el caso de los taínos estudiados en la República Dominicana (Lalueza-Fox *et al.* 2001). El análisis filogenético de las secuencias de ADN también establece una íntima relación entre las secuencias de los ciboneyes con las secuencias de los taínos y con las poblaciones sudamericanas. La ausencia del haplotipo B en taínos y ciboneyes pudiera sugerir que el Caribe fue poblado antes de extenderse este haplotipo en el subcontinente, un hecho que podría ponerse en correlación con la ausencia del haplotipo B en el extremo sur de América del Sur (Lalueza-Fox 1996). También el haplogrupo B podría haberse perdido en el evento fundador del poblamiento del Caribe. La presencia residual del haplotipo B en Puerto Rico pudiera ser el resultado de una moderna y menor migración, de acuerdo a lo planteado por Martínez Cruzado *et al.* 2001.

La baja diversidad nucleotídica y los bajos valores de diferencias pareadas (o *pairwise*) de los taínos sugieren la existencia de uno o más grupos que intervinieron en la colonización del Caribe (Lalueza-Fox 2001). Dado que las olas de la colonización pueden haber emanado de la misma población en América del Sur, es difícil de discernir únicamente a partir de las evidencias genéticas si los cazadores-recolectores antepasados de los ciboneyes y los taínos agricultores se originaron de uno o dos movimientos de expansión desde América del Sur. Dado que los valores de diferencias pareadas entre secuencias (o *pairwise*) de los ciboneyes son ligeramente más altos (3,47) que los de los taínos (2,96), puede indicar esto que hubo más tiempo para aumentar la diferencia mutacional, y que dos expansiones poblacionales pudieron haber tenido lugar. Una expansión más temprana se podría asociar al movimiento de los grupos de cazadores-recolectores en el Caribe (los antepasados de los

ciboneyes), que habría sido seguido por la migración de los agricultores (los antepasados de los taínos) en el Caribe. Probablemente hubo también un movimiento más tardío asociado a las incursiones de los grupos caribes en los asentamientos taínos, un movimiento que todavía estaba en proceso a la llegada de los europeos.

Para una información más detallada puede consultarse a: C. Lalueza-Fox, M. T. P. Gilbert, A. J. Martínez-Fuentes, F. Calafell, J. Bertranpetit (2002): "Mitochondrial DNA from pre-Columbian Ciboneys from Cuba and the prehistoric colonization of the Caribbean".

EXPECTATIVAS ACTUALES

Los análisis de ADN mt revisten gran importancia para el estudio de las primeras oleadas migratorias en el Caribe. Por esta vía será posible definir con claridad muchas incógnitas en referencia al hombre antillano. Multitud de estudios migratorios, demográficos y de parentesco entre esas poblaciones precerámicas (de las cuales se conoce muy poco), podrían ser llevados a cabo, en caso de plantearse con seriedad por parte de la arqueología de los países caribeños, la adopción de este método como escalón final en las investigaciones arqueológicas.

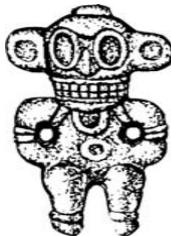
A pesar de existir en Cuba especialistas que pueden realizar estos estudios, y de que se dispone de laboratorios para el análisis de muestras de ADN, necesarios en caso de identificación de individuos contemporáneos, lo cierto es que la carencia de fondos y reactivos, básicamente, no ha permitido todavía afrontar exámenes de ADN mt antiguo, a modo de establecer las necesarias comparaciones entre poblaciones de regiones distantes de la isla e incluso entre las que habitaron las restantes Antillas. Un estudio de este tipo, que abarcara sitios de diferentes momentos históricos, de Cuba y de otras Antillas, permitiría acercarnos de una manera más real a la comprensión de los procesos migratorios, demográficos, culturales y de parentesco entre las comunidades gentilicias del Caribe. Datos que de otra manera la arqueología no podría alcanzar, dada la naturaleza fragmentaria del registro arqueológico antillano. Por estas razones es válido suponer que se hace urgente un llamado a la colaboración y el intercambio que en dependencia de la disponibilidad de recursos y del dominio de esta técnica particular permita la realización de estudios de este tipo en el área.

BIBLIOGRAFÍA

- Lalueza-Fox, C., F. Luna Calderón, F. Calafell, B. Morera y J. Bertranpetit (2001): "Mt DNA from extinct Tainos and the peopling of the Caribbean" en *Annals Human Genetic*, No. 65.
- Lalueza-Fox, C., M. T. P. Gilbert, A. J. Martínez Fuentes, F. Calafell, J. Bertranpetit (2002): "Mitochondrial DNA from pre-Columbian Ciboneys from Cuba and the prehistoric colonization of the Caribbean" (inédito).
- Lazo Valdivia, A. (2001): "Estudio del ADN mitocondrial en preagroalfareros de Cuba". Trabajo de diploma, Facultad de Biología, Universidad de La Habana (inédito).
- Luna Calderón, Fernando (2002): "ADN mitocondrial taíno en la República Dominicana" en *KACIKE: Revista de la Historia y Antropología de los Indígenas del Caribe* (revista electrónica), edición especial, [Http://www.kacike.org/Calderonespanol.html](http://www.kacike.org/Calderonespanol.html).
- Martínez Cruzado, Juan C. (2001): *El uso del ADN mitocondrial para descubrir las migraciones precolombinas al Caribe: resultados para Puerto Rico y expectativas para la República Dominicana*. Mayagüez, Puerto Rico, Departamento de Biología, Recinto Universitario de Mayagüez, Universidad de Puerto Rico.
- Martínez-Cruzado J. C., G. Toro-Labrador, V. Ho-Fung, M. A. Estévez-Montero, A. Lobaina-Manzanet, D. A. Padovani-Claudio, H. Sánchez-Cruz, P. Ortiz-Bermúdez y Sánchez-Crespo (2001): "Mitochondrial DNA analysis reveals substantial Native American ancestry in Puerto Rico" en *Hum Biol* 73 (4).
- Tabío, E. y Estrella Rey (1966): *Prehistoria de Cuba*. La Habana, Departamento de Antropología, Academia de Ciencias de Cuba.
- Travieso Ruiz, R., D. Rodríguez Hernández, M. Rivero de la Calle y S. Marques Jaca (1999): "Estudio de los restos óseos humanos aborígenes encontrados en la cueva del Perico I, Pinar del Río, Cuba" en revista *Biología* 12 (2).

INVESTIGACIONES ARQUEOLÓGICAS EN EL YACIMIENTO LA IGLESIA. PROVINCIA LA ALTAGRACIA. REPÚBLICA DOMINICANA

**ELPIDIO ORTEGA ÁLVAREZ
GABRIEL ATILES
JORGE ULLOA HUNG**



Los autores son miembros de la Academia de Ciencias
de República Dominicana

El yacimiento arqueológico La Iglesia se localiza en la provincia La Altagracia, ubicada en la zona más al este de la República Dominicana. Desde el punto de vista arqueológico la región es una de las más importantes en los estudios sobre los primeros habitantes de la isla de Santo Domingo y se considera una de las más densamente pobladas en el período precolombino, a juzgar por la gran cantidad de yacimientos en ella localizados.

En esta provincia se han detectado cuevas con arte rupestre, cementerios indígenas y plazas ceremoniales. En la zona sobresale el yacimiento conocido como Manantial de La Aleta en el que se han rescatado piezas sin precedentes para la arqueología caribeña.¹ Otro rasgo sobresaliente es la ubicación del residuario Punta Cana, cuyos fechados hasta el momento lo señalan como el más temprano poblamiento agrícola de la isla.

Las primeras noticias sobre el sitio La Iglesia se deben al ingeniero Elpidio Ortega y la primera visita al mismo se llevó a cabo en 1997. Sin embargo las principales labores de investigación se realizaron en el año 2002, bajo los auspicios de la Academia de Ciencias de la República Dominicana.²

La parcela cubre aproximadamente 300 metros de un pequeño valle intra-montañoso caracterizado por un cordón vegetal, que denota la existencia de una zona húmeda y de un río cercano. Los suelos son húmicos con capa vegetal espesa y marcados por monticulaciones que delatan las concentraciones de material arqueológico y crean un relieve con pequeñas ondulaciones y desniveles.

Las deposiciones arqueológicas alcanzan hasta un metro de profundidad, lo que permite definir el sitio como un residuario de primera magnitud.



La iglesia. Mapa de ubicación.

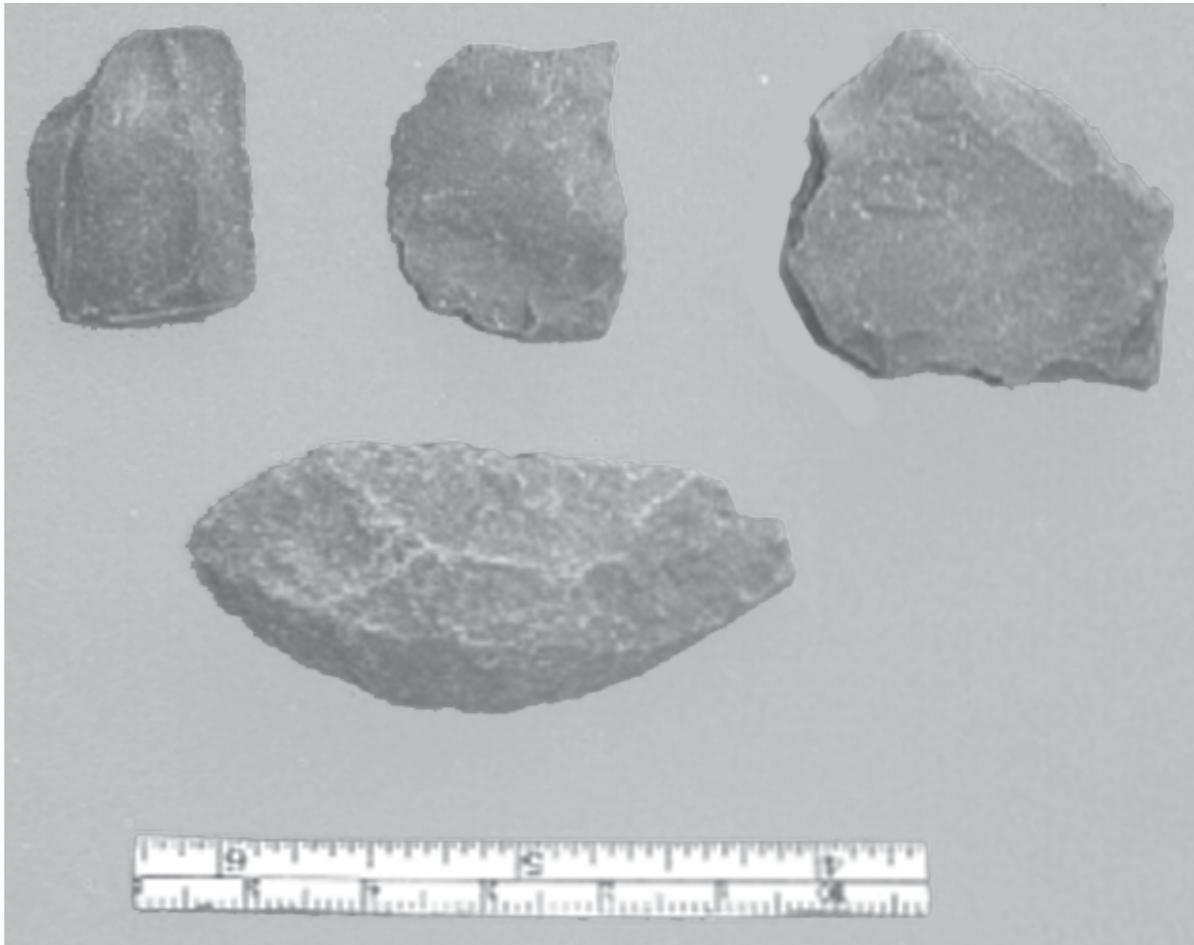
PRINCIPALES CARACTERÍSTICAS CULTURALES

Un estudio inicial de los estilos alfareros (Ortega y Atilés 2002) así como los trabajos de campo permitieron observar el siguiente ordenamiento cultural en el sitio:

En los niveles superiores se exhibe una cerámica de estilo Boca Chica clásico, basada en decoraciones incisas de líneas rectas, circulares, punteados y asas con decoración antropomorfa. A continuación se observa una cerámica con características transicionales entre el estilo Boca Chica y el estilo Ostiones. En este caso la decoración es frecuente y la cerámica presenta mejor terminación o acabado así como una mejor cocción. Para este nivel inter-

medio lo característico son las asas en forma de letra D y las decoraciones zoomorfas, que reproducen cabezas de quelonios.

Por su parte los niveles iniciales de la ocupación exhiben cambios sustanciales en la alfarería. La misma rememora las características de una cerámica temprana de estilo saladoide, muy fina de dureza y compactidad apreciable y con muy buena cochura y pintura roja, la que en ocasiones se aplica en zonas. Los bordes son ligeramente presionados en forma vertical con abultamientos en ambos lados de los recipientes lo que pudo fungir como asas y decoraciones.



La Iglesia. Artefactos de piedra tallada.

Los restos de burén indican una producción agrícola intensa basada en un cultivo tradicional como la yuca, mientras los desechos de fauna anuncian una estabilidad basada en la explotación constante del bosque húmedo, delatada por la alta presencia de moluscos terrestres.

Hacia los niveles intermedios se percibe una diversificación en la alimentación, avalada por la ampliación del espectro de fauna explotada y la combinación de varios ecosistemas, mientras en los

inicios de la ocupación la dieta es más unilateral, basada en el consumo de moluscos de la especie *Caracolus excellens*.

En la industria lítica son frecuentes los artefactos confeccionados sobre piedras en volúmenes, hachas petaloideas, pesas de redes —evidencia de una actividad pesquera en aguas profundas— martillos o percutores sobre cantos utilizados así como alisadores para cerámica. Son frecuentes los morteros, además de guayos y metates, confeccionados en roca madre-pórica de coral.

La piedra tallada es escasa y la materia prima de muy baja calidad, lo que no facilitó un desarrollo acentuado de instrumentos logrados por esta técnica. Los restos de taller son frecuentes, quizás producidos por un proceso constante de ensayo, que ocasionó muchas fracturas y roturas en una materia tan pobre. Los más comunes son lascas irregulares sin señales de utilización.

Los instrumentos, aunque pocos, presentan buena terminación, en ocasiones con retoques, lo que demuestra un dominio de las técnicas de trabajo que no fue acompañado por las características de la materia prima. Por otro lado, la presencia de herramientas en sílex y la ausencia de esta materia prima en la zona habla de un acarreo desde áreas no muy cercanas al lugar de habitación. Las principales herramientas fueron buriles, puntas, raspadores, raederas y láminas empleadas como cuchillos.



La Iglesia. Estilos cerámicos.

CONCLUSIONES DE LOS PRIMEROS ANÁLISIS³

Un primer análisis tradicional del asentamiento arrojó como aspectos trascendentales los siguientes:

- Los inicios de la ocupación remiten a una alfarería que se distingue por presentar algunos elementos característicos de la alfarería conocida como saladoide. La terminación es excelente, en ocasiones con superficies bruñidas, predominan los tonos ocre y

se aprecian decoraciones de rojo en zonas. No hay decoraciones incisivas y muy pocos motivos modelados.

- Las características de la alfarería observada en el nivel inferior del asentamiento guardan estrecha relación con algunas de las descritas para un nivel similar del yacimiento La Caleta de La Romana,⁴ fechado en unos 250 d.C. y clasificado dentro del estilo saladoide.
- Según el reporte de los habitantes de la zona, en excavaciones

irregulares realizadas por huaqueros, se exhumaron vasijas con tres patas o trípodes. Durante los trabajos de investigación se exhumó una pata de cerámica⁵ de forma cilíndrica procedente del nivel inferior, que pudo pertenecer a este tipo de vasijas.

- En el yacimiento es posible definir la representación del estilo alfarero conocido como transicional.⁶ Se trata de un estilo derivado de la alfarería definida como ostionioide (Rouse 1961). En este caso las decoraciones son más numerosas o se amplían, se agregan asas antropomorfas y las figuras se presentan grotescas o deformes.

Este tipo de alfarería ha sido exhumada en varios asentamientos de la isla trabajados por Veloz y Ortega, según estos estudios su mayor desarrollo abarca el período que va del 700 d.C. al 900 d.C.

- El estilo más representativo en el residuario es el conocido como Boca Chica, uno de los más comunes en la arqueología dominicana.
- La representación estratigráfica de los diferentes estilos alfareos denota una secuencia ocupacional que pudo estar definida por tres fases o momentos. Un momento inicial, donde aún perduran elementos característicos de las ocupaciones más tempranas de las Antillas y se asocia a cronologías de 200 d.C. para otros residuarios de la República Dominicana. Un momento intermedio que representa una fase transicional entre la alfarería de estilo Ostiones y el estilo Boca Chica (700 d.C. al 900 d.C.) y por último una fase tardía representada por una alfarería clásica de estilo Boca Chica.

LA SEGUNDA ETAPA DE LAS INVESTIGACIONES. PRINCIPALES RESULTADOS

Se intentó comprender la dinámica habitacional del yacimiento a partir de una seriación cerámica, la misma tenía la finalidad de crear una cronología relativa con criterios evolutivos (Meggers 1999).⁷

La secuencia seriada mostró la existencia de dos fases fundamentales en la vida del yacimiento. La primera de ellas definida a nivel cerámico por las superficies alisadas y los tonos rojos, con tendencia a la degeneración en la misma medida que se asciende hacia los momentos intermedios y finales.

El elemento decorativo es básico para definir momentos dentro

de esta fase I. Existen decoraciones particulares a partir del uso de bandas de color negro (especie de ahumado). Las incisiones están completamente ausentes, sólo aparecen a partir de sus momentos intermedios. No existen motivos complejos o combinaciones de estos para crear diseños complicados.

La decoración distintiva es el modelado y paulatinamente se observan cambios a partir de la incorporación de motivos representativos de figuras antropomorfas y zoomorfas combinados con diseños de extremidades, elemento predominante en los llamados estilos transicionales. Desde el punto de vista estilístico predomina el llamado ostionioide, en un primer momento con rasgos supervivientes de su estilo antecesor, el saladoide, el que posteriormente se enriquece a partir de la incorporación de motivos incisos y modelados incisos. Esta situación refleja una evolución particular del estilo en el territorio de la isla, la cual ya ha sido definida y observada por otros autores (Veloz *et al.* 1976).

Por otro lado, la fase I de La Iglesia apoya los criterios esbozados por Veloz (2001), quien plantea que la alfarería aislada tempranamente en el vecino yacimiento Punta Cana pudo constituir una de las bases para la formación de estilos posteriores en la isla. Esta observación se refuerza si tomamos en cuenta que, el momento más rico para la fase I de La Iglesia es cercano a los estilos transicionales y exhibe varios de los motivos observados en el yacimiento Punta Cana. Es decir lo que hemos definido como fase I en la secuencia seriada de La Iglesia tiene correspondencias con las características observadas por Veloz y Ortega (1995) para el segundo momento del sitio Punta Cana, donde se observan diseños antropomorfos con ojos y boca representados por motivos en forma de granos de café, que luego alcanzaran mayor representación en la cerámica chicoide.

La fase I de La Iglesia muestra una intensa agricultura relacionada con el consumo intenso de la yuca, aunque no puede descartarse un consumo intenso de guáyiga, cuya presencia en el yacimiento es respaldada por los análisis de polen fósil realizados en el Museo del Hombre Dominicano (Nadal 2003).

Los análisis de polen realizados por Nadal (2003) también mostraron la presencia de plantas tradicionales aprovechados por las sociedades precolombinas, muchas de las cuales fueron descritas por las crónicas de la conquista. Entre los más sobresalientes se cuentan las Palmáceas, además del copey, almácigo, guanábana

de perro, jobo, guácima, yagrumo y caya. Es justo considerar que muchas de estas plantas fueron utilizadas por los habitantes del residuario como árboles maderable o sus frutos fueron empleados como complemento en su alimentación.

Algo interesante relacionado con las prácticas agrícolas es la presencia de un pequeño trigonolito, confeccionado en cuarzo, que a su vez coincide con la alta frecuencia de burenes para este primer momento de la ocupación. En nuestra opinión la coincidencia es un elemento demostrativo de la importancia de la agricultura de yuca, que se combinó con una explotación de recursos marinos demostrada por los restos de moluscos de este ámbito y frecuentes vestigios de pescado.

En la fase I la dependencia de los recursos del bosque húmedo es menos acentuado y la dieta es más variada con presencia de elementos marinos.

Es importante la presencia de guayadores o metates confeccionados en rocas coralinas o con piedra pómez, que no sólo evidencian los procesos de explotación agrícola intensa sino el aprovechamiento en extensión de la guáyiga.

Por su parte la fase II de La Iglesia representa una alfarería de estilo Boca Chica y la factura y acabado de la cerámica no alcanza la calidad de la fase anterior. Los tonos rojos en las superficies y las pastas no tienen el predominio abrumador. Hay elementos que están totalmente ausentes y son esenciales en la fase I, es el caso de las decoraciones a partir de bandas de color negro. La base de los decorados son los motivos incisos cuya combinación llega a formar diseños complejos ausentes en la fase anterior.

Los modelados y modelados incisos, aunque presentes desde finales de la fase I, en este caso enriquecen sus motivos; son frecuentes los sellos o pintaderas típicos de la cultura taína, fragmentos de cuellos de vasijas empleadas como contenedores de líquidos, potizas, tiras aplicadas, además de modelados representativos de figuras antropomorfas y zoomorfas. Los diseños de ojos y boca en forma de granos de café, presentes a partir de los finales de la fase I, son muy importantes en esta fase y en general en la cerámica de estilo Boca Chica.

La presencia del burén es constante pero no alcanza la dimensión observada para la fase anterior, lo que parece reflejar un mejor equilibrio con el ambiente y una imbricación más acentuada entre

recolección y agricultura. El bosque húmedo y los recursos a él asociados adquieren una preponderancia en la alimentación del grupo.

EL YACIMIENTO LA IGLESIA EN EL CONTEXTO DE LA ARQUEOLOGÍA DOMINICANA

Al analizar varios yacimientos de la República Dominicana, en especial de la zona este, se observan ocupaciones con características similares a La Iglesia en cuanto a su disposición cultural. Es decir asentamientos con un nivel de ocupación chicoide e inmediatamente por debajo un nivel ostionioide, donde este último puede presentarse con las siguientes características: en transición hacia el estilo Boca Chica, de manera clásica, o recordar de forma clara su ascendiente saladoide.

Esta última peculiaridad señala hacia migraciones de grupos ostionoides que arribaron tempranamente a esta isla cuando aún conservaban entre sus códigos decorativos las reminiscencias de su estilo de origen. La pérdida definitiva de dichos rasgos se produciría después de su entrada al nuevo espacio y en la medida que sus portadores se afianzaban al nuevo contexto.

Si tomamos en cuenta varios yacimientos con esta secuencia cultural, es posible discernir dos patrones básicos o fundamentales.

1. Yacimientos donde la base de la ocupación es ostionioide con reminiscencias del estilo saladoide. Estas reminiscencias no resultan lo suficientemente fuertes o acentuadas y se presentan más bien como elementos aislados.
2. Yacimientos donde la base de la ocupación presenta rasgos acentuados de estilo saladoide y crean la impresión de estar en presencia de un saladoide terminal o de un ostionioide muy temprano o en la transición hacia este estilo.

Para el primero de los casos la cronología no se representa por lo general temprana, sus fechados están más bien relacionados con el desarrollo del estilo ostionioide hacia el llamado estilo transicional y las fechas oscilan entre los 700 y 900 d.C.

En el segundo esquema la cronología es más temprana y oscila entre los 200 y 250 d.C. Los yacimientos clásicos son Caleta de La Romana y Caleta de Boca Chica, donde prácticamente es claro un nivel saladoide por debajo del ostionioide.



La Iglesia. Vasija de de cerámica.

Las características del yacimiento La Iglesia también rememora los procesos socioeconómicos definidos para el yacimiento El Macao, ubicado en la provincia La Altagracia. La secuencia ocupacional de Macao parte desde elementos muy cercanos al saladoide para terminar en un Boca Chica clásico no sin antes pasar por una ocupación ostionoides con características transicionales y cronología de 825 d.C.

En el Macao y en la Iglesia los artefactos correspondientes al nivel inicial tienen varias semejanzas. Entre los más sobresalientes se encuentran guayos de coral, microtrigonolitos, sellos o pintaderas, raspadores, alisadores de cerámica, hachas petaloides, platos, ollas y vasos efígies.

Las principales diferencias entre ambos asentamientos se en-

contran en el ámbito de los recursos explotados con mayor intensidad. En Macao la economía parece haberse centrado en la explotación de los recursos del mar combinados con la agricultura de yuca y el consumo de guáyiga. Por su parte el yacimiento La Iglesia aunque muestra un acentuado nivel de actividad agrícola en los primeros niveles —a juzgar por la alta frecuencia de burenes—, afirma su subsistencia en la explotación del bosque húmedo, que pudo combinarse con el aprovechamiento de la guáyiga.⁸

En Macao la ocupación chicoide exhibe una distribución del espacio, evidencia de un nivel de organización social complejo. El mayor síntoma se asocia con un área específica destinada a los enterramientos. No ocurre así en La Iglesia, donde la ocupación Boca Chica no muestra la fuerza de otros espacios y los escasos restos humanos exhumados se

presentan muy fragmentados y mezclados con la basura arqueológica, lo cual apunta a un tratamiento menos complejo y más cercano a lo que autores como Luna Calderón define como tratamiento residual.

En otras palabras en La Iglesia no parece haber existido una distribución bien definida del espacio habitacional al estilo de las sociedades agricultoras con mayor nivel de complejidad y productividad económica.

Los rasgos de La Iglesia también cobran importancia si se les compara con otros yacimientos del este, en especial con el asentamiento Punta Cana, lo que puede arrojar nuevas luces para la comprensión de los estilos alfareros de la isla.

Punta Cana refleja expresiones culturales diferentes o distintas



Rasgos saladoide presentes en la cerámica de la Iglesia.

a las saladoide y es una zona para la cual se han descrito diferentes ocupaciones que practicaron la agricultura desde el siglo III a.C. hasta el siglo IX.

La primera de esas ocupaciones culminó en el siglo IV d.C. y al parecer estuvo muy ligada al ecosistema de guáyiga. Esta fase antigua se denominó El Barrio, se inició en el 340 a.C. y según Veloz (2001) nada tiene que ver con la cultura saladoide. Este elemento resulta verdaderamente interesante, pues muestra la diversidad cultural que tenía la isla de Santo Domingo entre los grupos agricultores desde momentos tan tempranos, sobre todo si se toman en cuenta las cronologías tempranas de 250 d.C. para los residuarios ostionoide con fuertes reminiscencias saladoide.

Las fechas de 250 d.C. en los grupos ostionoides es coinci-

dente con el segundo momento de la fase El Barrio de Punta Cana, con cronología alrededor de los 300 d.C. y cerámica relacionada con lo que algunos investigadores denominan estilo Punta.

Las características de la cerámica Punta Cana en su segunda fase Veloz (2001) muestran los elementos que más tarde aparecerán en las fases Cutupú y Río Verde en el Cibao, lo cual puede señalar la posible mezcla entre la cerámica temprana de Punta Cana y estilos Ostiones de Puerto Rico para formar la base de la alfarería conocida como meillacoide o Macorís a partir del siglo VIII y IX después de Cristo.

Otro elemento curioso es que al momento de desarrollarse la alfarería temprana de Punta Cana otros grupos

con cerámica pero con un modo de vida típicamente recolector se desarrollaban en otras regiones de la isla. Ejemplo de ello son los sitios El Caimito (80 a.C.) y Musiepedro (305 a.C.), en la propia provincia La Altagracia.

En resumen el sitio Punta Cana cercano a La Iglesia sugiere un modelo migratorio diferente al reconocido como saladoide-barrancoide (Veloz 2001) procedente de Sudamérica y pudo ser la base de mucho de los estilos alfareros clásicos conocidos posteriormente a partir de la mezcla con el clásico estilo ostionoide. Las características de la alfarería presentes en el residuario La Iglesia en sus distintas fases corroboran en parte estas suposiciones, sobre todo si tenemos en cuenta que los rasgos propios de la ocupación temprana de Punta Cana (340 a.C.) están presentes en los llamados estilos transicionales, en



La Iglesia. Microtrigolito de cerámica.

especial en el momento intermedio de la fase I de La Iglesia.

A la luz de estos razonamientos se infiere que, en determinado momento, coexistieron en la isla, en especial en su región este, estilos alfareros cuya mezcla originó o formó las bases para los estilos tradicionales reconocidos. Los elementos esenciales de esta mezcla parecen ser la cerámica de la fase temprana de Punta Cana y la cerámica ostionoide, la que dio lugar a los estilos transicionales con vertientes hacia el meillacoide o hacia el chicoide.

Desde esta perspectiva podemos adjudicarle al yacimiento La Iglesia una ocupación ostionoide inicial con elementos saladoide acentuados, que a partir del contacto con estilos tempranos presentes en la zona asume las características transicionales hasta culminar en un estilo Boca Chica. Esta su-

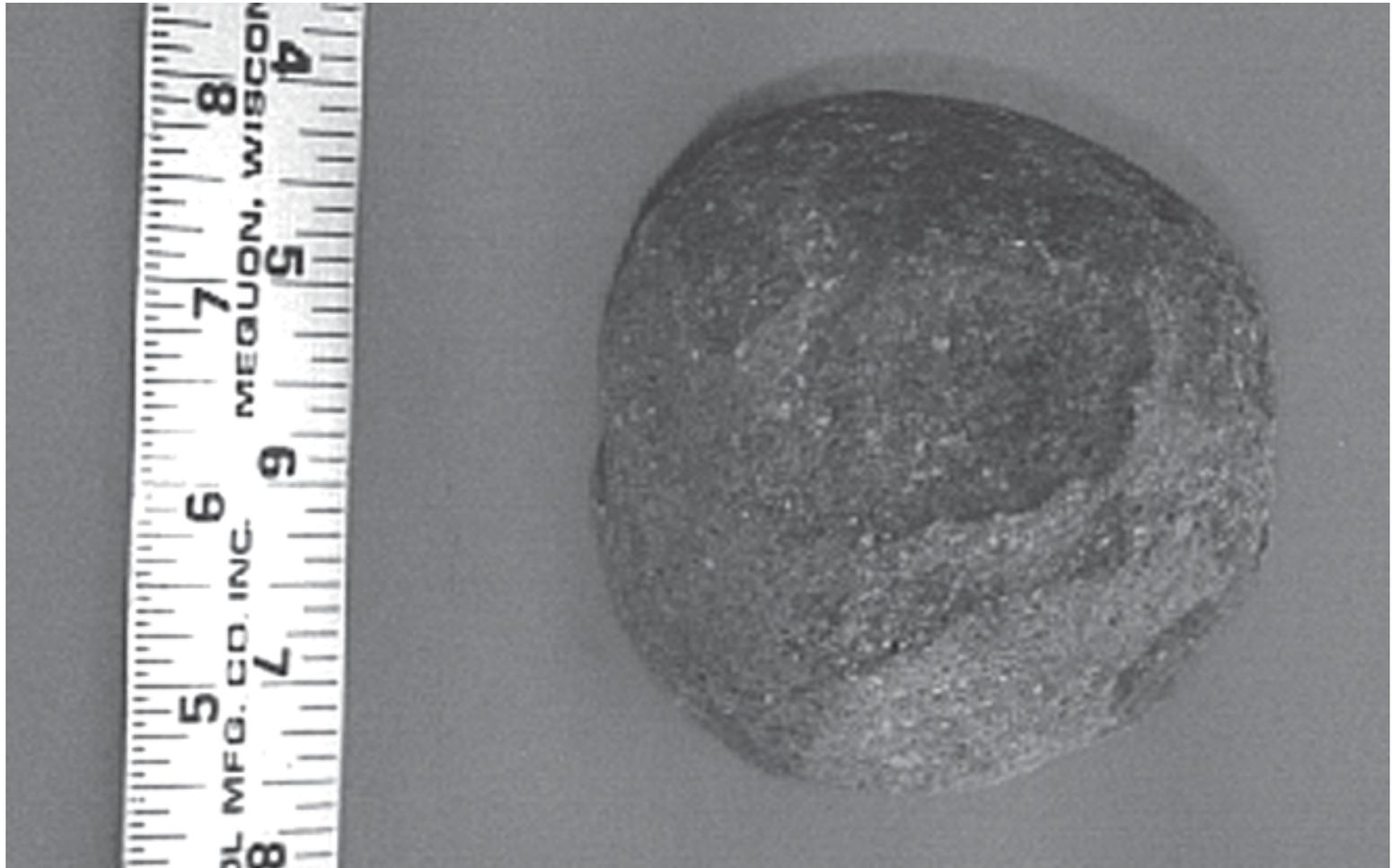
posición coincide precisamente con que los fechados más tempranos del Boca Chica se ubican en esta región y en asentamientos que presentan una secuencia cultural similar a la observada en La Iglesia. Por otro lado los fechados de radiocarbono obtenidos para el momento más temprano de la fase I en la Iglesia, 190 d.C., también coinciden con la cronología del segundo momento de la fase El Barrio (250 d.C.) de Punta Cana, lo que corrobora la coexistencia y mezcla de ambos estilos alfareros para arrojar las variantes definidas dentro de los llamados estilos transicionales.

ALGUNAS CONCLUSIONES PRELIMINARES

1. El hecho de encontrar una superposición de estilos y momentos en el yacimiento La Iglesia corrobora la situación observada en otros yacimientos de la isla, en especial en la zona este, donde se divide una superposición de estilos alfareros, que parte desde formas tempranas del estilo ostionoide hasta desembocar en el conocido estilo Boca Chica.

2. La seriación de La Iglesia aumenta las posibilidades de corroborar lo planteado por Veloz (2001) en cuanto a considerar la cerámica de Punta Cana como un componente importante de los estilos posteriores de la isla.

3. Las fases de ocupación de La Iglesia corroboran lo planteado por otros autores cuando plantean que la reconocida cultura taína



La Iglesia. Rasgo característico cerámica transicional.

es el resultado de una síntesis de experiencias que no sólo comprende las comunidades agricultoras relacionadas con estilos tradicionales reconocidos para las Antillas, sino con otras posibles migraciones muy tempranas cuya expresión más clara hasta el momento es la fase temprana del sitio Punta Cana.

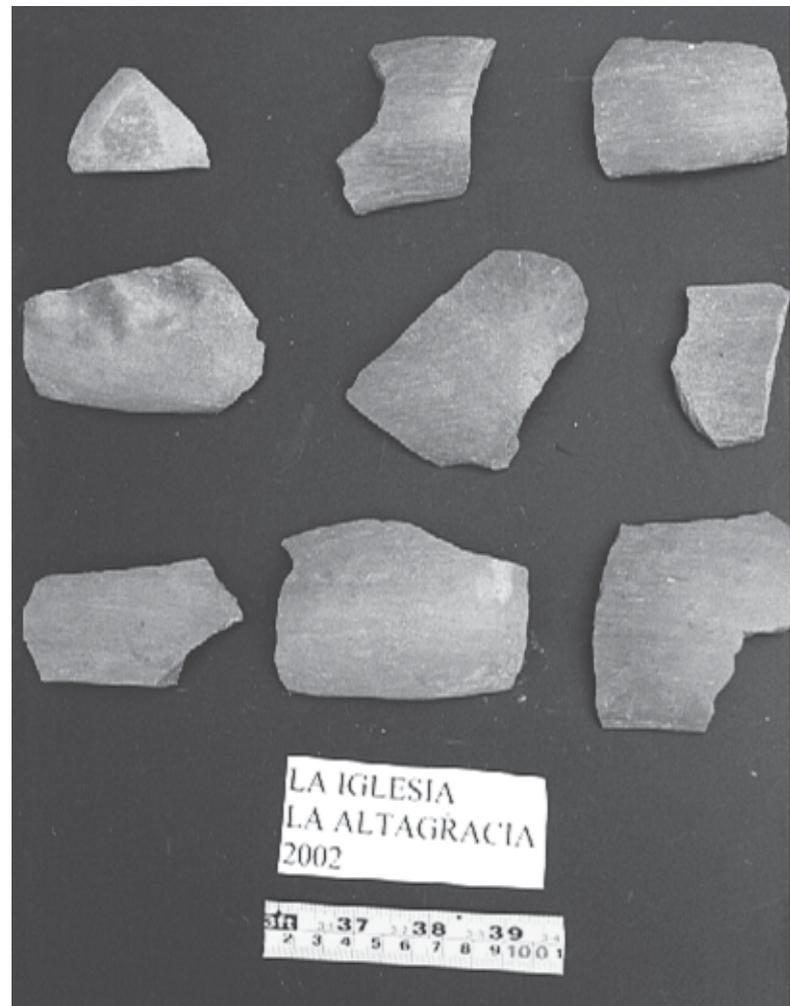
4. La seriación de La Iglesia muestra que la mezcla de la cerámica temprana de Punta Cana con los estilos tradicionales ostionoides pueden ser el antecedente básico para la cerámica taína,

que se expresa inicialmente a partir de los llamados estilos transicionales y desemboca en el estilo Boca Chica clásico. Esta situación aún precisa de una corroboración más sólida.

5. La secuencia cultural observada en La Iglesia demuestra que la isla de Santo Domingo fue el receptáculo fundamental de un rico centro de cruzamiento de culturas precolombinas del Caribe, lo que es proporcional al desarrollo observado para las expresiones de estas culturas en la isla y su posición distintiva dentro del conjunto antillano.



La Iglesia. Estilo ostiones.



La Iglesia. Cerámica de estilo ostiones con reminiscentes saladoides.

NOTAS

¹ Recientes trabajos arqueológicos de especialistas dominicanos junto a los arqueólogos de la Universidad de Indiana han reportado importantes hallazgos en esta zona. Para mayor información ver Ortega y Atilés 2003.

² A pesar de los continuados esfuerzos por conseguir medios económicos que permitieran continuar las labores de investigación, no fue hasta la intervención

de la Academia de Ciencias de la República Dominicana, en especial en la persona de su presidente el Dr. Mario Bonetti, que se obtuvieron los recursos necesarios para llevar adelante una investigación a fondo del yacimiento. En otro sentido también es importante reseñar el apoyo de la secretaría de Estado de Cultura, el Museo del Hombre Dominicano y el Faro a Colón.

³ Los fragmentos analizados por el método tradicional de análisis alfarero sumaron 4 594.

⁴ El yacimiento Caleta de La Romana ha sido trabajado por varios investigadores

entre los que se encuentran el Lic. Bernardo Vega, el Lic. José Guerrero, el Dr. Marcio Veloz Maggiolo y el Ing. Elpidio Ortega.

⁵ Otro fragmento de una pata de vasija fue hallado durante una recolección de superficie realizada en la segunda campaña de trabajo de campo en el residuario.

⁶ Algunos investigadores como Manuel García Arévalo han clasificado este estilo como estilo Punta.

⁷ Para este análisis fueron analizados 10 720 fragmentos de alfarería correspondientes a 4 de los pozos excavados.

⁸ La presencia de guáyiga en el contexto del residuario ha sido evidenciada por análisis de polen fósil realizados a las muestras tomadas durante las excavaciones. Los análisis fueron realizados por el palinólogo Joaquín Nadal del Museo del Hombre Dominicano.

BIBLIOGRAFÍA

Ángulo, Carlos (1992): "Modos de vida en la prehistoria de la llanura atlántica de Colombia" en *Prehistoria sudamericana. Nuevas perspectivas*. Washington D.C, Taraxacum.

Meggers, Betty (1999): "La utilidad de las secuencias seriadas para inferir conducta social prehistórica" en *El Caribe Arqueológico*. No.3, Santiago de Cuba, Casa del Caribe.

Morbán Laucer, Fernando (1979): "Informe arqueológico preliminar del extremo sureste de la isla de Santo Domingo y la Isla Saona" en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*. No 6, Editorial Taller, Santo Domingo.

Nadal, Joaquín (2003): "Análisis de polen fósil del yacimiento La Iglesia" en *Arqueología en la Iglesia de Macao*, Santo Domingo, Publicaciones de la Academia de Ciencias de la República Dominicana.

Ortega, Elpidio (1997): "Arqueología del Parque Nacional del Este". Informe al Patronato Rector del Parque Nacional del Este.

_____ (2002): "Compendio arqueológico de la isla de Santo Domingo", Santo Domingo (en prensa).

Ortega, Elpidio y Gabriel Atilés (2002): "Informe de los trabajos arqueológicos en el yacimiento La Iglesia", Santo Domingo, mecanuscrito ilustrado.

_____ (2003): *Manantial de la Aleta y la arqueología del Parque Nacional del Este*. Santo Domingo, República Dominicana, Academia de Ciencias de la República Dominicana.

Rouse, Irving (1961): *Arqueología cronológica de Venezuela*. Vol 1, Washington DC, Unión Panamericana.

Veloz, Marcio y Elpidio Ortega (1972): "Excavaciones en Macao. República Dominicana" en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*. Santo Domingo, República Dominicana.

Veloz, Marcio, Elpidio Ortega y Plinio Pina (1974): *El Caimito, un antiguo complejo ceramista de las Antillas Mayores*. Santo Domingo, Fundación García Arévalo.

Veloz, Marcio, Elpidio Ortega, Iradia Vargas, Mario Sanoja y Fernando Luna Calderón (1976): *Arqueología de Yuma*. Santo Domingo, Editorial Taller.

_____ (1992): "Notas sobre la zamia en la prehistoria del Caribe" en *Revista de Arqueología Americana*. No 6, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, julio-diciembre.

Veloz, Marcio y Elpidio Ortega (1995): "Punta Cana y el origen de la agricultura en la Isla de Santo Domingo" en Marcio Veloz y Ángel Caba Fuentes (eds.), *Ponencias del primer seminario de arqueología del Caribe*. República Dominicana.

Veloz, Marcio (2001): "Los agricultores tempranos en la isla de Santo Domingo" en *Culturas aborígenes del Caribe*, Santo Domingo, Ediciones del Banco Central de la República Dominicana.

HONRAR HONRA

JORGE ULLOA HUNG



El autor es miembro de la Academia de Ciencias de República Dominicana

La arqueología Cubana ha sufrido dos sensibles pérdidas en este año, el Dr. Ricardo Sampedro, investigador del Centro de Antropología del Ministerio de Ciencias, Tecnología y Medioambiente y el escritor y editor del anuario *El Caribe Arqueológico*, Jorge Luis Hernández, especialista de la Casa del Caribe de Santiago de Cuba.

El Dr. Sampedro realizó importantes aportes a la arqueología cubana y caribeña. En especial sus contribuciones estuvieron centradas en el plano del análisis instrumental, tipológico y arqueométrico además de participar de manera directa y con alto rigor científico en el estudio integral de múltiples residuarios arqueológicos de varias provincias de Cuba, lo que no sólo incidió en el enriquecimiento y el fomento de una visión integradora de la arqueología en la isla sino en las Antillas.

Al momento de su lamentable fallecimiento el Dr. Sampedro se encontraba, junto a otros especialistas del Departamento de Antropología, inmerso en un importante proyecto sobre el estudio de las comunidades de tradición paleolítica o protoarcaicas en la región central de Cuba (provincia Villa Clara), algunos de cuyos resultados parciales *El Caribe Arqueológico* tuvo el privilegio y el honor de publicar.

Por su parte Jorge Luis Hernández, amigo entrañable, fue durante ocho años el editor principal de *El Caribe Arqueológico*. Jorge no sólo fue parte del proceso fundacional de nuestra revista, sino un colaborador a toda prueba. Su labor editorial no se limitó al plano meramente técnico o formal sino a la búsqueda constante de la perfección, sus sugerencias oportunas y sus recomendaciones siempre a tono con el propósito principal de la publicación constituyeron un importante factor en la calidad y la propia personalidad lograda por *El Caribe Arqueológico*.

Su afición por la arqueología aborígen y sus experiencias en el plano de la arqueología industrial, al estudiar los sistemas para el beneficio de café empleados por lo inmigrantes franco-haitianos



En el extremo izquierdo, Jorge Luis Hernández, junto a los investigadores Julio Corbea y Jorge Ulloa (Foto: Mireille Alcais).

establecidos en el oriente de Cuba en el siglo XIX, unidos a sus magníficas dotes de escritor, hicieron de Jorge la persona ideal para un proyecto de publicación como el de *El Caribe Arqueológico* al que se entregó año tras año incluido el presente número en el que trabajaba intensamente al momento de su desaparición física.

El Dr. Ricardo Sampedro y Jorge Luis Hernández serán siempre recordados por la arqueología cubana y del Caribe por su dedicación y sus esfuerzos en el desarrollo de esta disciplina, y para *El*

Caribe Arqueológico siempre será un honor el haber contado entre sus principales colaboradores e impulsores con personas como ellos, por tanto sirvan estas notas más que para dar a conocer sus lamentables decesos, para anunciar la presencia perenne de ellos en cada nueva entrega de este esfuerzo editorial.

RICARDO SAMPEDRO HERNÁNDEZ. EN EL CAMINO DE LA ARQUEOLOGÍA CUBANA

GERARDO IZQUIERDO DÍAZ



El autor es investigador del Centro de Antropología
del CITMA en La Habana

Al pensar en hombres que abrieron camino en la recuperación de nuestro pasado aborigen, vale la pena preguntar si Maquetaurie Guayaba, el señor de Cuabay, les acoge en Soraya cuando su existencia toma otra dimensión.

No siempre la muerte acierta cuando la vida, aun siendo breve, ha sido lo suficientemente laboriosa y excelsa como para marcar el presente. No se trata de canonizar un hombre por su repentina desaparición física, ensalzar o favorecer su imagen ante sus exequias, se trata simplemente de honrar a quien mereció todo nuestro respeto.

La arqueología cubana debe asumir la muerte prematura de un importante arqueólogo de las recientes generaciones. El 28 de marzo del 2004, tras efímera enfermedad, falleció el Dr. Ricardo Sampedro Hernández, quien en sus casi veinte años como profesional, lega una obra científica y humana, sin dudas, trascendente.

Ricardo Sampedro Hernández nació en Camagüey el 21 de mayo de 1954. Como otros muchos especialistas cubanos inicia desde muy joven una relación con la arqueología y la espeleología, que lo marcaría de por vida. Se incorpora en 1984 al Centro de Antropología, en La Habana, y se desempeña como director del Departamento de Arqueología entre 1985 y 1989. Defendió su candidatura a Doctor en Ciencias Históricas en la Facultad de Historia de la Universidad de La Habana, con la investigación "Los procesos concretos de trabajo en los aborígenes de la etapa productora temprana". Al momento de su muerte ostentaba la categoría de investigador auxiliar y era uno de los especialistas más experimentados de esa institución, perteneciente al Ministerio de Ciencias, Tecnología y Medio Ambiente.

Cursó numerosos entrenamientos en distintas instituciones. Son especialmente significativos, por la repercusión que tuvieron en su obra, los que recibió en la antigua Unión Soviética, en el Instituto de Arqueología de Leningrado, filial de la Academia de Ciencias de la URSS. Allí se especializó en técnicas de estudio traceológico



Dr. Ricardo Sampedro Hernández (Foto: Archivo).

que aplicaría en diversas investigaciones sobre las industrias líticas de las comunidades aborígenes de Cuba.

Su labor en el mundo de la arqueología se mueve desde el ordenamiento del trabajo científico hasta el accionar directo como investigador. Especialmente importante son sus estudios de cerámica y piedra tallada, y los enfoques formulados desde estas especialidades para la comprensión del mundo de las comunidades apropiadoras.

Participó en numerosos proyectos de investigación arqueológica y asumió en muchos casos tareas de dirección científica. En este sentido se destaca su trabajo como coordinador general del *Nuevo*

atlas nacional de Cuba. Otras investigaciones de importancia que contaron con su desempeño profesional fueron: Estudio de la variante cultural Damajayabo, creación de un banco de datos de huellas de trabajo en las herramientas aborígenes e introducción de técnicas microfotográficas y de microscopía electrónica de barrido en la traceología experimental, Censo arqueológico de la región central, Atlas arqueológico de Cuba, Arqueología ecológica de la región central de Cuba, Patrimonio arqueológico identidad nacional y desarrollo sostenible y Estudio de las comunidades apropiadoras de Cuba.

En lo que a su obra se refiere es importante mencionar sus trabajos sobre comunidades de tradición paleolítica en la provincia de Villa Clara, donde llegó a desempeñarse como profesor asistente adjunto de su Universidad Pedagógica. Hombre de ideas amplias, supo enfrentar el abordaje de un tema especialmente controversial, donde logró notables aportes, en el contexto de un debate científico que demostró la seriedad de su postura intelectual.

Dispuesto a compartir ideas, transmitió sus conocimientos a quienes se iniciaban en la especialidad o simplemente querían saber. Fue profesor de maestría, cursos, entrenamientos y postgrados, tutor de tesis de grado y oponente de resultados de investigación. Prominente estudioso de las comunidades aborígenes en general, escribió numerosas e importantes ponencias, artículos y monografías que constituyen fuentes indispensables para el conocimiento de nuestro pasado aborigen.

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA DE RICARDO SAMPEDRO HERNÁNDEZ

Cronología mínima

- 1954 Nace en la ciudad de Camagüey el 21 de mayo.
- 1984 Se incorpora al centro de Antropología.
- 1985 Ejerce como director del Departamento de Arqueología desde este año hasta 1989.
- 1987 Cursó entrenamiento sobre traceología experimental compleja en arqueología por períodos de cuatro meses en el Instituto de Arqueología de Leningrado, antigua URSS. Dichos entrenamientos se repitieron en los años 1988 y 1990.

1995 Defiende su candidatura a doctor en Ciencias Históricas en la Facultad de Historia de la Universidad de La Habana con la investigación "Los procesos concretos de trabajo en los aborígenes de la etapa productora temprana".

BIBLIOGRAFÍA ACTIVA

Libros y folletos

(1989): *Nuevo atlas nacional de Cuba. Mapa de las comunicaciones aborígenes*. La Habana, Ed. Academia-Instituto de Geografía.

"Análisis funcional comparativo de las herramientas líticas de los sitios arqueológicos El Mango y La Escondida de Bucuey". La Habana, Ed. Academia. En prensa.

"Aproximación a las funciones de las herramientas de piedra tallada de los sitios Arroyo del Palo y Mejías". La Habana, Ed. Academia. En prensa.

"Arqueología de la costa suroriental de la antigua provincia de Oriente, Cuba". La Habana, Ed. Academia. En prensa.

Arqueología de Cuba. México, Impreso en la Universidad de Colima. CD-Rom Taíno, Ed. CEDISAC, Centro de Antropología.

"La cerámica en el área arqueológica centro sur de Cuba". La Habana, Ed. Academia. En prensa.

"Estudio de la variante cultural Damajayabo". La Habana, Ed. Academia. En prensa.

"Historia de los aborígenes de Cuba". La Habana, Ed. Academia. En prensa.

Artículos

(1988): "Comentarios sobre las investigaciones de los procesos socioeconómicos y la superestructura en las comunidades agroalfareras de Cuba" en *Anuario de Arqueología*, La Habana, Ed. Academia.

(1988): "Contribución al estudio de la domesticación de roedores en la época prehispanica mediante análisis de tomografía axial com-

putarizada, rayos X y exámenes microscópicos de evidencias óseas" en *Anuario de Arqueología*, La Habana, Ed. Academia.

(1989): "Estudio preliminar de la cerámica del sitio arqueológico El Paraíso, Santiago de Cuba" en *Estudios arqueológicos*, La Habana, Ed. Academia.

(1989): "Funciones de las herramientas de piedra tallada del sitio arqueológico La Escondida de Bucuey" en *Estudios arqueológicos*, La Habana, Ed. Academia.

(1990): "Investigación traceológica de las evidencias líticas del sitio arqueológico El Mango" en *Estudios arqueológicos*, Ed. Academia y Academia de Ciencias de la URSS.

(2001): "Arqueología cubana: evidencia de conchas y espacios habitados" en revista *Isla*, No. 127, Año 43.

(2001): "Introducción a la arqueología en la provincia de Villa Clara" en revista *Isla*, No. 127, Año 43.

(2001): "Tecnología y tipología en la tradición paleolítica de Villa Clara, una primera interpretación" en *El Caribe Arqueológico*, No. 5, Santiago de Cuba.

(2001): "Las tradiciones paleolíticas en Cuba. Nuevo descubrimiento" en *Revista Cubana de Ciencias Sociales*, No. 32, México, Ed. Puebla, enero-junio.

(2002): "Útiles de conchas y unidades habitacionales de las comunidades aborígenes de Cuba" en *El Caribe Arqueológico*, No. 6, Santiago de Cuba.

(2003): "Oquedades cársicas: fauna pleistocénica y evidencias arqueológicas. Provincia de Villa Clara" en *El Caribe Arqueológico*, No. 7, Santiago de Cuba.

"La cerámica del sitio arqueológico El Paraíso. Santiago de Cuba" en *Revista Cubana de Ciencias Sociales y Cuba Arqueológica*. En prensa.

"Importancia de los estudios funcionales de las herramientas en la arqueología" en "Memorias del primer taller de investigaciones arqueológicas", Holguín, Academia de Ciencias de Cuba. En prensa.

"Primeros resultados de las investigaciones traceológicas en Cuba" en "Memorias del primer taller de investigaciones arqueológicas", Holguín, Academia de Ciencias de Cuba. En prensa.

También publicó las *Cartas Informativas* Nos. 62, 63, 91 y 101.

NOTICIAS DE LA ARQUEOLOGÍA CUBANA EN EL 2004

El arqueólogo Dr. Antonio Curet investigador del Field Museum de Chicago, visitó la isla invitado por el Centro Nacional de Conservación, Restauración y Museología (CENCREM). Durante su visita el Dr. Curet dictó varias conferencias de gran interés en la sede de esta institución.

El grupo de Arqueología del Centro Nacional de Conservación, Restauración y Museología (CENCREM) en estos momentos también desarrolla proyectos de investigación en los temas de arqueología aborigen y arqueología urbana de La Habana Vieja. En el primer tema ha finalizado, en el marco del proyecto “Estudio de las plazas ceremoniales del extremo oriental de Cuba”, un estudio prospectivo general del sitio arqueológico Laguna de Limones, en Maisí, Guantánamo. El mismo incluyó el levantamiento topográfico en detalle del sitio, así como prospecciones geoquímicas del área de habitación. Además se inició un sistema de Censo Arqueológico del patrimonio arqueológico en soporte GIS, elaborado por los especialistas del grupo, que viene a llenar los vacíos existentes en materia de información sobre el estado de conservación de los sitios arqueológicos. En el segundo tema se desarrollan los proyectos de investigación “El Convento de Santa Clara de Asís” y “Formación del registro arqueológico en las calles de La Habana Vieja”. También se han establecido numerosas colaboraciones y asesorías con los Consejos Provinciales de Patrimonio y se continúa el programa docente de cursos de formación y capacitación en las temáticas de teoría arqueológica, arqueometría y arqueología urbana, con la participación de especialistas y técnicos de todo el país.

En el plano editorial durante este año fue publicado un valioso número de *Catauro*, revista de la Fundación Fernando Ortiz, dedicado a la arqueología de Cuba, en el cual se ofrece una visión de los avances de esta disciplina en el país.

Por su parte el Departamento Centro Oriental de Arqueología de Holguín ejecutó tareas de su proyecto Arqueología y participación comunitaria en las localidades de Cayo Bariay, Fray Benito y Los

Jagüeyes; las mismas incluyeron acciones de divulgación entre escolares, docentes y población en general, dirigidas a fomentar la educación en la protección del patrimonio arqueológico y el ambiente de estas áreas del territorio holguinero.

En colaboración con el Dr. Alfredo Coppa, de la Universidad de Roma, este departamento también realizó un estudio de genética dental de los restos humanos del importante yacimiento Chorro de Maíta, dirigido a comparar los datos de esta población con la de otros lugares de las Antillas.

Personal del Departamento Centro Oriental de Arqueología también participó en tareas del proyecto que ejecuta el Ministerio de Ciencias, Tecnología y Medioambiente (CITMA) en la provincia Ciego de Ávila para el estudio arqueológico del sitio Los Buchillones. Este proyecto que se ejecuta en colaboración con el Instituto de Arqueología de la University College of London en esta oportunidad centro su interés en la excavación de una concentración de postes enterrados en el mar, donde se descubrieron los restos de una nueva estructura constructiva aborigen.

En este mismo sentido se comenzaron los trabajos de coordinación para realizar un estudio sobre los inicios de la presencia aborigen en la isla. En este nuevo proyecto participarán los especialistas del Departamento Centro Oriental de Arqueología junto a especialistas alemanes de distintas instituciones y una representación del Ministerio de Ciencias, Tecnología y Medioambiente en la provincia de Villa Clara.

La Oficina del Conservador de la Ciudad de Trinidad en colaboración con el Museo arqueológico Guamuhaya realizó el Quinto taller de Arqueología industrial San Isidro de Los Destiladeros, donde participaron especialistas de distintas instituciones cubanas, y se excavaron zonas de habitación destinadas a la población esclava. La Oficina del Conservador de la Ciudad de Trinidad también realizó excavaciones en diferentes estructuras del sistema defensivo de esta ciudad.



Majador ceremonial perteneciente a comunidades aborígenes agroalfareras antillanas y caribeñas. Colección Museo del Centro Cultural Francisco Prat Puig, Santiago de Cuba.

**En la cubierta:
Dujo, asiento utilizado en
ritos y ceremonias religiosas de
comunidades aborígenes
agroalfareras caribeñas.
Colección Museo del Centro
Cultural Francisco Prat Puig,
Santiago de Cuba.**

